ENSEÑANZA Y SISTEMA DE GURDJIEFF

Kenneth Walker

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.tk

PRÓLOGO

En la crítica que hace de una de mis obras más recientes, el Sr. Cyril Connolly señala que durante los últimos diez años, he estado tratando de escribir el mismo libro con éxito diverso.

Tiene razón, pues casi cada palabra que he escrito desde la publicación de Diagnosis of Man (Diagnóstico del hombre) en 1942, ha reflejado distintos aspectos de la enseñanza de Gurdjieff, enseñanza que forma un todo completo, sólido e integral. Y ahora, todos estos esfuerzos anteriores culminan en la tentativa de proporcionar una exposición más completa del sistema psico-filosófico que ha impartido a mis libros, la similitud en la que se funda la queja del señor Connolly. Considero por lo tanto a la presente obra como de mucha mayor importancia que cualquiera de las que la precedieron, sea cual sea el destino que le espere, y por desfavorable que sean las criticas que provoque.

Es sumamente probable que algunos de mis críticos la traten en forma muy dura, pues ninguno de ellos ha tratado jamás con indiferencia la enseñanza de Gurdjieff. O bien han advertido en ella algo muy grande, o bien han reaccionado en forma muy violenta, pues, igual que otros maestros de religiones -considero a Gurdjieff como tal- ha logrado escandalizar a sus oyentes, más que aplacarlos.

La exposición que se hace de la enseñanza de Gurdjieff en esta obra está muy lejos de ser completa. No fue mi intención dar un informe completo sobre ella, sino hacer comentarios sobre aquellas partes de su sistema de conocimiento que hayan provocado en mí una impresión muy profunda, o que me hayan convencido de que tienen una importancia especial.

Tengo que expresar mi agradecimiento a muchas personas, y no hay nadie con quien me sienta más profundamente obligado que con el principal intérprete de Gurdjieff. P. G. Ouspensky. De no haber sido por su clara exposición -tanto en sus enseñanzas verbales como en su obra póstuma, In Search of the Miraculous (En Búsqueda de lo Milagroso)- este pequeño libro sobre la enseñanza de Gurdjieff no podría haber sido escrito nunca. Quiero también agradecer la ayuda que he recibido de las obras de mi amigo de toda la vida, el Dr, Maurice Nicoll, Commentaries on the Teaching of Gurdjieff and Ouspensky (Comentarios sobre la Enseñanza de Gurdjieff y Ouspensky), The New Man (El Hombre Nuevo) y The Mark. (1) Casi no necesito decir que he obtenido también información valiosa del libro del que es autor Gurdjieff mismo, All and Everything

(Todo y Todas las Cosas). Puede encontrarse la totalidad de su enseñanza en esta gran obra suya. Siempre que uno actúe con la diligencia. el conocimiento y a la comprensión necesarios para descubrirla. Si este pequeño libro mío pudiera ser el medio que sirva para que el lector se provea del conocimiento requerido para esa tarea, habrá cumplido uno de los propósitos que motivaron su publicación. En la comparación de la enseñanza de Gurdjieff con otras doctrinas orientales, y más particularmente con las del Vedanta, he recibido una gran ayuda de las importantes obras de Sri Aurobindo, The Life Divine (La Vida Divina) y The Synthesis of Yoga (La síntesis del Yoga).

Para terminar, he reservado mi agradecimiento más cálido para los miembros del Grupo Gurdjieff de París, que tanto han hecho por ayudarme en el estudio de sus métodos, tanto en Inglaterra como en Norteamérica. Este libro lo dedico a ellos.

K.W.

CAPÍTULO 1

GURDJIEFF Y OUSPENSKY

Es una cosa fascinante. y al mismo tiempo un tanto alarmante, recorrer hacia atrás la línea del pasado y notar lo delgado que era el hilo que tejieron los Hados, y cuán fácilmente pudo haberse cortado; por supuesto que, de haberse cortado, entonces la vida de uno hubiera sido completamente distinta, Qué lejos estaba yo de adivinar que cuando un joven periodista ruso perteneciente al personal nocturno de un diario de San Petersburgo hizo un viaje a Moscú en la primavera de 1915, estaba iniciando una cadena de acontecimientos que iban a ser de suma importancia también para mí… ¡Qué tienen que ver -hubiera protestado si un gitano clarividente me hubiera llamado la atención sobre ese acontecimiento- los movimientos de un periodista de San Petersburgo conmigo, cirujano residente del Hospital Británico de Buenos Aires. No parecía existir la menor conexión entre mi persona y cualquiera de los acontecimientos que ocurrían en Rusia. y muchas cosas tuvieron que suceder y muchos años que pasar, antes de que la senda del robusto y joven periodista ruso de pelo al ras y grandes anteojos se cruzara con la del cirujano de Buenos Aires.

Ouspensky nos cuenta en su libro. In Search of the Miraculous, que durante la mencionada visita suya a Moscú en la primavera de 1915 dos amigos, un escultor y un músico, le hablaron de un pequeño grupo de Moscú que estaba ocupado en ciertas investigaciones y experimentos difíciles de describir.

Trabajaban bajo la dirección de un griego caucásico y, un poco en contra de su voluntad, accedió a que le presentaran a su maestro caucásico. El encuentro tuvo lugar en un pequeño café, y Ouspensky hace la siguiente descripción de su primer encuentro con Gurdjieff: "Vi un hombre de aspecto oriental, ya no joven, con bigote negro y ojos penetrantes, que al principio me asombró porque parecía estar disfrazado y completamente fuera de ambiente en ese lugar y esa atmósfera. Yo estaba todavía lleno de impresiones de Oriente, y este hombre, con su cara de rajá indio o de sheik árabe. . . sentado aquí en este pequeño café. . . con sobretodo negro de cuello de terciopelo y una galera negra producía la impresión extraña, inesperada y más bien alarmante de un hombre mal disfrazado, cuya presencia lo embaraza a uno porque lo que ve no es lo que él finge ser, y no obstante eso uno tiene que comportarse y hablar como si no lo hubiera notado" (P. D..Ouspensky, In Search of the Miraculous).

Se encontraron varias veces más en el mismo café, y Ouspensky empezó a darse cuenta cada vez más de que el hombre con quien hablaba aquí en Moscú, este hombre que hablaba el ruso incorrectamente con fuerte acento del Cáucaso, poseía el conocimiento que él, Ouspensky, había estado buscado recientemente sin el menor éxito, en India y Ceilán. Fue el comienzo de una estrecha vinculación entre los dos hombres que duró siete años y tuvo enorme importancia para ambos.

Después vino la Guerra y la Revolución, que pusieron fin no solamente al viejo régimen Zarista sino también a toda clase de pensamiento y cultura en Rusia. En 1917 Gurdjieff y Ouspensky, con varios miembros del Grupo de Gurdjieff, se refugiaron en Constantinopla, pero estaban tan alejados del interés del autor del presente libro, como siempre lo habían estado. Fue entonces cuando el delgado hilo de los acontecimientos comenzó a acercarlos a mí. Había gente influyente en Londres que había leído el libro de Ouspensky, Tertium Organum, y que; al saber que su autor era uno de los numerosos refugiados rusos dispersos en Constantinopla, lo invitaron a ir a Londres.

El siguiente acontecimiento significativo tuvo lugar justo en los umbrales de mi casa, en el 86 de la calle Harley. "Nos han concedido una entrevista con el Secretario del Interior dentro de veinte minutos, y quiero que usted sea miembro de la delegación". Era mi amigo Maurice Nicoll quien me decía esto y, sin darme tiempo para contestarle, me metió de cabeza en un taxi que esperaba.

-Pero, ¿qué es todo esto? -le pregunté, después de haber sido presentado a los otros miembros de la delegación.

-Se trata de Gurdjieff. Tenemos que conseguir un permiso para que venga a Londres. Ouspensky ya está aquí, y queremos también a Gurdjieff. Tú vas a representar a la medicina ortodoxa, y dirás lo importante que es que se permita venir a Gurdjieff.

Media hora más tarde ya estaba yo explicándole a un aburrido secretario del Interior lo esencial que era para el bienestar de la Medicina Británica que Gurdjieff (que para mí no era más que un simple nombre) consiguiera permiso para radicarse en Londres. Pero la Secretaría del Interior explicó al día siguiente que ya había concedido tantos permisos para oficiales Rusos Blancos. que no podía conceder uno más para Gurdjieff.

Fue así que Ouspensky se radicó en Londres y empezó a celebrar reuniones allí, mientras que Gurdjieff siguió donde estaba en París, y finalmente fundó en un castillo de Fontainebleau lo que durante tanto tiempo sólo había existido en su mente como proyecto: el Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre.

Maurice Nicoll fue quien forjó el último eslabón de la larga cadena de sucesos que habían empezado, ocho años antes, con la predestinada expedición de Ouspensky a Moscú, y su encuentro con Gurdjieff. Un día me acorraló en la esquina de las calles Weymouth y Harley, y me dijo que Ouspensky estaba ahora celebrando reuniones muy interesantes en Kensington, y que él había conseguido permiso para que yo concurriera. Me explicó que a la gente sólo se le permitía entrar mediante una invitación privada, y me dejó la impresión de que podía considerarme muy afortunado por haber recibido una invitación.

-El miércoles próximo, a las ocho en punto en Warwick Gardens -fue su despedida, y desapareció.

Ya he relatado. en una obra anterior. la historia de mi encuentro con Ouspensky, de mi estrecha vinculación con él por más de treinta años y de mis subsiguientes encuentros en París con ese hombre más notable aún, George Ivanovitch Gurdjieff.

Todos estos acontecimientos, .que tuvieron para mí enorme importancia y que tienen suficiente interés como para ser registrados por escrito, han sido narrados en Venture with Ideas, pero poco fue lo que se dijo en ese libro sobre las ideas que enseñaron esos

dos hombres. y fue la calidad única de su enseñanza, más que sus caracteres, lo que me mantuvo vinculado con ellos durante tantos años. Las ideas no siempre ron cosas pasivas, obedientes, que pueden ser dejadas de lado cuando ya no nos sirven más. y esto resulta particularmente cierto en lo que respecta a las que me fueron ofrecidas directamente por Gurdjieff, o a través de Ouspensky. Había ideas que venían fuertemente cargadas de energía y que pronto comenzaron a obrar en mi interior como un poderoso fermento. Originalmente, me sentí atraído hacia ellas debido a que eran enteramente distintas de todo lo que hasta ese momento había conocido, y gradualmente se fueron apoderando de mi e impulsándome en una dirección en que al principio yo no deseaba dirigirme. Al revés de Ouspensky, quien había abandonado deliberadamente su trabajo en 1914 con el fin de buscar en Oriente lo que él llamaba "Escuelas Esotéricas", yo estaba, o creía estar satisfecho con las cosas tal como se presentaban. En pocas palabras, no sentía la necesidad de contar con una filosofía de la vida. Sin embargo. me estaban sacando a tirones de la usual rutina de mi vida y de mis acostumbrados canales de pensar y sentir, no tanto por la fuerza del impacto de dos hombres poderosos -los dos notables- sino por el peso mismo de su enseñanza. Todas estas cosas han sido explicadas en Venture with Ideas.
Gurdjieff estaba en París y Ouspensky en Londres: por lo tanto fue este último quien me enseñó el sistema de conocimiento que Gurdjieff había llevado a Rusia luego de sus años de viajes por el Oriente. Tal vez haya ocurrido también que los Hados responsables de todo lo que me estaba ocurriendo, lo hubieran dispuesto de ese modo. Gurdjieff empleaba medicinas fuertes, y dudo de que yo hubiera sido capaz de digerir su drástico tratamiento, si lo hubiera conocido desde un principio. Debo muchísimo a Ouspensky por todo lo que hizo por mí en esos primeros años, y le estoy profundamente agradecido por su paciente y clara interpretación de la enseñanza de Gurdjieff. Tenía mejor dominio del inglés que Gurdjieff, y una mente metódica y prolija, que imponía el orden sobre el método de enseñanza menos sistematizado de este último. Su paciencia era algo real.. mente notable. De 1917 en adelante buscaba expresiones cada vez más claras para las ideas que había recibido de Gurdjieff, con la posible intención -pues nunca hablaba de ello en forma definida- de publicarlas en forma de libro después de la muerte de éste. Pero murió antes que su maestro, y entonces recayó en Gurdjieff la responsabilidad de decidir si habría de enviarse a la imprenta o no los prolijamente revisados escritos de Ouspensky. Gurdjieff tuvo oportunidad de leerlos en una traducción al ruso, y manifestó que eran una expresión exacta de su propia enseñanza, por lo que ordenó que se publicaran.

Gurdjieff y Ouspensky ya han muerto, y si alguna vez he de registrar por escrito lo que aprendí de ellos, tiene que ser ahora. He dudado durante mucho tiempo antes de embarcarme en esta tarea, y eso por muchísimas razones. Una de ellas, por cierto importante, es que yo estaba plenamente consciente de la dificultad de trasladar a un libro una enseñanza tan individual como lo es la de Gurdjieff, enseñanza que, para ser eficaz, no puede ser leída, sino impartida a los individuos en forma oral.
Gurdjieff creía que los hombres y las mujeres son divisibles en un número comparativamente pequeño de tipos, y que lo aplicable a un tipo, no lo es necesariamente a otro. De tal manera, la instrucción tiene que ser dada en forma individual, y es obvio que esto no puede hacerse en un libro. También preví la dificultad de presentar ideas, primero en la forma cruda en que las recibí de Ouspensky, para mostrar después la gradual profundización de mi comprensión de ellas con el correr de los años.

Este lento progreso en la comprensión, sólo podía ser sugerido en un libro observando el tiempo con un telescopio, y el resultado podía resulta confuso, por dejar al lector a menudo lleno de dudas sobre si las ideas que yo exponía habían sido recibidas así de Ouspensky, o si yo las había entendido en esa forma mucho tiempo después. Ese método de presentación, también podría llevarme a poner en boca de Ouspensky palabras que él nunca hubiera pronunciado, aun cuando ellas pudieran estar completamente de acuerdo con su enseñanza. Todo esto me hizo advertir claramente que habría de enfrentarme con muchas dificultades al escribir sobre las ideas de Gurdjieff.

Gurdjieff dijo una vez: "Tengo cuero muy bueno para venderle a quienes quieran hacerse zapatos con el", y cuando estas palabras llegaron a mi mente, inmediatamente me proporcionaron el plan correcto para mi obra. No hay mejor descripción que ésta del rol desempeñado por Gurdjieff como maestro. Era un hombre que tenía ideas de una calidad extraordinaria para venderle a quienes necesitaran ideas de esa clase. Además había utilizado deliberadamente la palabra “vender”, porque siempre sostuvo que los hombres no eran capaces de apreciar ninguna cosa que no se vieran obligados a pagar para conseguirla; el pago no tiene que ser forzosamente con dinero; pero algo tienen que sacrificar para poder apreciar debidamente el cuero que adquieren. Otro punto importante sobre el que hizo hincapié en esta breve frase suya, fue que el cuero era para aquellos que fueran a utilizarlo en forma práctica, y no para diletantes o exhibicionistas que lo quisieran solamente para lucirse. El comprador tenía que elaborar algo con el cuero que había comprado, y nada podía resultar más útil que un par de zapatos fuertes para el difícil viaje que es la vida. Advertí que el propósito que yo tenía que tener en vista mientras escribiera el proyectado libro, debía ser el de mostrar al lector lo excelente que era el cuero de Gurdjieff; y exhibir luego los zapatos que había fabricado con él. La mano de obra y el diseño de mis nuevos zapatos podrían, naturalmente, haber sido mucho mejores. pero algo hay que decir en su favor, y es que son mi propia obra. y están hechos a mano.

Como se verá más adelante. después de haber hecho una reseña de las ideas de Gurdjieff, las comparo frecuentemente con otras afines provenientes de fuentes científicas, filosóficas y religiosas. He realizado estas comparaciones, porque desde hace muchísimo tiempo ha despertado en mí gran interés, comparar personalmente y contraponer las ideas de Gurdjieff a las que se me han presentado a través de variadas lecturas en el curso de los últimos treinta años. He descubierto muchas analogías llamativas en esta forma. pero lo que quiero acentuar aquí, es que no pueden encontrarse en ninguna otra parte tantas ideas de esta naturaleza reunidas en un todo sustancial en sí mismo y coherente. Quizá sea mejor emplear un símil totalmente distinto, asimilando el sistema de enseñanza de Gurdjieff a un organismo viviente, dentro del cual ya cada una de las partes se relaciona con todas las demás, y depende de ellas.

Como la enseñanza de Gurdjieff posee las cualidades de coherencia. integración y desarrollo que son características de la vida, es por ello que estoy tratando de llevarla a conocimiento de otra gente, en la medida en que es posible hacerlo en forma de libro. Esta última frase condicional es necesaria, pues la formulación y la impresión exprimen de la palabra hablada casi toda su vitalidad, del mismo modo que cuando se aprieta a una flor, se la priva de casi toda su belleza. Todas las grandes religiones se han visto expuestas a este proceso desvitalizante. Cuando las enseñaron sus fundadores eran cosas hermosas, vivas, pero cuando los escribas, los fariseos y los abogados las asentaron en libros y rollos, quedaron tan desamparadas y resecas como los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia Anglicana.

Desgraciadamente no hay forma de evitar el efecto desvitalizante que tienen los libros sobre la enseñanza oral, y todo lo que puede hacerse a esta altura es advertir al lector que eso puede ocurrir. Tiene que ser puesto en guardia sobre otra cuestión, es decir, sobre el empleo de la palabra “sistema” en relación con la enseñanza de Gurdjieff. Es una palabra que debiera de haberse evitado, pero lamentablemente ha sido confirmada por un largo uso. La razón de que sea objetable es que la palabra “sistema” está íntimamente relacionada en nuestras mentes con adjetivos calificativos tales como correcto e incorrecto, ortodoxo y heterodoxo, y éstas son palabras a las que Gurdjieff se hubiera opuesto con todas sus fuerzas.

También se opone a ellas otro maestro moderno de las verdades espirituales: Krishnamurti, quien deplora nuestra tendencia a organizar y sistematizar la sabiduría, y lo ilustra con una parábola. Narra que un día el diablo y un amigo salieron a dar un paseo por la tierra, y en eso vieron a un hombre que se agachaba de golpe y levantaba algo del suelo. Dijo el amigo del diablo: “Será mejor que te pongas en guardia, pues ese hombre que está allí ha recogido una partícula de la verdad.”

El diablo sonrió. sin perturbarse en lo más mínimo. “No hay ningún peligro -contestó- van a organizarla y sistematizarla, No hay motivo para preocuparse.”

El Maestro Zen del Budismo compara toda enseñanza a un dedo que apunta hacia la luna, y reprende muy severamente al discípulo, si éste pone el énfasis sobre el dedo en lugar del objeto al que el dedo apunta. Del mismo modo debe considerarse a la enseñanza de Gurdjieff como un dedo que dirige la atención sobre ciertos principios y métodos que, empleados acertadamente, conducen a determinados resultados. Todo lo que este libro puede hacer es dar al lector una idea sobre algunos de los métodos y principios que empleaba Gurdjieff. Imaginar que con cualquier libro puede lograrse algo más que eso, es obviamente absurdo. Gurdjieff no trazó diagramas sobre un pizarrón para enseñar con ellos. Su método de instrucción era mucho menos cómodo para su clase. Extraía de nosotros trozos vivientes de experiencia y con ellos enseñaba. Uno descubría que sus propias vanidades y tonterías diminutas eran utilizados como ejemplos con los cuales Gurdjieff podía demostrar a la clase la naturaleza mecánica de la vida humana. Un libro no es más que un sustituto muy pobre de una enseñanza tan vital y directa como ésta.

CAPÍTULO II

LAS VARIAS MENTES DEL HOMBRE

Mantener el interés del grupo por un organismo de ideas, aportar temas de discusión todas las semanas, guiar a la gente en medio de sus confusiones privadas, sus estupideces y sus dificultades durante más de un cuarto de siglo, no era cosa baladí, y esto fue lo que hizo Ouspensky por sus seguidores. Y nosotros, por nuestra parte, le ofrecimos nuestro decidido apoyo.

Constituíamos una muchedumbre heterogénea, que se mantenía unida debido, casi totalmente, a la enseñanza. También había gente que venía y se iba -constituían la población flotante del trabajo; había una cantidad de aves de paso que vagaban por sobre el borde de las cosas, eligiendo trivialidades al azar pero sin realizar verdaderos esfuerzos; se acercaba algún extraño que aparecía en una sola reunión y después, al no conseguir la respuesta de Ouspensky, no volvía más; y también veíamos visitantes que ya cargaban un pesado equipaje mental y emocional constituido por convicciones inconmovibles, teorías y creencias firmes, en forma tal que les resultaba completamente

imposible hallar espacio para algo nuevo. Estaban todos estos, y además muchos otros tipos de gente que acudían a unas cuantas reuniones de Ouspensky, mostraban señales de desaprobación y desaparecían para siempre. Pero existía un constante y sólido grupo de seguidores que en muy contadas ocasiones faltaban a una reunión.

Ouspensky celebraba sus reuniones, en la época en que me uní a su grupo, en una casa ubicada en Warwick Gardens. En la amplia planta baja en que nos reuníamos había un pizarrón, unas cuarenta sillas de madera de respaldo recto y asiento duro, y una pequeña mesa en la que se había colocado una jarra de agua, un baldecito, un cenicero de bronce, un borrador y una caja de tizas de colores. En la mesa se sentaba Ouspensky, hombre de complexión robusta. pelo gris cortado al rape; un hombre que, a juzgar por las apariencias yo hubiera tomado por un científico, abogado o maestro de escuela, pero ciertamente no por el expositor de lo que yo entendía que debía ser una forma mística de filosofía. Al principio me resultó muy difícil de comprender, principalmente porque hablaba con un acento ruso tan fuerte que me producía la impresión de estar escuchando una lengua extraña. Pero pronto me acostumbré a su dicción eslava, y descubrí, para sorpresa mía, que poseía un vocabulario inglés muy extenso. Cuando nos hablaba no hacía muchos gestos ni tampoco empleaba esa clase de recursos que utilizan los conferenciantes experimentados, y esta ausencia de arte oratorio daba más peso a sus argumentos. Uno sentía que él no tenía deseo de convencer -lo que así era- y que lo que decía era sincero, digno de confianza y muy posiblemente cierto.

La habitación desnuda, el pizarrón, borrador y tizas, las sillas duras, la apariencia de Ouspensky, la forma en que echaba ojeadas a sus notas, algunas veces a través de sus lentes y otras mirando por sobre ellos, sus afirmaciones dogmáticas, el modo como conducía las reuniones, como negándose a aceptar insensateces, y la forma brusca en que rechazaba preguntas demasiado largas o inútiles; todo ello parecía transportarme directamente de nuevo al aula escolar. Volví a sentirme un muchachito que escucha a un maestro amable pero un tanto severo que se dirige a un personaje inferior. Aunque he estado vinculado a Ouspensky por casi un cuarto de siglo, nuestra relación continuó tal como había empezado, o sea la de un discípulo -quizá un prefecto en años posteriores- y su superior. Nunca me sentí completamente cómodo a su lado, y jamás me encontré o conversé con él del modo que un ser humano debiera de encontrarse o conversar con otro, abiertamente y sin temor. No obstante eso, soy plenamente consciente de la obligación que tengo para con él, y siento que le debo casi tanto como a Gurdjieff, pues sin la ayuda de Ouspensky, dudo de que jamás hubiera podido comprender a Gurdjieff. No quiero afirmar con esto, que aún ahora haya podido comprender del todo a ese hombre verdaderamente asombroso.

El punto de partida de Ouspensky para el estudio del sistema de G. -siempre se refería al maestro en esta forma- era el mismo que G. había elegido como punto de partida en Moscú: v.g. el estudio de la naturaleza del hombre. Usaba como texto las palabras comúnmente atribuidas a Sócrates, pero que son en realidad mucho más antiguas que la época de Sócrates: la afirmación de que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Luego seguía diciendo que teníamos una inmensidad de cosas por conocer en relación con nosotros mismos, ya que ése era un tema sobre el cual todos éramos abismalmente ignorantes. Somos, en realidad, muy distintos de lo que imaginamos ser, y nos atribuimos a nosotros mismos toda clase de cualidades, tales como unidad interior, control y voluntad, que, en realidad. no poseemos. Nuestro trabajo debe comenzar, por lo tanto, con el abandono de la idea de que nos conocemos a nosotros mismos, y con el descubrimiento de lo que realmente somos.

Éste es un paso preliminar necesario para transformarnos en alguna cosa si, después de conocernos un poco mejor, nos sentimos disgustados por algunas de las cosas que hemos visto, y queremos cambiarlas.
Después, sin ninguna observación preparatoria más, ni cláusulas condicionales, ni mención alguna de agobiadoras circunstancias, Ouspensky se sumergía bruscamente en el sistema de pensamiento de G. "El hombre -decía- es una máquina que reacciona ciegamente a las circunstancias externas, y, siendo así, no tiene voluntad, y muy poco control de sí mismo, si es que tiene alguno. Lo que tenemos que estudiar, por lo tanto. no es psicología -pues eso se aplica solamente al hombre desarrollado- sino mecánica". Ouspensky decía que hay que comenzar, el estudio del hombre máquina con una investigación de su mente. Sobre este tema la enseñanza de G. difería de todas las otras enseñanzas occidentales. Proclamaba que el hombre posee no sólo una mente sino siete clases distintas de mentes, cada una de las cuales aporta su contribución a la suma total de su conocimiento. La primera de estas mentes del hombre es su mente intelectual, instrumento que se ocupa de la construcción de teorías, y la comparación de una cosa con otra. La segunda mente del hombre es su mente emocional, que se ocupa de los sentimientos en vez de las ideas; su tercera mente es la mente que controla sus movimientos, y a la cuarta mente G. le había dado el nombre de "mente instintiva". Esta cuarta mente supervisa todas las funciones fisiológicas de su cuerpo. tales como los. procesos de digestión y respiración.

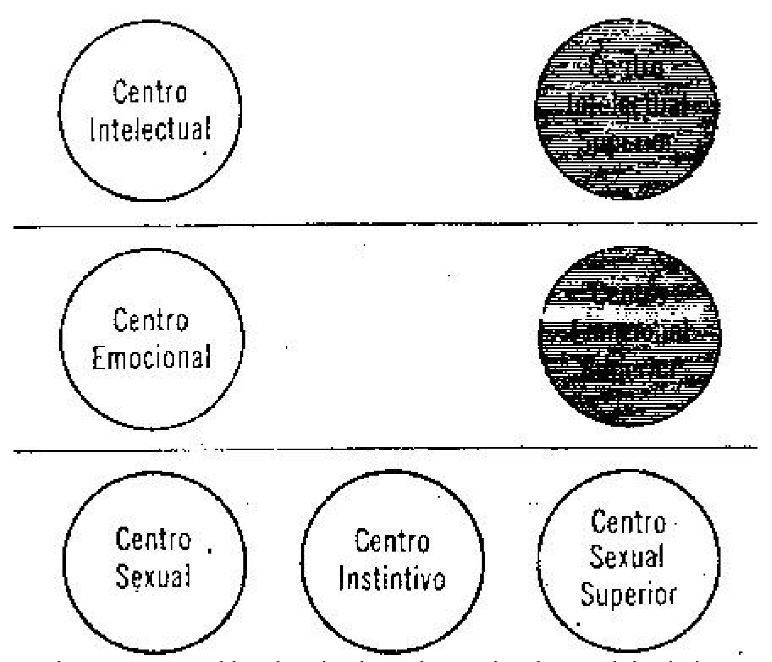


Fig. 1 – Muestra siete centros en el hombre: intelectual, emocional, sexual, instintivo, sexual superior, emocional superior, intelectual superior. Los dos centros superiores que no funcionan en el hombre ordinario, son los que aparecen sombreados.

Existe también la mente de la vida sexual del hombre, y, además de estas mentes ordinarias, hay dos variedades superiores: la Emocional Superior y la Intelectual Superior. Estas mentes Superiores no funcionan en la gente común como nosotros, sino que se encuentran activas solamente en los hombres plenamente desarrollados. No obstante eso, existen en la gente común y, algunas veces; y por causa de algún accidente, se activan en ellos por unos instantes (ver fig. 1).

Los que componían el público de Ouspensky, que habían crecido dentro de la idea cartesiana de que la mente es una especie de presencia fantasmal, que hace uso del sistema nervioso central en forma parecida a como un dueño de casa usa un teléfono, es decir. como un instrumento que recibe mensajes del mundo externo y emite órdenes al cuerpo, encontraban que esta idea de que el cuerpo poseía tantas mentes era un poco confusa. Yo, por mi parte, no era un convencido de la idea cartesiana, y estaba particularmente interesado en la idea de que existe una mente especial para coordinar los variados procesos fisiológicos que se producen en el cuerpo. Pues ¿cómo -a menos que se atribuyera al cuerpo una inteligencia congénita propia- era posible explicar el maravilloso trabajo que realiza el cuerpo, los complicados procesos químicos que se efectúan en forma tan rápida en sus laboratorios, la asombrosa inteligencia que despliega en la regulación de su crecimiento. la maravillosa forma en que cumple su propio trabajo de reparación, y la prontitud con que moviliza sus defensas contra el ataque de microorganismos hostiles?
Estas maravillas fisiológicas siempre me habían causado asombro, y sugerían con gran fuerza que la inteligencia reside no sólo en el cerebro, sino en todos los tejidos vivos del cuerpo. Filosóficamente hablando, yo había llegado ya a la conclusión de que la mente y el cuerpo tenían que ser considerados como coexistentes e interdependientes, siendo cada uno de ellos condición de la existencia del otro; y, como veremos más tarde, esta filosofía está en armonía con la enseñanza de G. sobre el tema.
Acepté con muy buena disposición, por lo tanto, este informe preliminar de que existen varias especies de mente en el hombre y que el cuerpo deriva de aquella su propia variedad fisiológica.
Ouspensky hacía libre uso de diagramas cuando nos enseñaba, y uno que con frecuencia se dibujaba sobre el pizarrón era el que mostraba las varias mentes del hombre (como en la fig. 1) .
Decía que este diagrama era considerado como un ser de tres pisos, en cuyo piso más alto reside la mente intelectual, o, como Ouspensky prefería llamarla ahora, el Centro Intelectual. En el piso del medio está la mente o centro emocional del hombre, y en el piso inferior su centro motor y sus mentes o centros instintivos.
Cuando se le preguntaba dónde estaban situados, anatómicamente hablando. estas mentes o centros coordinadores, del hombre, contestaba que estaban desparramados por todo el cuerpo, pero que la máxima concentración del centro intelectual, o lo que podía llamarse su centro de gravedad, está ubicado en la cabeza. El centro de gravedad del centro emocional está en el plexo solar, el del centro motor en la médula espinal y el del centro instintivo dentro del abdomen. Ouspensky nos aconsejaba a los que encontrábamos difícil de visualizar esta amplia difusión de los distintos centros, que pensáramos en la mente del hombre en términos de funciones o actividades, antes que en términos de centros y estructuras anatómicas. En lugar de hablar de los cuatro centros inferiores. podría decirse que hay en el hombre cuatro funciones distintas: las de pensar. sentirse y moverse, y la de regular las variadas necesidades fisiológicas de su cuerpo. Además de éstas están las funciones sexuales y las funciones del pensamiento y del sentimiento superiores, que existen en nosotros solamente en forma latente y que son incapaces de manifestarse.
Según G., todas las criaturas vivientes que pueblan la tierra podrían ser clasificadas de acuerdo con el número de mentes o centros que poseen. y el hombre es la única criatura sobre el planeta que está equipado con un centro intelectual. Los animales superiores poseen centro emocional, motor, instintivo y sexual, pero los inferiores. como por ejemplo los gusanos. están desprovistos hasta del centro emocional, y se las arreglan con los centros motor e instintivo solamente.

La actividad relativa de los tres centros principales en el hombre (intelectual, emocional e instintivo-motor) es distinta en los diferentes individuos. y esto nos proporciona el medio de clasificar a los hombres bajo tres o cuatro rubros. Existen hombres que lo hacen todo mediante la imitación de la forma de comporta miento de 1os que los rodean. y que piensan. se mueven y reaccionan en forma muy parecida a como todos los demás piensan, sienten, se mueven y reaccionan. Tales personas están casi enteramente controladas por sus centros motores, que poseen un don especial de imitación. y un hombre de ese tipo será conocido de aquí en adelante como hombre número uno.
Existen otras personas en las que las emociones asumen la dirección de sus vidas, personas que son guiadas por lo que sienten y por lo que les gusta y les disgusta, antes que por lo que piensan. Esas personas se pasan la vida buscando lo que les resulta agradable y evitando lo que les desagrada, pero a veces reaccionan patológicamente en forma inversa, derivando un placer perverso del temor, y convirtiendo de afligente en una forma horrible de voluptuosidad. Una persona de este tipo que está controlada por las emociones, será denominada en adelante hombre número dos.
Tenemos finalmente al hombre número tres, o sea el hombre dominado por las teorías y por lo que él llama su razón cuyo conocimiento está basado en el pensamiento lógico, y que todo lo entiende en el sentido literal. Un hombre de este tercer tipo será llamado hombre número tres.
Ouspensky nos aclaró que ninguno de estos tres tipos de hombres era superior a ningún otro, y que los tres estaban al mismo nivel, igualmente a merced de su maquinaria psicológica, y sin ninguna voluntad. Todo lo que se quiere mostrarnos con esta clasificación es que el comportamiento individual y las decisiones de un tipo de hombre puede ser explicado por el predominio que tiene en él una determinada función, y el comportamiento y las decisiones de otro tipo de hombre, por el predominio de otra clase de función. Este método de clasificación de la gente es posible porque el desarrollo humano es generalmente desparejo, pero nos sirve mucho menos cuando el desarrollo de un hombre se ha producido en forma más equilibrada.
Un hombre debidamente equilibrado, trabajando como tendría que trabajar, se asemeja a una orquesta bien preparada, en la cual un instrumento asume la dirección en un momento de su actuación y otro instrumento en otro momento, dando cada uno su contribución a la ejecución de la sinfonía. Desgraciadamente ocurre muy raras veces que nuestros centros trabajen en forma armoniosa, pues no sólo puede ocurrir que un centro interfiera en el trabajo de otro centro sino que con frecuencia trata de hacer el trabajo de otro centro. Hay ocasiones, por ejemplo, en que nuestras acciones tendrían que basarse en el sentimiento antes que en el pensamiento, y otras en que los sentimientos tendrían que ceder la primacía al pensamiento. Pero los argumentos reemplazan con frecuencia al sentimiento en primer lugar, y las emociones son proclives a interferir con el pensamiento en segundo lugar. Como resultado de este desacuerdo entre los centros, y de la ausencia del director de la orquesta, muy frecuentemente se producen disonancias, nuestros sentimientos se contradicen con nuestros pensamientos, y nuestras acciones se traban en lucha con nuestros pensamientos y sentimientos. Nos asemejamos por lo tanto a orquestas a las que no sólo les falta un director, sino que además están compuestas por músicos que se pelean entre si. Los ejecutantes de instrumentos de cuerdas ya no están en buenos términos con los ejecutantes de instrumentos de viento, ya nadie le importa en lo más mínimo lo que hace el resto de la orquesta. Abreviando: cada miembro de la orquesta hace lo que le parece bien a sus propios ojos, sin importarle nada de nadie más.
Ouspensky decía que conocerse a sí mismo requiere muchos años de estudio de sí mismo, y que debemos primeramente entender cuál es la forma correcta de hacerlo.

Comentaba que había comenzado por hacernos conocer la explicación dada por G. sobre los distintos centros, pues habría de resultarnos útil para el trabajo que estábamos a punto de emprender, el de la observación de nosotros mismos. Lo que se requería ahora de nosotros era que empezáramos a observar el trabajo de los distintos centros en nosotros mismos, la forma en que estaban funcionando, y asignáramos al centro correspondiente cada actividad, según la viéramos. Obteniendo nuestros propios ejemplos del trabajo de estos centros dentro de nosotros mismos, nos iríamos familiarizando cada vez más con el funcionamiento de nuestra maquinaria. Como lo dijera G. mucho tiempo antes. el estudio del hombre comienza con el estudio de la mecánica y no de la psicología, pues la psicología es aplicable sólo a gente que está más plenamente desarrollada. Conocernos a nosotros mismos en la forma en que nos era necesario conocernos eventualmente, constituía una aspiración muy ambiciosa, que sólo podía realizarse después de años de pacientes y dolorosos estudios de nosotros mismos. Nos advertía que nos cuidáramos de confundir la auto-observación, en la forma en que debe realizarse, con esa ocupación sumamente inservible que se conoce con el nombre de introspección. La introspección es muy distinta de la observación de sí mismo. Lo que se requería de nosotros era que registráramos, o tomáramos nota, de nuestros pensamientos, emociones y sensaciones en el momento en que ocurrían, y la introspección por lo general significa pensar y soñar en nosotros mismos. La introspección comprende también el análisis y la especulación sobre los motivos que impulsan nuestro comportamiento, pero como el cuadro que tenemos de nosotros mismos es en gran medida un cuadro imaginario, toda esta especulación y sondeo en la oscuridad es de muy poco provecho para nadie, en lo que respecta al verdadero conocimiento de uno mismo.

Al observarnos a nosotros mismos, debemos mirarnos con desapego, y como si estuviéramos mirando a otra persona sobre la cual sabemos muy poco. Al principio podremos encontrar difícil atribuir nuestras actividades a los centros correspondientes, pero con la experiencia esto se irá haciendo gradualmente más fácil. Por ejemplo, al principio algunos de nosotros podremos confundir el pensar con el sentir, el sentir con el percibir, y entonces podrá sernos de utilidad recordar que el centro intelectual trabaja comparando una cosa con otra cosa, y haciendo afirmaciones subsiguientes sobre la base de esta comparación, mientras que el centro emocional trabaja registrando sus gustos y aversiones congénitos, y actuando directamente sobre esa base.

El centro instintivo está ocupado del mismo modo, decidiendo sobre si las sensaciones que recibe son de naturaleza agradable o desagradable. Debiéramos tener presente el hecho de que ni el centro emocional ni el instintivo discuten o razonan jamás sobre ninguna cosa, pero como todo lo perciben directamente, le dan a la percepción una respuesta igualmente directa. Debiéramos considerar a estas funciones psíquicas nuestras como si fueran distintas clases de instrumentos, cada variedad de los cuales aporta su contribución a la suma total de nuestro conocimiento.

Existen diferentes formas de conocer una cosa, y conocerla completamente significa conocerla simultáneamente con nuestras mentes pensante, emocional, y hasta con la motriz y la instintiva. Ouspensky nos advertía que, mientras nos estudiábamos a nosotros mismos de este modo, habríamos de descubrir muchas cosas en nosotros mismos que nos disgustarían, así como muchas cosas que merecerían nuestra aprobación. Pero por el momento debíamos contentarnos sólo con tomar nota de nuestros gustos y aversiones, sin tratar de provocar cambio alguno en nosotros mismos. Sería una equivocación muy grave –decía- y afortunadamente una equivocación muy difícil de cometer, alterar algo en nosotros mismos en esta etapa tan temprana de nuestro trabajo.

Cambiar algo en uno mismo sin correr el riesgo de perder alguna otra cosa de valor, requiere un conocimiento del todo, que estamos muy lejos de poseer. En nuestro actual estado de ignorancia del todo, debiéramos de luchar para despojarnos de alguna cualidad personal que, debidamente manejada, podría en un futuro convertirse para nosotros en un caudal positivo, o también fortalecer algún otro rasgo nuestro que hubiera causado nuestra admiración, pero que constituiría un impedimento para nuestro desarrollo futuro. Además, si un hombre pudiera destruir alguna característica suya que le causara disgusto, alteraría al mismo tiempo todo el equilibrio de su maquinaria, y de ese modo provocaría una cantidad de inesperados cambios en otras partes de sí mismo. Es una suerte para nosotros, por lo tanto, que esté más allá de nuestro poder entrometernos con nosotros mismos, aun cuando nos es posible solamente vernos en forma un poco más clara que hasta entonces.

Ouspensky nos aconsejaba dejar de lado toda clase de actividades que tuviera un carácter dudoso, hasta tanto hubiéramos adquirido mayor habilidad en la tarea de ordenarlas. Por el momento debíamos concentrar nuestra atención en la clasificación de las actividades que tuvieran una naturaleza definida. Luego, después de haber adquirido destreza en la observación del trabajo de nuestros variados centros, podríamos emprender la tarea más difícil de buscar ejemplos del trabajo equivocado de los centros, debido ya sea a que un centro tratara de realizar el trabajo que corresponde a otro, o a que un centro se entrometiera en el funcionamiento de otro centro. Nos dio, como ejemplo de un centro que desempeña el trabajo de otro, la pretensión del centro intelectual de que "siente" mientras que es completamente incapaz de sentir nada, o del centro emocional que adopta una decisión que no está dentro de sus atribuciones adoptar.

Describía al centro motor como un típico bufón, y decía que con frecuencia imitaba el trabajo de otros centros, haciendo aparecer exteriormente como que se estaba llevando a cabo una verdadera tarea de pensar o sentir, mientras que en la realidad no estaba sucediendo nada que pudiera tener una naturaleza genuina. Por ejemplo, una persona podía estar leyendo un libro en voz alta o hablando con alguien en forma impresionante, y sin embargo bien podía ocurrir que estuviera sólo emitiendo palabras, que no tuvieran para ella más significado que el que las palabras que pronuncia un loro tienen para éste. La lectura, la conversación y el llamado pensar en este muy bajo nivel, ocurren con frecuencia, y no son más que imitaciones de otras actividades urdidas por el centro motor.

Ouspensky señalaba que la capacidad de un centro para trabajar en lugar de otro podía con frecuencia ser muy útil, en el sentido de que permitía la continuidad de la acción; pero nos advertía de que si eso ocurría con demasiada frecuencia, podía convertirse en un hábito, y ser de ese modo una cosa dañina.

Por ejemplo, hay ocasiones en que tiene una importancia vital pensar claramente. y si en un instante determinado en que el pensamiento es más claro, interviene el centro emocional por medio de la fuerza pura del hábito. y se arroga la facultad de emitir juicio sobre una situación para la cual es necesario el ejercicio del razonamiento, el resultado de esta inoportuna interferencia habrá de ser extremadamente insatisfactorio. El hombre -decía- es un mecanismo sumamente complicado y que está delicadamente ajustado: si se trastorna el equilibrio que existe entre sus distintas partes, la totalidad de la maquinaria empieza a funcionar en muy mala forma. Estas cosas ocurren frecuentemente en los casos de individuos psicopáticos y neuróticos, en los que cada centro está continuamente mezclándose en la actividad de otro centro, o si no, trata de hacer el trabajo que a aquel le corresponde. sin poder cumplirlo como es debido.

Como resultado de toda esta interferencia y mal funcionamiento, todas las partes de la maquinaría de la persona neurótica andan cada una por su lado.
Pero el mal funcionamiento de la maquinaria, no está limitado solamente a las personas que calificamos de neuróticas. Ouspensky decía siempre que aun cuando los psicólogos occidentales han reconocido que un trabajo interior erróneo y la interferencia de una función psíquica en el trabajo de otra función psíquica, son los responsables de muchas enfermedades nerviosas, no se han dado cuenta aún de la enorme cantidad de trabajo defectuoso que siguen realizando personas comunes y supuestamente saludables. Ese trabajo defectuoso es la causa de la torpeza de las impresiones sensorias que se reciben del mundo exterior, de nuestra apatía y falta de comprensión. de nuestra incapacidad para ver las cosas en forma vívida y directa, como las ve un niño, y lo sombrías que son por lo general nuestras vidas. "El hombre -continuaba diciendo Ouspensky- no sólo es una máquina, sino además una máquina que trabaja muy por debajo del nivel que debiera mantener. si estuviera funcionando debidamente. Es necesario que nosotros. por lo tanto, nos observemos muy de cerca. no sólo para obtener el conocimiento de nuestro mecanismo, sino también con el fin de poder darnos cuenta de cuánto mejor podríamos hacer trabajar nuestra maquinaria. Hay muchos defectos que nos son comunes a todos como seres humanos. y también existen formas de mal funcionamiento que son peculiares de cada uno de nosotros. En la etapa preliminar del estudio de nosotros mismos, es necesario que nos familiaricemos a fondo con nuestras propias fallas particulares".
Como lo he dicho antes en este mismo capítulo, la idea de que el hombre tiene otras mentes, además de la mente única que los fisiólogos han relacionado con su cerebro y su sistema nervioso, me llamó fuertemente la atención. Además de eso, todo lo que Ouspensky decía sobre la habilidad que tiene un centro para asumir el trabajo de otro centro, estaba plenamente de acuerdo con mi experiencia personal. Pude recordar que mucho tiempo antes, al aprender a andar en bicicleta, mi centro motor, en cierto momento, se había hecho cargo del trabajo que hasta entonces había .sido ejecutado por mi centro intelectual. Al comienzo de las lecciones, había tenido que dirigir una inmensa cantidad de pensamiento hacia la forma en que tenía que distribuir el peso del cuerpo, y si dejaba vagar mi atención siquiera por un instante apartándola de la tarea de equilibrarme y apuntar los manubrios en la dirección debida, no tardaba nada en dar contra el suelo. Pero después, en forma completamente repentina, todo este pensar y disponer se hizo completamente innecesario. y me vi a mí mismo haciendo andar la bicicleta y manteniendo el equilibrio como. si la capacidad de hacerlo hubiera nacido conmigo. Algo dentro de mí había asumido de repente la responsabilidad total del manejo de la bicicleta, y el “algo” que había aliviado a la cabeza de su trabajo anterior era, claramente, mi centro motor. Pude recordar, también. el brusco cambio que se produjo en mi forma de hablar castellano, cuando vivía en Buenos Aires. Hasta cierto momento, dramático por cierto, había necesitado pensar mucho para hablar en castellano, y lo que realmente estuve haciendo todo el tiempo no era más que traducir penosamente del inglés al español; de repente, en no más de una semana, ocurrió un cambio impresionante, y me vi a mí mismo pensando y soñando en castellano. Se había esfumado la necesidad de traducir, y mi centro motor estaba imitando a todos los que me rodeaban, y realizando el trabajo que antes había llevado a cabo mi centro intelectual.
Al igual que mucha otra gente, me encontré con dificultades al principio para distinguir entre los movimientos instintivos o los que realiza el centro motor, pero Ouspensky nos había ayudado en gran forma. al decirnos que los movimientos instintivos son congénitos, mientras que los del centro motor tienen que ser aprendidos. Por ejemplo, el

niño recién nacido sabe cómo respirar desde el principio. y rápidamente aprende a chupar y tragar, pero el arte de caminar tiene que ser adquirido trabajosamente en una fecha posterior. Ouspensky decía también que cada centro posee su propia forma de memoría, y yo recordé la sorpresa que había sentido al descubrir que, aun cuando no había andado en bicicleta por más de veinte años, todavía era capaz de saltar sobre una máquina y pedalear sin pensarlo y sin encontrar ninguna dificultad. Mi centro motor había recordado la técnica de andar en bicicleta todo ese tiempo. El ciclismo sirve también para ilustrar lo que Ouspensky había dicho sobre la interferencia de un centro con otro. Si después que el centro motor carga con la responsabilidad de andar en bicicleta, uno empieza a pensar sobre el asunto ya maquinar intelectualmente sobre la forma de distribuir el peso y la dirección en que deben apuntar los manubrios, es más que probable que dé contra el suelo, y esto es un claro ejemplo de cómo el centro intelectual interfiere con el centro motor.

Existe una interesante relación también entre la idea de G. sobre la memoria del centro instintivo, y la opinión de Samuel Butler de que el instinto en los animales, y aun la herencia como un todo, son el resultado de recuerdos heredados. Samuel Butler protestaba contra la actitud de "cortar el hilo de la vida, y por lo tanto del recuerdo, entre una generación y su sucesora". Según él, nuestros cuerpos heredan los recuerdos de una larga línea de antepasados, recuerdos que pasan sobre la grieta que existe entre las sucesivas generaciones, por medio del ovario y el espermatozoide. Daba, como ejemplo de recuerdo heredado, el hecho de que en cierta etapa de su desarrollo dentro del huevo, el pollito "recuerda" que tiene que golpear con su pico la capa interior de la cáscara de huevo, para poder proyectarse en el mundo. El pollito no sólo recuerda cómo hay que hacerlo, sino que además, en una etapa aún anterior de su desarrollo, su centro instintivo ha recordado con tiempo la necesidad de reforzar células muy fuertes de la punta de su pico, a fin de poder romper la cáscara, y una vez que lo ha recordado, rápidamente procede a realizar lo que es necesario. La herencia, para Samuel Butler, era por lo tanto una manifestación de la memoria racial; teoría suya que siempre me había resultado fascinante, y he aquí a G. apoyando a Samuel Butler, al hablar de un recuerdo en el centro instintivo que regula todos los procesos lógicos y de crecimiento. Es cierto que desde los tiempos de Weismann los hombres de ciencia han sostenido la opinión de que las características adquiridas por los padres no son nunca transferidas a los hijos, pero siempre he recibido con escepticismo los argumentos de Weismann. Dentro de mi corazón siempre he seguido siendo un hereje, un lamarckiano y un admirador de Butler.

Me sentí sorprendido ante la riqueza de la colección de observaciones que hice en las semanas que siguieron. observándome a mí mismo en la forma en. que Ouspensky nos había aconsejado, es decir, considerándome como otra persona con la cual tuviera una relación apenas superficial. Quizá el primero y más inquietante de los descubrimientos realizados en esta forma, haya sido el de que nunca era yo la misma persona por más de unos minutos, y sin embargo tenía el descaro de prologar muchas de mis observaciones con la enunciación de frases tan equívocas como: "Siempre pienso que. . ."; o "Estoy convencido de que. . .", o "Pienso decididamente que. . ." ¡Qué insensatez! Me di cuenta en ese momento de que con frecuencia yo había sentido y pensado en forma totalmente distinta de la que estaba pensando y sintiendo en ese determinado momento, ¿ y quién era el que estaba haciendo esta dogmática afirmación acerca de sus propios sentimientos y pensamientos? ¿Quién, en resumen, era “Yo”? He aquí un problema de primera magnitud para resolver.

La observación de uno mismo da origen a toda una serie de nuevas preguntas.

Hace más de dos mil años, Héráclito proclamó que "todo fluye", y hasta ese instante yo había imaginado que al pronunciar estas palabras tan bien conocidas, él se refería

solamente al mundo que está fuera de nosotros. Ahora, como resultado de sólo tres minutos de auto-observación, me di cuenta de que lo que era indudablemente cierto del mundo que está fuera de mí, es igualmente cierto del mundo que está en mi interior. Todo "fluye" dentro de mí como fluye afuera; un estado interior sigue rápidamente a otro, una sensación de placer es rápidamente reemplazada por una de desagrado, de modo que, al mirar hacia el interior. me parecía que mis variadas emociones estaban haciendo un juego en el que todas cambiaban de lugar entre sí, un estudio de estos dos flujos -el interior y el exterior- pronto me convenció de que el interior tenía mucha mayor importancia para mí que el exterior, en lo concerniente a la cuestión de vivir. Sin embargo, yo siempre culpaba a la inestabilidad del mundo exterior, cada vez que algo me salía mal en la vida, y nunca a la inestabilidad interior mía.

Lo mismo ocurría con otras personas. Siempre luchaban por alterar las cosas que están fuera de ellas sin darse cuenta nunca de la necesidad, mucho más urgente, de cambiar su mundo interior. Todo andaría bien. sólo con que A, B y C se comportaran en forma distinta, si se cambiara la ley, si la gente no fuera tan insensata, si se hicieran ciertas cosas que es necesario hacer; pero jamás se detienen ni por un momento para mirar la parte interna de la gran corriente de la vida, en parte consciente, pero en mayor parte inconsciente, que los está arrastrando como si una marea que avanza lanzara sobre su superficie restos de naufragio y de algas marinas.

De acuerdo con Freud, como estamos nosotros, lo que sentimos y lo que pensamos, no son otra cosa que los subproductos de esas oscuras y dinámicas regiones de la mente en las que residen todos nuestros primitivos instintos animales. Freud nos hace una exposición bastante buena de la mente subconsciente que es la causante de todas estas actividades que tienen lugar dentro de nosotros. Pero las mejores descripciones de este gran río subterráneo de deseos, pensamientos y sentimientos, se encuentran en las obras, muy anteriores, de los neoplatónicos de Cambridge, escritas hace más o menos un siglo. En 1866 E. S. Dallas hizo la siguiente descripción dramática del surgimiento de la vida en las cavernas pobremente iluminadas de la mente:

"En los oscuros recovecos de la memoria, en sugestiones no espontáneas, en ristras de pensamientos seguidos desaprensivamente, en oleadas y corrientes múltiples que relampaguean y se precipitan al mismo tiempo. en sueños inestables. . . en la fuerza del instinto. . . tenemos vislumbres de una gran marea de la vida que avanza y se retira, se encrespa y se oculta donde no podemos verla" (citado por Michael Roberts en The Modern Mind). No es posible encontrar una descripción más acertada de la fuerza que nos arrastra con ella, una fuerza de la vida, de cuya existencia yo me estaba dando cuenta recién en forma muy confusa.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE ESTÁ DORMIDO

Poco tiempo después Ouspensky habló del importantísimo factor de la conciencia, y, como era característico en él, se zambulló directamente en el tema sin ninguna clase de preámbulos.

"El hombre -nos dijo- está dormido. Dormido nace, dormido vive y dormido muere. La vida es para él sólo un sueño, sueño del que nunca despierta". Se me hace difícil recordar, después de todos los años que han pasado, cómo tomé este dramático anuncio, pero si mi memoria no me traiciona, no me ocasionó gran sorpresa. Mucha gente había estado haciendo comentarios sobre la calidad de sueño que tiene la vida, y recordé la

historia narrada por aquel inimitable sabio chino de la antigüedad, Chuang Tzu, contemporáneo de Lao Tse. Cuenta cómo, después de haberse quedado dormido en su jardín, despertó y se vio en figurillas para saber cuál era el sueño y cuál era la verdadera vida.
Su narración es la siguiente: "Ocurrió una vez que yo, Chuang Tz'u, soñé que era una mariposa que volaba de aquí para allá; una mariposa para todo fin y propósito. Sólo estaba consciente de seguir mi fantasía como mariposa que era, e inconsciente de mi individualidad como hombre. De repente desperté y me vi tendido ahí; había vuelto a ser yo mismo. Bien: no sé si entonces era un hombre que soñaba que era mariposa, o si ahora soy una mariposa que sueña que es hombre".
Pronto me di cuenta de que Ouspensky no estaba hablando en forma poética o figurativa sobre el hecho de que el hombre está dormido. Quería que tomáramos sus palabras literalmente, es decir, que todos nosotros estamos viviendo en un mundo de seres que caminan dormidos, mundo que está habitado por gente que se mueve dentro de un crepúsculo de conciencia, y sin embargo imaginan que están despiertos. Era una idea bien extraña, y sin embargo no del todo increíble. Un mundo dormido; gente que camina por las calles, se sienta en oficinas gubernamentales dirigiendo asuntos de Estado, se precipita a los lugares en donde tiene que depositar sus votos, imparte justicia desde los estrados tribunalicios, da órdenes, escribe libros, hace un sinfín de cosas; y todo eso en estado de sueño. Esto es lo que él quería decir.
Ouspensky dirigió enseguida nuestra atención al hecho de que en Occidente la palabra "conciencia" se usa en forma muy equivocada, no sólo en la conversación popular, sino también por parte de los psicólogos, que debieran saber algo más. La conciencia -dijo- no es una función, como afirman muchas obras occidentales sobre psicología, sino que es el conocimiento de una función. Por. ejemplo, hay- gente que emplea la palabra conciencia como si fuera sinónimo de pensar, si bien el pensamiento funciona sin el menor conocimiento de su existencia por parte del que piensa, y la conciencia puede existir sin que esté presente ningún pensamiento. La conciencia es una cosa variable que ejerce una influencia sobre la función, la presencia de un grado mayor de conciencia tiene el efecto de mejorar la calidad de nuestras distintas actividades. Mientras más conscientes estuviéramos de estar haciendo algo, mejor lo haríamos. Ouspensky ilustraba lo que quería decir apelando a una analogía.
Asimilaba los varios centros que habíamos estado estudiando en sesiones anteriores a otras tantas máquinas que se encuentran alojadas en una fábrica, máquinas que pueden muy bien trabajar en la oscuridad, pero que funcionan mucho mejor si se encienden velas en el hogar de la fábrica en que han sido instaladas.
Cuando la luz eléctrica sustituye a las velas, el desempeño de las máquinas mejora aún más, y cuando las persianas cerradas de las ventanas de las fábricas se abren de par en par y se deja entrar libremente la luz, las máquinas trabajan al máximo de su eficacia. La luz representa aquí a la conciencia. Él nos decía que la experiencia habría de mostramos que el grado de nuestra conciencia varía a cada momento durante el día, siendo a veces un poco mayor y otras un poco menor. Si continuábamos observándonos a nosotros mismos con cuidado, veríamos que los momentos de "volver en sí" y damos cuenta de nuestra existencia son muy cortos y están separados entre sí por largos lapsos de olvido de nosotros mismos, en los cuales pensamos, sentimos, nos movemos y actuamos sin estar conscientes en lo más mínimo de nuestra existencia. Es una insensatez decir, como lo dice mucha gente, que somos conscientes de nosotros mismos, y si fuéramos sinceros tendríamos que confesar que nos pasamos el día caminando dormidos, en un estado que se encuentra ubicado en algún punto entre el sueño que tiene lugar en la cama, y la vigilia o verdadero. conocimiento de uno mismo. Hablamos,

cumplimos con nuestros deberes, comemos y bebemos, escribimos cartas, hacemos la paz y declaramos la guerra, tomamos decisiones que creemos importantes, escribimos libros, todo ello en un estado de conciencia tan bajo que por lo general está más cerca de la condición de sueño, que de la de conocimiento de uno mismo. Sólo por un instante o dos nos tomamos ocasionalmente conscientes de nuestra existencia, y después, igual que una persona que. se da vuelta en la cama y abre a medias los ojos, los volvemos a cerrar y volvemos otra vez a nuestros sueños.

Ouspensky señalaba que mientras más bajo fuera el nivel de nuestra conciencia, más ciegas y mecánicas habrán de ser nuestras acciones, y más subjetivos seremos en nuestras apreciaciones. Cuando una persona duerme en su cama durante la noche, interpreta los apagados mensajes que le llegan del mundo exterior en forma completamente subjetiva, incorporándolos a la estructura de sus sueños. Por ejemplo, la presión que hacen las ropas de la cama sobre sus pies, se convierte en un sueño en el que se imagina a sí mismo atrapado por el barro de un pantano, justo en el momento en que estaba escapando de algún enemigo.

O una picazón a lo largo del nervio de los dedos, será interpretada por la persona que sueña como un ataque lanzado contra él por abejas irritadas. En otras palabras, las opiniones de un hombre sobre lo que le está sucediendo mientras duerme en su cama por la noche, son enteramente subjetivas, y tienen muy poco que ver con la realidad. Cuando se levanta por la mañana es capaz de ver las cosas en forma un poco menos subjetiva, pero aun entonces es incapaz de verlas tal como realmente son.

Sólo en un estado superior de conciencia le es posible a un hombre verse a sí mismo ya las cosas que lo rodean como realmente son, y no simplemente como él imaginaba que eran.

Ouspensky seguía diciendo que hay para el hombre cuatro estados posibles de conciencia, y que nosotros sólo conocemos dos de ellos, o sea, el sueño en la cama por la noche, y el estado de conciencia en que pasamos el día, estado que él proponía que llamemos "caminar en sueños". Por encima de estos dos estados que nos son habituales existen otros dos niveles superiores de conciencia, el primero de los cuales es el estado a que antes nos hemos referido como de “recordación de sí mismo” o verdadera autoconciencia. Ouspensky decía que éste está asociado con un nítido sentido de nuestra propia existencia, como asimismo con todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Es un estado de conciencia que alguno de nosotros puede haber experimentado accidentalmente, especialmente en la infancia. El cuarto, y más elevado estado de conciencia, es la Conciencia Objetiva, denominada a veces en la literatura como Conciencia Cósmica. Pueden también presentarse relámpagos de este estado de conciencia, que es el máximo, en hombres y mujeres completamente comunes, y aparentemente por casualidad, pero si uno se sumerge con más cuidado en la historia de los que lo han experimentado, encuentra con suma frecuencia que se habían sometido anteriormente a ciertas disciplinas interiores, y habían sido profundamente conmovidos en el plano emocional.

Las mejores narraciones sobre el estado superior de conciencia pueden hallarse en la literatura religiosa bajo el título de iluminación.

Ouspensky afirmaba que en un estado de verdadera autoconciencia, un hombre es capaz de verse a sí mismo objetivamente, tal como realmente es. y que en el estado más elevado de todos. puede ver todas las cosas objetivamente. Es por esta razón que a este estado máximo de conciencia se le ha dado el nombre de Conciencia Cósmica u Objetiva. El camino que lleva a estos estados superiores de conciencia pasa a través del estado que está inmediatamente por debajo de él. De este modo la Conciencia Objetiva se alcanza por vía del estado intermedio de verdadera conciencia de sí mismo, de modo

que el hombre que ha alcanzado este nivel, puede ocasionalmente experimentar relámpagos del nivel que está por encima de aquel, del mismo
modo que la gente común que vive en un estado de andar despierta, puede ocasionalmente experimentar relámpagos accidentales de verdadera autoconciencia. Cualquier persona puede alcanzar por su sola voluntad estos estados superiores, pero no en forma simplemente casual sino sometiéndose a un prolongado trabajo sobre sí misma ya una severa lucha interior.
No obstante eso, el hombre tiene el derecho natural de poseer el tercer estado de conciencia. es decir; el estado de conocimiento de si mismo, que había perdido por causa de una educación equivocada, erróneos métodos de vida y el descuido constante de las partes más elevadas de su naturaleza. Ouspensky decía que el sueño en que ha caído no era tanto un sueño natural, como un estado de trance que ha inducido en él los errores que hemos citado, y, siendo así, le es posible despertar de él y reclamar el derecho que tiene de un verdadero conocimiento de si mismo.
Pero para que esto ocurra, tres cosas son esenciales: primero, que el hombre se dé cuenta de que está realmente dormido; segundo, que reciba ayuda de alguien que se las haya arreglado para despertar, y que sepa por consiguiente cómo hay que hacerlo; y tercero, que esté dispuesto a trabarse en. una lucha larga y muy difícil.
Al llegar a este punto Ouspensky nos recordó que, aunque la idea de que el hombre está dormido es nueva para algunos de nosotros, no hay en ella absolutamente nada de novedoso.
Se la puede encontrar en los Evangelios, donde palabras tales como "despertar", 'vigilar" y "dormir" eran repetidamente utilizadas por Cristo. Por ejemplo, se narra en el Evangelio que los discípulos de Cristo fueron negligentes y se quedaron dormidos en un momento crítico de la vida de su Maestro, cuando Él se había separado por un momento de ellos en el Jardín de Getsemaní para poder aislarse y orar solo. Pero -dijo Ouspensky- la gente no se da cuenta del sentido en que las palabras "dormir", "despertar" y "vigilar", son usadas en el Evangelio, sino que las interpreta equivocadamente o con un vago sentido poético. y aun cuando a esas personas se les hablara de este tercer estado de conciencia -de que es un estado de conocimiento de sí mismo, una sensación de estar presente, de estar allí, de pensar, percibí, sentir y moverse con un cierto grado de control y no simplemente en forma automática- dirán con frecuencia que éste es su estado usual, y que no ven razón alguna para considerarlo en alguna forma desacostumbrado. En otras palabras, se aferran a sus reconfortantes ilusiones de que son seres conscientes, capitanes de sus almas y dueños de su propio destino. Así las cosas, es de esperarse que gente como esa diera la explicación acostumbrada a las palabras "Velad y Orad", que pronunció Cristo.
Ouspensky nos aconsejó examinar por nosotros mismos esta idea de que el hombre está dormido, y ver si es verdadera o no. Sería un error -decía- aceptarla ciegamente o desecharla sin haberla examinado, como lo hace mucha gente, más particularmente porque es posible para nosotros despertar, aun cuando sea por un minuto o dos, en momentos críticos de nuestras vidas, en que una clara visión y una acción correcta son especialmente necesarias. Nos recordaba el hecho de que un aumento, por leve que fuera, de la conciencia, es. suficiente. para cambiar para mejor el funcionamiento de nuestras máquinas. "Pero -Ouspensky hablaba en ese momento con fuerte énfasis- el primer paso que deben dar es descubrir por sí mismos si es cierto o no, que no están presentes cuando están haciendo cosas, que tienen poca o ninguna responsabilidad por lo que está ocurriendo. Obsérvense a sí mismos con mucho cuidado, y verán que no son ustedes, sino ello, quien habla dentro de ustedes, se mueve, siente, ríe y llora en ustedes,

tal como ello llueve, aclara y vuelve a llover fuera .de ustedes. Todas las cosas suceden en ustedes, y su primer tarea es observar y vigilar cómo sucede".
Ouspensky sugería que hiciéramos solos un experimento muy simple, que él mismo había hecho cuando escuchó por vez primera esta idea del sueño y comenzó a trabajar sobre sí mismo.
Nos recomendaba sentarnos solos en una habitación en la cual no corriéramos el peligro de ser molestados, mirando las agujas de un reloj colocado sobre una mesa cerca de nosotros, y ver durante cuánto tiempo podíamos mantener la siguiente idea y sensación: “Yo estoy sentado aquí mirando las agujas de un reloj, y tratando de recordarme a mí mismo". Esto no le parecía a la mayoría de los oyentes de Ouspensky una empresa muy. formidable, pero dos o tres experimentos sobre "autorecordación" fueron suficientes para mostrarnos lo difícil que es en realidad. Pensamientos errantes no dejaban de invadir el círculo de nuestro autoconocimiento y arrojarnos fuera de él, de modo que repetidamente perdíamos la sensación de "Yo", para despertar uno o dos minutos después al hecho de que nos habíamos perdido completamente .en nuestra imaginación, y que estábamos ahora ante una mesa, mirando sin ver las agujas de un reloj.
La sensación de "Yo" era evidentemente tan débil en nosotros -que no había nada que fuera tan insignificante como para no poder disiparla. Nos resultaba humillante descubrir con cuanta frecuencia desaparecíamos dentro de un terreno de nebulosa durante el experimento, para regresar sólo mucho después a lo que se suponía que debiéramos de estar haciendo. Pero Ouspensky nos urgía a que continuáramos repitiendo estos esfuerzos a pesar de todos nuestros fracasos, diciendo que el primer paso para poder recordarnos a nosotros mismos era que nos diéramos cuenta a fondo de nuestra incapacidad para hacerlo. También decía que mientras más notáramos nuestro actual estado psicológico de sueño, tanto más apreciaríamos la urgente necesidad de cambiarlo,
Para mí la idea de que el hombre está dormido no presentaba dificultades particulares, y la acepté con mejor disposición que la anterior afirmación de Ouspensky de que somos máquinas, que todo sucede en nosotros y que no poseemos voluntad. La razón de la diferencia en mis actitudes hacia estas dos teorías complementarias puede explicarse fácilmente yo no había sentido todavía en mí mismo toda la fuerza de mi mecanicidad, mientras que había experimentado en mi infancia esas agitaciones en el sueño que Ouspensky había descripto como momentos de autorecordación casuales. Podía recordar cómo mientras corría en una cierta pradera en Suffolk me había detenido de repente mirando. con sorpresa a mi alrededor, experimentando al mismo tiempo una sensación muy elevada de mi propia existencia. Esta aguda sensación de “ser” fue tan abrumadora que llegó en un momento a asustarme, y cada vez que se repetían esos instantes generalmente me quedaba parado en silencio hasta que hubieran pasado. Entonces la fuerte corriente de la vida se apoderaba de mí y me llevaba como ella, de modo que volvía a sumergirme en lo que había estado haciendo anteriormente.
Después que hube crecido leí muchas ilustres obras psicológicas de autores occidentales, pero no pude encontrar en ninguna parte referencia alguna a los extraños cambios de conciencia que había experimentado. Ahora, por primera vez, estaba escuchando algo que echaba sobre ellos una luz nueva.
Es por cierto asombroso que ningún psicólogo occidental haya mostrado el menor interés en estas fluctuaciones de la conciencia.
Es particularmente sorprendente que Freud, el hombre que tanto hizo por explorar las regiones del subconsciente y del inconsciente de la mente, jamás haya postulado la existencia de estados que están por sobre el nivel acostumbrado de conciencia. Si

existen estados que están por debajo de este nivel, entonces seguramente es probable que existan también estados que están por encima de él. Sin embargo, Freud les dio deliberadamente la espalda a fenómenos de la superconciencia, a la que se conoce en la literatura religiosa como "iluminación". Su desdén por este tema probablemente pueda explicarse por el hecho de que era médico, y como tal se interesaba más profundamente por la psicopatología que por la psicología misma. Además sentía profundos prejuicios contra toda forma de sentimientos religiosos, y los desechaba por ilusorios.
Sólo después de terminar mi examen de Freud, me volqué a William James, un genio psicológico con una visión mucho más amplia que la visión de Freud, cuando pude encontrar algo aplicable al tema en el que estaba tan. profundamente interesado. Resulta evidente del pasaje que transcribo. a continuación, que William James había experimentado por sí mismo los asombrosos cambios de conciencia a los que estoy haciendo referencia, y posiblemente estados más elevados que éstos: “Mi mente se vio obligada a admitir la siguiente conclusión -escribe- sobre cuya verdad mi impresión ha permanecido desde entonces inconmovible: nuestra conciencia normal de vigilia, que llamamos conciencia racional. no es sino un solo tipo de conciencia, mientras que en todo su alrededor, separada por la pantalla más delgada, habitan formas potenciales de conciencia enteramente distintas.”
William James tiene razón, pero lo que no llegó a agregar es que por el uso de ciertos métodos es a veces posible irrumpir a través de esas delgadas pantallas que separan un estado de conciencia de otro. y vivir por unos instantes en un mundo de horizontes más amplios y mucha mayor intensidad que nuestro mundo habitual; en otras palabras, "ser" en el más pleno sentido de esta palabra. antes que existir y nada más.
Descubrí más tarde que William James no era en modo alguno el único escritor occidental que señalara la variabilidad de la conciencia del hombre. Primero me encontré con ciertas referencias muy interesantes sobre ella en las obras del Dr. Hughlings Jackson, fundador de la Escuela Británica de Neurología. Dijo el Dr. Jackson: "No hay entidad tal como la conciencia. . . cuando estamos gozando de salud somos de un momento a otro distintamente conscientes". Otra referencia a los cambios de conciencia puede encontrarse en los escritos de ese genio tan incomprendido que fue Nietzsche. “¡La conciencia -dijo- es considerada como una determinada magnitud fija! Se niegan su crecimiento e intermitencias. Se la acepta como la unidad del organismo. Esta ridícula sobreestimación y esta errónea concepción de la conciencia, tiene, como resultado la gran utilidad de que se ha impedido una maduración demasiado rápida de ella. Como los hombres están creídos de que ya poseen una conciencia, se toman muy pocas molestias para adquirirla” (Joyful Wisdom) .
Es sorprendente ver to mucho que se ha acercado Nietzsche a lo que Ouspensky dijo después, sobre que el principal obstáculo con que se encuentra el hombre para adquirir más conciencia, es su errónea creencia de que ya es poseedor de una conciencia plena, y yo me preguntaba a mí mismo si Nietzsche no habría establecido contacto en algún momento con la enseñanza oriental sobre el tema. Es bastante posible, pues se sabe bien que fue gran admirador de Schopenhauer, y éste estaba muy fuertemente influido por el pensamiento de Oriente.
La autoobservación me confirmó pronto la verdad de la afirmación de Ouspensky de que hacíamos todas las cosas sin estar conscientes de nosotros mismos mientras estábamos haciéndolas, estando nuestra atención enteramente absorbida por la actividad, de modo que no quedaba nada para la conciencia simultánea de nosotros mismos. Sólo dividiendo deliberadamente la atención, y dirigiendo una porción de ella de vuelta sobre nosotros mismos, podemos mantener nuestra autoconciencia. Pronto me

di cuenta de que esta división artificial de la atención es la clave de la autorecordación como así también de la autoobservación.
Cuando hicimos esta división. la parte de la visión retroactiva de nuestra atención tomó nota de nuestros pensamientos, sentimientos y movimientos, y se transformó en lo que dimos en llamar el "Yo observador", y lo que el filósofo hindú llama "el Testigo".
Cuando nos hacemos más prácticos en la autoobservación, gran parte de nuestro trabajo consiste en contraponer un estado psíquico a otro estado psíquico; por ejemplo:. comparar la oscuridad de la vigilia en sueños en la que nos pasamos prácticamente el día entero, con ese "rayito de luz" que aparece cada vez que el "Yo observador" despierta en nosotros por uno o dos instantes, Naturalmente, toda autoobservación llega a su fin cuando nos identificamos con alguna cosa, toda vez que no queda nadie que actúe como observador, pero ocasionalmente nos arreglamos para sorprendernos a nosotros mismos en un estado de transición, ya sea emergiendo. del sueño, o a punto de deslizamos nuevamente en él. Si nos sorprendemos en este acto de desaparecer, es posible a veces, con un esfuerzo de una clase especial, luchar para regresar al estado de vigilia. Con el correr del tiempo nos. vamos familiarizando cada vez más con la diferencia entre estos dos movimientos contradictorios, el movimiento exterior de dispersión en sueños, y el movimiento inverso de traernos de vuelta hacia nosotros mismos, de modo que ya no estamos tratando más con ideas; sino con experiencias reales. La afirmación de G. de que el hombre está dormido, salió para nosotros del reino de la teoría al reino de los hechos vivientes.
Ouspensky nos contaba cómo pudo llegar a saber profundamente que el hombre está dormido, poco después de haber oído hablar a G. de la idea del sueño, en el año 1915. Dijo que había ido a. despedir a G. en .el tren que lo llevaba a Moscú, después de una de sus periódicas visitas a San Petersburgo, y que mientras caminaba hacia su casa por la calle Trotsky, se dio cuenta de repente de que el hombre que se acercaba a él por el pavimento estaba profundamente dormido. Ouspensky ha descrito desde entonces este episodio en su libro, publicado muchos años después, In Search of the Miraculous. (En Busca de lo Milagroso) . "Aun cuando sus ojos estaban abiertos, caminaba evidentemente sumergido en sueños que corrían como nubes a través de su rostro. Se me ocurrió que si yo pudiera mirarlo durante bastante tiempo vería sus sueños. Pero él siguió de largo. Vino después otro hombre, también dormido. Un izbostchik dormido pasó de largo con dos pasajeros dormidos, De repente me vi a mí mismo en la situación del príncipe de la «La Princesa Durmiente». Todos los que me rodeaban estaban dormidos. Estas sensaciones duraron varios minutos.”
Esta experiencia de despertar unos instantes dentro de un mundo que duerme, y la sensación de extrañeza que la acompaña, no son por lo común acontecimientos casuales, sino el resultado de esfuerzos previos por recordarse a uno mismo. Tengo recuerdos similares de "volver en mí" de este modo. Uno de ellos ocurrió en una hora pico en un subterráneo de Londres. Ahí estaba yo, espectador confundido de un mundo extraño, observando montones de gente transportada a los intestinos de la tierra en escaleras mecánicas, y también escaleras excesivamente cargadas que se me acercaban, y todos estaban dormidos, como yo lo había estado uno o dos minutos antes; algunos fruncían el entrecejo, otros sonreían, y algunos de ellos estaban totalmente desprovistos de expresión, pero con ojos que miraban y no veían nada, ¿Adónde nos dirigíamos, en éxtasis, y cuál era la fuerza que nos arrastraba en nuestro sueño? Algunos de nosotros estábamos evidentemente más obsedidos que otros, por la necesidad de apurarse, pues los que estaban inquietos se contorsionaban y se abrían camino a través de la muchedumbre, como a veces vemos a un pez saltar y caer en un banco de arena. ¿Hacia dónde íbamos todos nosotros, gente dormida y apresurada, y qué haríamos cuando

llegáramos? ¿Eran responsables nuestras voluntades personales de toda esta conmoción, o éramos barridos por alguna gran fuerza de carácter tan implacable y tan impersonal, como la atracción de la luna sobre los mares? En una de las reuniones, había dicho Ouspensky que las masas de la humanidad están bajo la influencia de la luna, pero durante mucho tiempo, encontré esta idea demasiado lejana como para aceptarla.
Ouspensky volvía repetidamente al tema del. recuerdo de uno mismo. Podía considerárselo -decía- como la idea central de todo el sistema de pensamiento de G., y era la respuesta a muchas de las preguntas que formulábamos en las reuniones. "¿Qué debo hacer en una situación como esa?", solía preguntar alguno, y la respuesta venía prontamente: "Trate de recordarse a sí mismo". Pero si la autorecordación ya era cosa difícil cuando uno se encontraba solo y en circunstancias favorables, era del todo imposible hallándose en compañía y expuesto a todas las distracciones de la vida diaria. Ouspensky lo sabía bien, pero quería que nosotros nos diéramos cuenta más profundamente de lo que nos dábamos de que estábamos dormidos; como él ya lo había dicho. el primer paso hacia la realización de la autorecordación es la percepción de que no nos recordamos a nosotros mismos. De ese modo, poco a poco, la idea de que el hombre está dormido, pero que haciendo un cierto tipo de esfuerzo puede arrancarse a sí mismo de este sueño tan profundo y "volver en si" parcialmente, se nos hizo más real, pasando del reino de la teoría al de la práctica. Pero sabíamos todo el tiempo que nuestra autorecordación, aun en las más favorables de las circunstancias, era muy incompleta, y que más allá de lo muy poco que habíamos conseguido yacían trechos muy grandes de conocimiento más profundo.
Mirando hacia atrás como lo hago ahora desde el atalaya del presente, me doy cuenta de que Ouspensky hizo muy poco hincapié en ese momento sobre la preparación para la autorecordación, y fue sólo después de haber conocido a G. muchos años más tarde en París, que comprendimos lo necesario que era. El primer paso hacia la autorecordación es volvernos de las vaguedades de nuestra mente hacia nuestro cuerpo, y hacernos sensibles a ese cuerpo. Sabemos todos, naturalmente, que poseemos miembros, una cabeza y un tronco. pero en nuestro estado ordinario de "despiertos dormidos" recibimos muy pocas impresiones sensoriales -tal vez ninguna- de aquéllos, a menos que estemos doloridos. En otras palabras. no estamos realmente conscientes de nuestro cuerpo. G. nos enseñó ejercicios especiales para aflojar nuestros músculos en la mayor medida posible, y después para "sentir" las distintas regiones de nuestros cuerpos, a tales ejercicios haremos referencia más tarde en este libro.
Estos ejercicios fueron de inmenso valor para nosotros, y particularmente útiles como preparación para la autorecordación.
Investigaciones posteriores me han demostrado que muchos escritores han experimentado fugaces momentos de autorecordaciones casuales, y han dejado de ellos excelentes narraciones.
Una de las mejores descripciones que se hayan hecho de un grado más intenso de autorecordación, es la de Tennyson, quien tuvo aparentemente varias experiencias de esta clase, inducidas por el concepto de "Yo", que es una forma de meditación que puede conducir fácilmente a la autorecordación,

Más de una vez, cuando yo
me sentaba completamente solo, hurgando dentro de mí mismo
se soltaba esa palabra que es el límite del yo,
y entraba en lo Innombrable. como una nube
se funde con e! Cielo. Me palpaba los miembros, los miembros
eran extraños. no eran míos -no obstante. sin sombra de duda.

Sino con claridad, mediante la pérdida del yo,
el adquirir una vida tan grande, sí se la compara con la nuestra,
era como es el Sol para una chispa, inocultable en palabras,
que no son más que sombras de una sombra.

Tennyson tenía el temperamento emocional de un poeta, y penetraba más hondo en el estado de autorecordación que lo que puede hacerlo la mayoría de la gente, a menos que lo hayan practicado durante años. También llega a conservar de esa experiencia nítidos recuerdos. y una de las cosas que recordaba era que la autorecordación trae consigo cambios tanto cualitativos como cuantitativos en la conciencia. Quiero decir con esto que un nivel de conciencia más alto es la puerta de entrada a elementos de experiencia enteramente nuevos, de modo que parece como si uno hubiera penetrado bruscamente a través de una entrada, en un mundo y una forma de vida que son completamente distintos. El pequeño "yo" que nos limita todos los días, el yo que insiste en sus derechos personales y en su separatividad, ya no está más allí para aislarnos de todo lo demás; y en su ausencia. se nos admite en un, orden de existencia mucho más amplio, que es común a todo ser que respira. Ha desaparecido la separatividad, y el clamor del pensamiento interior muere en el silencio interior, tomando su lugar una irresistible sensación de "ser". No sólo ha cesado la charla producida por la cabeza, sino que las mismas palabras que anteriormente usábamos han perdido toda importancia. Conceptos limitadores, como los de "tuyo" o "mío", "de él" o de "de ella", no tienen sentido dentro del ilimitado reino en el cual se nos ha permitido ingresar, y hasta aquellas viejas divisiones del tiempo en "antes" y "después" se han ahogado en insondables profundidades de un "ahora" omnipresente. Así ha desaparecido también esa distinción tan cara al corazón del filósofo occidental: la división entre sujeto y objeto, conocedor y cosa que se conoce. Todos los viejos tabiques están en ese momento caídos, y uno se torna consciente de una unidad, una intensidad de existencia, una bienaventuranza de "ser", jamás experimentada hasta entonces. El hindú describe este estado estático por medio de las palabras sánscritas sa (ser), chit (conciencia) y anand (bienaventuranza) y hace una exposición muy adecuada de ese estado.
La condición que se exige, por sobre todas las demás, de aquellos que entran en este reino del espíritu para descubrir la unidad con él, es que deben despojarse por el momento de la tiranía del espacio y el tiempo, esa tiranía que Jalal`uddin ha llamado “el oscuro déspota”. Todos los que han experimentado este otro estado concuerdan sobre este punto. "Ninguna criatura -escribió Santo Tomás de Aquino- puede alcanzar un grado más elevado de naturaleza sin cesar de existir" y lo que hay que sacrificar es la existencia del yo de todos los días. Sin embargo, aun cuando nos regocijemos con la desacostumbrada liviandad y libertad, seguimos estando conscientes de que ahí cerca nos esta esperando para plantearnos sus exigencias el mismo yo limitador e inferior de la vida de todos los días. En contados instantes la ruidosa maquinaria del pensamiento, el sentimiento y el movimiento se echan a andar de nuevo, y se quiebra el silencio interior. Esta sensación de que el atareado ser de la vida diaria está allí esperándolo a uno, tiene una explicación muy sencilla. Cuando se alcanza un nivel de conciencia más elevado, este no desaloja al estado al que suplanta, sino que se sobreimpone sobre él y, siendo así, nos damos cuenta de la estrecha proximidad de los pensamientos y sentimientos de nuestro estado ordinario. Tan cerca de nosotros están estas actividades inferiores, que corremos constante peligro de que atraviesen el delgado tabique que las separa de nosotros, y que la autorecordación finalice en forma brusca. Precisamente de tal modo, termina generalmente la autorecordación. La atención vaga, el tráfico dentro

de la cabeza comienza de nuevo su alboroto, se desplaza el silencio interior y todo queda como estaba antes.

Repetimos que William James es el único filósofo occidental que demuestra comprensión de estos estados superiores de conciencia. Dice que las dos características notables de estos estados superiores son el optimismo y el monismo.: "Pasamos de la conciencia ordinaria a los estados místicos como de lo menor a lo mayor, de una pequeñez a una vastedad, y al mismo tiempo de la agitación al descanso. Los sentimos como estados reconciliadores, unificadores. Atraen más la función de “sí” que 1a función de “no” en nosotros. En ellos lo ilimitado absorbe a lo limitado, y cancela pacíficamente la cuenta".

William James debió de haber agregado otras dos características de estados superiores de conciencia, y más particularmente de aquel que es más elevado de todos: la Conciencia Cósmica.

La primera de estas cualidades es la intensa convicción de la verdad que llevan consigo. Por difícil que pueda ser para el individuo expresar lo que ha aprendido, no abriga ninguna duda sobre su verdad. E~ un conocimiento que se ha adquirido por una ruta distinta de aquella por la que se adquiere el conocimiento corriente, o sea, por intermedio de los sentidos especiales y la razón. Es conocimiento directo e inmediato, lo cual es contrario al conocimiento indirecto y mediato.

Richard Gregg expresa en forma muy clara la diferencia existente entre estas dos formas de conocer. Dice que podemos aprender muchísimo sobre un objeto cualquiera en el mundo exterior, observándolo desde una cantidad de ángulos distintos, y haciendo luego una descripción general de él. Pero con esta forma de conocimiento, somos conscientes de la separación que existe entre nosotros y la cosa que estamos observando, de modo que es más bien "conocer acerca" de ella, que "conocerla". Cuando conocemos algo directamente, esta sensación, de separación desaparece. "Hay una mezcla de sujeto y objeto, una absorción mutua, un olvido de todo lo demás; a menudo se siente un goce, una exaltación, un entusiasmo, un enajenamiento, una alegría profunda. . . No es conocer de afuera; es conocer de adentro.

No es conocer «acerca de», es un conocimiento unificador. El conocimiento unificador es mucho más completo y profundo que el conocer «acerca de».(Richard Gregg. Self Transcendence, Víctor Gollancz, 1956.) . .

Las distintas personas adoptan actitudes distintas frente a estas dos formas de conocer; Los intelectuales y los eruditos desconfían del proceso mental intuitivo y no lógico que hemos descripto, mientras que artistas, poetas. místicos y, por extraño que parezca decirlo, ciertos hombres de negocios con enorme experiencia práctica de la vida, están más inclinados a dudar de la eficacia de los procesos lógicos. Cada parte puede encontrar justificaciones para desconfiar de la otra clase de conocimiento, ya que a menudo pueden cometer se equivocaciones con ambos métodos. Lo cierto es que cada forma de conocer tiene su valor, y se está utilizando constantemente. Hasta el mismo hombre de ciencia, que es especialmente experto en darle vueltas a un objeto y enfocado desde todos los ángulos, ha comenzado probablemente sus peregrinaciones, aceptando como cierta alguna idea que le ha llegado en forma intuitiva y directa.

La segunda característica de los estados superiores de conciencia, y particularmente del más elevado de todos, es el pronunciado cambio que se produce en el sentido del tiempo. El Dr. Bucke, psiquiatra canadiense que realizó un estudio especial de la Conciencia Cósmica a fines del siglo pasado, escribe que "la persona que experimenta la Conciencia Cósmica., aprenderá en los pocos minutos o instantes que ésta dure, más que en meses, más que en años de estudio ordinario, y aprenderá muchas cosas que ningún estudio ha enseñado jamás a un hombre, ni podrá nunca enseñarle. Obtiene

especialmente una concepción del todo o, por lo menos, de un todo tan inmenso que empequeñece toda concepción, una idea de ese todo que hace que todas las tentativas realizadas antes para aferrar el Universo y su significado, le parezcan diminutas y ridículas". .
El Dr. Bucke narra su propia experiencia de la conciencia cósmica en tercera persona, y se notará que hace hincapié en la impresión de luz que asocia con ella. "Él estaba en un estado de goce tranquilo, casi pasivo. De repente, sin ninguna clase de aviso, se vio a sí mismo envuelto, por así decirlo, en una nube de color de llama. Por un instante pensó que se habría producido un incendio, alguna catástrofe repentina en la gran ciudad: lo que advirtió enseguida, fue que la luz estaba dentro de él mismo. Directamente después fue invadido por una sensación de euforia, de inmensa alegría. acompañada o seguida de inmediato por una iluminación intelectual completamente imposible de describir. Atravesó su cerebro un relámpago momentáneo del Esplendor Bráhmico que desde entonces ha iluminado su vida: cayó sobre su corazón una gota de la Bienaventuranza Bráhmica, que dejó de ahí en adelante, y para siempre, un regusto del Paraíso" (R. M. Bucke, Cosmic Consciousness) .
La experiencia del hombre que ha saboreado esto, que es el nivel más elevado de todos los estados de conciencia, siempre es de esta naturaleza, ya que lo hace sentirse abrumado por la magnitud y el esplendor de la visión que se le ha concedido, y queda tan convencido de su verdad que no hay nada que pueda conmover la fe que ha puesto en ella: queda. asombrado ante lo mucho que ha ocurrido en un lapso tan corto: finalmente, el recuerdo de ese momento de Esplendor Bráhmico jamás se debilita, y se lo atesora: como algo que ha conferido un significado a la vida.
La descripción que damos se aplica sólo al estado más alto de conciencia, o Conciencia Cósmica, nivel que sólo muy pocas personas han alcanzado. En este capítulo nos ocupamos principalmente del estado que yace por debajo de aquel, llamado por G. "autorecordación", estado en el que el hombre puede verse a si mismo, pero no al universo, objetivamente. Maurice Nicoll ha descripto ese estado menos sublime en estas serenas palabras: “La Autorecordación baja desde arriba, y la Autorecordación plena es un estado de conciencia en el cual la Personalidad y todas sus ficciones casi dejan de existir, y uno por así decirlo, no es nadie, y sin embargo la plenitud de este estado, que es en realidad bienaventuranza, lo transforma a uno, por primera vez, en alguien”.

CAPÍTULO IV

CONOCIMIENTO Y SER

En los capítulos anteriores hemos discutido la naturaleza mecánica del hombre y el bajo nivel de conciencia en que vive.
En este capítulo habremos de enunciar un principio que es muy importante dentro del sistema de conocimiento de G., v.g.: el principio de que el desarrollo del hombre tiene que producirse simultáneamente a lo largo de las dos líneas paralelas de conocimiento y ser.
Ouspensky comenzó su disertación sobre el tema diciendo que todo el mundo reconoce la importancia que tiene un aumento del conocimiento, pero muy pocos se detienen a considerar la necesidad, igualmente apremiante, de un aumento, del ser. Ni siquiera comprenden qué se quiere expresar con la palabra "ser", por la que debemos decir primero algo sobre este tema. Para la mayor parte de la gente la palabra "ser" significa

sólo existencia, pero es posible existir en muchas formas distintas, y en niveles muy diferentes. Hay, por ejemplo, mucha diferencia entre el "ser" de una piedra y el de una planta, lo mismo también que entre el "ser" de una planta y el de un hombre.

Lo que no se comprende es el hecho de que pueda existir una diferencia igualmente grande entre el "ser" de un hombre y el de otro hombre.

Menos gente aún comprende que el conocimiento de un hombre depende de su ser. Aquí en Occidente se da por aceptado que siempre que un hombre tenga un buen cerebro y sea suficientemente laborioso, puede adquirir cualquier conocimiento que se le antoje, y también comprenderá todo lo que estudie. Su ser -es decir, todo aquello que el sostiene- no importa en absoluto, en lo que concierne al conocimiento que puede adquirir y toda su comprensión del mismo. Puede transformarse en un gran filósofo o en un hombre de ciencia, hacer importantes descubrimientos y seguir siendo al mismo tiempo lo que ya era, un pequeño egoísta perverso, vano pretencioso, más profundamente dormido aún que sus semejantes. Ésta es la forma en que Occidente encara el tema del ser y el conocimiento, pero la cultura oriental está mucho más adelantada. En Oriente un hombre se somete al entrenamiento para la recepción de la verdad, exactamente en la misma forma en que un atleta se adiestra para una carrera: en el Óctuple Sengero del Buda, se establece que un recto modo de vivir es uno de los requisitos para adquirir el conocimiento correcto. Un filósofo oriental sabe que si el conocimiento de un hombre se adelanta a su ser, habrá de emplearlo mal, se hará cada vez más teórico y menos aplicable a su vida. En lugar de ser una ayuda para él, puede al final complicar su existencia aún más. Una de las características distintivas de conocimiento no práctico de esta clase, es que siempre es conocimiento de la parte y nunca conocimiento del todo.

Para el debido desarrollo de un hombre, el progreso tiene que producirse simultáneamente a lo largo de las dos líneas: la del ser y la del conocimiento. Para progresar a lo largo de la línea del ser tenemos que luchar contra nuestras debilidades -y más que todo contra la debilidad del sueño- y adquirir al mismo tiempo todo lo que podamos en materia de conocimiento. Si permitimos que nuestro conocimiento le gane a nuestro ser, el resultado será que podremos saber en teoría lo que debiéramos de hacer, pero no podremos hacerlo: mientras que si fuera el ser el que se adelanta al conocimiento, entonces estaremos en la situación de esas personas que han adquirido nuevos poderes, pero no tienen la menor idea de qué han de hacer con ellos.

Ouspensky decía que existe otra causa común de la confusión sobre el tema del conocimiento. Esa causa es que la gente confunde conocimiento con comprensión, pero el conocimiento es una cosa y la comprensión otra, y a menudo hay una ancha grieta entre los dos. El conocimiento no otorga por si mismo la comprensión a una persona, ni tampoco llega necesariamente la comprensión con una mayor accesión de conocimiento. La comprensión es el producto de cierta relación entre el conocimiento y el ser, y por lo tanto podríamos considerarla como la resultante de los dos. Otra cosa importante que hay que decir sobre la comprensión, es que siempre lleva consigo el darse cuenta de la relación existente entre un objeto estudiado y algo mayor que él; entre la célula y el cuerpo; entre el hombre individual y la humanidad; entre la humanidad y la vida orgánica; entre la vida orgánica y la tierra; entre la tierra y el sol, y entre el sistema solar y el universo entero.

Ouspensky señaló entonces que, aun cuando el conocimiento crece en el mundo occidental, la comprensión de ese conocimiento está muy atrasada. Ésta es una era de especialización, y la especialización es causa de que se sepa cada vez menos sobre la relación que existe entre la parte y el todo. Este método fragmentario de estudiar las cosas es en gran parte responsable de la poca comprensión que existe en el momento

actual. Otra causa de confusión es que escaso número de personas llegan a darse cuenta de cuán subjetivo es el lenguaje que están utilizando, y en qué medida están sometidos a su poder. Imaginan que están empleando palabras con un mismo sentido, mientras que a menudo las emplean en sentido completamente diferente. Es verdad que la información de naturaleza práctica puede ser intercambiada de ese modo, pero cuando se sale de lo práctico y se usan términos abstractos, empieza de inmediato la incomprensión. No hay más que ponerse a escuchar una discusión entre dos personas educadas, para darse cuenta enseguida de que con frecuencia están de acuerdo, y sólo parecen hallarse en posiciones opuestas por usar las palabras en forma distinta, o al revés, que en realidad están en desacuerdo aunque imaginan haber llegado a idénticas conclusiones.
Cuando se la observa desde el punto de vista de los centros, comprensión significa realmente comprender en más de un centro.
Por ejemplo. al oír hablar por primera vez de la idea de mecanicidad, un hombre la acepta, si es que realmente lo hace, sólo en el Centro Intelectual, como lo aceptaban los sostenedores conductistas de la mecanicidad. Parecía ser una teoría razonable para hombres de ,esa clase, y adherían a ella como tal. Pero si continuaban trabajando sobre sí mismos y observándose tan imparcialmente como les fuera posible, llegaría eventualmente el día en que habrían de sentir la plena fuerza de su mecanicidad arrastrándolos con ella. Sabrían que es algo así como ser barridos por la fuerza de la vida, como una corriente fuerte que arrastra hacia el mar al nadador, y entonces comprenderían también la mecanicidad en el Centro Emocional. La idea habría salido de la esfera de la teoría para entrar en la de la práctica, y comprenderían la idea de la mecanicidad en forma totalmente distinta. Poco más tarde sentirían la mecanicidad en todos sus centros, y en ese momento una idea que hasta entonces sólo había estado alojada en su mente, pasaría automáticamente al reino doméstico de la comprensión.
"Existen dos líneas por lo tanto, a lo largo de las cuales tenemos que trabajar -continuó Ouspensky-: la línea del conocimiento y la línea del ser; y como ya les he dicho, el primer obstáculo que se opone al progreso a lo largo de la última es el del sueño. Nuestros principales esfuerzos tienen que estar dirigidos entonces a la lucha contra el sueño." Aquí nos recordaba no que había dicho antes sobre la naturaleza de este sueño,. que era que se parece al coma producido por narcóticos o por la sugestión hipnótica, antes que a un sueño natural. En consecuencia sería útil que nosotros comenzáramos el trabajo sobre la línea del ser con un estudio muy cuidadoso de las distintas causas que nos mantienen dormidos. Si procedemos así, podremos descubrir que una causa sumamente importante es el trabajo equivocado de los centros. Éste puede adoptar muchas formas distintas, pero el más común de nuestros errores es nuestra tendencia a "identificarnos" con todo lo que nos rodea. Con las palabras "identificar" e "identificación" queremos decir que un hombre pierde el sentido de sí mismo y de su existencia en un solo pensamiento, sentimiento o movimiento, olvidando todos los otros pensamientos, sentimientos o movimientos. Se mete, por así decirlo, en todo de que haya capturado su atención en ese determinado momento, de modo que ha dejado de estar consciente de sí mismo, y de existir como persona. El nivel de conciencia se sumerge en niveles aún más bajos que los usuales en momentos como esos, y su campo de conciencia se empequeñece en tal forma, que sólo deja lugar para una sola idea, percepción o emoción.
Ouspensky grabó en nosotros el hecho de que la identificación es un enemigo formidable y extremadamente sutil. Impregna nuestras vidas en forma tal que podemos decir que pasamos de una identificación a otra, y muy pocas veces nos liberamos de

ellas. Lo que hace que la lucha contra ellas sea más difícil es que la identificación siempre asume disfraces honorables y nos lleva por caminos errados, a creer que es nuestra amiga, algo de al que no podemos prescindir. Por ejemplo, la mayor parte de la gente cree que es correcto y apropiado qué un artista se pierda completamente en su tela, y se olvide de todo lo demás.

Del mismo modo respetaban a Isaac Newton por el estado de identificación en que cayó cuando, mientras estudiaba las leyes del movimiento, colocó su reloj, en vez del huevo que su mujer le había traído, en una sartén, y lo hirvió para su almuerzo.

¡Qué magnífico -dijeron- es este total enfoque de su atención sobre el problema que lo tenía ocupado, qué completo el desalojo de su mente de todo lo demás! Pero -dijo Ouspensky- esto es una tergiversación completa de lo que realmente sucedió.

En vez de dirigir Newton su atención, por un acto de voluntad, sobre el problema que estaba estudiando, su atención fue capturada y aprisionada por él en forma tal que todo lo demás, incluyendo todo sentido de su propia existencia, desapareció completamente. En otras palabras, al identificarse completamente con su problema matemático, Newton cayó en un sueño más profundo de lo que se había propuesto. "Sí, pero le valió a Newton que fuera así -protestarían los críticos- pues en ese estado de identificación llegó a descubrir las leyes del movimiento".

Newton era un genio, y aunque era capaz de trabajar con las leyes del movimiento mientras estaba dormido profundamente, probablemente las hubiera descubierto un poco antes si hubiera estado un poco menos identificado.

La principal diferencia entre la identificación, o enredo mecánico de la atención con algún problema, y una atención deliberadamente dirigida a él, es que la identificación tiene el efecto de estrechar el campo de la conciencia, mientras que la atención dirigida generalmente lo amplía en forma tal, que entran más cosas en él. Este efecto reductor de la identificación explica el dicho popular de que los árboles impiden ver el bosque. Lo que sucede es que su atención ha sido aprisionada por uno o dos árboles, de modo tal que nada más puede ponerse al alcance de su vista. Del mismo modo, al identificarnos con una ansiedad, desengaño o alguna causa de irritación, nos ponemos completamente bajo su poder, de tal modo que resulta imposible pensar o sentir sobre cualquier otra cosa. Ouspensky nos señalaba que la identificación es el principal obstáculo en el camino de la autorecordación, pues aprisiona al hombre en alguna parte pequeña de sí mismo, y es por lo tanto la antítesis misma de esa ampliación y elevación del nivel de conciencia producido por la autorecordación. Abreviando: la identificación conduce a la pérdida de todo sentido de existencia, a un sueño más profundo, a una mayor subjetividad de miras y ausencia de toda capacidad de ejercicio del más mínimo alcance de elección.

Ouspensky nos repetía que durante todo el día pasamos de una forma de identificación a otra, y que nada es tan superficial como para que no podamos identificarnos con ello. Un hombre puede llegar a identificarse hasta con un cenicero, y si un cenicero puede influir de ese modo, es fácil ver cómo las posesiones de un hombre, sus éxitos y sus alegrías, le dan oportunidades aún más amplias de identificación. Lo que es más difícil de comprender, es cómo un hombre puede sumergirse igualmente en sus desgracias e infortunios: y sin embargo ése es el caso.

Nos decía Ouspensky que G. había comentado con frecuencia la parcialidad del hombre hacia sus propias aflicciones y las ajenas, y señaló que la última cosa que un hombre está dispuesto a abandonar, es su sufrimiento. Estará de acuerdo, en ocasiones, con renunciar a sus placeres, pero está constituido en forma tal, que se aferra con la mayor posesividad y tenacidad a sus sufrimientos. Es obvio que quienquiera que tenga el deseo de desarrollarse, tendrá que sacrificar sus aflicciones y sus sufrimientos, pues la

identificación con las emociones negativas lleva consigo un enorme desperdicio de energía nerviosa, desperdicio que es imperativo que evitemos. Ouspensky decía que la identificación con las emociones negativas, provoca tales estragos en nuestras vidas, que sería conveniente hacer una lista de las emociones particularmente negativas hacia las que somos especialmente parciales. Todo el mundo -decía- tiene sus propios favoritos en cuanto a emociones negativas, y tenemos que conocerlas mejor.
Seguimos su consejo, y al hacerlo aprendimos lo poderosa que es la influencia que ejercen las emociones negativas sobre nuestras vidas. Vimos cómo ennoblecíamos estos sentimientos desagradables cuando surgían dentro de nosotros, y hasta qué punto nos convencíamos a nosotros mismos de que era correcto y adecuado que así ocurriera, justificando nuestro enojo o nuestra irritación con frases como "justa indignación". Descubrimos que gozábamos con nuestros sufrimientos. especialmente cuando podíamos echarle la culpa a otros, como casi siempre nos arreglábamos para hacerlo. También advertimos cómo aceptábamos el cuadro de violencia, desesperación, frustración, melancolía y compasión de. nosotros mismos en el escenario y la literatura como las formas más superiores del arte, y con qué inteligencia disfrazábamos.el hecho de que derivábamos un inmenso goce de nuestra desgracia y sufrimiento.
Cuando informamos en una sesión posterior sobre nuestros descubrimientos sobre el tema de las emociones negativas, y dijimos que nos sentíamos apabullados por el papel enorme que jugaban en nuestras vidas, Ouspensky repitió el que ya había dicho anteriormente: que por el momento no debíamos de tratar de alterar las cosas dentro de nosotros mismos, nada más que porque eran desagradables. Pero esta vez le hizo un ligero agregado a la tarea que nos había confiado, de observar nuestras emociones negativas. Fue que debíamos hacer, lo posible para no expresarlas inmediatamente después de sentirlas, como siempre lo habíamos hecho en el pasado. Al hablar de expresarlas, no quería decir solamente darles libre curso en palabras, sino también revelarlas en nuestras acciones y comportamiento general, y nos explicó que la razón por la que debíamos evitar proceder de ese modo, era que ahora se había hecho tan automático en nosotros dar de inmediato libre curso a todos nuestros sentimientos desagradables, que lo hacíamos sin estar con frecuencia. conscientes de lo que estábamos haciendo y diciendo. Pero si nos estaba prohibida la expresión de las emociones desagradables, entonces esta norma se nos presentaría en ocasiones en la mente justamente en el momento en que estábamos a punto de manifestarlas, y dándonos una sacudida total nos permitiría advertir emociones que de otro modo podrían haber pasado inadvertidas.
Nuestra observación de todas las formas de emociones negativas rindió una cosecha verdaderamente asombrosa. Hasta miembros del grupo que se enorgullecían de poseer un temperamento alegre y estable, descubrieron que continuamente estaban asaltados por la irritación, los celos, la envidia, el enojo y la desaprobación hacia los demás. Al ir adquiriendo habilidad para observarnos a nosotros mismos, nos fuimos familiarizando cada vez más con las muy desagradables sensaciones físicas que acompañaban a nuestras variadas emociones negativas, y pudimos percibir la rapidez con que los venenos que engendraban, impregnaban nuestros cuerpos. También aprendimos por amarga experiencia cuán desprovistos quedábamos de toda energía después de dar paso a una emoción negativa, de modo que no hubo ya más necesidad de que Ouspensky nos dijera que habíamos perdido muchísima energía muy valiosa por causa de ellas. Sentíamos algunas veces cómo la energía escapaba de nosotros, y aprendimos a costillas nuestras que una vez que nos habíamos rendido a ellas -como casi siempre lo hacíamos- no había posibilidad de librarse de ellas. Teníamos que quedar sometidos a su poder, hasta que se; hubieran quemado del todo. La esperanza más firme de aprender el modo

de evitar la caída en las emociones negativas, parecía ser la de sensibilizamos cada vez más a las señales de su aparición. Al advertir su estrecha proximidad, podríamos apartarnos a tiempo. Si esperábamos demasiado para hacerlo, caeríamos completamente en su poder.
Todos los maestros tienen pasajes favoritos de las lecciones que imparten, y si había una afirmación particular de G. que le agradaba a Ouspensky más que cualquiera otra, era su observación de que las emociones negativas nos eran completamente innecesarias, y que la Naturaleza no nos había provisto ni siquiera del órgano debido para registrarlas. Ouspensky señalaba que mientras los centros intelectual y motor-instintivo poseen sus lados negativos, el centro emocional no cuenta con ninguno.
Esto es una garantía -decía-, si es que se necesita alguna, de que las emociones negativas son productos artificiales, enteramente innecesarios para vivir.
Alguien quiso averiguar sobre el temor, y le preguntó si debía ser incluido entre las emociones negativas. A esto respondió Ouspensky que eso depende de la naturaleza del temor, pues hay muchas clases distintas del mismo. Hay, por ejemplo, el temor que registra el cuerpo cuando siente que se está deslizando hacia el borde de una colina, o cuando se da cuenta de que está a punto de ser atropellado por un coche que se aproxima rápidamente, y tales temores nos son útiles, porque movilizan nuestros esfuerzos por escapar del peligro, con una velocidad que excede en mucho a la rapidez del pensamiento. Pero además de estas advertencias de la presencia del peligro físico, están también los numerosos temores que caen bajo la denominación general de ansiedad, muchos de los cuales se originan en la imaginación y no tienen existencia real. Tenemos miedo de muchas cosas que quizá puedan ocurrirnos, pero que no es probable que ocurran, y que al final jamás ocurren. Ouspensky decía que mucha gente pasa el tiempo inventando tales temores. y, habiéndolos inventado, en justificarlos. "Uno tiene que mostrar previsión y estar preparado para las dificultades cuando se presentan", dicen, y después proceden a inventar nuevos temores. Los temores imaginarios de esta especie tienen que ser incluidos entre las emociones negativas, y si alguna vez queremos vernos libres de ellas, lo primero que hay que hacer es enfocarlas con mucha más claridad, y lo segundo, dejar de justificarlas.
Esto, naturalmente, es de aplicación a todas nuestras emociones negativas: tenemos que darnos cuenta de que somos nosotros los responsables de ellas, y que no debemos de inmediato cargar las culpas sobre los demás. Otra persona puede haber actuado como la causa que excita una emoción negativa, pero la manifestación desagradable en sí misma es nuestra, no suya. Si, por lo tanto, queremos alguna vez librarnos de las emociones negativas, debemos aceptar de inmediato la plena responsabilidad por ellas, y nunca, en ninguna ocasión, encontrar excusas. En otras palabras. no podemos gozar simultáneamente de dos placeres enteramente incompatibles, o sea el de echar la culpa a alguien de nuestras emociones negativas, y eventualmente el placer de escapar por completo a ellas. Tenemos que elegir una de estas dos alternativas, y abandonar la otra.
Ouspensky decía que hay una forma de identificación común, que juega un papel muy grande en mantenernos dormidos, y que se conoce como consideración interior. La consideración interior significa la identificación consigo mismo, o con lo que uno toma como uno mismo, pues todo el mundo tiene un cuadro de si mismo, en parte auténtico y en parte ficticio. Habiendo dibujado este autorretrato, el individuo el presenta siempre al mundo, con la esperanza de que el mundo acepte su llamativa semejanza.
Este trabajo de presentarse a uno mismo al mundo, en el sentido teatral de la palabra, le lleva al hombre mucho de su tiempo, de modo que con frecuencia tiene que preocuparse, cuando habla con otra gente. de la impresión que le produce. Toma nota cuidadosamente de sus reacciones ante lo que él dice, vigila sus expresiones faciales,

presta atención al tono de sus voces cuando le contestan, a lo que dicen y no dicen, pesa el respeto con que lo reciben, el interés que muestran ante su conversación, y manifiesta de muchas otras maneras lo ocupado que está por el efecto que produce en ellos. Esta intensa preocupación por la impresión que se hace sobre otra gente, y la sensación de inadaptación que a menudo la acompaña, se llama generalmente timidez o conciencia de uno mismo, pero es la verdadera antítesis de la conciencia de sí mismo, y manifestación de un sueño más profundo.
La identificación con el yo de la vida diaria, o la que los psicólogos occidentales llaman el "ego", puede adoptar formas muy diferentes. Freud dice que el ego es en primer lugar, y, principalmente, un ego corporal, y lo verdaderamente cierto es que la consideración interior es en gran medida provocada por las ideas que una persona tiene acerca de su cuerpo, y sus verdaderas o supuestas peculiaridades, fuerzas y flaquezas. Muchos ejemplos de hipersensibilidad de parte de una persona -sumamente inteligente y sensata en otros sentidos- sobre sus rarezas físicas, pueden ser halladas en autobiografías. Tolstoi afirma en sus Memorias de Infancia que era particularmente sensible en cuanto a su aspecto cuando joven, y opinaba que "...ningún ser humano con una nariz tan larga. . . labios tan gruesos, y ojos grises tan pequeños (como los suyos) podría tener jamás la esperanza de alcanzar la felicidad sobre la tierra".
Aun cuando alguien haga bromas sobre sus peculiaridades personales y no parezca interesarse en ellas en lo más mínimo, su despreocupación y sus risas pueden ser una pantalla, detrás de la cual oculta sentimientos agriamente heridos. El difunto H. G. Wells fue un ejemplo de esto, pues escribió en su Autobiografia: “En los rincones secretos de mi corazón yo quería tener un hermoso cuerpo, y todo el menosprecio y el humor con que trataba mi aspecto personal en mis charlas con mis amigos y en mis cartas, la caricatura que hacía de mi escualidez, y mi descuidada superficialidad. no afectaban la profundidad de esa inconfesada mortificación".

Pero la identificación con el ego. puede proyectarse mucho más allá de los confines del cuerpo físico, de modo tal que un hombre puede ser hipersensible por un centenar de deficiencias o debilidades reales o supuestas, tanto de su carácter como de su historia personal. Puede estar disgustado por su crianza, su ascendencia, su falta de educación, su posición social, su fracaso en conseguir adelantar. Todas estas supuestas deficiencias tienen que ser ocultadas por él al mundo, y sus puntos fuertes deben ser colocados al frente cuando habla con otras personas. El hombre que se considere interiormente se parece muchísimo a un viajante de comercio que lleva mercaderías de cierta marca para vender. Se necesita gran habilidad para hacerlo, y probablemente le sea necesario presentar sus mercaderías en forma muy discreta, de modo que no parezca que está queriendo imponerlas.
La modestia excesiva y el burlarse de uno mismo (como en el ejemplo de Wells), son con frecuencia buenos movimientos tácticos en la estrategia mayor de la consideración interior. "Por supuesto, yo sé muy poco sobre este tema", puede ser el gambito de apertura de una brillante pieza oratoria, que gana no sólo la admiración del público, sino también un premio especial a la modestia.
Al igual que otras actividades nuestras altamente mecanizadas, la consideración interior es sumamente contagiosa. Cuando la persona con quien hablamos empieza a considerar lo interior, nace la tensión emocional, y como resultado de ello nos sentimos incómodos, y empezamos nosotros también a considerar lo interior. Sentimos que se ha perdido algo, tanto de la conversación como de la relación con la otra persona, y que nos corresponde enderezar las cosas. Tal vez nos faltó un poco de tacto para conducirnos con la otra persona un poco antes, y como resultado de ello, ahora está

ofendida con nosotros. Decidimos que debe nos pisar con más cuidado, y las consecuencias de nuestros esfuerzos por deshacer el daño pueden muy bien empeorar la consideración interior. La consideración interior es señal de debilidad interior, y se debe a menudo en su mayor parte a nuestro temor hacia otra gente. Es asombroso ver lo que nos atemorizan a nosotros, seres humanos, nuestros semejantes.

Controlados y cegados como lo estamos por estas compulsiones interiores, sería absurdo, por lo tanto, que nos imagináramos que en nuestro nivel común de ser somos capaces de comprender a otras personas, y ni hablar de proporcionarles ayuda alguna. No podemos ni siquiera ver a la otra persona tal como es, sino sólo como aparece a través de los vidrios deformantes de nuestros variados gustos y rechazos, prejuicios y aversiones. Nadie es capaz de penetrar en otra persona ni comprenderla, a menos que haya penetrado antes en sí mismo y se haya comprendido a sí mismo; y aun cuando posea este conocimiento de sí, un hombre puede frecuentemente cometer errores. Todavía me siento apabullado ante lo poco que soy capaz de ver de la persona con quien estoy hablando, y de mi incapacidad para sentirla.

Conversamos juntos y hasta de cosas íntimas, pero como completos extraños entre nosotros.

La consideración exterior es precisamente lo opuesto a la consideración interior, y sería el justo antídoto para esta última, sólo con que pudiéramos ingeniarnos para producirla cuando es necesaria. Pero la consideración exterior es una faena extremadamente difícil, tan difícil de producir en nosotros mismos como lo es la autorecordación. Exige una actitud y una relación enteramente distinta hacia la gente, es decir, una preocupación por su bienestar, en lugar del nuestro. El hombre que considera lo exterior hace lo posible por comprender a la otra persona y ver cuáles son sus necesidades, y solamente puede proceder de ese modo cuando deja completamente de lado sus propias necesidades. La consideración. exterior exige del hombre que la practica mucho conocimiento y otro tanto de control de sí mismo, y esto significa que nunca puede ocurrir automáticamente en estado de sueño, sino que es necesario un estado que se aproxime a la autorecordación. Ninguna persona que considera lo exterior puede jamás hablar a otra persona "por su bien", o para "ponerlo bien", o para "explicarle su propio punto de vista", pues la consideración exterior no formula demandas ni tiene requisitos que no sean los de la persona a quien uno se dirige.

No permite ningún pensamiento de superioridad por parte de la persona que está considerando en lo exterior, pues lo que ésta trata de hacer es colocarse en el lugar del otro hombre con el fin de poder descubrir sus necesidades. Esto hace necesario el abandono de hasta el último vestigio de autoidentificación y, a fin de que la otra persona pueda ser vista tal como verdaderamente es, los deformantes anteojos de la personalidad, con todos sus gustos y rechazos subjetivos, tienen que ser dejados de lado a fin de poder enfocarla en forma tan objetiva como sea posible.

Ouspensky continuaba sus afirmaciones diciendo que todas las actividades altamente mecanizadas nos ayudan a mantenernos como somos, en un estado de sueño y, siendo esto así, debemos cuidarnos de. ellas. La identificación con el así llamado "yo" o la consideración interior, son solamente dos de ellas, y otras tres actividades, que andan por sí mismas sin necesidad de ningún cuidado, son igualmente soporíferas: la mentira, la conversación innecesaria y la imaginación. La palabra "mentir" es empleada por G. en un sentido más bien especial. En la conversación corriente significa apartarse dé la verdad. pero dado que muy raramente sabemos qué es la verdad. no se nos puede reprochar que nos apartemos de ella. Pero sí se nos podrá culpar por hablar sobre ciertas cosas como si supiéramos todo acerca de ellas, cuando en realidad sabemos muy poco o nada; y esto, decía Ouspensky, es una de las actividades más comunes del hombre. La

gente habla con la mayor tranquilidad sobre cosas de las que no comprende absolutamente nada. y esto es lo que G. llama mentir. Lo que podamos creer o no creer depende en gran medida de nuestras personalidades, y éstas a su vez dependen de la casualidad.

Cuando se analiza la mentira se descubre que está compuesta de otras dos funciones altamente mecanizadas, contra las cuales nos había prevenido Ouspensky en una sesión anterior: la conversación innecesaria y la imaginación. La primera será tratada en primer lugar junto con la parte del centro intelectual que es responsable de ella: "centro formatorio", o parte inferior. En alqunas personas el "centro formatorio" no está nunca inactivo.

Esa gente charla sin cesar, en subterráneos y autobuses ("Le dediqué un poco de atención, le dije. . ."); charlan por la mañana cuando están descansados, y hablan más aún por la noche cuando están cansados; charlan lo mismo aunque la gente los escuche o no. Charlan cuando están bien y continúan charlando cuando se sienten enfermos, y si la enfermedad es grave y se hace necesaria una operación, siguen hablando aunque les hayan afirmado bien la mascarilla sobre la cara y esté pasando el gas, y su charla es sobre nada, y, sobre todo, sobre la nada que son ellos mismos. Es una mortificación terrible este torrente de palabras imparables a alta presión, tanto para el que habla como para quien lo escucha, y consume una inmensa cantidad de valiosa energía nerviosa.

Tampoco está necesariamente libre de eso la persona taciturna, pues puede estar produciéndose dentro de ella una conversación inaudible de baja graduación. Si escrutamos cuidadosamente los rostros de gente a cuyo lado pasamos por la calle, a menudo vemos que mueven los labios, y al mismo tiempo sus caras cambian de expresión. Sonríen o fruncen el entrecejo al pasar, y tanto sus sonrisas como sus entrecejos nada tienen que ver con nosotros. Ni siquiera han notado nuestra presencia sobre la vereda, pues están a cientos de kilómetros de nosotros en sus sueños, y viviendo quizá en un instante del tiempo totalmente distinto. No están presentes aquí y ahora, sino que están reproduciendo en su imaginación una entrevista difícil que están por celebrar. o recuerdan con placer las cosas ingeniosas que dijeron un mes o dos atrás. Dentro de media hora no más, esta misma gente estará hablando con sus amigos, pero mientras tanto son llevados en alas de su fantasía y conversan silenciosamente consigo mismos.

Cada vez que Ouspensky nos aconsejaba. lo que hacía con frecuencia, que mantuviéramos tirantes las riendas de nuestra imaginación, los artistas del grupo se enfurecían, pues creían que él les estaba censurando la fuente de su inspiración artística. No era acaso responsable la imaginación de todas las cosas que hacían, ya fuera la ejecución de un cuadro, la composición de un poema o de música? Ouspensky se veía constantemente obligado a explicarles que la imaginación creadora del artista, la facultad por la cual visualiza y mantiene en su mente la cosa que está a punto de crear, es una actividad muy distinta de dejar vagar la mente. La visualización requiere un esfuerzo de sostenida atención por parte del artista, mientras que soñar despierto es algo que funciona por sí mismo. La actividad que se produce por sí misma tiene sobre nosotros el efecto de un narcótico. La imaginación, en el sentido con que Ouspensky empleaba esa palabra, significa cualquier cosa que funciona por sí misma y sin que se le preste la menor atención: y dado que esto puede ocurrir en cualquier centro, la imaginación no queda confinada en forma alguna a la elaboración de imágenes en los centros intelectual y emocional,

Si alguien nos hubiera preguntado durante esos muchos años de concurrencia a las reuniones de Ouspensky, en qué estábamos ocupados, y se nos hubiera permitido

contestar esa pregunta en forma veraz y condigna, no podríamos haber dado un mejor resumen de nuestros esfuerzos, que afirmar que estábamos ocupados en el adiestramiento de nuestros poderes de atención. La capacidad de dirigir la atención, era obviamente de primordial importancia para nuestro trabajo, y entraba en casi todo lo que estábamos tratando de hacer. Fue por falta de atención que nuestros esfuerzos por recordarnos a nosotros mismos fracasaron con tanta frecuencia, y fue por la misma razón que nuestras tentativas de realizar los movimientos extremadamente complicados traídos por G, de sus viajes, continuamente nos salían mal. Se habían tomado disposiciones para que se nos enseñaran estos ejercicios especiales, que a mí me resultaron particularmente valiosos. Anteriormente me había enorgullecido siempre de mis poderes de atención, pero al incorporarme a estas clases sobre movimientos en Virginia Water, pronto descubrí lo limitados que eran aquellos en realidad. Los movimientos actuaban como un aparato muy sensible que registraba mis faltas de atención, en la misma forma en que los cilindros ahumados que se utilizan en un laboratorio de fisiología registran actividades tales como los latidos del corazón, los movimientos respiratorios .y la elevación y caída de la presión sanguínea. Uno o dos movimientos de la mente errante, y todos los movimientos coordinados fracasaban de modo que quedaba expuesta ante cualquiera que quisiera verle, la naturaleza limitada de mis poderes de atención.

Era una experiencia humillante, pero al mismo tiempo muy provechosa.

Pero los movimientos y danzas sagradas traídos por G. de Oriente tenían una función mucho más amplia que la de revelar la falta de atención del ejecutante. En una demostración pública de estas danzas en los Estados Unidos, G. le explicó al público que las danzas sagradas y la gimnasia habían desempeñado durante muchos siglos un papel muy importante en las ceremonias religiosas de los templos en Turkestán, Tibet, Afghanistan, Kafiristán y Chitral. Se contaban entre las materias más importantes que se enseñaban en las Escuelas esotéricas Orientales, y se utilizaban principalmente con dos fines. El primero era expresar por medio de ellas cierta forma de conocimiento, y el segundo, inducir en los ejecutantes un estado de ánimo armonioso. Gurdjieff concluyó su disertación diciendo que en tiempos antiguos un hombre que se hubiera dedicado a algún estudio especial, podía expresar con danzas lo que había aprendido, como un investigador de la actualidad publica sus resultados en un tratado. “De este modo, la antigua danza sagrada no es sólo el medio de una experiencia estética, sino también un libro…que contiene un trozo de conocimiento definido”.

En una reunión posterior Ouspensky volvió a dibujar el diagrama de los centros en el pizarrón, esta vez con el fin de mostrarnos el importante rol que juega la atención en nuestro trabajo.

Dijo que cada uno de los centros puede ser subdividido en varias partes. La primera división consiste en aspectos positivos y negativos, y la segunda en la posterior subdivisión de las mitades positiva y negativa en segmentos: motor, emocional e intelectual.

Dijo que el análisis del Centro Intelectual ilustra del mejor modo la división de los centros. Primero viene la división del Centro Intelectual, en dos mitades: positiva y negativa. Tanto la afirmación como la negación son necesarias para pensar, pero en algunas personas uno de estos dos lados es demasiado activo.

Hay gente que tiene tendencia a decir "no" a todo, y hay otros que se inclinan más a decir "sí". También existen extrañas mezclas de afirmación y negación en nuestra conducta. En ciertos casos el pensamiento negativo se asocia con el sentimiento neativo. Un ejemplo excelente de estas mezclas de afirmación y negación puede encontrarse en la parábola de Cristo sobre los dos hijos: "Un hombre tenía dos hijos; y se acercó al

primero, y le dijo: «Hijo, ve a trabajar hoy en mi viña», Él contestó diciendo: No, no quiero; pero luego se arrepintió y fue, y él se acercó al segundo y le dijo lo mismo. y éste le contestó: iré. señor; y no fue. ¿Cuál de ellos dos cumplió la voluntad de su padre?”. (Mateo, XXI, 28-31),
Ouspensky explicaba que la segunda subdivisión de las dos mitades de centros en motor, emocional e intelectual, es la que está estrechamente vinculada con el tema de la atención. La diferencia entre estas tres partes del Centro Intelectual está en que en el lugar más bajo de la parte motriz de ella, el pensamiento transcurre sin la menor atención; en la segunda, o parte emocional, la atención es atraída por el interés intrínseco del tema; y en la tercera parte, la más elevada e intelectual del Centro Intelectual, la atención tiene que ser dirigida al tema por medio de un esfuerzo, como cuando una persona está estudiando un nuevo idioma o leyendo un libro difícil. La misma cosa es cierta en lo referente a las partes motriz, emocional e intelectual.
“La parte más baja o motriz del intelectual ha recibido un nombre especial -continuaba diciendo Ouspensky-. Se llama «centro formatorio», y se asemeja a una gran oficina del piso bajo, en la que hay una cantidad de empleados jóvenes, dactilógrafos y telefonistas trabajando. Su deber es recibir y distinguir mensajes que les llegan del mundo exterior, y pasar los más importantes de éstos a los distintos gerentes que están en pisos superiores. Pero en lugar de hacer eso, los subalternos del piso bajo frecuentemente tratan esos asuntos por sí mismos, con consecuencias desastrosas para todos. El centro formatorio sólo está capacitado para llevar a cabo un tipo de pensamiento asociatorio de baja graduación, y con frecuencia se comporta precisamente en la forma en que lo hacen esos cadetes, dactilógrafos y telefonistas. Toma resoluciones que por derecho corresponde que las tome solamente la parte intelectual del Centro Intelectual, y con resultados particularmente desafortunados.”
En una fecha muy posterior nos fue enseñada de nuevo la gran importancia que la facultad de la atención tenía para nuestro trabajo. Esto fue después de la muerte de Ouspensky, cuando algunos de nosotros nos fuimos a París para estudiar con G. mismo. Éste nos enseñó de inmediato una cantidad de ejercicios de aflojamiento muscular y de lo que llamó “sentir con el cuerpo”, ejercicios que fueron, y son todavía, de gran valor para nosotros. Se nos indicó que dirigiéramos nuestra atención en un orden predeterminado sobre ciertos grupos de músculos; por ejemplo, los del brazo derecho, el brazo izquierdo, la pierna derecha, la pierna izquierda y así sucesivamente, aflojándolos cada vez más mientras volvemos sobre ellos; hasta que hayamos logrado sentir la mayor relajación posible. Mientras estábamos haciendo eso, teníamos que “sentir” al mismo tiempo esa región particular del cuerpo; en otras palabras, tornarnos conscientes de ella. Todos sabemos, naturalmente, que poseemos miembros, una cabeza y un cuerpo, pero en circunstancias ordinarias no las sentimos. Pero con la práctica, la atención puede ser enfocada sobre cualquier parte del cuerpo que uno desee, relajar los músculos de esa zona determinada, y producir la sensación de esa región. A la voz del mandato interior se “siente” el oído derecho, luego el izquierdo, la nariz, la parte superior de la cabeza, el brazo derecho, la mano derecha y así sucesivamente, hasta completar una recorrida de “sensación” por todo el cuerpo. El ejercicio puede, si fuera necesario, hacerse aun en forma más difícil contando hacia atrás, repitiendo ristras de palabras o evocando ideas, al mismo tiempo que se lleva a cabo la relajación y la sensación.
Puede muy bien preguntarse: "¿Qué beneficio puede resultar de aprender todas esas tretas yoguis con el cuerpo?" No es difícil contestar. Hay tres razones para hacer esos ejercicios que son las siguientes: la primera es que se trata de un excelente adiestramiento para la atención; la segunda es que enseña a la persona cómo aflojarse; y la tercera es que produce un cambio psíquico interno muy definido. Este cambio puede

ser resumido en la afirmación de que el ejercicio junta partes de nuestro mecanismo que anteriormente habían estado trabajando desconectadas entre sí. Pero las descripciones exteriores de estos valiosos ejercicios y de los resultados que de ellos se obtienen, son completamente inútiles. Sólo entonces pueden comprenderse a través de la experiencia personal que de ellos hemos obtenido, hecho que acentúa una vez más la imposibilidad de impartir conocimientos de esta especie por medio de un libro. Todos los ejercicios especiales de esta clase tienen que ser enseñados en forma oral, y, hasta donde yo sé, jamás han sido confiados a la escritura. Es por esta razón que deliberadamente he dejado mi exposición incompleta.

CAPÍTULO V

LA BÚSQUEDA DEL YO

Al principio me sentía confundido por lo que para mí era carencia de un plan en el método que empleaba Ouspensky para exponer el sistema de G. En vez de completar un tema y pasar luego a otra cosa. volvía repetidamente sobre lo que ya había tratado antes, agregando algunos detalles que antes había omitido. Pero más tarde me di cuenta de que no era posible sujetarse a ningún plan. En primer lugar, porque no estaba pronunciando una serie de conferencias formales. sino que contestaba preguntas según se las iban formulando en las reuniones, y, en segundo lugar, porque todas las cosas dentro del sistema de G. están tan íntimamente vinculadas entre sí, que es completamente imposible tratar ninguna de ellas en forma aislada. Por ese motivo nos veíamos continuamente obligados a adelantarnos y volver luego sobre lo ya tratado, pues la discusión de un tema nuevo revelaba con frecuencia algún aspecto de uno anterior que no había sido tratado, y esto hacia necesario un reexamen de lo que se había dicho anteriormente.

Después de haber llamado nuestra atención sobre las actividades extremadamente mecánicas que mantienen al hombre sumido en el sueño. Ouspensky volvió sobre las ilusiones que el hombre tiene respecto de sí mismo. “Una de las ilusiones más preciadas y más ridículas -dijo- es la de que es dueño de un «ego» o «Yo» dominante, que imparte uniformidad a su vida y controla sus variadas funciones. Pero tal vez, como resultado de la autoobservación durante estos últimos meses, hayan podido librarse de esta absurda idea sobre ustedes mismos. A esta altura pueden haber descubierto que no hay dentro de ustedes nada que sea parecido a un «Yo» permanente.”

Ouspensky se acercó entonces al pizarrón y dibujó un círculo que procedió a subdividir por medio de líneas verticales y transversales. en un gran número de compartimientos pequeños, de modo que al final resultó ser el dibujo de un ojo de abeja visto con enorme aumento. En cada una de las numerosas divisiones del ojo escribió la palabra Yo con mayúscula. y cuando terminó el dibujo regresó a su silla. “Eso -anunció con la satisfacción de un artista que ha hecho un retrato satisfactorio- es el dibujo de un hombre. No tiene un «Yo», sino innumerables «Yoes».

Continuamente se están reemplazando entre sí, y en un momento está presente un «Yo» que es reemplazado de inmediato por otro. Todos los pensamientos y todos los sentimientos exigen ser considerados como «Yo» hasta que lo arrojan al fondo, y su lugar es ocupado por otro «Yo» que es rival suyo.”

Alguien preguntó cómo es que abrigaremos la fuerte convicción de poseer, en realidad. tanto unidad como permanencia, y Ouspensky le contestó que hay dos cosas que alientan esta idea. La primera es que poseemos un solo cuerpo, y la segunda que

pasamos por la vida con un solo nombre que es permanente. “Es cierto -agregó- que nuestros cuerpos cambian con el correr de los años” pero cambian con tanta lentitud que no nos damos cuenta: y nuestros nombres permanecen con nosotros a través de toda nuestra vida. Estas dos cosas estables contribuyen a producir en nosotros una ilusión de permanencia y unidad, cualidades éstas que, si nos observamos a nosotros mismos con un poco más de cuidado, descubriremos que no existen en modo alguno. No sólo todo pensamiento, todo sentimiento, toda sensación dentro de nosotros reclama el derecho a decir «Yo», sino que -lo que es más peligroso aún- toma decisiones por las que el resto de nosotros habrá de responsabilizarse. Por ejemplo, algún yo temerario puede prometerle a alguien hacer algo con lo cual, probablemente, ninguno de los otros «yoes» habrá de estar de acuerdo cuando llegue el momento de cumplir con la promesa. También puede ser que un grupo de «yoes» dentro de nosotros se sienta interesado en las ideas que estamos estudiando aquí, y decida que es muy necesario cambiar, mientras que otros no sienten el más mínimo interés, y no tienen intención de cambiar absolutamente nada. Esas son algunas de las dificultades con que probablemente se hayan encontrado en su trabajo: que raras veces se dedican resueltamente a cualquier cosa que estén haciendo, y la razón de que les falte resolución, es que ustedes son una pluralidad y no una unidad. El nombre del hombre es «legión».”

El primer descubrimiento que me proporcionó la observación de mí mismo, fue la rapidez con que ocurrían dentro de mí los cambios, pues un estado de ánimo daba su lugar a otro, y éste a su vez cedía su lugar a otro. y no eran sólo los sentimientos los que cambiaban con rapidez. También había podido ver cómo una idea a la que yo adhería plenamente antes, se transformaba en otra que poco después me resultaba completamente inaceptable. Yo había tenido ya anteriormente vislumbres de estos cambios y groseras contradicciones que se producían en mí, pero hasta que me incorporé al trabajo había interpretado que significaban la existencia en mi interior de algún centro que estaba sujeto a ciertas alteraciones de ánimo y opinión: pero aquí lo tenía a Ouspensky negando que hubiera en mí nada en absoluto que fuera central y permanente. De acuerdo con él, la única cosa de naturaleza durable eran un nombre y un cuerpo, pero yo me preguntaba: ¡Es esa una forma razonable de ver las cosas? Después de reflexionar a fondo sobre la cuestión, llegué a la conclusión de que no importaba demasiado cuál de las dos formas de considerarme a mi mismo era lo que yo aceptaba, aunque posteriormente llegué a la conclusión de que la forma en que lo hacía G. encajaba mejor con los hechos según los veía yo, pues a la vez que no tenía pruebas en absoluto de la existencia dentro de mí de ninguna cosa permanente que experimentara cambios, poseía abundantes pruebas de la existencia en mí del cambio mismo.

Más tarde me di cuenta de que la idea de que el hombre no posee ningún yo permanente, sino que está formado por los cambios, ha sido siempre y sigue siendo una idea muy ampliamente aceptada, y que una de las exposiciones más claras de esta filosofía puede encontrarse en los escritos de aquel filósofo escocés tan enormemente perspicaz que fue David Hume. Repasé aquel pasaje en que da cuenta de su incapacidad para encontrar un "yo" permanente (Libro I, Parte IV, Sección IV) , y descubrí que lo había usado como argumento para rebatir la afirmación que hizo Berkeley, de que el hombre posee un conocimiento intuitivo de su propia alma o “yo”.

"Por mi parte, cuando penetro más íntimamente en lo que llamo yo mismo, siempre tropiezo con alguna percepción de frío o calor, luz o sombra, amor u odio, dolor o placer. Nunca me sorprendo a mi mismo libre de percepciones. Puede ser que exista algún filósofo (concluye con ironía) que pueda percibir sus «Yoes», pero apartando a algunos metafísicos de esta especie, puedo atreverme a afirmar que en cuanto al resto de

la humanidad, no es otra cosa que un manojo o colección de diferentes percepciones, que se suceden las unas a las otras con inconcebible rapidez, y están en perpetuo flujo y movimiento."
David Hume era un observador de visión clara e inteligencia inusual, y cualquiera que repita su experimento con igual sinceridad, es probable que llegue a la misma conclusión a que llegó él. Examinada más de cerca la cosa que hemos considerado antes como un "yo", siempre resulta ser nada más que una secuencia de percepciones, y con seguridad esta procesión psíquica dentro de nosotros, que nunca permanece estacionaria ni por un instante, sino que está siempre en movimiento, es completamente indigna de que se la acepte como un "Yo" o alma permanente. Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de que haya algo más duradero, que exista debajo de toda la capa superficial de basura psíquica a la que llamamos "nosotros mismos".
Pero, ¿qué tienen nuestros filósofos que decir sobre la cuestión de la negación de Hume de la existencia de todo "Yo"? En su History of Western Philosophy, Bertrand Russell la comenta en la forma cautelosa y ambigua que sigue: "No quiere decir que no haya un «Yo» solo: significa que no sabemos si lo hay o no, y que el «Yo» no puede penetrar en ninguna parte de nuestro conocimiento, salvo que lo haga como un «manojo» de percepciones. Esta conclusión es importante en metafísica, lo mismo que librarse del último uso sobreviviente de «sustancia». Es importante en teología, en cuanto pueda abolir todo supuesto conocimiento del «alma»; lo es también en el análisis del conocimiento, desde que muestra que la categoría de sujeto y objeto no es fundamental". (Bertrand Russell, A History of Westem Philosophy)
Debe tenerse presente que Bertrand Russell es uno de los filósofos (y cito sus palabras), que "confiesa francamente que el intelecto humano es incapaz de hallar respuestas concluyentes a muchas preguntas de profunda importancia para la humanidad pero se niega a creer en alguna forma "superior" de conocimiento, por la cual podamos descubrir verdades que permanecen ocultas a la ciencia y al intelecto". En otras palabras, Bertrand Russell nos manda contentarnos con la ciencia como guía para nosotros, y nos advierte que no formulemos preguntas imposibles de contestar, entre ellas la de si el hombre posee un "Yo" o alma.
Desde que el hombre fue capaz de pensar, ha estado tratando de conocer lo que Bertrand Russell proclama como incognoscible, y continuará buscando conocimiento que está mas allá de su alcance, mucho después de que la estrecha escuela de filosofía a la que pertenece Russell haya caído en el olvido, y esperamos que nunca se contente con vivir. como Russell quisiera que viviera, sobre la delgada capa de conocimiento científico solamente, pues ha sido inyectada en él un hambre de verdades que son mayores que las de la ciencia. Finalmente, nótese que todo lo expuesto en este libro se opone a la afirmación de Russell, de que no hay otras formas de conocer las cosas, que las que adoptan los científicos.
Una investigación de los libros sagrados de Oriente nos muestra que la idea de la inexistencia de cualquier "Yo" ha sido sostenida por los budistas durante miles de años. Para los budistas, las observaciones de David Hume sobre la ausencia en el hombre de algo que éste pueda llamar "Yo" no presenta la menor dificultad. por el contrario, la afirmación de Hume está plenamente de acuerdo con su propia enseñanza. Se dice que Gautama Buda expresó: "Están los pétalos, el polen. la corola y el tallo, pero no hay flor de loto. Hay esta o esa otra idea pasajera, esta o aquella otra emoción pasajera, esta imagen o esa otra, pero no hay detrás de ellas ningún todo organizado que pueda ser llamado el ego, el Yo".
El budista usa las dos palabras, "ego" y "Yo", simplemente como términos convenientes para describir una cambiante combinación de los fenómenos físicos y psíquicos: Se da

cuenta de que todo lo que hay dentro de sí mismo depende de otras cosas, y que no hay nada en parte alguna que exista por derecho propio, independiente, producido por sí mismo, desconectado de todo lo demás; un verdadero "Yo". Esta creencia está ilustrada en una parábola tibetana que expone de manera muy clara la opinión que tiene el budista sobre la persona. Madame David-Neel narra esta parábola en su obra tan conocida sobre Budismo: "Una persona -dice- es una asamblea compuesta de una cantidad de miembros. En esta asamblea nunca cesa la discusión. Una y otra vez se levanta un miembro, hace un discurso y sugiere una acción; sus colegas aprueban. y se resuelve ejecutar lo que aquel ha propuesto. Con frecuencia se levantan al mismo tiempo varios miembros de la asamblea y proponen distintas cosas, y cada uno de ellos. por razones privadas, apoya su propia moción. Puede ocurrir que estas diferencias de opinión, y la pasión que cada uno de los oradores pone en el debate, provoque en la asamblea una pelea, y hasta una pelea violenta.
Los miembros pueden llegar hasta los golpes. Puede suceder también que algunos miembros abandonen la asamblea por cuenta propia; que a otros los expulsen: y también que haya otros a quienes sus colegas expulsen por la fuerza. Durante todo ese tiempo están introduciéndose en la asamblea otros que recién llegan, ya sea en forma suave o forzando las puertas". Así es el hombre.
La parábola nos ofrece una muestra muy completa de nuestro estado interior. Sigue describiendo cuántas de las voces que se escuchan en la reunión van debilitándose con el transcurso del tiempo, mientras que otras se van haciendo más fuertes y audaces, acallando a gritos toda oposición, y estableciendo finalmente su predominio sobre todos sus rivales. "Estos -comenta Madame David-Neel- son nuestros instintos, nuestras tendencias, nuestras creencias, nuestros deseos, etc. Pero las causas que las engendraron son. cada una de ellas, descendiente y heredera de muchas líneas de causas, de muchas series de fenómenos que se remontan muy lejos en el pasado, y cuyos rastros se pierden en las sombrías. profundidades de la eternidad". (Alexandre David-Neel, Buddhism.)
Buda enseñó que el hombre es arrastrado por la vida del mismo modo que un tronco es llevado en el río por la corriente; y que está particularmente a merced de las corrientes triples de raga (pasión), dosa (ira) y moha (ilusión). El término nirvana, que constantemente es mal comprendido por nosotros los occidentales, significa realmente la libertad interior que un hombre puede eventualmente alcanzar si, después de prolongada lucha, se ingenia para desembarazarse de todas las compulsiones y deseos que anteriormente lo controlaban. En otras palabras, nirvana representa la promesa que hace muchísimo tiempo hizo el Buda a sus discípulos, promesa contenida en las siguientes palabras: "Cuando hayas comprendido la disolución de todas las ficciones, comprenderás aquello que no es ficción".
La analogía entre la doctrina de Buda y las ideas que nos enseñaba Ouspensky, era evidentemente muy clara. Se nos había dicho que las impresiones de afuera actúan sobre nosotros como la polea sobre el torno, y que si esta fuerza impulsora cesara de repente, y al mismo tiempo se desvanecieran los recuerdos de impresiones similares del pasado. nos inmovilizaríamos y moriríamos rápidamente. Esto quería decir que ninguna de nuestras actividades proviene de nosotros mismos, sino que son siempre el resultado de fuerzas originadas en el exterior, de modo que son reacciones más bien que acciones. " ¿Pero qué es -preguntó alguien- lo que hay dentro de nosotros, que ejecuta la pantomima de decidir qué es lo que debemos de hacer; eso dentro de nosotros que antes llamábamos nuestra «voluntad»?" Ouspensky respondió que esto que llamamos "voluntad" nuestra no es más que la resultante de nuestros variados deseos, y que lo que hace aún más confusa la situación es el hecho de que, cada vez que hacemos algo, siempre podemos afirmar después, y con razón, que hemos actuado de acuerdo con lo

que queríamos hacer. Esto es cierto, pero sólo aleja un poquito más la fuerza motivadora que nos hace reaccionar. Actuamos bajo el dictado de nuestros deseos, pero poco o nada podemos hacer para adquirir estos deseos: y esto está en plena concordancia con la enseñanza realista de Buda, de que el hombre es esclavo de sus deseos.
Pero afirmar que el hombre es movido por las fuerzas exteriores, como mueven al torno las poleas del taller; no excluye forzosamente para él toda posibilidad de elección. De acuerdo con la enseñanza de G., el hombre mecánico posee, en realidad, una pequeña medida de elección, de modo que puede elegir en qué forma ha de reaccionar: pero llamar a algo que es tan restringido y transitorio como esto, "libre voluntad", es evidentemente absurdo. De este modo, cuando la cuestión de la voluntad del hombre es enfocada desde un punto de vista más amplio, sería absurdo imaginar que el animalito "horcado" de Voltaire, que vive en un universo enteramente gobernado por la ley, pueda tener la libertad de comportarse en todo como le venga en gana.
El hombre, como el universo lo rodea, está regido por las leyes, y siempre estará gobernado por ellas. No obstante está capacitado para elegir en una medida limitada y siempre creciente, las influencias bajo las cuales prefiera vivir.
Hasta ese momento Ouspensky nos había; hablado muy poco sobre el universo, pero en una reunión anterior mencionó que el hombre vive .bajo una cantidad de influencias distintas que le llegan de diversas fuentes, tales como el sol, la luna y los planetas. Dijo que G. enseñaba que todas estas influencias actúan sobre el hombre simultáneamente, predominando una sobre otra en determinado momento. El hombre puede seguir reaccionando ciegamente, como ha venido reaccionando hasta el momento, a los variados impulsos y deseos fisiológicos de su cuerpo, o si ve la necesidad de hacerlo, puede comenzar a luchar contra esos impulsos ciegos y tratar de desarrollar las partes superiores de su naturaleza. El hombre es un organismo muy complicado y constituido en forma tal, que hay en él muchas cosas distintas que pertenecen a diferentes niveles del ser.
Esta afirmación sobre el hombre provocó en una reunión subsiguiente esta pregunta: "¿Cómo, si el hombre es una máquina, puede tener elección en el asunto?" Ouspensky la contestó diciendo que aun cuando el hombre es una máquina, hay ciertos puntos débiles en esta máquina en los que es posible un libre juego entre los varios componentes del mecanismo, y que es en estos lugares débiles donde puede comenzar una lucha para ganar el control de sí. mismo, con algunas perspectivas de éxito.
Nunca he hallado muy satisfactoria la metáfora de Ouspensky sobre los lugares débiles de la maquinaria en donde el trabajo puede comenzar, y prefiero otra tomada, según creo, de Spinoza y adaptada para servir a mis propios fines. Me veo a mi mismo sentado en una frágil canoa que es arrastrada por un gran río, en compañía de muchas canoas parecidas. Estoy tomando nota cuidadosamente de las numerosas .crecidas y corrientes del río, y llegando a una especie de resolución en cuanto a la dirección en que quiero viajar. Entonces, después de tomar la decisión, me imagino que estoy luchando con ayuda de una pequeña paleta, para enfilar mi canoa hacia una corriente que creo que es más favorable para este propósito. Estoy plenamente consciente de que inevitablemente seré llevado por el río hacia el mar, pero espero que, aprovechándome de ciertas corrientes, viajaré más ya que me gusta viajar; pero no excluyo del todo la posibilidad de que mi decisión pueda hacer que mi destino final sea muy diferente.
La idea de que el hombre está compuesto de. muchos principios distintos, y de que su verdadera función en la vida es descubrir el principio divino en su naturaleza y vivir de conformidad con sus leyes. se encuentra en todas las grandes religiones. La diferencia principal entre las distintas religiones es en cuánto a la naturaleza de este principio superior en el hombre. Como se ha dicho ya, el budista niega la existencia en el

hombre de cualquier "yo" separado. y arguye que el único principio que él, personalmente, podría aceptar como real, sería un yo homogéneo y engendrado por sí mismo. totalmente independiente de cualquier causa externa. Continuando con esta línea de argumentación, agrega el budista que, para ser satisfactorio, un “yo” tiene que ser eterno, pues de otro modo, su llegada a la existencia en determinado momento del tiempo, tiene que haberse originado en alguna causa, y por consiguiente no puede aceptarse que se haya engendrado por sí mismo.
Pero existen otras opiniones sobre este importante tema: Shankara, el gran comentador hindú de la Vedanta, evita todos los extremos y comienza por hacer la audaz afirmación .de que el “Yo” es conocido y desconocido a un mismo tiempo. "Sabemos -dice- que el «Yo» existe, pero no sabemos qué es. Tampoco podemos esperar nunca conocer el «Yo» por medio del pensamiento: toda vez que el pensamiento forma parte del flujo de estados psíquicos pertenecientes a la región del no-yo.” Luego aconseja a aquellos que sienten la necesidad de alguna clase de idea del "Yo", que se lo figuren en forma de una conciencia pura, indiferenciada; una conciencia que permanece inafectada, aun cuando el cuerpo sea reducido a cenizas y la mente haya desaparecido completamente.
Según lo veo yo. la opinión de G. se acerca mucho, si es que no coincide, con esta visión vedantina de la vida. De todos modos, la descripción del “yo” en términos de conciencia indiferenciada es la única que puedo aceptar personalmente en el momento actual. Cada vez que enfocó mi atención dentro de mí y empiezo a buscar un “Yo”, veo lo que ve el budista, es decir, una procesión de percepciones, ideas y emociones que vienen y se van. y que nunca permanecen allí mucho tiempo. Al igual que David Hume, nunca puedo atrapar nada a lo que pueda llamar mi “yo”. Puedo, naturalmente, confeccionar una lista de todas las cosas que he visto como resultado de mi auto-observación; y puedo decidir que todos los pensamientos y emociones que apruebo pertenecen a mi yo real, mientras que todas las cosas perversas y superficiales que he notado pertenecen a mi “Yo” imaginario o falsa personalidad, pero esto es evidentemente una estafa. No tengo el derecho de apropiarme de todas las cosas nobles que hay en mí y descartar todas las perversas, pues ambas son igualmente partes de la criatura sumamente compleja conocida para el mundo como Kenneth Walker.
"Hay épocas meditativas, dulces, aunque también horas terribles, cuando maravilloso y asombrado usted se hace a. sí mismo esa pregunta que no tiene contestación: ¿Quién soy yo; la cosa a la que puedo llamar «yo»? El mundo con sus estentóreas transacciones, se retira a la distancia; ya través de las colgaduras de papel y paredes de piedra. y los tejidos espesamente entrelazados del Comercio y la Política, e integumentos vivos y muertos (de la Sociedad y de un Cuerpo), dentro de los cuales se encuentra rodeada su Sociedad -la vista llega a la Profundidad vacía, y usted está a solas con el Universo y comulga silenciosamente con él, como una Presencia misteriosa con otra."
Así escribió Carlyle, y es obvio según la narración que hace de su meditación, que llegó a penetrar sólo una de las varias capas que lo separaban del “Yo” más grande. Se las arregló por unos instantes para alejarse de la ruidosa capa de sus propias transacciones y las del mundo, y llegar a una parte más tranquila de su ser, pero al final fue sólo su propia voz fastidiosa lo que oyó que hablaba. pues continúa así su ensueño: “¿Quién soy Yo: quién es este yo? ¿Una Voz, un Movimiento, una Apariencia; alguna Idea corporizada, visualizada en la Mente Eterna? Cogito, ergo sum. Vaya, pobre Meditador, esto nos sirve de poco. Es cierto que yo soy, y antes no era; pero ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Adónde?”.
De todos modos Carlyle estaba acertado en su conclusión de que el pensador que hay dentro de nosotros no nos lleva muy lejos. Lo que no llegó a entender fue que era este

mismo pensador y hablador inquieto el que ponía fin a su autorecordación, y evitaba que pudiera aprender nada más. Existe una diferencia llamativa y sumamente significativa entre las narraciones de Carlyle, la del pensador, y la de Tennyson, la del poeta, sobre la autorecordación. En el momento en que Carlyle empieza a teorizar sobre la naturaleza del yo, Tennyson está haciendo el antiquísimo descubrimiento de que para que aparezca la verdad, tiene que disolverse el yo de la vida diaria, en algo que es inconmensurablemente más grande que él mismo.

. . .y no obstante sin sombra de duda
sino con claridad. mediante la pérdida del yo.
el adquirir una vida tan grande. si se la compara con la nuestra
como es el Sol para una chispa. inocultable en palabras que no
son más que sombras de una sombra.

En ese instante de una vida más grande, una experiencia pura, inexpresada desplazó en Tennyson al pensamiento, y sólo después pudo encontrar las palabras adecuadas para describir lo que había ocurrido. Si el atareado "pensador" hubiera intervenido en un instante muy prematuro, como lo hizo el de Carlyle, todo se hubiera perdido. Todos los grandes místicos llaman la atención sobre el hecho de que la continua agitación del pensamiento en la cabeza es uno de los mayores obstáculos para la vida contemplativa. Las instrucciones de Jacob Boehme a los discípulos están encubiertas por el lenguaje de la religión, pero, podrían igualmente ser dadas a una persona que esté tratando de recordarse a sí misma. Dice que la principal dificultad proviene del pensamiento asociativo, el de los deseos y las experiencias del “yo” de la vida diaria, o de lo que él denominaba "lo que quiere el yo". "Cuando aquietas el pensamiento del yo y lo que quiere el yo; cuando tanto el intelecto como la voluntad se prestan calmados y pasivos a las impresiones del Mundo Eterno y el Espíritu; y cuando el alma se eleva en alas y por sobre lo que es temporal, los sentidos externos y la imaginación están encerradas en la abstracción santa, entonces el oír, el ver y el hablar eternos te serán revelados. . . dado que no es nada más que tu propio escuchar. y querer, los que te ponen obstáculos, de modo tal que no ves ni oyes a Dios." (La Señal de Todas las Cosas.)
Los relatos más exactos de la búsqueda del Yo son, sin embargo, los que hacen los escritores orientales, que asimilan la mente humana a las aguas de un lago, y al buscador del yo superior con un hombre que ausculta las profundidades del lago.
De acuerdo con el filósofo vedantino la mente no tiene inteligencia ni conciencia propias, sino que las pide prestadas al Atman o principio divino dentro del hombre que está cercano, en la misma forma en que un cristal puede pedir prestado el color a un objeto color rosa que está cerca de él. Cada vez que dentro de nosotros los sentidos especiales registran un acontecimiento o un objeto del mundo exterior, se dice que una vritti, u onda de pensamiento, surge en nuestras mentes y nuestro pequeño sentido del ego (Ahankara en sánscrito), se identifica de inmediato con éste. Nos sentimos "felices" si la onda de pensamiento que el acontecimiento exterior ha provocado dentro de nosotros, llega a ser de naturaleza agradable, y desdichados si ocurre que es desagradable. Pero el verdadero Yo o Atman permanece muy por arriba de estas perturbaciones de la mente, toda vez que el Atman es por propia naturaleza iluminado y libre.
En consecuencia, nunca podremos llegar a conocer a nuestros propios "Yoes", en tanto nos identifiquemos con el sentido de ego y con las oleadas de pensamientos que ordinariamente nos gobiernan. Sólo cuando nos ingeniemos para liberamos de estas perturbaciones y cuando la agitada superficie del agua se calme lo suficiente, podemos descubrir qué es lo que hay allí abajo, en las claras profundidades del lago.

El conocimiento de este Yo mayor es conocimiento directo, opuesto al conocimiento indirecto adquirido por medio de la razón y los sentidos especiales. Siendo experiencia pura. está más allá del alcance de cualquier disputa, aun cuando puedan subsiguientemente provocarse discusiones cuando luchemos para explicar lo que ha ocurrido.

Algunas veces, y aparentemente por casualidad, las condiciones son más favorables que lo común para autorecordarse, y cuando esto ocurre y yo me acerco a la quietud del centro, me convenio cada vez más de que algo más permanente me aguarda, justamente un poco más allá de mi alcance. Sin embargo, al acercarme un poco más a lo que estoy buscando, me encuentro con una sorpresa, pues en vez de descubrir, como había esperado, un "Yo" inconfundible ubicado allí, en las imperturbables profundidades, me veo a mí mismo desapareciendo lentamente en una Entidad Innombrable, inconmensurablemente más grande que yo mismo. Afirmar que este reino superior de conciencia pura. bienaventuranza y ser en que estoy perdido es yo mismo, seria ridículo; y no obstante, es mío y yo soy de él. Es a este infinito reino de luz, conciencia y bienaventuranza a lo que el vedantino se refiere cuando utiliza la palabra Sachidananda. ¿Quién soy yo; esa cosa la que puedo llamar "Yo" Seguramente es ésta la pregunta más grande que cualquier hombre puede hacerse a sí mismo.

¿Qué harán mis amigos. tos expertos en psicología, de esta descripción de otro estado de ser, del que la psicología occidental no tiene absolutamente nada que decir? ¿La explicarán mis colegas junguianos como una brusca emanación del Inconsciente dentro de mi propia conciencia separada? ¿Me ofrecerán mis amigos freudianos una interpretación todavía menos atractiva de lo que yo he experimentado? No estoy en exceso preocupado por la forma como mis palabras sean interpretadas, pero si necesitara hallar cierta clase de apoyo científico para ellas, no me sentiría desconcertado. Remitiría a mis críticos a un físico de fama internacional. Dice Schrodinger: "La Conciencia nunca se expresa en plural, sólo en singular. . . ¿Cómo surge la idea de pluralidad (tan enfáticamente combatida por los escritores del Upanishad) en absoluto? La conciencia se encuentra íntimamente vinculada con, y dependiente de, el estado físico de una región limitada de la materia, el cuerpo. . . Ahora bien: hay una gran pluralidad de cuerpos similares. De ahí que la pluralización de la conciencia de las mentes parezca una hipótesis muy sugestiva.

Probablemente toda la gente sencilla, ingenua, así como la gran mayoría de los filósofos occidentales, la hayan aceptado. . . La única alternativa posible es simplemente conservar la experiencia inmediata de que la conciencia es un singular, cuyo plural es desconocido; que solamente hay una cosa, y que lo que parece ser una pluralidad no es más que una serie de aspectos distintos de esta cosa única producida por una ilusión (el Maya hindú); la misma ilusión se produce en una galería de espejos y del mismo modo Gaurisankar y el Everest resultan ser la misma cima vista desde distintos "valles" (E. Schrodinger, What is Life?) El Bhagavad Gita resume todo esto en las palabras siguientes: "Indivisible. pero como si estuviera dividido en distintos seres".

La aproximación al conocimiento por el camino de la razón y los sentimientos interiores ha producido resultados inapreciables en nuestro examen del mundo que está fuera de nosotros, pero es inútil en nuestro estudio del mundo interior de la conciencia y del yo. Aurobindo presta su poderoso apoyo a esta opinión, pues dice: "En tanto que nos limitemos a las pruebas de los sentidos y la conciencia física. no podemos concebir ni saber nada con excepción del mundo material y sus fenómenos.

Pero ciertas facultades que están en nosotros permiten a nuestra mentalidad llegar a concepciones, que podemos ciertamente deducir por el raciocinio, o por la variación imaginativa de los hechos de los mundos físicos tal como los vemos, pero que no

están justificados por ninguna clase de datos puramente físicos, ni por ninguna experiencia física”.
Es una suerte que existan en nosotros estas otras facultades capaces de corregir los errores cometidos por la mente sensual, y de abrir nuevas vistas de la verdad. Era a ellos a quienes probablemente se refería el autor del Katha Upanishad cuando declaraba: "Este «yo» secreto que está en todos los seres no es aparente, sino que se ve por medio de la razón suprema, lo sutil, por aquellos que tienen la visión sutil".

CAPÍTULO VI

ESENCIA Y PERSONALIDAD

Ouspensky atrajo nuestra atención hacia otra división de G. que no puede hallarse en ningún sistema occidental de psicología. Tal división consistía en separar al hombre en dos partes: Esencia y Personalidad. La Esencia comprende todas las cosas con que nace un hombre y que pueden ser consideradas como de su propiedad. mientras que la Personalidad es lo que adquiere por la crianza y la educación. La Esencia incluye la constitución física y psicológica de un hombre y todo lo que ha heredado de sus padres en forma de potencialidades y tendencias.
La Personalidad está constituida por todo lo que posteriormente aprende y abarca sus gustos y aversiones. Hasta sus gustos y aversiones instintivos, que están basados en lo que es bueno y lo que es malo para él, quedan colorados con el tiempo por los caprichos de su personalidad. Sucede así porque la personalidad crece muy rápidamente, y domina a la Esencia a una edad tan temprana que esta última cesa de desarrollarse, con la consecuencia de que un hombre de edad mediana puede poseer sólo la Esencia de un niño de siete años.
Un niño no tiene en absoluto Personalidad, y todo lo que hay en él es verdadero y suyo, pero tan pronto como comienza la educación. su Personalidad empieza a crecer. Aprende a imitar a los adultos que lo rodean, adoptando muchos de sus gustos y aversiones y copiando sus métodos de exhibir sus emociones negativas. Algunas de las características de la personalidad del niño que está creciendo podrían nacer no tanto de la imitación de los adultos que lo tienen a su cargo, como sí de su resistencia a los métodos que emplean para prepararlo, y de sus tentativas de ocultarles cosas de su propia Esencia que son para él más genuinas. En los últimos años de la infancia, después que ha aprendido a leer, se abre ante él todo un mundo nuevo de gente que puede servirle para modelarse, y su Personalidad aprende a ser aún más elaborada y complicada. y ésta es otra diferencia más entre la Personalidad y la Esencia: que mientras la Esencia es siempre sencilla, cru4a y recta en su comportamiento, la Personalidad es tan compleja que llega a engañarse hasta a sí misma. Por ejemplo, un hombre puede legítimamente engañarse a sí mismo creyendo que es un gran filántropo que está dispuesto a sacrificarse completamente por sus semejantes, y no tener sin embargo ninguna idea verdadera en favor de la humanidad, sino solamente el deseo de dominar a los demás.
La relación que existe entre la Personalidad y la Esencia es a veces difícil de descubrir. Por ejemplo, una mujer puede parecer una criatura muy complicada, sofisticada, que está siempre esforzándose por llamar la atención, y sin embargo puede ser en su Esencia una persona muy sencilla. Algunas veces la Personalidad y la Esencia se oponen entre sí, de modo que la vida del individuo se hace difícil y desgraciada. Sin embargo, sería

un error tomar todo esto en forma muy simple y considerar a la Esencia como el héroe maltratado, dominado por el villano del drama humano, la Personalidad; pues hay mucho en la esencia de un hombre que es primitivo, rudo y hasta salvaje, y muchísimas cosas en su personalidad que son dignas de elogio y deseables. “La Personalidad -decía Ouspensky- es una parte muy necesaria de un hombre, sin la cual sería imposible vivir una vida satisfactoria. Lo que se necesita para el desarrollo del hombre no es que se elimine su personalidad, sino que se la haga mucho menos activa de lo que ahora es. Se permitirá entonces a la esencia crecer y, como la esencia es la parte más genuina del hombre, éste es entonces un paso preliminar muy necesario para su desarrollo”. .

Ouspensky nos dijo que G. había descripto una vez las distintas formas en que la Personalidad y la Esencia podían ser separadas artificialmente. Dijo que las drogas, el hipnotismo y ciertos ejercicios especiales se empleaban en escuelas esotéricas con ese fin. Por ejemplo, hay ciertos narcóticos que poseen la propiedad de hacer dormir a la Personalidad durante cierto tiempo, sin afectar en absoluto la Esencia, de modo que solamente ésta se pone de manifiesto. El resultado de un experimento de este tipo podría ser que un hombre que por lo común está lleno de ideas, simpatías, antipatías y fuertes convicciones, resulte que en su Esencia es totalmente indiferente a todas esas cosas. Ideas por las cuales hubiera estado dispuesto a morir anteriormente, le parecen ahora completamente ridículas y totalmente indignas de su atención. Todo lo que muestra después de tomar el narcótico son ciertas inclinaciones instintivas, como por ejemplo el deseo de calor, un infantil deleite por los dulces y una fuerte falta de inclinación hacia cualquier forma de esfuerzo físico. El narcótico revela hasta qué punto es inmadura la parte más real de él.

Lo personalidad está por lo general más altamente desarrollada en los habitantes de las ciudades y en gente extremadamente intelectual, que en los que trabajan la tierra para vivir.

“E instintivamente uno siente que la gente de campo es más genuina -agregaba Ouspensky- como que en verdad lo es. Son personas en quienes la Personalidad no se les ha ido tanto de la mano y en quienes la Esencia es más activa. de modo, que hablan y actúan con más frecuencia desde sí mismos. Es muy importante advertir dos cosas: que la Personalidad de un hombre ha sido totalmente conformada por el mundo exterior, y que es puesta en movimiento por la acción de la polea de los acontecimientos externos. Un hombre se imagina que es libre, pero está muy lejos de serlo. Cualquier cosa que haga es el resultado de sucesos externos, que actúan sobre la especie de personalidad que pueda haber adquirido por medios análogos. Puede haber adquirido una personalidad muy noble, pero si súbitamente se le despojara de las influencias modeladoras, e instintivas, de modo que ya no le importe más lo que la gente pueda decir o pensar de. él, entonces puede revelar se como alguien que está muy lejos de ser noble. . . Esto significa que no sólo su nobleza ha sido producto de circunstancias externas, sino que está conservada por los mismos medios." .

En otra reunión Ouspensky volvió a poner énfasis sobre el hecho de que la Personalidad es una parte muy necesaria de nosotros. “Tenemos que prepararnos para alguna profesión o negocio en la vida -dijo- y lo que adquirimos con esta preparación es parte de nuestra personalidad. A una persona que no se haya equipado adecuadamente en esa forma. no le será muy fácil llegar a ser un buen jefe de familia, y por consiguiente no es adecuado para este trabajo”. Ouspensky nos recordó entonces, también, lo que había dicho en otra reunión, muy anterior: que la humanidad puede ser dividida en tres categorías: el buen jefe de familia, el vago y el demente. Un buen jefe de familia es una máquina, pero es una máquina capaz de asumir ciertas responsabilidades, y una máquina en la cual otra gente puede confiar. Un vago es un hombre que es incapaz de

completar ninguna cosa que emprenda en la vida, y que siempre abandona lo que ha empezado. Un demente no hace ninguna discriminación; se embarca primero en esta empresa, después en aquella otra, y nunca alcanza ninguna meta. Sólo los buenos jefes de familia son capaces de sacar algún provecho del trabajo en que ahora estamos ocupados.

En otra reunión Ouspensky dijo que la Esencia es la parte más real en nosotros, y que es solamente la Esencia de donde puede surgir cualquier cosa real y nueva, tal como un “Yo” que controla y es permanente. Pero para que esto suceda. la Personalidad tiene que hacerse más pasiva y la Esencia tiene que crecer. A fin de que la Esencia crezca, tiene que ser alimentada, y su alimento adopta la forma de una nueva clase de conocimiento, tal como el que ahora estamos recibiendo. La situación se complica más por el hecho de que su conocimiento sólo puede llegar a la Esencia por medio de la Personalidad. De este modo, la secuencia de acontecimientos para un hombre que está en proceso de desarrollo es la siguiente: primero su Personalidad tiene que crecer a expensas de la Esencia; luego su Personalidad tiene que hacerse más pasiva: y finalmente la Esencia tiene que aprender de la Personalidad cómo hay que hacer para crecer. El crecimiento de la Esencia es siempre el resultado de la comprensión, y ésta tiene que empezar en la Personalidad, pues estamos incapacitados para alcanzar directamente la Esencia.

Ouspensky destacaba que por muchísimo tiempo la división del hombre en Esencia y Personalidad sería sólo de valor teórico para nosotros. toda vez que no estaríamos .en condiciones de distinguir entre lo que pertenece a una y lo que pertenece a la otra. Nos aconsejó que por el momento atribuyéramos todo lo que viéramos en nosotros a la Personalidad, y aceptáramos la realidad de que muy poco de lo que hay en nosotros viene de la Esencia.

Hay otra división del hombre que podría ser de una importancia práctica mucho mayor para nosotros, v. gr., la división entre el "Yo" observador y la cosa que el "Yo" observador está viendo, por ejemplo Ouspensky, Walker, Robinson; o cualquier persona que sea. Dijo que todos aquellos, de nosotros que trabajamos seriamente, estamos constituidos por dos caracteres enteramente distintos: la persona que todavía anda por el mundo llamándose "Yo" y creyéndose a sí misma una unidad, y la parte pequeña, pero mucho más real, de nosotros que mira y ve a través de las máscaras de la otra parte. La brecha que existe entre el "Yo", al que los vedantinos conocen como "el testigo", y Ouspensky, Robinson y Walker, se siente, y es una brecha muy grande. “Sin embargo -dijo Ouspensky- un daño muy sutil acecha aún en estos momentos vitales de “separación”.

Aun cuando un verdadero «Yo» observador ha estado ahí desde el comienzo, el proceso puede ser continuado por algo que es muy distinto. y en vez de existir una verdadera autoobservación, puede solamente haber Ouspensky, Robinson y Walker soñando que trabajan. Tenemos que mantener una vigilancia muy aguda contra esta hábil sustitución de lo genuino por lo falso."

La experiencia de lo que Ouspensky llamaba "separación" -es decir: la realización emocional de la brecha que existe entre el "Yo" observador y todas las cosas incluidas bajo el título de Kenneth Walker- fue adquiriendo cada vez mayor importancia para mí con el correr del tiempo. Al principio, la autoobservación significaba poca cosa más que uno o dos "Yoes" dentro de mí que estaban interesados por el trabajo, y que echaban el ojo sobre otros "Yoes" dentro de mí, a quienes no les interesaba en lo más mínimo; pero gradualmente fue cambiando la naturaleza del observador, de modo que parecía como si estuviera parado sobre un nivel ligeramente distinto del resto de mí, y esto era como tenía que ser, pues la "autoobservación" está en el camino que lleva a la autorecordación, y recordarse a uno mismo significa estar menos dormido que lo que es

habitual. En una etapa posterior, el carácter del "Yo" observador pareció alterarse otra vez, y todo esto estaba de acuerdo con una parábola que Ouspensky nos había contado en una de nuestras primeras reuniones. Era la historia de una casa en la que no vivían ningún amo ni supervisor, sino sólo un gentío de sirvientes, cada uno de los cuales afirmaba ser el dueño de casa. Todos los sirvientes ocupaban lugares que no les correspondían: el cocinero en el jardín, el jardinero en la cocina. el mayordomo en el establo y así sucesivamente. El resultado no era otro que el más completo desorden en la casa, y éste fue haciéndose tan grande que unos pocos de los sirvientes más sensatos decidieron que había que hacer algo al respecto. Acordaron por lo tanto elegir y obedecer primero a un mayordomo interino. y luego a uno verdadero, con el fin de mantener la casa preparada para el eventual regreso del amo. Lo que me interesó grandemente en esta parábola fue que los que la concibieron hubieran creído necesario lograr un número de símbolos de diferentes etapas de la organización de la casa. Primero estaba la comprensión. por parte de unos pocos de los sirvientes más sensatos de que era imposible continuar viviendo como vivían; luego el acuerdo entre ellos para elegir un mayordomo delegado, y luego la elección de un organizador superior, llamado mayordomo verdadero. El carácter detallista de la parábola indica claramente que sus autores habían experimentado por sí mismos una cantidad de etapas distintas que requerían ilustración, y fue confortante para mí saber que el sendero que estábamos tratando de recorrer, había sido tan cuidadosamente delineado por aquellos que lo habían transitado mucho tiempo antes.

Ouspensky dijo que G. había dado. mediante la casa en desorden, una parábola alternativa, Existía una alegoría aún más antigua, que asimilaba el hombre a un equipo compuesto de caballo, carruaje, conductor y dueño. El carruaje representa al cuerpo del hombre y el conductor a su mente. El carruaje está ligado con el caballo por las varas. y el conductor con el caballo por las riendas: y de acuerdo con G., el trabajo sobre uno mismo tiene que empezar siempre por el trabajo sobre el conductor; es decir, el trabajo sobre la mente. Lo que se hace inmediatamente necesario es que el conductor despierte. escuche la voz de su amo y sea capaz de seguir sus instrucciones. Tiene que aprender entonces lo que antes había descuidado: la forma correcta de guiar un caballo, cómo alimentarlo y cómo uncirlo adecuadamente al carruaje. Es también importante que mantenga en perfecto orden todo lo que tiene que ver con el caballo y el carruaje. El caballo representa a las emociones, y hasta el momento ha tirado de todo el aparato hacia donde le venía en ganas, pero ahora el conductor tiene que controlar sus movimientos por medio de las riendas, y de acuerdo con las instrucciones de su amo. Sólo entonces el carruaje comienza a moverse en línea recta sin andar haciendo rodeos. Pero que esto suceda o no, depende, primero de que el caballo haya sido debidamente arnesado; y por sobre todo de que el conductor posea riendas con las cuales pueda controlar los movimientos del caballo.

Ouspensky decía que el simbolismo de las riendas en esta parábola tiene una particular importancia, toda vez que las riendas representan los medios por los cuales la mente puede controlar las emociones, "Pero ¿cómo puede el Centro Intelectual arreglárselas para controlar el Centro Emocional? -nos preguntó-, El caballo no entiende el idioma del conductor, porque éste emplea palabras. y el centro emocional se expresa a sí mismo no en palabras, sino en símbolos. Sabemos demasiado bien que es inútil para nosotros decirnos a nosotros mismos antes de una entrevista difícil: me rehuso a que este individuo me irrite, diga de mí lo que diga, porque la irritación no va a servirme para mis propósitos. Razonar con nosotros mismos de este modo no tiene el menor efecto, pues nuestras emociones se comportan a menudo en forma completamente irracional. Reaccionamos ante los disgustos en la misma forma en que siempre lo hemos hecho,

pese a todo lo que nos hayamos dicho a nosotros mismos anteriormente, No, la conversación no tiene ningún efecto sobre el caballo, y en nuestro habitual estado de duermevela no existe ninguna clase de riendas entre el conductor y el caballo. Sólo en el estado superior de autorecordación podemos ejercer alguna clase de control sobre nuestras reacciones mecánicos y nuestras emociones. En nuestro acostumbrado estado de sueño somos conductores que no poseemos ninguna rienda con la que se pueda controlar el caballo."

Ouspensky nos decía que ya que nuestras personalidades determinan nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras acciones, es muy necesario que hagamos un estudio intensivo de ellas, ¡y qué cosas fantásticas son estas personalidades cuando logramos verlas! Madame Ouspensky, que desempeñara un papel cada vez más importante en el trabajo de su esposo a partir del año 1924, poseía un don especial para ver por debajo de la superficie, y revelarnos lo que había descubierto allí. Algunas veces comparaba nuestras personalidades con grandes pasteles inflados calientes que lleváramos muy cuidadosamente con la esperanza de que los demás los admiren. Su alegoría era particularmente adecuada, pues la costra de un pastel caliente es tan delgada que el golpe más débil que se le dé la quiebra, y de ese modo revela al mundo su vaciedad interior. Conscientes de éste peligro. estamos siempre en guardia. protegiendo nuestras personalidades de todo trato rudo, insistiendo siempre en que estamos en lo justo y que los demás están equivocados, y justificando cada una de nuestras acciones, pensamientos y sentimientos.

Tener que ser siempre correcto y -lo que es aún más agobiante- tener que probarse a uno mismo que siempre se actúa correctamente frente al mundo, es un trabajo fatigoso y que insume todo el tiempo: darse cuenta de que estas dos obligaciones son completamente innecesarias, trae de inmediato una sensación de alivio. No es que nuestras personalidades cesen de molestarnos después de haber revelado su falta de importancia. No: continúan dominándonos como lo hacían antes, pero estamos capacitados para gozar de momentos de desacostumbrada paz y tranquilidad. momentos en que el "observador" interior nuestro está allí, y en que los ruidosos actores de nuestros teatros interiores se ven obligados a retirarse del centro del escenario y deslizarse avergonzados por los laterales. Y en momentos como esos de "separación" interior, captamos un vislumbre de lo que sería sentirnos verdaderos dueños de nosotros mismos, y ejercer el control de los enloquecidos actores que se mueven dentro de nosotros.

En una de esas muchas disertaciones sobre el tema de la Personalidad, Ouspensky atrajo nuestra atención sobre el hecho de que el hombre posee una cantidad de roles distintos, que son asumidos automáticamente para cada ocasión social, y frente a distintas clases de gente. Por ejemplo, hay un rol que aparece cuando estamos en casa por la noche dentro del círculo familiar; otro que lo reemplaza cuando llegamos a la oficina o a otro escenario de nuestro trabajo diario, y aun otro más que se desliza en su lugar cuando estamos cenando con nuestros amigos: y también diferentes roles para ser representados cuando estamos con inferiores o superiores nuestros. No obstante, como el repertorio de roles que posee un hombre es limitado, está expuesto a encontrarse desprovisto de un rol apropiado en circunstancias excepcionales, y su carencia lo hace sentirse siempre muy incómodo. También se siente muy desgraciado cuando dos roles distintos chocan entre sí, como sucede cuando un amigo soltero con quien uno acostumbra a cenar en su club, se introduce por casualidad en el círculo familiar. También es muy fastidioso para un hombre verse obligado a desempeñar dos roles contradictorios estando en la misma compañía. y tener que cambiar rápidamente de uno a otro.

Fue William James el único que se dio cuenta de la importancia de los roles que se apoderan de nosotros en diferentes circunstancias y con gente distinta. Dice: "No nos

mostramos ante nuestros hijos como ante nuestros compañeros de club, ante nuestros clientes y ante nuestros empleados. así como ante nuestros amigos íntimos". Decía también que muchos de estos roles son incompatibles entre sí, y que a menudo son sólo productos de nuestra imaginación. "No es que yo no quisiera -continúa diciendo- si pudiera, ser hermoso y gordo, estar bien vestido, convertirme en un gran atleta, y ganar millones por año, ser ingeniero, bon vivant y matador con las mujeres, tanto como filósofo, filántropo, estadista. guerrero y explorador africano, como también poeta "de tono" y un santo. Pero la cosa es sencillamente imposible. El trabajo del millonario tendría que ir en contra del del santo; el bon vivant y el filántropo se arrancarían los pelos. . . De modo que el buscador de este yo más veraz, más sincero y más profundo tiene que revisar cuidadosamente la lista, y elegir aquel con el que vaya a jugarse su salvación."

Pero William James se equívoca cuando sugiere que es posible elegir y cultivar un "yo" deseable en la multitud que nos compone, y dejar fuera todos los otros. Las muchedumbres son notoriamente difíciles de controlar. y la que llevamos dentro de nosotros no es excepción a la regla. No poseemos ningún "Yo" central y permanente al que los otros quieran obedecer, por lo que ¿quién es capaz de, hacer esta selección y dar orden de que se despida a todos los tipos indeseables? William James postula algo que no existe en nosotros: un conductor. La muchedumbre interior no obedece a nadie, sino que se conduce por sí misma en la forma tortuosa en que se comportan las muchedumbres sin dirigentes, gritando en un momento una cosa, y haciendo exactamente lo opuesto un momento después. Esto explica las muchas inconformidades y contradicciones en nuestra conducta. "¿Por qué demonios prometí hacer eso? -me pregunto a mí mismo cuando me despierto por la mañana, y recuerdo la conversación de la noche anterior-. No puedo saber qué es lo que me indujo a comprometerme a hacer algo tan tonto. Voy a telefonear de inmediato para decir que todo el asunto queda anulado."

Ouspensky decía que el estudio de los roles era una parte muy importante de nuestro trabajo de autoobservación, y nos recomendaba a veces que nos colocáramos en circunstancias desacostumbradas, para las que no dispusiéramos de ningún rol conveniente. Aun cuando ésta bien podía ser una experiencia incómoda. nos proporcionaría una oportunidad excelente para ver cosas de muchísima importancia.

Ouspensky nos habló también de otra parte de la intrincada maquinaria de la Personalidad a la que daba el nombre de "paragolpes". Los paragolpes son unos artefactos ingeniosos por los cuales el choque resultante del golpe de un tren contra otro queda aminorado, y dijo que pueden existir mecanismos exactamente similares entre distintas partes de la personalidad de un hombre. La vida se haría insoportable para un hombre sí tuviera que estar continuamente consciente de las muchas incongruencias y contradicciones que hay dentro de él, y, a fin de disminuir ese riesgo, ha creado dentro de sí una cantidad de puntos ciegos que evitan que perciba los conflictos que tienen lugar entre sus multitudinarios "Yoes". Estos puntos ciegos o paragolpes lo ayudan a continuar durmiendo cómodamente. soñando que todo le va bien, y que puede estar más que satisfecho de' sí mismo. "Los paragolpes -concluía Ouspensky- son herramientas por medio de las cuales podemos pensar que síempre tenemos razón."

"¿Son justificaciones?", le preguntó alguien.

"Puede ser, pero un hombre que posea paragolpes verdaderamente fuertes no ve ninguna necesidad de justificarse, pues está completamente ajeno a las incongruencias que hay dentro de él, y se acepta a sí mismo creyéndose enteramente satisfactorio tal como es. Un hombre así tiene una completa confianza en sí mismo y en todo lo que cree: "¿Cuál es la mejor forma de ver los paragolpes?", preguntó otra persona.

"Llega un momento -contestó Ouspensky- en que el trabajo sobre nosotros mismos comienza a revelar algunas de nuestras incongruencias. Sabentos que hay un paragolpe entre ellas, y con la práctica de la autoobservación vamos advirtiendo lentamente lo que haya ambos lados del paragolpes. De modo que hay que estar al acecho de las contradicciones interiores, y éstas habrán de conducirnos al descubrimiento de los paragolpes. Presten particular atención a cualquier asunto que a ustedes les resulte particularmente irritante. Tal vez se hayan atribuido a sí mismos alguna buena cualidad, y ésa es una idea que reposa a un costado del paragolpes, pero ustedes no han visto hasta ahora la contradicción que hay del otro lado de él. No obstante se sienten un tanto incómodos acerca de esta buena cualidad, y eso puede significar que están cercanos a un paragolpes.

En otra reunión Ouspensky habló acerca del Rasgo Principal.

Dijo que existía un rasgo central alrededor del cual gira todo lo que hay en un hombre. Es realmente su debilidad principal, y explica muchísimo de lo que hay en su personalidad. Un hombre habla demasiado cuando debiera de permanecer en silencio, y otro se queda callado cuando debiera de hablar; esto muestra cómo la enseñanza, en este trabajo, no puede ser más que individual. Dijo que el descubrimiento de la principal debilidad de uno y la lucha contra ella es parte importante del trabajo, pero que el Rasgo Principal está tan celosamente protegido por paragolpes que raras veces un hombre es capaz de descubrirlo por si mismo. Tiene que ser advertido sobre su Debilidad Principal. pero no debe decírsele demasiado pronto, pues se negaría a creer lo que se le dice. Negaría la acusación, y mientras con más resolución la niegue, más probable ha de ser que el diagnóstico sea acertado.

“¿Hay alguna forma por la cual podamos descubrir la dirección a que apunta nuestro Rasgo Principal?”, preguntó alguien.

"Si usted observa el diseño de su vida entera -contestó Ouspensky- podrá ver la misma clase de problema repitiéndose constantemente, y terminando en la misma forma de impasse. Si usted logra hacerlo, es probable que se acerque bastante a su Rasgo Principal. Comprenda que su Rasgo Principal es un eje en usted mismo alrededor del cual están girando muchas otras cosas, y eso explica por qué los frutos de su principal debilidad se repiten continuamente. Pero muy poca gente descubre por sí misma su rasgo principal.”

Alguien preguntó si la Personalidad tenía algún defecto que fuera un obstáculo mayor que otro para el desenvolvimiento interior. Ouspensky respondió sin vacilar que la vanidad es un flotable impedimento. Dijo que G. había hecho siempre un hincapié muy especial en la importancia de la vanidad, y se había referido a ella en los siguientes términos: "La causa fundamental de casi todas las incomprensiones que se producen en el mundo interno. . . se debe principalmente al factor psíquico que se halla en el ser del hombre a una edad temprana, producido por una educación equivocada, cuyo estímulo da nacimiento en él al impulso de la vanidad. . . Yo afirmo solamente que la felicidad y la conciencia de sí -es decir, recordarse a sí mismo- que debieran existir en un hombre real dependen, en la mayoría de los casos, casi exclusivamente de la ausencia de sentimientos de vanidad, y me he trazado él propósito de trabajar con mi gente para tratar sin misericordia todas las manifestaciones de este factor, que atrasa el desarrollo e impide cualquier legítima relación con nuestra vida interior, de cuyo ajuste armonioso depende toda verdadera felicidad." Ouspensky nos aconsejó, por lo tanto, estar al acecho de nuestras formas especiales de vanidad, pues todos nosotros tenemos nuestras propias pequeñas vanidades.

Un recién llegado preguntó cómo podrían ser descubiertas nuestras vanidades especiales. "Por la observación de sí mismo -respondió- seguir haciendo lo que debiera estar haciendo en este momento, tomando muchas instantáneas de usted mismo.
Esto habrá de revelarle con el tiempo todas sus actitudes fijas, todos los hábitos de pensamiento y sentimiento que lo forman a usted, y cuando usted despliegue todas esas fotografías para inspeccionarlas, podrá descubrir que muchas de ellas se corresponden entre sí, en forma completamente natural. en grupos, de modo tal que usted empezará a ver los retratos de una cantidad de subpersonalidades que hay en usted mismo; una estrella naciente del cine, quizá una persona demasiado incomprendida, un mártir, un rebelde, un snob. Cuando usted haya visto todos esos tipos menores en usted mismo, es bueno darles nombres y familiarizarse cada vez más con ellos:" Sólo entonces podrá controlarlos.
Acepté el consejo de Ouspensky, y cinco años más tarde las tres personalidades que yo había descubierto en mí mismo -el Halcón Negro, el Caballero Patón y el Personaje- fueron utilizados como material para la redacción de una nueva forma de autobiografía. Fue publicada, bajo el título de I Talk of Dreams. El Halcón Negro, el Caballero Patón y el Personaje están aún dentro de mí, pero ahora me molestan cada vez menos.

CAPÍTULO VII

LAS DOS GRANDES LEYES CÓSMICAS

Alguien preguntó por qué nos resulta tan difícil cambiar cualquier cosa en nosotros mismos: por qué, con tanta frecuencia, no llegamos a apartarnos de las emociones negativas, y qué razón hay para que sea también tan difícil recordarse a uno mismo.
"Porque -respondió Ouspensky- va contra la Naturaleza: están completamente apartadas de lo que es natural. Hacer esfuerzos de ese tipo significa ir contra la corriente principal de las cosas que acontecen en nuestro mundo. Además, ustedes tienen que recordar que nosotros vivimos en una sección muy desfavorable del Universo. Las cosas que pueden hacerse con toda facilidad en algunas partes del Universo, resultan sumamente difíciles aquí. Ha llegado el momento de que estudiemos estas cosas. Hasta ahora hemos estado investigando al hombre, pero el hombre no puede ser comprendido como se debe, a menos que estudiemos al mismo tiempo el mundo en que el hombre vive, pues el hombre es un modelo en pequeño del Universo, un microcosmos dentro del macrocosmos, Está construido con los mismos materiales, y gobernado por las mismas leyes. Cuando estudiamos las leyes fundamentales que gobiernan todas las cosas, nos resulta a veces más fácil encontrar ejemplos de la forma como funciona tanto en nosotros mismos, como algunas veces en el Universo. El estudio del hombre y el del Universo debe por lo tanto realizarse simultáneamente, y ya se han hecho preguntas que no pueden ser adecuadamente contestadas sin saber más sobre el mundo en que vivimos. Debemos volver ahora nuestra atención sobre el Universo.
Comenzaremos -continuó diciendo- por examinar dos grandes leyes cósmicas. que se conocen como la Ley de Tres y la Ley de Siete. La primera de estas leyes puede enunciarse así: Todos los fenómenos en todas las escalas, de la subatómica a la cósmica. son el resultado y la interacción de tres principios o fuerzas.
Los científicos reconocen la presencia de dos fuerzas opuestas en muchos fenómenos, tales como la existencia de electricidad positiva y negativa en la física. y de ,las células masculinas y femeninas en la biología: pero no advierten que la presencia de estas dos fuerzas constituye una ley general. Están todavía muy lejos de darse cuenta de que la

existencia de una tercera fuerza es necesaria para que ocurran los fenómenos, pues, de acuerdo con la enseñanza de G., nada puede ocurrir sin la intervención de un tercer principio o fuerza. Si sólo se juntan dos fuerzas no pasa nada."



Fig. 2 – El Rayo de creación a que pertenece la Tierra.

Ouspensky nos decía que esta idea de que son necesarias tres fuerzas para que suceda cualquier cosa nueva, podía encontrarse en muchas enseñanzas antiguas. Fue la fuente original de la que derivó la doctrina cristiana de la Trinidad coexistente e indivisible, y aparición bajo una forma distinta en la enseñanza hindú relacionada con la creación del

Universo. De Brahman el Absoluto surgió Ishwara el Creador, y por la acción conjunta de Brahma, Vishnú y Shiva (los tres diferentes aspectos de Ishwara) se produjo todo lo que existe. Una exposición más clara aún de la doctrina de la ley de tres se encuentra en la doctrina Sankya de las tres gunas: raja, tamas y sattva. De acuerdo con la filosofía Sankya, las diferentes combinaciones de estos tres principios y de las cualidades características de cada uno de ellos,son las responsables de todas las cosas que existen en nuestro mundo fenoménico. .

Ouspensky nos decía que G. llamaba a estas tres fuerzas activa, pasiva y neutralizante respectivamente. pero agregaba que éstos son solamente nombres que se emplean para indicar una relación existente entre ellas en un determinado momento, pues las tres fuerzas pueden encontrarse en actividad en forma conjunta en ciertas circunstancias. Es comparativamente fácil advertir la existencia de las dos primeras fuerzas, la activa y la pasiva, pero la tercera fuerza está mucho menos al alcance de la observación. Esto es así porque en el nivel de conciencia en que vivimos, no vemos al Universo ni a nosotros mismos como realmente somos, sino como nos parece que son en nuestro estado de duermevela. En otras palabras, como ciegos a la tercera fuerza. Sin embargo, si nos estudiáramos a nosotros mismos cuidadosamente, podríamos encontrar ejemplos de la acción que tienen sobre nosotros las tres fuerzas; y nos dio como ejemplo de ello nuestro deseo de cambiar. Se puede considerar a este deseo como una fuerza activa en nosotros, pero de inmediato se ve enfrentado con la resistencia de las viejas costumbres y con nuestra aversión innata hacia el esfuerzo que es la segunda, o fuerza pasiva.

Sin la presencia de una tercera fuerza, estas dos fuerzas opuestas se contrabalancean entre sí o giran una alrededor de la otra, de modo tal que nada sucede. Después tal vez aparezca una tercera fuerza, o neutralizante, en forma de un conocimiento nuevo o el estudio de una nueva técnica para producir un cambio, y con la ayuda de esta tercera fuerza, quizás pueda empezar a suceder algo.

Ouspensky se levantó de su silla, se acercó al pizarrón y dibujó en él un nuevo diagrama, que nos dijo que representaba un acontecimiento no menos importante que la creación del Universo. Llamó a este diagrama el Rayo de Creación, y dijo que el trabajo de creación comenzó en el Absoluto, y que las tres fuerzas que estaban dentro del Absoluto poseen cualidades únicas. Al revés de todas las demás fuerzas cualesquiera que fueran, ellas poseen voluntad, conciencia y comprensión, y esto les permite. primero separarse y luego reunirse en un punto predeterminado, y ahí dar origen a la primera serie de mundos en el Rayo de Creación. La primera serie de mundos podría ser llamada Todos los Mundos Posibles (ver fig. 2). En cada uno de estos mundos recién creados existen también tres fuerzas que repiten el proceso de interacción de uno sobre otro, pero como sólo constituyen una parte del Absoluto, y no el total no poseen la voluntad, la conciencia y la comprensión necesarias que poseían los que los habían precedido. Siendo así, el punto en que se reúnen es accidental y no predeterminando. Esto significa que mientras que la voluntad del Absoluto crea y controla la primera serie de mundos, no gobierna las subsiguientes etapas de la obra creativa, y mientras más se aparta del Absoluto el Rayo de Creación, más casuales y mecánicas van resultando la creación y el control de lo creado.

Ouspensky nos explicó que el Rayo de Creación que estaba dibujando en el pizarrón es uno solo, dentro de un amplio número de Rayos de Creación que se dirigen hacia afuera en todas direcciones a partir del impulso inicial creador que hay en el Absoluto. Estudiábamos este Rayo, por el hecho de que era el Rayo en que estábamos especialmente interesados, siendo nuestra tierra la sexta de la serie de mundos inscriptos en él. Si las enumeramos hacia afuera partiendo del impulso creador original, la serie es la siguiente: Primero está el Absoluto, y de inmediato Todos los Mundos posibles.

Dentro de esta denominación de Todos los Mundos Posibles se incluyen las grandes galaxias estelares y las nebulosas que están fuera de la Vía Láctea, tanto como la Vía Láctea misma. El mundo siguiente en el Rayo está constituido por todos los soles de la Vía Láctea, seguido a su debido tiempo primero por el mundo de nuestro Sol, luego por el mundo de los planetas que giran alrededor de nuestro Sol, después por el mundo del planeta particular en que vivimos -o sea la Tierra- y finalmente por el mundo de la Luna.
Ouspensky dirigió nuestra atención hacia el hecho de que el Rayo de Creación contradice ciertas ideas científicas modernas acerca del Universo, en primer lugar porque considera al Universo como una cosa viviente, y luego porque, además de ser una cosa viviente, todavía sigue creciendo. La Ciencia, o en todo caso la ciencia vigente en ese momento, consideraba al Universo como algo que ha comenzado hace muchísimo tiempo, y que ahora está en el proceso de ir disminuyendo y llegar a su fin. De acuerdo con esta opinión la Luna ya está muerta, y la Tierra está perdiendo también lentamente su calor, de modo que con el tiempo tiene que llegar a parecerse a la Luna. Pero el sistema que estudiamos adopta la opinión opuesta, considerando que la Luna está en proceso de calentarse cada vez más, y prepararse para el momento en que llegará a parecerse a la Tierra, y la Tierra al Sol.
Ouspensky también hizo gran hincapié en el hecho de que los distintos mundos señalados en el Rayo no se mueven cada uno independientemente de los demás, dentro de una enormidad de espacio vacío, sino que todas las cosas que se hallan en el Universo están mucho más íntimamente ligadas entre sí que lo que podamos imaginar. Además, los intervalos de espacios entre los distintos mundos están muy lejos de hallarse vacíos. La energía fluye del Rayo en todas partes, y va siendo absorbida por los distintos mundos que encuentra en su trayecto, para ser liberada de nuevo más tarde en alguna forma distinta. En otras palabras: se produce en todas partes un gran intercambio de energías, recibiendo los planetas energía del Sol, la Tierra de los Planetas, y la Luna de la Tierra. La energía pasa también, dirigiéndose hacia arriba, de la Tierra a los otros Planetas, y de ahí en adelante hacia el Sol y la Vía Láctea.
La forma última de considerar el Universo es figurárselo como un enorme espacio, en el que se mueve un número comparativamente pequeño de cuerpos sólidos.
El espacio debe ser concebido como una vasta red de vibraciones que irradian en todas direcciones, una red en la que una condensación de energía en materia se está produciendo en distintos puntos. Pero fueron las radiaciones las entidades primarias del Universo, y la serie de mundos en que se condensaron fueron las segundas concreciones.
Habiéndonos proporcionado este enorme ejemplo en escala de la forma como opera la Ley de Tres, Ouspensky pasó a hacer una descripción de la segunda de las dos grandes leyes cósmicas, la Ley de Siete. Dijo que la inmensa red de vibraciones que constituyen el Universo, puede servir también para ilustrar la acción de la Ley de Siete, ley que ha sido conocida muy frecuentemente como la ley de octavas. Las vibraciones tienen lugar en todo tipo de frecuencias y en todas las densidades de la materia, de la más delicada a la más grosera. Estas vibraciones pueden ser visualizadas viajando en todas direcciones, cruzándose entre sí, chocando las unas con las otras, reforzándose unas y otras, desviándose y oponiéndose. El pensamiento de Occidente difiere radicalmente del pensamiento del sistema en cuanto a la forma en que se desenvuelven estas radiaciones. De acuerdo con el pensamiento de Occidente funcionan sin rupturas ni interrupciones, continuando su curso en cierta dirección siempre que el impulso original que les diera origen, fuera lo bastante fuerte como para superar la resistencia del medio en el cual viajan. El principio de la continuidad de las vibraciones está por lo tanto firmemente

establecido en Occidente, pero esto es contrario a la enseñanza de G., quien proclama el principio contrario de la discontinuidad de las vibraciones. De acuerdo con esta idea, ninguna vibración, ya sea que pertenezca a una octava ascendente o descendente, se desenvuelve uniformemente, sino siempre con aceleraciones o retardos en ciertos puntos. Otra forma de expresar este principio cósmico, sería decir que la fuerza de un impulso original no actúa uniformemente a través de todo el proceso al que ha dado origen, sino que disminuye en ciertas etapas, de modo que las vibraciones ascendentes empiezan a ascender en forma más lenta y las octavas a descender más lentamente en estos puntos. Después de estas fases temporarias de retardo del proceso de desarrollo, las vibraciones recuperan su anterior velocidad de aceleración o retardo, según sea el caso, hasta que se encuentran con la contención siguiente, cuando el mismo fenómeno de aceleración disminuida o retardo vuelve a ocurrir de nuevo.

Como primer paso del trabajo de ubicar la posición exacta en donde suceden estos retardos temporarios, las líneas de desarrollo de las vibraciones debieran ser divididas en períodos que se correspondan con la duplicación o la reducción a la mitad, de su frecuencia. Ouspensky dio como ejemplo de esta duplicación o reducción, un aumento en la tasa de vibración que iba de mil a dos mil por segundo. Cuando examinamos con mayor cuidado el desarrollo de las vibraciones en este período, encontramos dos lugares en los que ocurrió un retardo de la tasa de aceleración; uno cerca del principio del proceso, y el otro casi al final de él, De acuerdo con G., las leyes que gobiernan los retardos periódicos de la disminución o aumento de la tasa de vibraciones, eran ya conocidas por los científicos de épocas muy antiguas, y decidieron registrar su descubrimiento en forma de escala de siete tonos. El período de duplicación o disminución de la tasa de vibración representa ahora, por lo tanto, la octava musical, y sí empleamos la escala solfa-tónica podremos decir que la primera interrupción en una escala ascendente tiene lugar entre las notas mi y fa, y la segunda entre si y la nota do de la escala que sigue. G. llamaba a estos dos lugares en la octava, en los que se produce un desaceleramiento de. la tasa tanto de aceleración como de disminución, los "intervalos" de la octava.

Decía que podía considerárselos como puntos débiles de la octava, en donde tanto podían ser detenidos como proyectados en una dirección completamente distinta. Estos dos accidentes pueden evitarse si se provee de nueva energía a los intervalos por medio de otra octava que la golpee allí. Si la octava que se está debilitando tiene la suerte de recibir este golpe y este nuevo aporte de energía donde los necesita -o sea, en los intervalos- continuará desarrollándose, y podrá conservar su dirección original.

Ouspensky demostró después el trabajo de la Ley de Siete sobre el diagrama del Rayo de Creación. El Rayo de Creación -decía-, es una octava descendente que comenzó arriba con el sonar de la nota do del Todo o Absoluto, pasó a si, Todos los Mundos posibles (mundo 3), a la, Todos los Soles, o la Vía Láctea (mundo 6), a sol, nuestro Sol {mundo 12), a fa, Todos los Planetas (mundo 24) , a mi. la Tierra (mundo 48), a re, la Luna (mundo 96) , y finalmente a do, de nuevo el Absoluto.

El Rayo comienza por lo tanto en el Absoluto, termina en la Luna, y como más allá de la Luna no hay nada, vuelve a ser el Absoluto, El primer intervalo ocurre entre do y si, es decir, entre el Absoluto y Todos los Mundos, y el segundo entre fa y mi: en otras palabras, entre Todos los Planetas y la Tierra. Es entre estos dos puntos donde la octava necesita ayuda, y Ouspensky nos decía que el primero de estos dos intervalos entre do y si está ocupado por el Absoluto, que posee voluntad y plena conciencia. Pero la Voluntad del Absoluto no alcanza hasta el segundo intervalo, de modo que tiene que intervenir alguna otra cosa a fin de que la octava pueda continuar. A menos que se le

dé un sacudón en esta situación, no puede producirse un pasaje de fuerza satisfactorio. A fin de poder superar el intervalo entre los planetas y la Tierra, se ha colocado allí un aparato mecánico especial, y este aparato transmisor es la Vida Orgánica en la Tierra. Toda la vida orgánica de la Tierra puede considerarse como que forma una especie de película sensible que cubre la corteza de la Tierra, película que primero absorbe y luego libera energías que provienen de la parte superior del Rayo. "La vida orgánica -continuó diciendo Ouspensky- tiene que ser considerada tanto órgano de percepción de la Tierra, como su órgano de radiación. Con la ayuda de la Vida Orgánica, cada porción de la superficie de la Tierra recibe radiaciones que vienen desde arriba. También ocurre lo mismo en la Vida Orgánica, que irradia ciertas energías en dirección a la Luna. Está afectada a su turno por influencias que vienen de los distintos órdenes de mundos del Rayo. Por ejemplo, una pequeña tensión casual en las esferas planetarias, puede manifestarse en la Vida Orgánica en forma de prolongada perturbación en la conducta humana.

Algo que ha sido completamente accidental y muy transitorio ocurre en el espacio planetario, y comienza a operar sobre las masas humanas de modo tal que la gente se odia entre si y empiezan a matarse unos a otros, ya justificar lo que hacen invocando alguna teoría sobre la hermandad, la igualdad del hombre o la justicia. "Pero -concluía diciendo Ouspensky- cualquier cosa que ocurra en la delgada película de la vida orgánica, siempre sirve a los intereses de la tierra, el sol, los planetas y la luna."

Yo me sentía particularmente interesado en esta extraordinaria explicación de la función de la vida sobre la tierra; si no por otra razón, porque era la primera vez que me veía enfrentado con un intento de resolver el problema de la vida sobre este planeta. Alguna explicación de su presencia sobre la superficie de la tierra era, para mí, necesaria. pues yo nunca he podido aceptar el punto. de vista científico corriente de que la aparición de las cosas vivientes aquí es puramente accidental. Tenían que producirse en la tierra tantas circunstancias favorables antes de que pudieran sobrevivir aquí, que me veía casi obligado a creer en la existencia de un gran plan cósmico, y en que se estaban tomando disposiciones especiales para la llegada de la vida. Además tenía otras razones para creer que la vida ocupa un lugar muy especial en el gran plan de la creación del mundo, y aquí lo teníamos. a G. fortaleciendo aquellos anteriores prejuicios míos, confirmando primero que había algo así como un plan, y diciendo después que la vida sobre la tierra sirve a un fin muy especial.

Es imposible para mí decir si su explicación es verídica o no, pero no tenía más remedio que admirar el audaz impulso imaginativo del diagrama de G. sobre el Rayo de Creación.

En la siguiente reunión Ouspensky resumió su descripción del Universo y nos dio una explicación sobre la materia de la cual están hechas todas las cosas. Yo esperaba que cuando llegara a tratar eso, lo que seguramente tenía que ocurrir, expondría alguna variedad de filosofía idealista. pero no: en lugar de ofrecernos eso, expuso una filosofía materialista. De acuerdo con la enseñanza de G., todo en el Universo es material y potencialmente capaz, por lo tanto, de ser pesado. "Pero -continuó diciendo Ouspensky- el concepto de «materialidad» es tan relativo como el concepto «hombre», y las materialidades de los varios mundos que integran el.Rayo de Creación son muy distintas. La ciencia considera que la materia es en todas partes muy semejante, variando solamente en algunas de sus propiedades, tales como la densidad: ya que la idea de diferentes «órdenes» de materialidad le es completamente extraña. La materia es convertible en energía y, siendo esto así, podemos enfocar el Universo en tres formas distintas: como un vasto campo de vibraciones, como materia, y como materia en estado de vibración. Si consideramos al universo como materia en estado de vibración, el grado

en que vibra está siempre en razón inversa a su densidad: en otras palabras: mientras más densa sea la materia, más lento será su grado de vibración."

Ouspensky nos explicó enseguida que el término "átomo" se utiliza en el sistema de G., y que puede definirse el átomo como la partícula más pequeña en que puede, dividirse la materia, sin sacrificar ninguna de sus cualidades. Pero es importante tener en cuenta que G. atribuía a la materia cualidades que le habían sido negadas por la ciencia occidental, cualidades de naturaleza psíquica y cósmica, al mismo tiempo que física. Debemos también ponernos en claro sobre algo que ya se había mencionado: que la materia es muy distinta en diferentes niveles del Rayo de Creación; tan distinta, por cierto, que lo que es materia en un grado más alto de ella, no puede considerarse qué es, materia en un grado más bajo. Por ejemplo: el conocimiento en realmente materia, pero desde el punto de vista de alguien que viva en la Tierra esta idea parece extraña, y hasta diríamos ridícula. No obstante eso, debe notarse que el conocimiento posee una de las características de la materia, v. gr.: que la cantidad de éste que existe en cierto lugar y en determinado momento del tiempo, siempre es limitada.

Ouspensky volvió luego a dibujar el Rayo de Creación en forma abreviada, lo que llamó las tres octavas de radiación, y nos señaló que las siete palabras que ahí aparecen representan también siete variedades u órdenes de materialidad, que van desde la materialidad más delicada posible del Absoluto hasta la más densa de todas las materias en la Luna. Pero nos dijo que aun cuando en el diagrama estos diferentes órdenes de materia aparecen sin mezclarse, puros y existentes en diferentes niveles de mundos, no están realmente aislados entre sí en esa forma. En todas partes la materia perteneciente a un nivel penetra la materia de otro nivel, como el agua penetra en los intersticios de una esponja, y a su vez puede ser impregnada con azúcar, oxígeno u otra sustancia mantenida en estado de solución. Por lo tanto, como los materiales de distintos órdenes cósmicos se encuentran entremezclados de ese modo, no hay necesidad de que nadie vaya al sol con el fin de examinar su materialidad. El "material" solar puede ser examinado mucho más prontamente así como existe en nosotros, pues el hombre, como se ha acentuado ya, es un universo en miniatura, hecho de los mismos constituyentes y sujeto a las mismas leyes que él.

"Pero -tuvo buen cuidado de agregar Ouspensky- esta idea de que el hombre es un microcosmos en un macrocosmos, es cierta solamente en cuando al «hombre» en el pleno sentido de esa palabra, es decir, un hombre en el cual todos los poderes latentes han alcanzado su pleno desarrollo.”

Ouspensky decía que las leyes cósmicas eran iguales en todos los planos del Universo, pero cuando se manifiestan en los diferentes órdenes de mundos, producen fenómenos muy distintos.

Otra cosa que debíamos recordar es que nosotros, que vivimos en la Tierra y estamos sujetos a sus numerosas leyes, estamos muy alejados del Absoluto. Por eso había dicho en una ocasión, anterior que estábamos en una posición muy desfavorable para el desarrollo. La vida en la Tierra es muy dura, y las cosas que pueden conseguirse en alguna otra parte en forma comparativamente fácil, pueden ser logradas aquí, en la Tierra, como resultado de un trabajo muy fuerte.

Ouspensky señaló que las cifras con las que se designan los varios mundos en el Rayo de Creación -los números 1-96- representan también el número de fuerzas u órdenes de ley que gobiernan al mundo en cuestión. En el Absoluto existen solamente una ley y una fuerza, v.gr., la Voluntad del Absoluto.

En el mundo del sol hay doce fuerzas u órdenes de ley, y en el mundo de nuestra Tierra llegan a cuarenta y ocho. Sólo en la Luna existe un número mayor de leyes u órdenes.

Alguien preguntó qué eran las cuarenta y ocho leyes que teníamos que obedecer en la Tierra, y Ouspensky lo corrigió y dijo que había que considerarlas como categorías de ley, más bien que como simples leyes. Hay, por ejemplo, una cantidad de leyes biológicas que regulan el trabajo de nuestros cuerpos y a las que se debe obedecer: pero lo que debe revestir mayor interés para nosotros son las variadas compulsiones psicológicas que determinan nuestro comportamiento. Estas compulsiones interiores son importantes porque muchas de ellas son completamente innecesarias, y lo que ahora tratábamos de hacer era huir de algunas de ellas y vivir bajo menos leyes.
Como a algunos de sus oyentes no les resultaba claro qué era lo que quería decir con "huir de las leyes innecesarias", Ouspensky nos dio el ejemplo de un hombre que ha sido llamado para cumplir con el servicio militar, Dijo que anteriormente ese hombre tenía que obedecer una cantidad de leyes de su ambiente como civil, pero que ahora, como soldado, tenía que obedecer también los reglamentos militares. Si no lo hacía así, se hacía pasible de arresto y se lo encerraba en el calabozo, donde quedaría sometido a una cantidad aún mayor de leyes. Su libertad, por lo tanto, quedaría muy restringida, y para poder liberarse tendría primero que adaptarse a los reglamentos militares, y volver después a la vida civil. Si se pusiera entonces a trabajar sobre sí mismo y a luchar contra sus varias identificaciones, gradualmente se iría liberando de algunas de las compulsiones más evidentes del hombre dormido, pues éstas están incluidas también en las cuarenta y ocho categorías de leyes de la tierra.
¡Y qué inmenso poder ejercen sobre nosotros estas compulsiones interiores! Nos llevan a tirones por la vida sobre los hilos de nuestros gustos y aversiones, nuestros impulsos ciegos y compulsiones irracionales, igual que otros tantos títeres. Qué alivio sería entonces quedar libres de algunos de estos hilos a fin de no amilanarnos cuando sucede algo que no está de acuerdo con nuestro gusto, y revivir de nuevo cuando las cosas nos salen bien. Qué descansado sería. no tener que estar siempre en lo cierto. y no tener la obligación de tener que estar convenciendo a otra gente que son ellos, y no nosotros, quien cometió el error. Es completamente ocioso buscar ejemplos de vidas sometidas a leyes innecesarias entre los jóvenes convocados para el servicio militar, ya que tenemos abundantes ejemplos de ello en nuestras propias vidas. .y al reflexionar sobre la esclavitud que le imponen a uno todas estas compulsiones interiores, me di cuenta por vez primera del significado de las palabras que tan a menudo escuchara en la Iglesia: "Cuyo Servicio es Perfecta Libertad". Si un hombre se ingenia para alcanzar un nivel de vida más elevado, y al proceder así cambia un orden de leyes inferiores por otro más alto, sentirá que en comparación con su anterior esclavitud. su servidumbre a estas nuevas leyes es una libertad perfecta.
En la reunión siguiente Ouspensky dibujó en el pizarrón un diagrama simplificado del Rayo de Creación. Dijo que mientras que el diagrama original del Rayo de Creación nos había mostrado cómo habían sido creados los varios mundos, éste abreviado representaba los cambios que tuvieron lugar en el Universo después de su creación. En realidad, la creación nunca se detuvo en el Universo, pero su crecimiento se estaba efectuando ahora en forma demasiado lenta como para ser perceptible a gente de vida tan corta como nosotros. La edición resumida del Rayo de Creación sobre el pizarrón representaba eso que Ouspensky llamaba las tres octavas de radiación, que hay en él; siendo la primera de aquellas la octava que existe entre el Absoluto y el Sol, la segunda entre el Sol y la Tierra, y la tercera, la que está entre la Tierra y la Luna, De este diagrama, y con la ayuda de dos Leyes Cósmicas. la Ley de Tres y la Ley de Siete, Ouspensky procedió a extraer un gran número de materias de densidades ampliamente variables. La diferencia en sus densidades era tan marcada, verdaderamente, que iban de 6 en la primera serie de mundos creados a 12,288 en el extremo opuesto del Rayo, es

decir, la Luna. El método mediante el cual se obtuvo la "tabla de hidrógeno", como se llamó, de las tres octavas de radiación, está descripto en la obra de Ouspensky, In Search of the Miraculous.

A todas las materias derivadas en esta forma de las tres octavas de radiación, Ouspensky les dio el nombre de Hidrógeno, explicándonos, mí entras anotaba sus densidades, que el término Hidrógeno se emplea en el sistema para designar una sustancia cuando se la está considerando sin referencia alguna a ninguna fuerza que actúe a través de ella. Sí, no obstante, la materia en cuestión está sirviendo como conductora de la primera de las tres clases de fuerza, es decir, la fuerza activa, entonces toma. el nombre de Carbón, y, al igual que el carbón que se usa en química, se la designa con la letra C. Cuando la materia sirve como conductora de la segunda fuerza, o sea la pasiva, se la llama Oxígeno, y se la designa con la letra O, y cuando funciona como conductora de la tercera fuerza, o fuerza neutralizante, se le da el nombre de Nitrógeno y se la conoce con la letra N.

Cuando pregunté por qué los creadores de este sistema le habían hurtado esos términos a la química, y qué relación tienen el carbón, el oxígeno y el nitrógeno del sistema con los mismos elementos de la ciencia, Ouspensky contestó que después que yo hubiera estudiado más a fondo mi segunda pregunta podría ser capaz de hallar por mí mismo la relación existente entre el hidrógeno, el carbón y el oxígeno del sistema, y los mismos elementos de la química común. Pero -agregó- el empleo de estos términos por los creadores del sistema fue de gran interés para nosotros, pues la Química Orgánica, de la que han sido tomados, es una rama de la ciencia comparativamente nueva: tiene poco menos de un siglo de antigüedad.

Esto sugiere –dijo- que al antiguo sistema de conocimiento que estamos estudiando, no puede habérsele dado su forma actual mucho antes de un siglo atrás. Las ideas en sí mismas son, naturalmente, más antiguas que eso. Lo único de que él hablaba era del método que podría emplearse para presentarlas a la mentalidad occidental, Agregó que puede inferirse otro hecho del uso de estos términos, es decir, que los creadores del sistema en su forma actual deben de haber sido versados tanto en el saber oriental como en la ciencia occidental. Cuando se lo apuraba para que dijera algo más sobre el origen del sistema, Ouspensky contestaba que poco o nada podía agregar a lo que ya había dicho. G. no había divulgado nunca la fuente de su conocimiento, pero siempre había sido deliberadamente vago cuando hablaba sobre él. Todo lo que llegó a decir cuando se le preguntó sobre el tema, fue que las diferentes escuelas esotéricas en Asía se especializaban en diversas materias. Al insistirle para que dijera cómo, si fuera el caso, se había ingeniado para poder estudiar tan gran variedad de materias, respondió:

"Yo no estaba solo. Había varias clases de especialistas entre los que tomábamos parte en la búsqueda de la verdad, y cada uno de nosotros estudiaba su propia materia. Después nos reuníamos y juntábamos todo lo que habíamos aprendido".

Uno de los miembros del grupo le pidió a Ouspensky que nos diera ejemplos del trabajo de las dos grandes Leyes Cósmicas, además de los que ya nos había proporcionado. A esto respondió que íbamos a encontrarnos con muchos ejemplos en el curso posterior de nuestros estudios, pero que mientras tanto podíamos considerar la acción de un agente catalítico en química como excelente ilustración de la forma en que opera la ley de Tres. Si se juntan el hidrógeno y el oxígeno en proporciones correctas, no se combinan para formar agua a menos que haya ahí platino esponjoso, o que una chispa eléctrica pase a través de la mezcla de gases. Aquí el platino y la electricidad actúan en función de tercera fuerza. Pero nos corresponde a nosotros encontrar nuestros propios ejemplos de las dos leyes, y nos aconsejó que los buscáramos en el mundo que está dentro de nosotros, tanto como en el que está afuera, Podríamos encontrar un ejemplo excelente

de la Ley de Siete en lo que sucede cuando emprendemos una actividad nueva, como este trabajo, por ejemplo. Por lo general nos lanzamos sobre un nuevo proyecto con gran entusiasmo, haciendo sonar una nota do, que es suficientemente fuerte como para permitirnos alcanzar la nota fa, y hasta mi. Pero al llegar a ese punto generalmente nos agotamos o abandonamos, a menos que algún nuevo sacudimiento proveniente de una octava que viaja en igual dirección llegue en el intervalo para reactivar nuestro agonizante entusiasmo. Podríamos también encontrar muchos ejemplos de octavas que c cambian su dirección en los intervalos por falta de apoyo, si estudiáramos formas distintas de la actividad humana. "Piensen -dijo, haciendo una pausa y mirando a su alrededor- cuantas vueltas deben haberse producido en la línea de desarrollo del Cristianismo para haber producido de una religión que empezó con la idea del amor universal, algo tan antitético a ella como la Inquisición y la quemazón de herejes. No obstante, la Iglesia pareciera no haber percibido ninguna desviación de la dirección en que transitaba, y, al mismo tiempo que se entregaba a sus persecuciones, seguía proclamando que enseñaba el Evangelio de Cristo. La historia humana está llena de octavas quebradas y desviadas de esa misma especie. No existe nada que dure mucho en un mismo nivel, pues el ascenso y el descenso son sucesos a los que están sujetas toda clase de actividades. La Ley de Octavas no sólo explica mucho de nuestras acciones humanas, sino que también nos ayuda a darnos cuenta de lo incompleto que es nuestro conocimiento en todos los terrenos de estudio. Comenzamos yendo en una dirección, y luego proseguimos en una dirección nueva, sin haber reconocido ni por asomo lo que ha sucedido."

Ouspensky concluyó sus disertaciones sobre las Octavas agregando a su exposición original de la Ley de Siete, dos nuevas ideas. Nos dijo que sólo las escalas ascendentes y descendentes de una naturaleza cósmica. llegan a desarrollarse en forma ordenada, conservando su dirección original, pero que con nosotros, la terminación ordenada de una octava ocurre sólo como resultado de alguna afortunada casualidad. Puede suceder que alguna otra octava que viaja en igual dirección tropiece con la primera, y al llenar sus intervalos haga que resulte posible completarse a sí misma. Con más frecuencia de lo que creemos nuestras actividades externas llegan a un final brusco, y cuando podemos mirar para atrás y vemos nuestras vidas en la forma que las hemos vivido, debiéramos ver en nuestro pasado un surco de octavas quebradas de do que han sonado débilmente, de do que han llegado a re y luego se han desvanecido, y de muchas octavas detenidas en los primeros intervalos. La segunda idea que Ouspensky añadió a las que nos había dado en sus dos primeras disertaciones sobre octavas, fue particularmente importante: La idea de las vibraciones dentro de vibraciones, o de octavas interiores. "Cada nota de una octava -dijo- puede considerarse que contiene una octava total en otro plano. Hemos visto que los materiales más finos en el universo impregnan a los más densos, y a su vez son impregnados por materiales aún más finos; y es en estos hidrógenos más finos donde viajan las octavas interiores. Por ejemplo: la sustancia del mundo 48 está saturada de la sustancia del mundo 24, y cada nota de las vibraciones en la sustancia más grosera, hace que emerja una octava total de las vibraciones que viajan en esta sustancia más fina. Puede decirse, por Id tanto, que cada nota de la Tierra contiene una octava completa de las vibraciones del mundo planetario; cada nota del mundo planetario una escala completa de las vibraciones del mundo del Sol, y así sucesivamente, Pero hay un límite definido para el desarrollo de estas octavas interiores; así como el radio de acción de los hidrógenos es limitado, también lo es el de las octavas interiores."

Ouspensky nos aconsejó que buscáramos ejemplos de octavas interiores, particularmente en nuestro trabajo interior; y en lo que a mí respecta, personalmente los

encontré con mis frecuencia al ir descubriendo de vez en cuando nuevas capas de comprensión de las ideas de “trabajo”. Uno comprende al principio el significado evidentemente obvio de su superficie, y después muchas veces en forma completamente inesperada, se revela en ellas una nueva capa más profunda, una experiencia que yo atribuyo a la recepción repentina de una octava interior, No tuve oportunidad de someter estas observaciones a Ouspensky, pero sea como sea, estén de acuerdo con lo que el escribe sobre las octavas interiores en su libro In Search of the Miraculous. Sé refiere allí a lo que afirma G., que la música objetiva está basada, toda ella, en octavas interiores. Había hablado antes G. sobre arte, y había afirmado que todo el arte ordinario es subjetivo.

Con esto quería decir que el artista está completamente sometido al poder de las ideas y estados de ánimo con que está trabajando, y que "eso", y no "él", crea todo lo que resulta de su trabajo. Pero en el arte objetivo los resultados están calculados de modo que el artista sea capaz de producir precisamente lo que quiera producir. El arte matemático es objetivo, por lo tanto, y no casual. Da origen a los resultados a que se quiere que dé origen. y la leyenda de la destrucción de los muros de Jericó por medio de la música, es una leyenda sobre la música objetiva. También lo eran las leyendas órficas relacionadas con el arte objetivo. En escala mucho menor, y en forma más primitiva, se ha visto funcionar la música objetiva en el arte del encantador de serpientes. Ouspensky se refiere a eso en las siguientes palabras: “Es (la música del encantador de serpientes) simplemente una nota que se prolonga, elevándose y descendiendo muy poco: pero en esta sola nota están función ando sin cesar «octavas interiores» y melodías de octavas interiores, que no llegan al oído pero que son sentidas por el centro emocional, y la víbora oye esta. música, o hablando en forma más estricta, la siente y la obedece. Si se ejecutara la misma música, sólo que un poco más complicada, los hombres la obedecerían".

Anteriormente habíamos tenido disertaciones sobre arte objetivo, y generalmente los artistas que formaban parte de nuestro grupo se sentían inquietos y en ocasiones fastidiados. Les resultaba difícil aceptar la idea de que todo el arte que ellos conocían era arte subjetivo, algo que G. rechazaba de plano diciendo que no era arte en absoluto.

"Definir el arte objetivo es difícil -le había dicho G. a su propio grupo- porque primero usted le adjudica al arte subjetivo todas las características del arte, objetivo, y segundo, porque si se da el caso de que usted tropieza con el arte objetivo, no advierte que está en un nivel distinto del nivel del arte común. Yo mido el mérito de un arte por la conciencia que tiene, pero ustedes por su inconsciencia.

Una obra de arte objetivo es un libro que transmite las ideas del artista, no directamente apelando a palabras o signos o jeroglíficos, sino por medio de sentimientos que provoca en el observador en forma consciente, y con pleno conocimiento de lo que está haciendo y por qué lo está haciendo."

A Ouspensky le preguntaban reiteradamente los miembros de su grupo si existían todavía algunas obras de arte objetivo, y él habló de tres cosas: de la Esfinge en Egipto; de la leyenda de una estatua de Zeus en Olimpia que provocaba en todos los espectadores los mismos sentimientos; y de la figura de un dios o un demonio que G. y sus compañeros exploradores habían encontrado en un desierto al pie de las montañas Kush hindúes. Era una figura que producía en todos ellos un efecto notable, de modo tal que parecía romo si hubieran podido asir el significado que su creador había querido trasmitir muchos siglos antes. y no sólo el significado, sino "todos los sentimientos y las emociones vinculados igualmente con aquel".

Ouspensky también nos recordó que la literatura tiene sus obras de arte objetivo. Dijo que los Evangelios han sido desvirtuados y se les han hecho agregados en el proceso de

copia y traducción, pero que originalmente habían sido escritos por hombres que ocupaban un nivel más elevado que el de la humanidad mecánica. es decir, por hombres que sabían qué era lo que estaban haciendo, y cómo había que hacerlo. Había muchos otros ejemplos de arte consciente u objetivo en la literatura sagrada del mundo.
El lado filosófico del sistema de G. y lo que él cuenta sobre el Universo, no puede ser sometido a una prueba práctica en la forma en que puede hacerse con el conocimiento de naturaleza psicológica. Lo más que yo podía hacer era examinar la narración de G. sobre el Rayo de Creación cuidadosamente, ver si coincidía con otras ideas que se nos habían dado, y resolver sobre si configuraba un relato razonable sobre el Universo y su creación, Fuera como fuera había algo que decir en su favor: que, aparte de la descripción poética de la creación que da el Libro del Génesis, ésa es la única narración aceptable de la 'creación que jamás se me haya ofrecido.

CAPÍTULO VIII

PENSAMIENTOS SOBRE EL RAYO DE CREACIÓN

¿Quién conoce el secreto? ¿Quién puede desnudarlo?
¿De dónde surgió verdaderamente este Todo Múltiple?
Los Individuos Divinos fueron posteriores a su nacimiento.
¿Quién puede, entonces, decir de dónde surgió esta Gran Creación?
Si hay más allá de ella una Voluntad" o si no hay ninguna
Sólo Él, que es la Conciencia de todo lo que Existe,
¡Sólo Él sabe -y puede ser que ni aún Él lo sepa!

Eso recitaba el autor del Rig Veda, o Himno de la Creación unos 1500 años antes de la venida de Cristo, pues los Vedas fueron pasando de unos a otros por medios orales mucho antes de haber sido confiados al papel, y habiendo expresado sus dudas sobre si aun "El que es la Conciencia de todo lo que Existe", conoce a fondo la historia de la Creación, el Rig Veda nos dice que antes de la manifestación del Universo fenomenal... "no había ni no-entidad ni entidad, ni atmósfera ni cielo más atrás. No había muerte, ni por lo tanto inmortalidad; ni día ni noche, Sólo el Uno, sin aliento por su esencia. No había nada que fuera distinto de él, ni que estuviera más allá. De este germen manaron poderosos poderes productivos, la naturaleza abajo y la energía arriba".
El Universo siempre ha sido y siempre será un misterio para el hombre, No hay nada con lo que se lo pueda comparar, pues lo es todo y no deja lugar para ninguna otra cosa, En algunas personas ha muerto el asombro, pero aquellos que aún ponderan los misterios de su propia existencia y de su relación con el Universo, se asemejan a niños que, habiendo tropezado con algo que es sorprendentemente extraño, buscan de aminorar el misterio de todo el asunto, contándose a sí mismos historias sobre él, que les infunden coraje. Tenemos muchos relatos distintos, de entre los cuales podemos elegir. Está la inteligente narración que hacen los científicos, pero es una historia exasperante que se derrumba antes de haber empezado. Heráclito, el Padre de la Ciencia, empezaba y terminaba cada una de sus narraciones con una sola exclamación: "No hay otra cosa que átomos y espacio".
Y esta misma historia truncada, ocasionalmente con ligeros agregados, sigue siendo narrada aún por algunos de nuestros actuales hombres de ciencia, "No existe nada -murmuran- salvo partículas danzantes o electricidad positiva y negativa. Es completamente inútil ponerse a. especular sobre la naturaleza de tales cosas.”

Pero en el Rayo de Creación de: G. se me había proporcionado nuevo material para poder pensar, de incalculable interés.
Era la historia de la Creación del Universo narrada por un vidente en estado superior de conciencia, y lo primero que me impresionó de él, fue su parecido, con la historia contada por los rishis autores de los Vedas Hindúes, historia que ha sido simplificada en la medida de lo posible para adaptarla al diario, Al ir haciéndome más viejo voy confiando cada vez menos en la capacidad de mi mente, o de cualquier otra mente humana, para ver las cosas tal como verdaderamente son. En la juventud me veía a mí mismo escalando temerariamente grandes pináculos de pensamiento, trepando cada vez más alto, y más aún, hacia el Empíreo, en busca de la verdad, y tendiendo finalmente la mano para capturarla, Con la edad, este cuadro mío ha perdido todo su heroísmo y su grandeza. Ya no veo más a un intrépido trepador, sino a un niño de corta edad en su lugar, sentado en una especie de jardín de infantes y garabateando palabras sencillas en una pizarra. Las cosas tienen que sernos presentadas en forma muy fácil para mí y mis compañeros, pues por más que finjamos, nuestras mentes son capaces de entender muy poco acerca de todas las cosas que son de verdadera importancia para nosotros. No podemos esperar verlas nunca tal como realmente son, y tenemos que contentarnos solamente con aproximaciones a la verdad. De ese modo, durante todas las interesantes disertaciones de Ouspensky sobre el Rayo de Creación, y particularmente cuando se anunciaba algo de naturaleza muy desconcertante, yo me oía a mí mismo murmurando: "No exactamente eso, sino algo muy semejante, Naturalmente, todas estas cosas tienen que sernos presentadas en forma muy fácil, y ésa era la forma más simple de expresar lo que los creadores del sistema pudieron proyectar".
Tenemos, por ejemplo, esa afirmación un tanto asombrosa y desconcertante de G, de que -todo, incluyendo el conocimiento es material. Al principio mi mente se retraía ante esa declaración, pero indudablemente se podía sacar muchas ventajas aceptando esa idea, si de un examen más detenido resultaba que pudiera ser posible. La relación entre mente y materia, y la forma en que estas entidades, que son radicalmente diferentes, se las arreglan para encontrarse y actuar la una sobre la otra, como por cierto lo hacen, ha sido un enigma antiquísimo para los filósofos, y aquí se nos presentaba una forma excelente de salir del problema. Nadie puede dudar en lo más mínimo de que la mente afecta al cuerpo; y la mejor forma de resolver el enigma de cómo se las arregla para hacerlo, es sustituir una filosofía monística por una dualística. Se obtienen grandes ventajas considerando al Universo como compuesto de una sola materia, se tome ese material como mente o como materia. Al principio yo sentía que hubiera preferido un monismo idealista antes que materialista, pero el materialismo propuesto por el sistema de G. era tan totalmente ,distinto del materialismo científico ordinario, que yo no tenía ahora la menor voluntad de aceptar a este último.
Obviamente quedan ahora dos métodos posibles de cerrar la grieta entre mente y materia, siendo la primera aquella que utilizan los hombres de ciencia materialistas: el método de rebajar la mente al nivel de la materia: y el segundo, el de elevar la materia hasta el nivel de la mente. Éste era el método que los autores del sistema de G, habían elegido y llevado a cabo con mucho éxito. Uno de los beneficios inmediatos derivados de esta maniobra suya, fue que restituyeron al Universo lo que tanto los materialistas como los dualistas le habían quitado: la vida, el propósito, la inteligencia. El sistema considera el Universo, y todo lo que en él hay, como algo vivo, y vivir significa tener un intercambio incesante entre el organismo y su ambiente, un comercio de energías tan notable que es difícil decidir dónde termina el organismo, y dónde empieza su ambiente. El sistema implica también que todo lo que hay en el Universo está mucho más íntimamente ligado con todo lo demás, que lo que se supone, de modo que, como había

dicho. Ouspensky, un cambio que se produjera aquí en la Tierra ha de tener algún efecto inesperado en un mundo muy distante. Al hablar del Rayo de Creación también describió el espacio existente entre los variados mundos del Rayo de Creación, diciendo que está cargado de fuerzas que pasan en distintas direcciones, y estas energías son algo así como un volcamiento de energías de las cosas vivientes en su medio ambiente.
Lo que me interesa en este preciso momento en que estoy sentado en mi escritorio tratando de recordar las ideas que aprendí de Ouspensky en ola habitación de Warwick Gardens durante veinte años, es que al paso que esas ideas carecían entonces completamente de ortodoxia, algunas de ellas gozan ahora de apoyo científico. Por ejemplo, fue de Ouspensky y no de ningún libro científico, que aprendí por primera vez que la materia y la energía son realmente una y la misma cosa, y que el Universo está en proceso de crearse a sí mismo. Sé muy bien que esta última idea no ha sido todavía aceptada generalmente por los astrónomos, pero hay muchos que ahora están de su parte consideran al espacio interestelar como la matriz de donde proviene el material que requiere el Universo para crear más. De acuerdo con Hoyle, la cantidad de hidrógeno existente en el espacio excede con creces la cantidad que puede encontrarse en las galaxias estelares del Universo, y los nuevos mundos se están elaborando con este hidrógeno sobrante. En otras palabras: el espacio interestelar está tan abundantemente cargado de energía, que algunos astrofísicos lo consideran la matriz de la que nace toda nueva energía, Adoptando esta idea en sus Conferencias de Gifford, Macneile Dixon declara que las energías creadoras de la Naturaleza residen en esta gran red de radiaciones existentes en el espacio, y no en la condensación de materia en las estrellas y nebulosas. "Las cosas visibles y tangibles no son más que los polos o terminaciones de estos campos de energía no percibida. La Materia, si es que existe en cualquier sentido, es un socio durmiente en la firma de la Naturaleza". (Macneile Dixon, The Human Situation).
La teoría de la creación continua, defendida por científicos de la talla de Bondi, Golde y Hoyle, postula que la materia interestelar del Universo se mantiene a un nivel constante, por la aparición de un nuevo átomo de hidrógeno, en el curso de un año, en un volumen de espacio igual al que ocupa la Catedral de San Pablo. A primera vista, esta cantidad de material nuevo podría parecer muy escasa para hacer frente a las necesidades de la construcción del Universo, pero cuando se recuerda la inmensidad del espacio y se tiene presente que constantemente se está elaborando material nuevo en toda su extensión, da vértigos pensar cuánta puede ser la cantidad total creada. Además de eso, muchos astrofísicos creen que la creación de este nuevo material proporciona la fuerza ampliatoria que determina la expansión del Universo. Al mismo tiempo que mundos enteros son echados hacia los límites más lejano del espacio y se pierden para siempre, se forman otros nuevos que ocupan sus lugares.
La insistencia de G. sobre la vinculación que existe entre todas las cosas" y su afirmación de que la humanidad es susceptible de influencias que le llegan desde los planetas, dio origen a las preguntas que se le hicieron. a Ouspensky en la reunión siguiente, sobre el tema de la astrología. "¿Hay algo de verdad en eso?", preguntó alguien, a lo que Ouspensky contestó que existió, alguna vez una ciencia verdadera de la astrología, pero que este antiguo conocimiento se había deformado. También le recordó al que le interrogara el hecho de que la única parte de la psiquis del hombre sobre la que influyen los planetas es su esencia, y que en el hombre occidental moderno, es muy raro encontrar alguien en quien la esencia se haya desarrollado adecuadamente. Era por eso que G. hablaba de masas de humanidad, más que de hombres y mujeres afectados individualmente por influencias planetarias. Ouspensky nos contó una historia con el propósito de mostramos más claramente cómo había contestado una pregunta similar

sobre astrología que le hicieron en el grupo de Moscú. Nos dijo que G. y algunos de los integrantes del grupo salieron a dar un paseo por el parque, y que G. estaba un poco adelantado mientras ellos caminaban detrás suyo, profundamente abstraídos en una conversación sobre el tema de la astrología. G. dejó caer de repente su bastón y uno de ellos, agachándose, lo levantó y se lo entregó. G. siguió andando delante de ellos por uno o dos minutos como lo había hecho antes, y entonces se volvió y dijo: “Eso era astrología”. La astrología tiene que ver solamente con la esencia, y es también su esencia la que determina el tipo de un hombre. Explicó que todos ellos lo habían visto dejar caer su bastón, y sin embargo solamente uno se había agachado para levantarlo y devolvérselo. Entonces les pidió que, cada uno de ellos le describiera por turno qué había sentido y cómo había reaccionado interiormente al ver caer el bastón. El primero dijo que como estaba mirando en ese momento en otra dirección, no había notado siquiera que G. había dejado caer su bastón. El segundo dijo que en ese momento estaba mirando muy fijamente a G., y que había llegado a la conclusión de que la caída del bastón no era casual, sino que G. lo había arrojado muy deliberadamente. Por esa razón se había quedado esperando para ver qué sucedía. El tercero dijo que había estado tan absorto en sus pensamientos sobre el tema de la astrología, que jamás se le había ocurrido detenerse a pensar en levantar el bastón del suelo. La reacción del cuarto había sido tan lenta, que antes de que tuviera tiempo de decidirse a actuar, algún otro había hecho lo que con tanta seguridad hubiera hecho él mismo, si hubiera dispuesto de tiempo suficiente. y describiendo en esta forma sus variadas reacciones, los seguidores de G. le mostraron a éste también sus tipos, tema en el que G. estaba particularmente interesado. Ouspensky nos dijo que alguna vez existió una ciencia antigua de los tipos, pero, como él personalmente sabía muy poco del asunto, no se proponía extenderse sobre ese tema.

Un aspecto del relato de G. sobre la creación que me atrajo muy fuertemente, fue la idea sobre la función de la vida, en este planeta. Describió la vida orgánica como una película que abarca la tierra y que posee ciertas propiedades importantes.

Absorbe algunas de las energías que le llegan del espacio, las transforma y luego las proyecta hacia la Tierra. De acuerdo con G., la vida sobre la tierra no es producto de la casualidad, sino algo que es muy necesario para el bienestar de la Tierra.

Esta, vez me pregunté a mí mismo si habría algo que apoyara esta teoría. Cuando uno toma en consideración el bullente mundo de microorganismos que pululan en la tierra, y la vida del plancton de los océanos, igualmente abundante, no era irracional comparar la Vida Orgánica a una película que cubre la Tierra, ¿pero existe algo que confirme la ingeniosa idea de que esta película es un transformador de energías? .

He dedicado muchos pensamientos a esta idea desde que oí hablar de ella hace unos treinta años, y el ejemplo más evidente de que la vida sobre la Tierra actúa como un transformador de energía, está dado por las plantas. Una gran parte de la luz ultravioleta que nos llega del Sol, es absorbida por la estratósfera, en la cual ocasiona ciertos cambios en el sentido de ionización, y también da origen a dos fenómenos: La Aurora Boreal y la Luz Zodiacal, Pero es el destino de la luz que penetra la estratósfera lo que más interesa, pues esta luz es la causante de los fenómenos de fotosíntesis en las plantas, que es una industria química de la que depende enteramente la vida animal. En las hojas de las plantas, la luz suministra la energía para la transformación de las moléculas más pequeñas de agua y dióxido de carbón en moléculas más grandes de almidón, azúcar y celulosa. En otras palabras, las plantas reciben energía de la luz, la transforman en energía química, y los productos de esta incesante industria eventualmente regresan al suelo. Puede muy bien ocurrir que muchas otras

transformaciones estén realizándose por medio de la Vida Orgánica, y de las cuales nosotros hasta ahora no sepamos nada.
De una cosa, sea como sea, podemos estar seguros, y es que la Vida Orgánica ha jugado, y sigue Jugando todavía, un rol muy importante en el desenvolvimiento de la Tierra. Estoy en deuda con el muy interesante libro de Vernadsky , Le Biosphère, por lo que voy a relatar a continuación sobre el rol que juega la vida en la evolución de la Tierra. Al emplear el término biosphère, Vernadsky se refiere a la película de vida que 'se extiende sobre la superficie de la Tierra, y que penetra las capas más superficiales de su corteza. Considera a esta película como un agente muy activo, o, para emplear sus propias palabras, como "una. . . continua, permanente y poderosa perturbadora de la inercia sobre la faz de nuestro planeta . . .", descripción de la Vida Orgánica que es muy parecida a la que diera G.; Vernadsky opina que la vida tiene un efecto tan profundo sobre los procesos químicos que se desarrollan sobre la corteza terrestre, que si toda vida muriera súbitamente, muchos de esos procesos químicos se detendrían. Los minerales de las capas más altas de la costra, .el alumbre libre, todos los ácidos silicáceos y los hidratos de hierro y aluminio no se formarían más en ellos, porque los elementos de los que surgen estos compuestos, se hubieran combinado para formar otros compuestos químicos. Un estado de equilibrio químico sería impuesto por lo tanto sobre la Tierra, una calma química que solamente sería trastornada por alguna proyección hacia arriba de material proveniente de las capas más profundas de la corteza, por ciertas emanaciones gaseosas y por escasas erupciones volcánicas. Tan lentos serían todos los cambios químicos en la corteza de la Tierra, que sólo serían notados después del transcurso de largos períodos de tiempo geológico. También serían considerablemente reducidos en la atmósfera el oxigeno libre y el ácido carbónico, y, a causa de esta pobreza de oxígeno, los procesos de oxidación sobre la superficie de la Tierra, cesarían, a todo fin y propósit.o.
Debe tenerse presente que gran parte del trabajo de la biósfera es tan discreto que pasa inadvertido. Si no fuera por las investigaciones de los bacteriólogos y los químicos, las diversas actividades de los microorganismos del suelo serían completamente desconocidos. El trabajo que hacen otras formas pequeñas de vida es mucho más espectacular, porque se realiza en escala verdaderamente colosal. Tan inmensas son las labores que realizan las Foraminíferas y las Radiolarias, que producen cambios en el paisaje, tales como la formación de colinas y depresiones.
En vista de todo lo que, ha sucedido, y está aún sucediendo, con la corteza de la Tierra desde que la vida apareció por primera vez en el planeta, es difícil seguir ya poniéndose de parte de la opinión científica, que dice que la vida tropezó con la Tierra sólo por casualidad. Estoy convencido de que G. está en lo cierto, cuando declara que todo depende de todo lo demás, en escala mucho mayor que lo que creen los hombres de ciencia.
Así creo también que el Universo es manejado por el principio de alimentación recíproca, de automanutención, y que la vida depende de la Tierra, tanto como la Tierra depende de la vida.
Había muchas cosas en la descripción que G. hacía del Universo, que debieran de haber provocado una fuerte resistencia en una persona criada, como lo había sido yo, en base a una dieta estrictamente científica: una de ellas, sus ideas sobre las respectivas "inteligencias" de la Tierra y del Sol. Pero en realidad yo no reaccionaba a estas extrañas ideas, en la forma que hubiera esperado reaccionar, pues jamás he aceptado entusiastamente la idea de los científicos de que "el Universo es una máquina". Me ha parecido sencillamente natural que en la edad de las grandes máquinas los hombres consideren que el Universo es una gran maquinaria, así como en una época primitiva lo

habían considerado el hogar de dioses y demonios. Pero la alegoría de una maquinaria que va gastándose, apoyada por científicos del siglo diecinueve, y la alegoría de la danza de partículas que ha tomado ahora su lugar, proporcionan una vista muy unilateral del Universo. Personalmente, prefiero la descripción de Whitehead, de un organismo vasto, vivo e inteligente.

La cuestión de los virus, y de si son organismos vivos o solamente fermentos, preocupaba a los bacteriólogos en los tiempos que estudiaba el Rayo de Creación: yo estaba convencido de que no existía una verdadera división entre lo que llamamos animado y lo que llamamos inanimado. Todo lo que los diferencia es que lo animado es más dinámico, con un equilibrio más precario, más sensible y en consecuencia más rápido que lo inanimado para responder. a los cambios ambientales. Hasta las piedras mismas gozan de una especie de vida rudimentaria, y están en constante intercambio con lo que las rodea: cosa de que los hombres de ciencia se han percatado al estudiar las cosas en términos de campos de fuerza. No, no hay nada en el Rayo de Creación que ofenda a la razón. y hay muchísimo en él que está en armonía con la Philosophy of Organism, de Whitehead.

Las entidades de que se ocupan los hombres de ciencia no son las únicas realidades, ni siquiera las realidades más genuinas, pues existen muchas cosas en el Universo que son incapaces de ver, y ni hablar de medir. Para conveniencia del estudio han hecho ciertas abstracciones del total, pero, como lo ha señalado Whitehead, estas abstracciones "...no son más que omisiones de parte de la Verdad". Sin embargo mucha gente se extravía por las abstracciones de los científicos, y creen que ellas son los ladrillos y la argamasa con que se ha construido el Universo. Habiendo aceptado mucho de la Philosophy of Organism, de Whitehead, estaba interesado y contento a la vez de descubrir que G, tenía la misma perspectiva del Universo que Whitehead, y sentía, como él, que no seríamos capaces de encontrarle ningún sentido hasta tanto le hubiéramos devuelto la inteligencia y la vida de que la ciencia lo había privado.

Mientras más pensaba sobre el Rayo de Creación de G., más riqueza adquiría para mi su significado. Era el símbolo de muchas ideal distintas. Mostraba, que todo el Universo está estrechamente entrelazado con todo lo demás. y entre las otras relaciones descriptas, se encuentra la que existe entre las diferentes densidades de la materia. En el Rayo puede encontrarse toda clase de materia, desde el material más fino en el Absoluto hasta la más densa de todas las materias posibles en la Luna, y dado que la materia posee propiedades psíquicas, así como también físicas, el Rayo representa una escala de Ser así como una escala de materia, escala en la cual todo nivel de conciencia es posible y la inteligencia está marcada. Todas las cosas pueden ser halladas allí; desde la Inteligencia Suprema, la Conciencia y la Voluntad del Absoluto, hasta las tinieblas y el tosco mecanismo de la Luna.

En una de las reuniones dedicada al Rayo de Creación, Ouspensky le hizo un agregado extremadamente interesante.

Dijo que todas las notas de cualquier octava, y en este caso particular todas las notas de la gran octava Cósmica, podrían actuar como el do de alguna nueva escala lateral que emanara de ella. Como ejemplo de ello, colocó al lado del sol (el Sol) en la octava Cósmica una nueva nota do; al lado de fa (la esfera de los planetas) colocó una nueva nota si; y después insertó tres notas -la, sol, fa- entre el fa de la Octava Cósmica y el mi de ella (la Tierra) . Ver figura 3. Dijo que estas tres notas insertadas entre los planetas y la tierra constituían la Vida Orgánica sobre la Tierra. Señaló después que el mi de esta nueva escala lateral se unía con el re de la Luna, Agregó que podía aprenderse muchísimo de esta escala lateral más pequeña, y que quizá la lección más

importante de todas las que pudieran derivar de ella es que la octava de vida empezó no en la Tierra sino en el Sol. Aquí habló otra vez G., como en muchas ocasiones anteriores, de cosas que nos llegan desde arriba, mientras que todo el pensamiento moderno tiende a derivar lo más alto de lo más bajo, en vez de lo más bajo desde lo más alto.

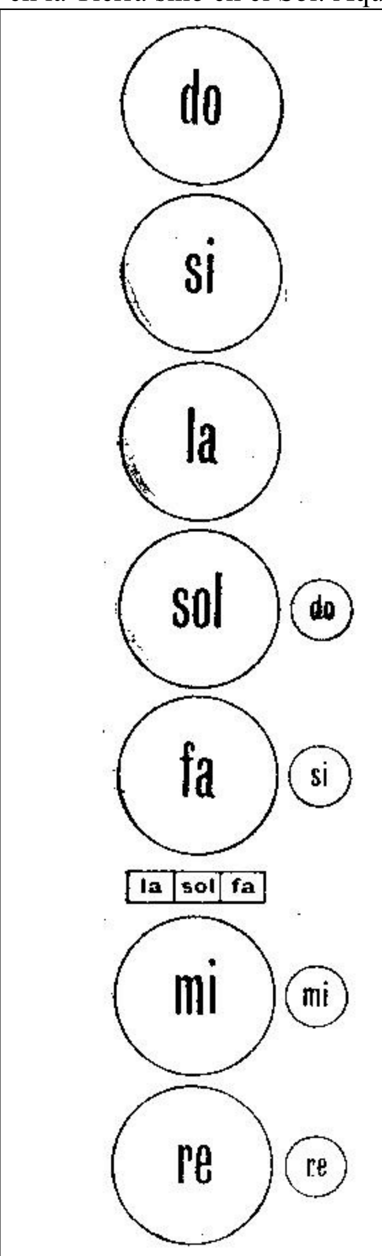


Fig. 3 – El Rayo de Creación muestra la octava lateral de vida que comienza en el Sol. Las tres notas de esta octava de vida menor, la, sol, fa, representan la vida orgánica, y llenan el intervalo entre mi y fa en la escala más grande del Rayo de Creación.

¿Qué podía significar esta idea de que la vida comenzó a nivel del Sol? G. había hablado anteriormente de que el Sol es divino en comparación con la Tierra, y trataba de conciliar estas dos afirmaciones en lo referente a la llegada de la vida a la Tierra. Me figuraba a la gran Artista Naturaleza trabajando, construyendo pacientemente las moléculas de carbón, nitrógeno, oxígeno, potasio, fósforo, calcio, junto con pequeños trozos de otros elementos, elaborando moléculas más grandes, que crecían no sólo en tamaño, sino también en complejidad. El carbón era evidentemente el más útil de estos elementos rústicos de los cuales manaba la vida, por su habilidad para mantener aferrados otros seis átomos. En esta forma sería posible tejer esas largas cadenas químicas de carbohidratos, de los que la vida depende tanto. Pero a esta altura de elaboración de la vida se requerirían nuevos accesos de energía que juntaran en algún modelo vital estas moléculas en tan rápido crecimiento, que también dieran al nuevo modelo la capacidad de dividirse, y reproducirse de ese modo. Tal vez nunca sepa la ciencia cómo fue cumplido este paso final, pero algunos de los libros que he consultado, y que son autoridades en la materia, sugieren que con toda seguridad "... aquellos gránulos de energía más vivaces. . ." que vienen del Sol (los fotones) pueden haber hecho una contribución sumamente importante a la elaboración de la vida en esta etapa. En otras palabras, el Sol completó su obra final y se convirtió en padre de la vida sobre este planeta, así como la Tierra había sido su madre. Pero fue realmente el Sol el que inició todo el proceso de creación de la Vida Orgánica en este planeta.

La reunión de mi de la octava lateral de vida de G. con el mi de la Octava Cósmica no puede explicarse con facilidad pues cuando las criaturas vivas conectada con la idea de que la Vida Orgánica actúa como alimento para la Luna.

Alguna energía se libera con la muerte de todas las cosas vivas, y, según G., esta energía va a la Luna. Esta idea estaba, por supuesto, vinculada con la idea de que las series de mundos que componen el Rayo de Creación forman una rama creciente, y que la Luna,

si está debidamente alimentada, se asemejará con el transcurso del tiempo a la Tierra, y la Tierra al Sol.
Repasando, como lo hago ahora, estos viejos recuerdos de los tiempos de las reuniones de Ouspensky, me viene a la memoria que cuando Ouspensky dibujó por vez primera el Rayo de Creación en el pizarrón lo miré con considerable interés, pero pensé que los acontecimientos en una escala tan enorme tenían para mí, personalmente, tan poca importancia que no interesaba mucho qué sistema de cosmología pudiera aceptar. Pero gradualmente fui dándome cuenta de que los distintos sistemas cosmológicos tienen implicancias filosóficas distintas, y que sería una equivocación, por lo tanto, considerarlos a todos con indiferencia. Por ejemplo, está la gran cuestión de quién nadó primero, sí la materia o la mente. Platón dividía al hombre en dos grupos: los que eran de opinión de que la materia había dado origen a la mente, y los que opinaban completamente al revés, es decir, creían que la mente había dado origen a la materia. Aun desde entonces los filósofos se han .ubicado bajo esos dos rubros, buscando algunos de ellos derivar lo superior de lo inferior, y explicando los otros lo inferior en términos de lo superior. Hablando en términos amplios, Occidente se ha inclinado por la primera opinión, de que lo de abajo da ,origen a lo de arriba, y el Oriente por la última opinión, o sea que es lo superior lo que da origen a lo inferior.
Hasta la época del Renacimiento, las ideas orientales y las occidentales sobre esta materia eran muy parecidas, pues la Iglesia Cristiana enseñaba que todas las cosas vienen de Dios, que está allá arriba. Pensar en forma distinta de ésta era una herejía, y por consiguiente hubo que poner en línea todos los conocimientos científicos con las normas de la Iglesia sobre el particular. Pero durante el Renacimiento, tuvo lugar una gran reacción entre esta dominación eclesiástica sobre las mentes de los hombres, y muchas creencias respaldadas por la Iglesia, tales como la de que todo baja desde arriba, fueron arrojadas al canasto. En esta época de investigación y revaluación los filósofos naturales, como los llamaban entonces a los científicos, estaban empezando a descubrir las leyes que rigen al Universo, y esto quería decir que la gran era de la ciencia no estaba muy distante. Los intelectuales de este período se inclinaban, por lo tanto, a revocar las normas anteriores y colocar en su lugar la que estaba más de moda, de que lo alto había derivado de lo de abajo. En su entusiasmo por este patrón materialista de pensamiento, la mente fue expulsada del Universo, y la materia entró a gobernar en su lugar.
Pero aquí, en el Rayo de Creación de G., habría de llegarse a una reconciliación de los modos de pensamiento occidental y oriental. Al restablecer la vieja norma de que todo viene originalmente de la Inteligencia Suprema del Absoluto, el principio de la mente fue admitido nuevamente en un reino en el que se lo necesitaba en forma apremiante, y al mismo tiempo se encontró un lugar en el grandioso esquema de las cosas para la manifestación de las leyes mecánicas de la ciencia, Me di cuenta con el correr del tiempo de cuánto más hay en el Rayo de Creación de lo que yo había pensado originalmente.
Mientras me ocupaba en el estudio del Rayo de Creación, me encontré con el siguiente pasaje de la obra de Aurobindo, Life Divine: "Hablamos de la evolución de la Vida en la Materia, la evolución de la Mente en la Materia; pero evolución es una palabra que no hace más que exponer el fenómeno sin explicarlo. Parece no haber razón alguna para que la Vida tenga que emanar de elementos materiales, o la Muerte de formas vivientes, a menos que aceptemos la solución de la Vedanta, de que la Vida está ya involucrada en la Materia y la Mente en la Vida, porque en esencial la materia es una forma de Vida velada, y la Vida una forma de Conciencia velada. y luego, parece haber poca oposición

a un paso más en la serie, y la admisión de que la conciencia mental puede ser, ella misma, sólo una forma y un velo de estados superiores, que están más allá de la Mente". Aurobindo sigue diciendo después que ésta es la explicación de la inconquistable lucha del hombre hacia algo siempre superior, hacia Dios. la Luz, la Bienaventuranza, la Libertad, y hasta la Inmortalidad, y no hay la menor duda de que el incansable impulso del hombre hacia algo que está en un nivel superior a él mismo, requiere una explicación. Freud lo rechazaba todo diciendo que es la gran ilusión del hombre, la neurosis obsesiva de la cual nace el sufrimiento de la humanidad, pero no es posible deshacerse de ella en esta forma incontrolada. El hombre posee una facultad. un órgano especial para manejarse con valores espirituales, y la Naturaleza jamás desarrolla órganos inútiles en sus criaturas. No hubiera dotado de ojos a los animales a menos que ya hubiera existido la luz a la cual habrían de hacerse sensibles esos ojos. Ni hubiera puesto en el hombre un apetito por algo más elevado que él mismo si no hubiera existido nada con lo que ese apetito hubiera podido aplacarse. Pese a la advertencia de los intelectualistas de que es inútil formular preguntas que no pueden ser contestadas; los hombres continúan con su búsqueda de verdades espirituales, y como resultado de su insistencia surgen religiones nuevas que reemplazan a las antiguas, destruidas por el escepticismo. Según G., el hombre cumple con las necesidades del cosmos siendo tal como es, de modo que no tiene necesidad de adelantar más, pero el hecho de que tantos hombres estén obsesionados por este vehemente impulso de indagación y esta inapagable intuición de la existencia de algo más elevado que ellos mismos, es seguramente una señal de que se han tomado disposiciones en el Gran Plan para la posibilidad de la evolución espiritual del hombre. (2)
Está implícita también en los escritos de Aurobindo, pues finaliza su capítulo sobre las aspiraciones humanas con estas palabras: “Y si existe alguna luz de intuición iluminada o de verdad autoreveladora que esté ahora obstruida en el hombre, o sea inoperable, o trabaje con miradas intermitentes como a través de un velo. . . entonces no debemos tener temor de alentar aspiraciones, pues es probable que sea ese el próximo estado superior de conciencia del que la Mente es sólo forma y velo; a través del esplendor de esa luz puede hallarse el sendero de nuestro autocrecimiento progresivo, a cualquier estado superior que sea el lugar final de descanso de la humanidad”.

CAPÍTULO IX

LA FABRICA DE TRES PISOS

Había pensado interrogar más a Ouspensky sobre los dos movimientos contrarios que tienen lugar en el Rayo de Creación: es decir, sobre la octava descendente por la cual se van formando materias cada vez más densas, y sobre otro movimiento ascendente que podría con el tiempo hacer que la Luna se asemejara a la Tierra, y la Tierra más al Sol. Pero no pude hacer mi pregunta, pues al comenzar la reunión siguiente, Ouspensky anunció que, habiendo dado ejemplos de la acción de las dos grandes leyes cósmicas operando en una escala inmensa, se proponía ahora mostrar cómo operan en la escala mucho menor del hombre. El hombre -nos recordó- es un modelo del Universo, un microcosmos en el macrocosmos, y muchas afirmaciones que son de aplicación al Universo, también sirven para él.
Además, una larga escala de las materias o hidrógenos halladas en el Rayo de Creación, se encuentran también en el hombre. Su ser contiene materias que vienen del nivel del Sol y hasta de un nivel más alto aún, y su posesión de hidrógenos tan altos es uno

de los factores que posibilitan su evolución. Ouspensky dijo que hasta ahora habíamos estado estudiando la creación y la conservación del Universo, pero que había llegado el momento de que hiciéramos un estudio parecido de la conservación del hombre.
El hombre -comenzó diciendo Ouspensky- gasta una gran cantidad de energía todos los días para vivir, y esta energía deriva de su alimentación. De acuerdo con el sistema, ingiere no una, sino tres clases de alimentos: la comida común que se pone en la boca, el aire que introduce en los pulmones, y las impresiones que recibe por medio de sus órganos sensorios especiales. Es sumamente fácil aceptar la idea de que el aire es un alimento del cual depende en mayor proporción que de la comida que mastica y traga, pero la idea de que nuestras impresiones sensorias son también alimento, nos resulta extraña. No obstante, las impresiones que nos llegan del mundo externo son todas ellas porciones de energía, ya sea que nos lleguen en forma de ondas de luz que atraviesan nuestra retina, como de ondas sonoras que nos alcanzan a través de los oídos, o como rayos de calor que nos golpean la piel. Además. como ya nos lo había señalado, son estas impresiones del mundo exterior las que nos activan y nos ponen en movimiento en la misma forma que la polea pone en movimiento el torno en un taller mecánico. Si todas las impresiones del mundo interior llegaran a cesar -y hay otras además de la luz, el calor y las hondas sonoras- nos sumergiríamos directamente en un estado de coma, y moriríamos rápidamente. De las tres variedades de alimento, las impresiones son en gran medida las más importantes para nosotros, y sólo podemos sobrevivir a su pérdida por un lapso muy breve.
Ouspensky dibujó después en el pizarrón un nuevo diagrama, que dijo que representaba al hombre como una fábrica química de tres pisos. El trabajo de esta fábrica es convertir las materias más groseras en otras más finas, constituyendo las materias más groseras, la materia prima que ingerimos como comida, y las materias más finas los variados materiales que necesitamos para la conservación de nuestra maquinaria y para el combustible que se consume para hacerla funcionar. Ouspensky dijo que una de las razones de que seamos incapaces de recordarnos a nosotros mismos, y que los Centros Superiores en nosotros no funcionen, es que los combustibles más finos que poseemos son insuficientes.
El hidrógeno 12 es necesario tanto para el Centro Emocional como para el Emocional Superior, e invariablemente nos falta este espíritu de alta octava, de modo que el Centro Emocional en nosotros tiene generalmente que trabajar con Hidrógeno 24.
Hay dos formas de aliviar esta falta: primero, dejando de gastar Hidrógeno con fines inútiles, y segundo, produciendo mayor cantidad. La elaboración de hidrógenos más finos era el tema sobre el que ahora quería hablar.
Ouspensky empezó su descripción del trabajo de la fábrica diciendo que el proceso alquímico por el cual los materiales más densos se transforman en otros más finos está gobernado, al igual que todos los demás procesos, por la ley de octavas. Explicó que empleaba el término “alquímicos” en vez del término más común, “químico”, porque lo que estaba a punto de describir estaba más estrechamente vinculado con la antigua ciencia de la alquimia, que con la ciencia moderna de la química.
Las palabras “Aprendan a separar lo fino de lo grosero” están inscriptas en las Tablas de Esmeralda de Hermes Trismegisto, y ya veremos que esas palabras se adecuan al funcionamiento de la fábrica de tres pisos. El piso superior de la fábrica corresponde aproximadamente a la cabeza, el piso del medio al pecho y el más bajo al estómago, la espalda y la parte inferior del cuerpo. La comida física común que ingerimos por la boca es H-768 en la escala cósmica de hidrógenos que nos había dado antes, y, después de tragarlo, este material grosero entra en el piso más bajo del abdomen como do 768.
Como está actuando aquí en tarea de conductor de la fuerza pasiva de una triada,

no debiera ser llamado Hidrógeno 768, sino Oxígeno 768. Después de entrar en el

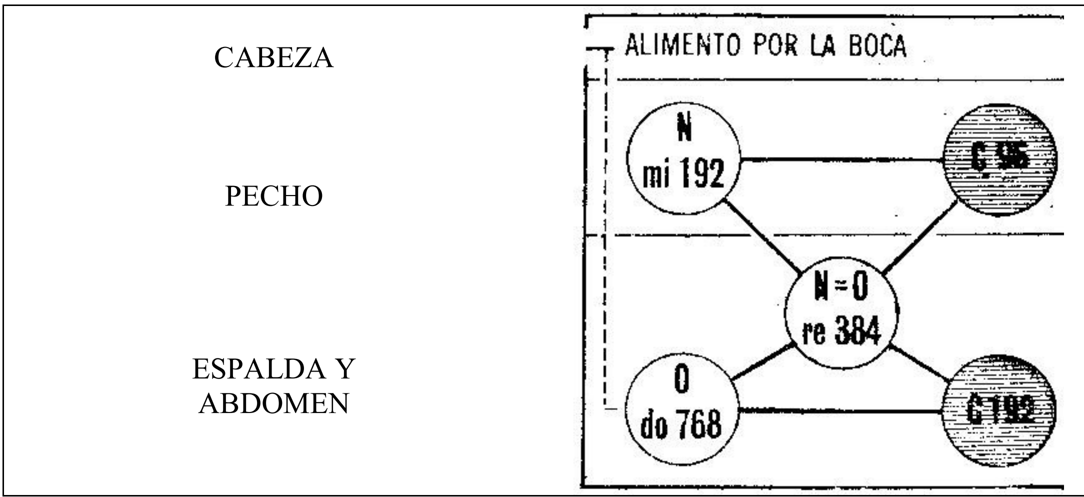


Fig. 4 – Las primeras dos tríadas en la octava de la digestión de comida (H-768). El carbón, portador de la fuerza activa en estas tríadas, está representado por los círculos sombreados.

cuerpo se encuentra con el Carbón 192 (la saliva y los fermentos que contiene) y se transforma rápidamente en Nitrógeno 384 (ver fig. 4). Ouspensky nos señaló entonces que las tres sustancías, Oxígeno 768, Carbón 192 y Nitrógeno 384 que muestra el diagrama, forman una triada, y que siguiendo el progreso de los tres alimentos a través de la fábrica de tres tipos, tenemos excelentes ejemplos de la forma en que trabajan al unísono las dos leyes cósmicas fundamentales, la Ley de Tres y la Ley de Siete.
El diagrama que Ouspensky dibujó en el pizarrón, y que mostraba el funcionamiento de las dos leyes fundamentales dentro del cuerpo humano, era extremadamente complicado, y no nos proponemos reproducirlo aquí. A fin de que las cosas sean más simples, sólo se han expuesto en la fig. 4 las primeras tríadas de las series de triadas. En las figs. 5 y 6, la transformación de los hidrógenos más groseros en otros más finos se muestra sólo como una octava ascendente, no estando marcadas las triadas.
Volviendo a la octava del alimento que se ingiere por la boca, el do 768 se convierte, con ayuda de ciertos jugos digestivos, primero en re 384 y después en mi 192 (ver fig.5) Aquí el proceso de refinación llegaría a su fin si no fuera por el hecho de que la octava de la comida recibe la ayuda de otra octava para llenar el intervalo mi-fa. La octava que proporciona esta ayuda tan necesaria es la segunda, u octava de aire. Ésta penetra en la fábrica de tres pisos por el segundo piso, se encuentra allí con la octava de comida, y le concede un poco de su energía superflua, de modo que mi 192 pasa a fa 96, sol 48, la 24 y si 12. Aquí llega a su fin frente al intervalo si-do. Seguimos ahora el avance de la segunda octava, o de aire, y ahí nos encontramos con que do 192 se convierte en re 96 y en mi 48. Como no recibe ayuda externa en el intervalo entre mi y fa, su avance queda detenido ahí. La tercera octava, o de impresión, se detiene aún más pronto.
Suena la nota do 48 en el piso más alto o principal, pero tan débilmente que no llega más lejos.
Habiendo completado el dibujo de la fábrica de tres pisos, Ouspensky destacó que la octava de la primera clase de alimento era sólo una para producir algo del tan necesario H 12, y que las otras dos octavas sólo alcanzaban a llegar hasta mi 48 y do 48, Si, por lo tanto, queremos fabricar más H 12, tendríamos que hacer que las octavas de aire e impresiones fueran más lejos.

Afortunadamente es posible producir un desarrollo más completo de esas octavas creando una sacudida artificial o consciente en el lugar adecuado, es decir, en el punto en que se está haciendo sonar la nota do 768. Este punto coincide en el tiempo con el momento en que las impresiones están a punto de penetrar en nuestra conciencia. y si el nivel de nuestra consciencia se elevara en ese momento por la recordación de sí mismo. las impresiones habrían de golpearnos con fuerza adicional, Como resultado de ello, do 48 sonaría mucho más fuerte en el piso superior, pasaría primero a re 24 y luego a mi, en donde se detendría en el intervalo (ver fig. 6).

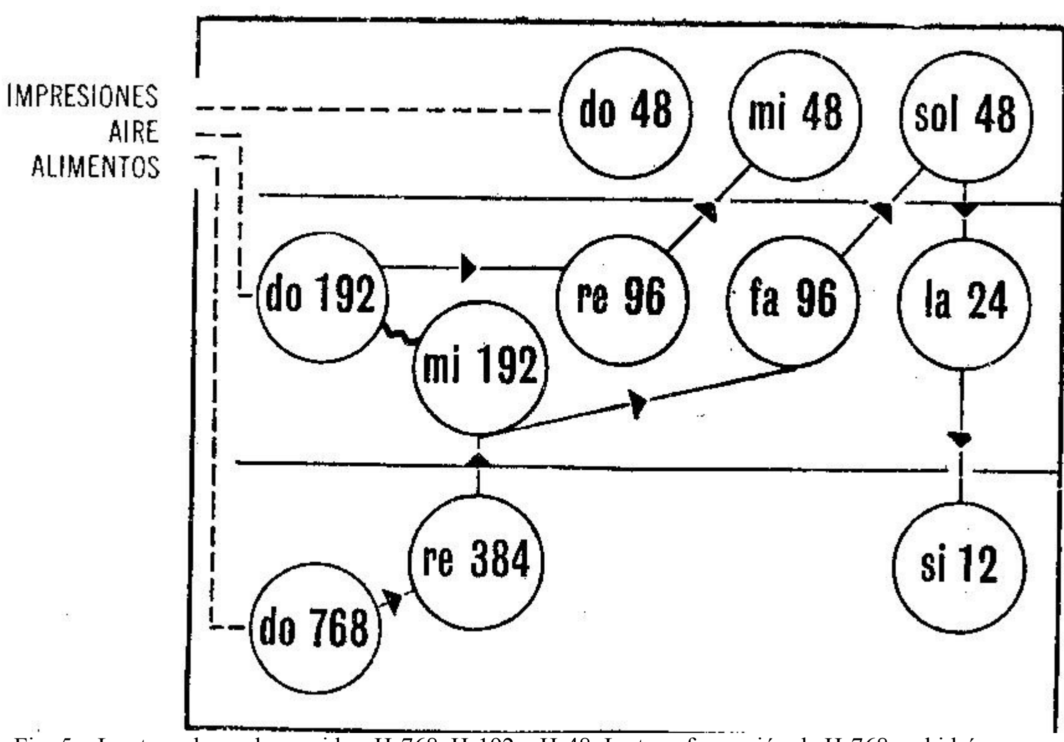


Fig. 5 – Las tres clases de comidas, H-768, H-192 y H-48. La transformación de H-768 en hidrógenos más elevados es ayudada por la sacudida mecánica importada por la entrada de la octava de aire, do 192. Este sacudimiento mecánico está representado por la línea ondeada.

En razón del sonido más claro de do 48, éste posee energía suficiente para establecer contacto con mi 48 de la octava de aire, e impartirle la fuerza adicional necesaria para que pueda pasar a fa 24, sol 12 y hasta a la 6, que es el mejor hidrógeno que la fábrica humana es capaz de elaborar.

Ouspensky dio fin a su descripción de la fábrica de tres pisos diciendo que la producción de hidrógenos superiores podría ser aumentada aún más por la producción de otro sacudimiento consciente en el organismo humano. Como la naturaleza precisa de esta segunda sacudida artificial es más difícil de describir que el primer sacudimiento consciente de la recordación de si mismo, propuso que en ese momento no lo discutiéramos.

La lección más importante que puede extraerse del estudio del diagrama de la alimentación fue que nosotros somos empresas químicas muy mal dirigidas, fábricas que llegan a producir solamente los productos terminados necesarios en forma de materiales más finos con el sólo fin de mantener la maquinaria en movimiento. . . Sería por cierto más correcto admitir que no hemos alcanzado ni siquiera este standard de producción pues mientras que el Centro Emocional debiera de ser provisto de H 12 como combustible, se ve sin embargo obligado a funcionar con H 24, que es el mismo

combustible que utiliza el centro motor, y la explicación de este pésimo estado de cosas, es que se perdieron por algo así como agujeros cantidades muy grandes de productos más finos, o fueron quemados en actividades inútiles, tales como identificaciones, charlas insustanciales, tensión muscular y emociones negativas.

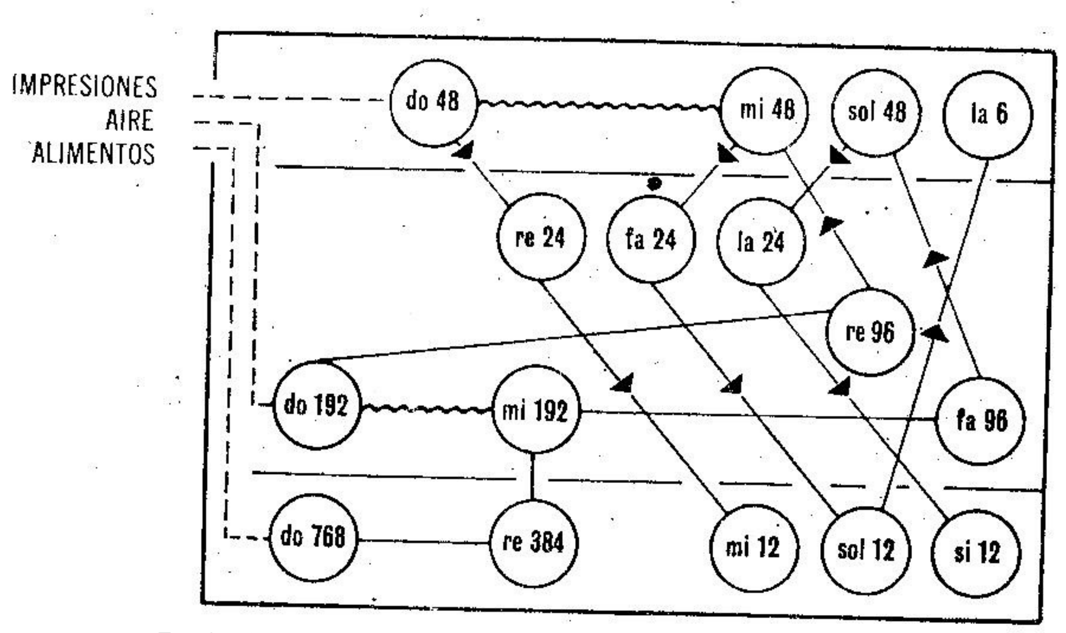


Fig. 6 – Transformación más completa en hidrógenos superiores producida por la intervención de una segunda sacudida consciente, en el momento en que entran en la conciencia las impresiones sensorias. Esto está representado por la segunda línea ondulada.

Unos pocos minutos perdidos en enojos o desesperación son suficientes para destruir lo que le ha costado a la fábrica muchas horas hacer, de modo que nos sentimos completamente desprovistos de energía. Sería sumamente inconveniente para nosotros aumentar la producción de productos más finos de la fábrica antes de haber dado los pasos necesarios para reducir tan enorme cantidad de desperdicios.

Ouspensky nos aconsejó que comenzaríamos este proceso de ahorro, descubriendo cuáles son nuestros métodos favoritos de malgastar energías, pues aun cuando todos nos parecemos a los demás por ser empresas altamente antieconómicas, diferimos en los métodos que empleamos para disipar energías: una persona utiliza un gran caudal de energía en charlas insustanciales o en soñar despierto, otra en consideraciones interiores, y una tercera en emociones negativas.

Nuestras observaciones en la materia durante los pocos meses siguientes, rindieron resultados muy interesantes, y con el tiempo descubrimos no sólo muchas de nuestras filtraciones, sino que basta experimentamos la sensación de que volcábamos energía fuera de nosotros en el momento en que se estaba produciendo el desperdicio. La idea del inútil derroche de energía pasó de ese modo del ámbito de la teoría al de la práctica, de modo que ya no fue posible dudar más de su verdad.

Ouspensky nos dijo que la energía que elaborábamos hoy era para utilizarla mañana, y nos aconsejó que cuando ese "mañana" llegara, lleváramos una especie de cuenta sencilla de la forma en qué la gastábamos. Si procedíamos así, podríamos descubrir hasta dónde somos imprudentes en nuestro gasto de este material tan valioso. Nos asemejamos a esas personas que cuentan con un poco de dinero del cual dependen para vivir, y lo gastan por completo durante las primeras horas de la mañana en cosas

completamente innecesarias, de modo tal que no les queda nada para vivir el resto del día. Los hidrógenos superiores son la cosa más valiosa que poseemos, necesaria no sólo para la vida corriente, sino también para el crecimiento y el desarrollo interiores.
Ouspensky nos recordó entonces lo que nos había dicho anteriormente sobre la formación de los cuerpos más finos en los hombres más evolucionados, v.gr., que estos cuerpos están formados por las reservas acumuladas de hidrógenos superiores.
No existe -dijo- posibilidad alguna de que se realice en nosotros ningún cambio verdadero, a menos que ahorremos y elaboremos mucho más de esas valiosas sustancias.
Ouspensky estaba particularmente interesado en los escritos de los viejos alquimistas, de los que se creía popularmente que sólo se ocupaban del estudio de métodos de transformación de los metales más bajos en oro. Pero este trabajo nominal suyo era frecuentemente una pantalla que ocultaba sus actividades secretas. En la Edad Media era extremadamente peligroso que alguien mostrara interés en sistemas de filosofía y psicología que no estuvieran aprobados por la todopoderosa, y a veces tiránica, Iglesia. Cualquier sospecha de que un hombre estaba entrometiéndose en esas prácticas paganas, proporcionaba excusa suficiente para arrestarlo de inmediato y ser sometido a juicio por herejía, por lo que la ocupación de transformar metales ordinarios en metales más finos, proveía a los pensadores de una fachada conveniente, detrás de la cual trabajaban tranquilos. El interés del mejor tipo de alquimista no residía tanto en el cambio de plomo en oro, sino en la transformación del hombre en una especie nueva de hombre. Ouspensky nos decía que era probable que algunos de los alquimistas fueran estudiantes de ideas muy parecidas a las que ahora nos interesaban a nosotros.
Mientras me dirigía a casa después de 'la reunión, iba pensando si toda esa conversación sobre la transformación de sustancias más groseras en materias más finas, y sobre la conversión de do 48 en la octava de impresiones, en re 12 por medio de una sacudida consciente, tendría para mí algún valor práctico.
En lo que a mí respecta, el principal interés del diagrama del hombre como una fábrica de tres pisos reside en el hecho de que une y muestra la relación que hay entre dos partes del hombre que jamás habían sido combinadas antes en un solo diagrama; v.gr., la comida física que ingiere por su boca y las impresiones psicológicas que recibe por los órganos de los sentidos. Por vez primera en mi experiencia dos pedazos muy incompatibles del hombre se ajustaban: su fisiología y su psicología. Esto es, naturalmente, el resultado de lo que se ha hecho anteriormente: v .gr., la sustitución de una filosofía monista por una dualista.
¿Es justificable -pensaba yo-, considerar las impresiones como alimentos? La idea no carece de razón si por comida nos referimos a materia prima que tiene que ser ingerida para conservar la vida y el crecimiento. Lo que Ouspensky dijera acerca de la necesidad vital de tener impresiones era probablemente cierto, y recordé una referencia hecha en Phisiology, de Michael Foster, sobre un muchacho que padecía cierta enfermedad nerviosa que había destruido todas sus sensaciones táctiles, el oído y la vista de un ojo, y que de inmediato caía dormido cuando el otro ojo, el sano, se cerraba. Si lo que el sistema dice es cierto -en cuanto a mí, ahora me parece cierto-, que los mensajes del mundo exterior actúan sobre nosotros como una polea actúa sobre un torno. entonces es completamente lógico considerar a las impresiones como alimento.
Así también es razonable suponer que mientras más profundamente estemos dormidos. en el sentido que el sistema da a la palabra, nuestras impresiones habrán de ser menores. Aquí, de todos modos, había algo que podía ser sometido a una prueba práctica, y yo lo hice así tratando de recordarme a mí mismo mientras recorría la larga extensión de la calle Harley. Después de varias pruebas de esta clase quedé convencido de que las

impresiones que recibía en instantes de recordación de mí mismo, eran a la vez numerosas y más nítidas que las que recibía en otros momentos. Existían muchos mensajes del mundo exterior que jamás alcanzaban mi conciencia anteriormente, pesé a mis esfuerzos por autorecordarme, y esto ocurría así particularmente cuando se trataba de ruidos. Cuando empecé a recordarme a mí mismo, todo un mundo nuevo de sonido nació a mi alrededor, un mundo que anteriormente yo había ignorado casi por completo. De inmediato advertí el murmullo del tránsito, el sonido que hacían mis propios pasos; la charla de la gente que pasaba a mi lado, el cerrar de puertas y el distante barullo de los vehículos. También es cierto que vi cosas que antes no había advertido, pero el cambio de no-ver a ver fue menos impresionante que el de no oír a oír. Estos experimentos me convencieron de que lo que Ouspensky había dicho era cierto, y que un esfuerzo consciente realizado en el momento de recibir impresiones, aumenta enormemente su nitidez. No quedaba la menor duda sobre eso.

Yo estaba ahora dispuesto a aceptar que las impresiones fueran alimento, entonces, tal como ahora hay cosas como carne buena y carne mala, también tiene que haber impresiones que sean adecuadas para el consumo humano e impresiones que no lo sean, y hay que ver de qué miserables impresiones tiene que subsistir alguna gente, y particularmente las que viven en las grandes ciudades: impresiones que les llegan de sombríos callejones y de monótonas calles en la que se alinean casas tristes, todas ellas hundiéndose lentamente en la decadencia; de estrechos bloques de oficina que ocultan el cielo, y de chimeneas de fábricas que arrojan humo. No hay en ninguna parte nada fresco salido de la mano de ese sublime artista, la Naturaleza; nada que no sean las obras chillonas y faltas de inspiración del hombre dormido.

Sin embargo, por grises que pudieran ser las impresiones recibidas de estas abominaciones industriales, no son forzosamente venenosas para aquellos que las absorben, como algunas impresiones indudablemente lo son. Pensé en las Cámaras de los Horrores en lo de Madame Tussaud, en las delicias enlatadas de Hollywood y de la televisión, en los avisos que se enfrentan con uno en los subterráneos y en los titulares trágicos de los diarios de la noche.. ¡Qué material corrompido para alimentar las almas! Y entonces el verdadero significado de aquellas palabras que muchas veces debo haberles dicho a mis pacientes, se me presentó claramente: "Lo que usted necesita es un cambio de. aire". No un cambio de aire, sino un cambio de impresiones era lo que necesitaban esos pobres pacientes empobrecidos. Si se sacaran muestras del aire de Shoreditch, del cual viven, y se lo analizara y se comparara con el aire de Sandgate, adonde iban a dirigirse, se encontraría poca a ninguna diferencia entre ellas excepto, quizá, una pequeña preponderancia de polvo en el aire de Shoreditch. Sin embargo una quincena en Sandgate le reporta al paciente inmensos beneficios. Cuando nos quedamos demasiado tiempo en un mismo ambiente las impresiones que recibimos en él se debilitan y dejan de nutrirnos, pero si somos transportados a otra parte súbitamente; digamos de Shoreditch a Sandgate, entonces vemos todo como nuevo y resplandeciente. Bebemos en el mar, las rocas y el cielo, oímos las ásperas protestas de las gaviotas mientras se precipitan sobre el muelle en busca de los despojos de animales, olfateamos alquitrán y algas marinas en el aire y después, inundados con todas estas impresiones nuevas y nítidas, nos sentimos revivir.

Es verdaderamente cierto, como me lo señaló solemnemente un miembro mayor del grupo, que si estuviéramos menos dormidos, podríamos extraer toda la nutrición que necesitamos en forma de impresiones, observando una mancha de tinta en un papel secante, pero el hecho es que no estamos despiertos, y por consiguiente se nos hace necesario ir periódicamente a lugares tales como Sandgate. Es necesario tomarnos la medida y darnos cuenta de lo poco que somos capaces de hacer, y de que es sumamente

inservible tener una opinión exagerada de nuestras capacidades.

Aunque nadie engulle a sabiendas comida mala, sino que la aparta a un lado, pocos de nosotros consideramos necesario rechazar las impresiones malas. Sin embargo, es tan importante protegernos a nosotros mismos de las películas, juegos, libros y cuadros venenosos, como lo es protegernos de comer alimento podrido. A veces no podemos evitar entrar en contacto con impresiones malas, pero es posible, con un poco de práctica, negarnos a identificarnos con ellas y, por así decirlo, hacernos a un lado.

Del mismo modo también puede hacerse algo para absorber en forma más plena las impresiones que recibimos. Como ya se ha dicho, la intensidad de las impresiones es aumentada por la auto-recordación, y así también, pueden ser fortalecidas recibiéndolas como las recibe un niño, con la esencia. En este momento estoy mirando la biblioteca que está frente a mí y recibo impresiones vívidas de colores brillantes que vienen de las. tapas y particularmente de una de color azul oscuro. Pero inmediatamente el pensamiento asociativo comienza a funcionar en mi mente en relación con este libro en. particular -el nombre del editor, ciertos recuerdos de uno de los directores de la firma- una docena de otros pensamientos fútiles han capturado mi atención, y ¡zás! los colores brillantes <te la biblioteca se han desvanecido, y desaparecen después del lodo. Veo todo ahora no como lo vería un niñito, sino como está condenado a verlo un adulto maltrecho, "achacado con el pálido tinte del pensamiento". Es como si la niebla de Londres hubiera. invadido mi habitación, despojando a todas las cosas de su frescura.

El niño pequeño y lo mismo el visionario, ven el mundo en colores puros, desnudos, no manchados por los beiges y grises sombríos del centro formatorio; "Ojos de tigre ardiendo brillantes, en la tiniebla de la noche"; sí, no sólo amarillo puro y negro, sino amarillo iluminado desde adentro. Aldous Huxley ha señalado que "la luz sobrenatural y el color son comunes a toda experiencia visionaria" e ilustra esta tesis con un extracto de Candle of Vision, de George Russell. El poeta irlandés dice de su propia experiencia:

"Estaba sentado a la orilla del mar, escuchando a medias a un amigo que discutía violentamente sobre algo que me aburría, En forma inconsciente miraba una película de arena que había levantado con la mano, cuando repentinamente vi la exquisita belleza de cada uno de sus granos; en lugar de ser opaca, vi que cada partícula estaba construida según un perfecto modelo geométrico. con ángulos agudos que reflejaban, cada uno de ellos, un brillante rayo de luz, mientras que cada uno de los diminutos cristales brillaba como un arco iris...

Luego, repentinamente, mi conciencia fue alumbrada desde adentro, y vi en forma nítida a .todo el universo compuesto de partículas de material que, por opacas y muertas que pudieran parecer, estaban no obstante repletas de intensa y vital belleza. Por uno o dos segundos el mundo entero apareció como un destello de gloria".

Funcionaba en ambos sentidos, Atravesado súbitamente por un destello de belleza el hombre puede desconcertarse momentáneamente, saliendo de su sueño; o al revés, por medio de la recordación de sí mismo el mundo exterior adquiere luz y color.

Es en tonalidades nítidas y frescas como ve a menudo un objeto común el artista inspirado, y yo ya no protesto mas contra las extravagancias de nuestras modernas escuelas de pintura. Sus cuadros son a menudo infantiles y rústicos, pero es que luchan por retratar lo que verdaderamente han visto, cuando se liberan de los anteojos oscuros del pensamiento asociativo.

Las impresiones del. mundo exterior nos llegan atenuadas y distorsionadas por los obstáculos que han encontrado al fin de su viaje. Algo se yergue entre ellas y nosotros, y ese algo es una capa de fantasías e imágenes en nuestras mentes, una capa que tiene que ser rasgada antes de qué las impresiones puedan ser registradas por nosotros. Nos engañamos a nosotros mismos si nos imaginamos que nuestras mentes están tan abiertas

a las impresiones como la mente de un niño, pues siempre está ahí esta capa enredadora de ruidos y distracciones. Sólo en el sueño sin ensueños se detiene esta secuencia de desordenadas palabras y murmullos en esta región de la mente, de modo que las murmurantes galerías de la mente están completamente silenciosas. Esto significa que en nuestro estado ordinario nunca podemos recibir impresiones en toda su pureza, sino que vemos las cosas como la gente las ve al amanecer, antes de que el sol haya tenido tiempo de dispersar las neblinas de la mañana. "Si se limpiaran las puertas de la percepción" veríamos las cosas en forma mucho más nítida y como realmente son, o como supone Aldous Huxley que la vio Adán cuando en la mañana de su creación miró “este milagro, momento a momento, de la existencia desnuda”.
Y si las cosas se. vieran puras e incontaminadas de pensamientos asociativos, una resonante impresión de do 48 golpearía las cámaras interiores de nuestras mentes, nota que pasaría sin la menor dificultad a mi 12.
Una de las razones por las que este resonante do 48 suena tan raras veces en Occidente, es nuestra verdadera fiebre de.acción, de modo que nunca estamos dispuestos a entregarnos enteramente a “ser”, sino que en lugar de eso tratamos de hacer varias cosas al mismo tiempo. Charlamos con nosotros mismos o con alguna otra persona mientras contemplamos un cuadro y, cuando comemos, acomodamos un libro sobre la mesa para poder leer. Por causa de este deseo de “hacer”, nuestras impresiones raras veces nos llegan puras e incontaminadas, sino que generalmente están revueltas y borroneadas. Lo que tenemos que aprender es no tanto cómo "hacer", sino cómo "no hacer", y los libros del Budismo Zen están llenos de consejos sobre la necesidad que hay de “ser” antes que de “hacer”. En The Supreme Doctrine, Hubert Benoit transcribe la siguiente conversación entre un monje budista Zen y su maestro:

MONJE: Para poder trabajar en el Sendero, ¿hay una forma especial?

MAESTRO: Sí, hay una.

MONJE: ¿Cuál es?

MAESTRO: Cuando uno tiene hambre, come; cuando está cansado, duerme.

MONJE: Eso es lo que todos hacen: ¿es el sistema de ellos igual al suyo?

MAESTRO: No es lo mismo.

MONJE: ¿Por qué no?

MAESTRO: Cuando comen, no solamente comen, sino que tejen toda clase de fantasías. Cuando duermen dan rienda suelta a miles de pensamientos inútiles. Es por eso que su sistema no es el mío.

Ouspensky y Gurdjieff enseñaban una lección similar, y la mayor parte de nuestra tarea en las primeras etapas del trabajo estaba dedicada más a tratar de no hacer algo que generalmente hacíamos, que a tratar de hacer algo nuevo. Que Gurdjieff tenía métodos en común con los del maestro budista Zen está confirmado: también por la historia siguiente, que me contó Maurice Nicoll hace mucho tiempo. Una vez, muy tarde:
en una noche iluminada por las estrellas, se acercaron para disfrutar de una comida que necesitaban mucho, a un espacio de hierba al costado del camino, y Gurdjieff esparció

el contenido de su canasta de picnic sobre la tabla del coche e invitó a Nicoll a que se sentara y comiera con él. Así lo hizo, pero mientras comía empezó a recitar sobre la cúpula estrellada que se cernía sobre sus cabezas. Guardjieff lo llamó seriamente al orden. Estaban ocupados -le dijo- comiendo, y no en la fabricación de malos versos. Hay un tiempo para cada cosa, y éste era el momento de entregarse a los placeres y las impresiones derivadas de la comida.

CAPÍTULO X

LA POSIBILIDAD DE EVOOLUCIÓN EN EL HOMBRE

En la reunión siguiente Ouspensky nos recordó lo que nos había dicho anteriormente: que el hombre tal como es cumple con sus deberes como transmisor de ciertas energías que tiene, y que no hay necesidad alguna de cambiar. Pero un hombre puede desear el cambio por razones personales. Por cierto, de muy poco podría valernos este intensivo estudio de nosotros mismos que estamos realizando. si al final de todo no existiera ninguna posibilidad de convertimos en algo superior a lo que somos.

"Todo el tiempo he venido señalándoles -continuó díciendo Ouspensky- que una de las características que distingue a la psicología de G. de todos los sistemas occidentales de psicología, es que proclama esta posibilidad de efectuar un cambio radical en el hombre. Por medio de prolongados esfuerzos y luchas interiores, un hombre puede convertirse en algo distinto de lo que es por nacimiento.”

Ouspensky nos dijo que una vez G. había descripto a los hombres como seres que viven en el sótano de una casa, sin la menor idea del hecho de que hay habitaciones mucho mejores arriba, y que les es posible entrar allí. Pero para que eso suceda, los moradores del sótano tienen que llenar varias condiciones:

Primero, darse cuenta de cómo y dónde están viviendo, y de que existe arriba cuartos mucho mejores: segundo, conseguirse la ayuda de alguien que conozca el camino que lleva a esos recintos: y tercero, tienen que estar dispuestos a hacer el esfuerzo correcto durante un largo período de tiempo. Con tal que se satisfagan estos requisitos, el cambio es posible.

Desde los tiempos más remotos se ha proclamado que existen tres caminos clásicos para poder producir este cambio: el del fakir, el del yogui y el del monje, respectivamente. Cada uno de estos tres senderos hacia la perfección está adaptado a las necesidades de un determinado tipo de hombre: el del fakir es adecuado para el hombre en quien predomina el centro motor; el del yogui llena las necesidades del hombre de intelecto: y el del monje atrae el tipo de hombre emocional. El fakir lucha con su cuerpo, y después de aguantar intensas dificultades a menudo llega a obtener la voluntad, pero sin haber desarrollado ni la mente ni las emociones. Como consecuencia de ello es capaz de hacer cosas, pero no sabe qué hacer. El camino del yogui es el camino del conocimiento, y aquí la atención está dirigida principalmente al desarrollo de la mente y la conciencia. En el sendero de! religioso las emociones juegan un papel predominante.

El monje pasa muchos años difíciles luchando con sus deseos mundanos, ya veces logra el dominio sobre ellos gracias a su fe, sacrificio y devoción.

Ouspensky destacaba que todos los senderos clásicos que llevan al desarrollo exigen de los que transitan por ellos dos cosas: total obediencia a la autoridad y retiro del mundo. Se prueban medidas a medias en los senderos del monje y del yogui, pero raramente dan un resultado verdadero. Para que ocurra cualquier cambio verdadero el devoto tiene que

estar dispuesto a abandonar a su familia, sus amigos y su hogar, renunciar a todas sus posesiones. e ingresar en una escuela yogui o en un monasterio,
Ouspensky nos contó que, después que G. hubo discutido los tres métodos clásicos de desarrollo con los miembros de su grupo de Moscú, les dijo que existe aún un cuarto camino, conocido a veces por el nombre de camino del hombre astuto. Se le dio ese nombre porque aquellos que lo siguen entran en posesión de cierto conocimiento que no conoce el fakir, el yogui ni el sacerdote, y que le rinde enorme provecho. Este cuarto camino tiene ciertas ventajas sobre los métodos tradicionales de desarrollo. Una de ellas es que no exige un retiro total del mundo, y otra, que sustituye la comprensión por la obediencia a la autoridad, y hay aún una tercera ventaja que se agrega a este método, y es que opera simultáneamente sobre los tres centros, de modo que es fácil que el progreso sea más rápido que en los caminos más conocidos del yogui y del monje. Además, el maestro de este cuarto método de desarrollo siempre toma cuidadosas notas de las características personales de sus discípulos, y eso lleva a que se les preste mucha más atención individual.

Ouspensky comenzó a hablarnos en las reuniones siguientes de este cuarto camino, y una de las cosas que dijo sobre él fue que se trata de un camino difícil de encontrar. Las escuelas del cuarto camino aparecieron de repente. Llevaron a cabo su trabajo durante cierto tiempo. y después desaparecieron, de modo que cualquier hombre que hubiera podido descubrir una de esas escuelas beneficiándose con su existencia, podía considerarse verdaderamente muy afortunado. Aun cuando Ouspensky jamás lo dijo directamente, muchos de sus seguidores sospecharon que las reuniones que estábamos celebrando eran los pasos preliminares para la apertura de una escuela de esa clase en Londres.

No importa saber si tenían razón o no al llegar a esa conclusión. Lo que sí tenía importancia para nosotros era que estábamos trabajando con métodos propios de escuelas. En primer lugar, estábamos reemplazando ideas perimidas y erróneas en nuestro centro intelectual por otras que creíamos que estaban mucho más cercanas a la verdad, y al hacerlo así, íbamos adoptando muchísimas actitudes y puntos de vista nuevos. Luchábamos también contra nuestras identificaciones y emociones negativas y, finalmente, aprendimos los complicados movimiento y las danzas orientales que enseñaba G. en el Castillo de Fontainebleau. Debemos tener presente que G. trajo, al regreso de sus extensos viajes, dos cosas además del sistema de ideas que estábamos estudiando: una cantidad de complicados ejercicios y danzas religiosas, y música que había adquirido en numerosas y diversas fuentes. Consideraba que estas tres importaciones de Oriente tenían mucha importancia y eran dignas de estudio. Lo cierto es que en la mayoría de los círculos europeos, se consideraba a Gurdjieff no tanto un filósofo. sino uno de los más grandes expertos vivos en materia de danzas clásicas de Oriente. Hay algo que puede ser de mucho interés para una gran cantidad de lectores, y es que Madame Blavatsky. en una carta dirigida a uno de los primeros miembros de la Sociedad Teosófica, predice que el próximo gran maestro de las ideas orientales en Europa, será un instructor de danzas orientales.

Hace mucho tiempo Ouspensky nos habló del Cuarto Camino, y nos señaló que cuando la gente habla de la mayor evolución del hombre lo hacen sin detenerse a definir qué es lo que realmente quieren decir con eso. No tienen idea de qué es lo que podría parecer un superhombre, pero proyectan sobre él lo que cada uno admira más: brillo intelectual, genio creador, gran sensibilidad, valor o espiritualidad. En otras palabras: son completamente incapaces de decir qué línea tomaría la evolución en el hombre: Del mismo modo la gente es incapaz de expresar qué significa el término "gran hombre".

.

El sistema de G. da un conocimiento exacto de ambos temas. Empieza por declarar que existen en, total siete categorías de hombres, las tres primeras de ellas incluyen hombres que están en un nivel humano común quedando las últimas cuatro reservadas para hombres que han alcanzado un nivel más alto que el común. En otras palabras: los números uno, dos y tres, son todos hombres en los cuales no se ha producido absolutamente ninguna clase de evolución; y para poder diferenciarlos, hay que saber cuál es el centro más activo en ellos: el hombre número uno es aquel en quien predomina el centro motor: el número dos aquel que está gobernado por el centro emocional, y el tres es el hombre en el cual tiende a predominar el centro intelectual. Todos los hombres nacen como hombre uno, dos y tres, pero en algunos individuos la preponderancia de uno de los centros sobre los otros es tan leve, que es difícil ubicarlos en sus debidos grupos. Las personas de esa clase son bien equilibradas, pero es importante recordar que todos ellos están en un mismo nivel en cuanto a su ser.
Los hombres cuatro cinco y seis son completamente distintos de los hombres uno. dos y tres, jamás aparecen en forma natural sino que son siempre el producto de un conocimiento especial, trabajo interior y lucha, Al hombre número cuatro lo describiré más tarde, pero el cinco es un hombre que ha alcanzado la unidad, qué está en posesión de un "Yo" permanente, y que como consecuencia de esto no cambia o cada hora, ni aun minuto a minuto, como nos ocurre a las personas comunes. Según dice G., el hombre número cinco es aquel en el cual se ha producido la “cristalízación” alrededor de un solo motivo, y como es un hombre que tiene una sola aspiración permanente, su conocimiento también participa del mismo carácter uniforme. El hombre número cinco posee, además de esto, verdadera conciencia de sí mismo y la capacidad para hacer uso de uno de los dos centros superiores, v.gr., su Centro Emocional Superior. El hombre número seis tiene todas las cualidades del hombre número cinco, y ha alcanzado un nivel de conciencia aún más elevado, de modo que trabaja en él no sólo el Centro Emocional Superior, sino también el Centro Intelectual Superior, como consecuencia de ello, está capacitado no sólo para observarse a sí mismo, sino también al ,Universo en forma objetiva. Sin embargo, hasta un hombre tan altamente desarrollado como él puede perder todo lo que ha logrado, y solamente es en el hombre número siete -el nivel más elevado de ser que un hombre puede alcanzar- donde el conocimiento y el ser son permanentes, nunca pueden perderse. El hombre número siete ha sido también definido por G. como "inmortal dentro de los límites del sistema solar". El hombre número cuatro podría ser considerado como un hombre en estado de transición entre el nivel de la tierra del hombre número uno, dos y tres, al nivel del hombre número cinco. En él no hay nada que sea permanente más allá de su aspiración. Él, igual que las categorías superiores de hombres, nunca aparece en forma natural, sino que es producto de un conocimiento especial, esfuerzo consciente y lucha interior. Ouspensky nos decía que puede decirse del hombre número cuatro que está empezando a conocerse a sí mismo, y que sus centros están más equilibrados y funcionan mejor que los de los hombres números uno, dos y tres. Otra ventaja a favor del hombre número cuatro es que ha desarrollado dentro de sí un punto fijo al que Ouspensky llama "centro de gravedad permanente", al cual está referido todo lo que hay en él. Se asemeja, por lo tanto, a un hombre dueño de un compás y una brújula confiables, y esto es sumamente beneficioso para él, pues aun cuando no llegue a realizar lo que se ha propuesto y emprendido, conoce de cualquier modo la dirección en. que tiene que luchar.
Ouspensky agregó otro detalle interesante a la descripción anterior sobre las siete categorías de hombres. Nos dijo que G. había declarado que a veces sucede que un hombre saltee la etapa transitoria de hombre número cuatro, y se cristalice directamente como hombre número cinco. Ese hombre ha alcanzado la unidad, pero puede ser una

unidad que se apoye sobre una base completamente insatisfactoria, y G. daba como ejemplo de esta equivocada forma de cristalización los bandidos caucásicos que había visto con frecuencia en su juventud, en las montañas, Estos hombres podían estar pacientemente parados detrás de una roca sosteniendo listos sus rifles, torturados por las moscas y el calor del sol. más de ocho horas de un solo tirón, sin quejarse. Podían tolerar todas clases de incomodidades y torturas, y habían adquirido una gran unidad interior y fuerza, pero teniendo como único fin el bandidaje, una cristalización errónea como esa tiene consecuencias muy trágicas.

Después de haber discutido con nosotros las distintas categorías de hombres. Ouspensky repetía la afirmación que tantas veces había hecho antes que el conocimiento de un hombre depende de su nivel de ser. Por consiguiente el conocimiento, el arte, la ciencia, la filosofía y la religión pertenecientes a cada una de estas distintas categorías de hombres, son conocimiento, arte, ciencia, filosofía y religión de muy distintos niveles también. Existen la religión y el arte .del hombre número uno, dos o tres, y la religión y el arte de los hombres números cinco, seis y, siete; y al hablar, por lo tanto, de temas tales como arte, cultura, conocimiento y religión, siempre es necesario establecer primero el nivel de la religión o el del arte al cual nos estamos refiriendo. Esto es de aplicación no sólo a cualquier discusión sobre las diferentes religiones que existen en el mundo, sino también a una discusión sobre una sola religión, tal como el Cristianismo, pues hay muchos diferentes niveles de Cristianismo así como hay diferentes niveles de hombres. A nivel de tierra está el Cristianismo puramente imitativo del hombre número uno, el hombre dominado por su centro motor: el Cristianismo altamente emotivo y con frecuencia fanático del hombre número dos, y el Cristianismo intelectual del hombre número tres, esa especie de Cristianismo basado en argumentos, dialéctica y abstrusas teorías teológicas. También está el Cristianismo del santo, es decir, del hombre que ha alcanzado la unidad y logrado un nivel superior de ser. Un hombre de la clase de este último, es capaz de saber hacer las cosas que están muy lejos del poder que tienen para saber y para hacer los hombres comunes. Sólo el santo tiene la capacidad para vivir de acuerdo con los sublimes principios que Cristo estableció para guía de su pequeño grupo de discípulos, y es absurdo, por lo tanto, hablar de Cristianismo como si existiera solamente una forma de Cristianismo.o de Cristianos como si todos ellos fueran igualmente Cristianos.

Ouspensky atrajo nuestra atención al hecho de que Cristo hablaba a Sus discípulos en forma completamente distinta a la que Él empleaba cuando se dirigía a las muchedumbres. También esperaba de ellos un nivel muy superior de comprensión y conducta que el que pudiera exigir de las muchedumbres que lo seguían sólo con el fin de ver milagros. o ser curados de sus enfermedades. Cuando en una ocasión los discípulos se acercaron a Cristo después que la multitud lo había dejado solo, y le preguntaron por qué hablaba a la gente sólo con parábolas.

“Él les contestó y les dijo: Porque os es dado a vosotros conocer los misterios del Cielo, pero a ellos no les es dado.” (Mateo XIII. 11) Y también: “A vosotros os es dado conocer los misterios del Reino de Dios; pero a otros en parábolas; que viendo, no pueden ver, y oyendo no pueden entender" (Lucas VIII. 10).

Ouspensky decía que hay otra diferencia más entre los hombres comunes y los más altamente evolucionados, o como los llamaba frecuentemente G, los hombres “en el verdadero sentido de la palabra”. A fin de comprender esta diferencia seria necesario referirnos a la antigua doctrina de los cuatro cuerpos del hombre. La idea de que el hombre posee cuatro cuerpos es antigua y común a muchas religiones, y en un tiempo constituyó una doctrina importante, tanto en el Cristianismo como en el Hinduísmo. El primero de los cuatro cuerpos es el cuerpo físico común, conocido entre los Cristianos

primitivos como cuerpo carnal. Los otros tres cuerpos están compuestos de materia que va siendo cada vez más delicada. impregnando cada una de ellas a las otras en la forma en que él anteriormente describió cómo los hidrógenos más finos impregnan a los más groseros. Nos recordaba el hecho importante de que, según el sistema de G., la materia posee atributos cósmicos y psíquicos, y, siendo esto así, estos cuerpos más finos poseen propiedades cósmicas y psíquicas particulares. La conciencia de capa uno de los sucesivos cuerpos es capaz de controlar no sólo a sí mismo, sino también al cuerpo más grosero en el cual se ha formado. En la terminología cristiana los nombres de estos cuerpos más finos son: el natural, el espiritual y, el más fino y más elevado de todos, el cuerpo divino. Los Teósofos, que se han apoderado de la idea de los cuatro cuerpos, tomándola de una enseñanza Hindú más antigua, los llamaron cuerpo físico, astral y causal.
"Pero -continuaba diciendo Ouspensky- existe una diferencia importante entre la enseñanza de los Teósofos y las de G. sobre este tema de los cuatro cuerpos. Los Teósofos presumen que el hombre posee ya estos cuerpos más finos, mientras que G. afirmaba claramente que existen sólo en los hombres más plenamente desarrollados, y los cuatro en total solamente en el hombre número siete. Estos cuerpos finos son completamente innecesarios para la vida corriente, y dado que podemos cumplir con nuestras funciones cósmicas sin ellos, no hay necesidad de que nadie los adquiera. Un hombre puede parecer hasta espiritualmente desarrollado sin ellos pues los materiales finos de que están hechos los cuerpos superiores, existen ya en él, aun cuando no se hallan organizados como cuerpos. Por fuera, el hombre común y el más desarrollado pueden parecer iguales, advirtiéndose la diferencia que existe entre ellos en el hecho de que mientras las actividades del hombre que está en posesión de los cuatro cuerpos son determinadas por sus cuerpos superiores, las del hombre común están determinadas por su cuerpo físico."
Ouspensky explicó después como se forman en el hombre los cuerpos superiores. Comenzó diciendo que en el estado de duermevela -que es el estado en que vivimos- gastamos tal cantidad de los hidrógenos más finos que producimos en actividades erróneas, tales como nuestras variadas identificaciones, que lo que nos queda es insuficiente para el propósito de vivir una vida correcta, y ni hablar de trabajos tan poco esenciales como la formación de cuerpos superiores. Pero sí un hombre trabaja sobre sí mismo por un período de tiempo muy largo, puede eventualmente acumular materiales más finos de esta clase en cantidad es suficientes, primero para permitirle despertarse a sí mismo del sueño, y después para establecer dentro de sus tejidos ordinarios el primero de estos cuerpos más finos. Si continúa trabajando en esa forma. puede ser que se repita el mismo proceso. Ahorrando y produciendo cada vez más dentro de sí los hidrógenos y energías más finos. puede almacenar una cantidad suficiente de ellos que le permita la formación del tercer cuerpo dentro del segundo, y eventualmente la formación del cuarto cuerpo dentro del tercero. Ouspensky nos dijo que en ciertas otras enseñanzas orientales, el primer cuerpo es el "carruaje" (el cuerpo), el segundo es el "caballo" (las emociones y los deseos), el tercero el "conductor" (la mente), y el cuarto el "amo" (la conciencia, el "Yo" permanente y la voluntad) (ver fig. 7) . "Pero -concluía- lo importante es recordar que estos cuerpos más finos nunca aparecen en forma natural, sino que son siempre resultado del desarrollo espiritual. Ellos, junto con los cambios psicológicos internos que les están vinculados, son la marca distintiva del hombre más altamente evolucionado, el hombre en el pleno sentido de la palabra."
Ouspensky dibujó entonces dos diagramas en el pizarrón con el fin de ilustrar la diferencia que existe entre las obras de un hombre mecánico común y las de un hombre desarrollado, en posesión de los cuatro cuerpos. El hombre mecánico común se pone en

acción por el impacto de las influencias externas sobre su cuerpo físico lo que evoca en él variadas emociones -"me gusta", "me disgusta", "quiero", "no quiero". Esas variadas emociones producen sus pensamientos, en tanto la "voluntad" -está completamente ausente de él. Todo lo que posee en lugar de voluntad es una cantidad de deseos de mayor o menor duración. Si sus deseos son de un carácter más duradero, se le considera como un hombre de voluntad fuerte, y si son fugaces, se lo considera como un hombre de voluntad débil. La fuerza controladora de un hombre que está en posesión de los tres cuerpos más finos se mueve precisamente en la dirección opuesta.
Está originada en su cuarto cuerpo que posee un "Yo" permanente, conciencia plena y voluntad. Sus pensamientos obedecen las órdenes de su cuarto cuerpo, y sus deseos son sencillos y están en armonía con sus pensamientos. Finalmente, su cuerpo físico es el instrumento obediente a sus pensamientos y sus emociones.
Ouspensky nos dijo que G. había hecho uso de dos parábolas con el propósito de mostrar la forma cómo actúan las funciones de los cuerpos más finos en un hombre totalmente desarrollado. La primera de estas dos parábolas es la tan antigua del carruaje, el caballo, el conductor y el amo. El cuerpo físico ordinario está representado por el carruaje, el segundo cuerpo es el caballo (los deseos y las emociones), el tercer cuerpo el conductor (la mente) y el cuarto cuerpo el amo (plena conciencia y voluntad) .

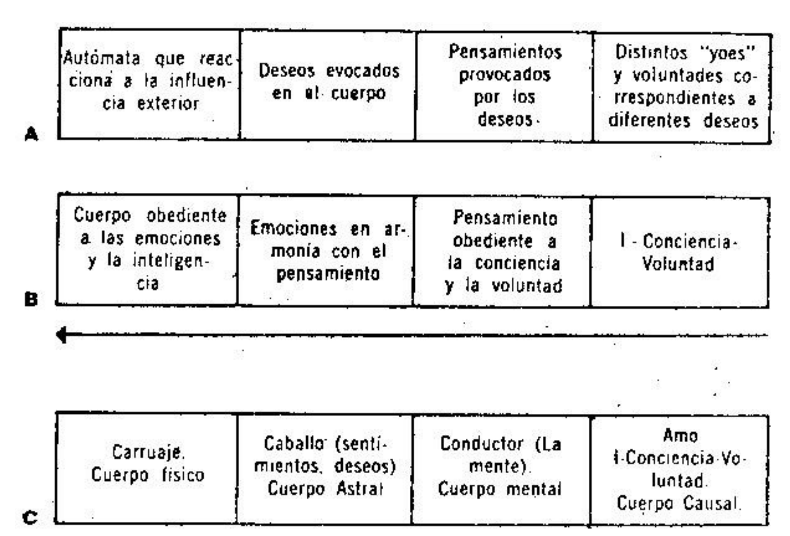


Fig. 7 – A: Esto representa el funcionamiento del hombre mecánico común que posee solamente cuerpo físico. Todas sus funciones dependen de las influencias externas, que actúan sobre su cuerpo físico. B: Representa el funcionamiento de un hombre desarrollado, que posee cuatro cuerpos. En este caso las funciones comienzan desde la conciencia y la voluntad. C: La misma idea del funcionamiento del hombre desarrollado expresada en la parábola oriental del amo, el caballo y el carruaje.

El maestro le da instrucciones al conductor, el conductor escucha estas órdenes y maneja al caballo, y el caballo tira del carruaje en la dirección que se le indica.
La parábola alternativa de ésta es la historia del hombre que vive en la casa de cuatro habitaciones. Al principio habitaba en la más pobre de ellas. y no sabía, hasta que se lo dijeron, que había tres habitaciones más en la. casa que estaban llenas de tesoros, con la ayuda de un maestro, eventualmente encontró las llaves de estas otras habitaciones, pero sólo cuando pudo entrar en la cuarta que era la más importante de ellas, se convirtió en el dueño verdadero de la casa. Ouspensky nos dijo que todas las religiones y otras formas de perfección, apuntan a conseguir la entrada a la cuarta habitación.
G. agregó que existen ciertas formas artificiales de obtener la admisión temporaria a la cuarta habitación. Existen también métodos completamente ilegítimos de lograrlo, los

que pueden llevar a malos resultados. Lo que encuentra el hombre que se ingenia para penetrar en la cuarta habitación apelando a esos métodos, varia con los distintos casos, pero puede suceder que se encuentre con que la habitación está totalmente vacía de tesoros.

Poco tiempo después las reuniones en Warwick Gardens fueron suspendidas por una semana o dos, y esto me dio la oportunidad de reflexionar sobre la cuestión de la evolución del hombre.

¿Qué tenían que decir los científicos sobre este importante tema?

Hasta donde yo pude saberlo. la mayoría de los biólogos y antropólogos creen que la evolución mecánica, como la describe Darwin, ha llegado a su fin en el hombre, y que él ya ha logrado por este medio todo lo que puede esperar alcanzar. Cuando uno mira el proceso evolucionario como un todo, advierte que trabaja inyectando vida en lo que puede ser llamado espacios evolucionados vacíos: es decir, en esas regiones en las cuales las variadas posibilidades de los diferentes tejidos de un animal pueden ser efectivizadas.

Pero, como lo ha destacado Julián Huxley, todas las tendencias evolucionarias eventualmente alcanzan sus límites y se estabilizan.

Por consiguiente, cuando se examinan los grupos mayores de animales, se ve que se separan en un número de tipos diferentes pero estrechamente aliados, que están todos en un mismo nivel de evolución. Es muy raro que algún grupo llegue a realizar lo que ha realizado el hombre, v. gr,. atravesar el techo y alcanzar de ese modo un nivel de evolución superior.

Una irrupción de esa clase en un plano más elevado ocurrió cuando el hombre conquistó la capacidad de hablar, pues esto le permitió transmitir a su descendencia ideas heredadas, abriéndole de ese modo una forma enteramente nueva de evolución.

También es posible que otra irrupción en un plano superior haya tenido lugar cuando el hombre de Cromagnon ascendió a un mundo completamente extraño de valores religiosos y estéticos, hace unos quince mil años, pues fue por ese tiempo cuando el hombre comenzó a embarcarse en actividades que no poseían en absoluto un valor de supervivencia tales como el adorno de sus armas, la decoración de su cueva y la práctica de los ritos.

¿Es posible que la humanidad esté en vísperas aún de otra irrupción en un nivel más elevado, producido esta vez por sus esfuerzos interiores y no por las circunstancias externas? Ésta es una pregunta fundamental, que Lowes Dickinson quizá tuvo *in mente* cuando escribió lo siguiente: "El hombre está en formación, pero de aquí en adelante tiene que formarse a sí mismo.

Hasta ese punto lo ha nevado la Naturaleza del barro primitivo.

Le ha dado miembros, le ha dado un cerebro, le ha dado los rudimentos de un alma. Ahora le corresponde a él formar o deshacer ese espléndido torso. Que no vuelva a llamarla en su ayuda; pues es la voluntad de la naturaleza crear a quien tenga el poder de crearse a sí mismo" (Lowes Dickinson, A Modern Symposium).

Las palabras de Lowes Dickinson nos recuerdan las que usó Ouspensky cuando insistía en que la Naturaleza no exige del hombre ninguna evolución, y hasta se opone a ella. Siendo así, cualquier evolución posterior tendría que ser una evolución consciente, y la conciencia nunca puede evolucionar mecánica e inconscientemente. El progreso a lo largo de esta línea comprende también la evolución de la voluntad del hombre, y la voluntad no puede nunca evolucionar involuntariamente. Como siempre lo hacía después de estudiar las ideas del sistema, busqué entre mis libros hindúes y en el Yajur Veda hallé la siguiente referencia a la evolución del hombre: "He surgido de la tierra al

mundo medio; he negado del mundo medio al cielo; del nivel del firmamento del cielo, he ido al mundo del sol, la luz". Sri Aurobindo comenta este pronunciamiento concerniente a las varias etapas de la progresión del hombre, y afirma que la tierra representa el mundo de la "materia", el bajo nivel del cual comenzó el cuerpo del hombre, y que el mundo medio representa el logro del nivel de la "vida". Con las palabras "firmamento del cielo", quiere decirse el plano de la "mente pura", y por nivel del sol el logro de la "Supermente o Conciencia Superior". Y mientras pensaba en estos misterios, me vinieron a la mente las palabras utilizadas por G. muchos años antes, al responder una pregunta formulada por un miembro de su grupo de Moscú: "En comparación con la inteligencia de la Tierra, la inteligencia del Sol es divina". También recuerdo cómo se enojó Plotino con los gnósticos, por negar éstos la divinidad del sol y las estrenas, las que él creía muy superiores, en la escala del ser, a los seres humanos.

CAPÍTULO XI

EL DIAGRAMA ESCALONADO Y EL ENEAGRAMA

Ouspensky volvió muchas veces al tema del Rayo de Creación para reconsiderarlo desde algunos puntos de vista diferentes. En una ocasión dijo que nos proporciona una escala de conciencia y de inteligencia en la cual están marcados cada uno de los grados de esas cualidades, desde la inteligencia latente de los meta]es hasta la suprema inteligencia del Absoluto. Nos recordó que, según el sistema de pensamiento de G., todas las formas de la materia poseen propiedades psíquicas y cósmicas, como asimismo físicas. La tabla de hidrógenos que nos había dado anteriormente registraba. por lo tanto, no sólo las densidades y escala de vibraciones de las distintas variedades de la materia, sino también su conciencia y su inteligencia. Mientras menos densa sea la materia y mayor la cantidad de sus vibraciones, más inteligente es. La materia muerta y carente de inteligencia tiene principio sólo cuando cesan las vibraciones, y como no estamos familiarizados con esta clase de materia que no vibra, no tenemos necesidad de hablar de ella. Luego se dedicó a una consideración de esas mezclas sumamente complejas de hidrógenos conocidos como criaturas vivientes, y dijo que determinando el centro de gravedad o el promedio de hidrógeno en cada uno de ellos, podíamos también evaluar su inteligencia.

Al llegar a. este punto, alguien le pidió que diera una definición de la inteligencia, y Ouspensky contestó la pregunta definiendo la inteligencia en términos de adaptabilidad. Dijo que la mesa de madera al lado de la cual estaba sentado tenía su propio grado de inteligencia, en el sentido de que se adaptaba a un peso colocado sobre ella, doblándose levemente. Pero si se aumentaba el peso hasta más allá de cierto punto, la mesa se rompería. mostrando de ese modo cuales eran los límites de su adaptabilidad. Era completamente incapaz de ajustarse de ningún modo en caso de que se encendiera fuego debajo de ella, pero un gato, dueño de una inteligencia mucho mayor que la de la mesa, inmediatamente se alejaría de la proximidad del fuego.

Un hombre es aún más adaptable, porque no sólo se retira, sino que adopta además medidas para extinguir el fuego, y salva así de la destrucción la habitación v la casa.

Si limitamos nuestra atención a los animales, podemos hacer una evaluación de su inteligencia, fijándonos en e! número de pisos que poseen. Ouspensky dijo que hasta ahora no hemos hecho más que estudiar la estructura de la maquinaria de un hombre, y el hombre es único entre todas las cosas vivas de la Tierra en el sentido de que posee tres cerebros o pisos, mientras que otros animales tienen solamente uno o dos. Al llegar a este punto. Ouspensky dibujó en el pizarrón un ser de tres pisos, uno de dos pisos y

uno de un piso, y los califícó "hombre", "oveja" y "gusano", respectivamente. Dijo que cuando se los toma juntos, los pisos medio e inferior del hombre representan aproximadamente el estado de la oveja, y que este piso más bajo de todos se corresponde hasta cierto punto con el estado del gusano. "Eso quiere decir -continuó- que en todos nosotros existen una oveja y un gusano; y que en alguna gente la oveja es lo más importante de los dos, y en otra. el gusano. De este modo, es el gusano el que desempeña el rol determinante principal en el hombre número uno (instintivo-motor), y la oveja lo que predomina en el hombre número dos (centro emocional). En el hombre número tres, en quien el centro intelectual toma el mando, puede decirse que predomina el "hombre" mismo, pues sólo él posee un centro intelectual.

"Pero -agregó Ouspensky- eso sólo es de aplicación a hombres y mujeres en forma individual, pues el comportamiento de la humanidad como un todo se asemeja al de la oveja, siendo gobernado principalmente por el piso del medio. El centro de gravedad, o promedio de densidad del piso medio del hombre es 96, así que éste puede considerarse como índice de su inteligencia. Si un hombre posee, por añadidura, un cuerpo astral, su centro de gravedad y su inteligencia serán 48; si posee también un tercero y cuarto cuerpos, su inteligencia será 24 y 12, respectivamente."

Ouspensky decía que hay otra forma de clasificar a las criaturas vivientes desde el punto de vista cósmico. Los científicos clasifican a los animales de acuerdo con características tales como la estructura de su esqueleto, sus dientes, y su formación general, pero existe un método mucho más exacto para clasificar todas las cosas, y determinar con precisión su relación con el resto del Universo. El criterio que se aplica a este método cósmico de clasificación es triple, y depende primero de la comida que ingiere el animal, segundo de la clase de aire que respira y tercero del medio en que vive.

Para ilustrar este método de clasificación, Ouspensky eligió al hombre y empezó por discutir las tres clases de alimento que usa: comida común (H 768), aire (192) e impresiones (48).

Es completamente imposible -dijo- que un hombre produzca hidrógenos mucho más elevados, y levante de ese modo el nivel de su ser, haciendo trampas con su dieta, pues si procediera de ese modo hasta cierto punto podría morir. La comida que entra por su boca y el aire que respira están fijados por sus necesidades fisiológicas, pero puede cambiar la calidad de sus impresiones, y fue la capacidad del hombre para proceder de ese modo lo que le posibilitó la evolución. Si, por ejemplo, se las ingenia para cambiar .la opaca impresión H 48 por las impresiones mucho más finas, H 24, H 12 y H 6, tendría lugar una producción, mayor de hidrógeno fino, que es necesario para su evolución.

Podría hacerse con toda impunidad un cambio más grande en la dieta de un animal. Por ejemplo, un perro puede vivir tanto de la comida con que se alimenta el hombre (H 768), como también de los hidrógenos de la región de 1536, dieta con la que un hombre sería incapaz de sobrevivir. La abeja vive de un "hidrógeno" que es considerablemente más elevado que el que usa el hombre, pero vive también en una atmósfera dentro de la colmena en la que un hombre sería incapaz de respirar.

El gusano harinero se las ingenia para vivir de harina podrida (H 1536), y también respira en una atmósfera que es completamente inadecuada para las necesidades del hombre.

En la reunión siguiente Ouspensky nos dio otro método de clasificación, el cual, según dijo, está basado en el hecho de que el Universo está manejado por lo que G. llama el principio de la mantención recíproca. Ninguna energía se ha perdido jamás en el Universo, sino que cuando aquella ha llenado sus fines en una esfera, se la utiliza en alguna otra parte. Este principio cósmico de mantención recíproca estaba resumido en la

expresión de G. de que todo lo que existe en el Universo come, y a su debido tiempo es comido a su vez, por todos los demás. Explicó que en el diagrama que estaba a punto de dibujar en el pizarrón llamado "diagrama escalonado" y también "diagrama de todas las cosas vivas", la posición de cada entidad en ella, está determinada por lo que come y por lo que la come a ella. El principio general subyacente de estas "comidas", es que una criatura siempre se alimenta con algo que es más bajo que ella, y sirve de comida a. algo que existe en un nivel superior al suyo, Ouspenky dibujó entonces en el pizarrón la figura Nro. 8.
"Cada uno de estos cuadrados -dijo- muestra un diferente nivel de ser. El número del medio de los tres muestra el promedio de hidrógeno de la criatura, el número de abajo de qué se alimenta, y el número de más arriba a quien le sirve de alimento."
El hombre del séptimo cuadrado partiendo de la base puede ser empleado como ilustración. De acuerdo con el diagrama, el promedio del hidrógeno del hombre es 24, se mantiene con el hidrógeno 96, y le sirve de comida a algo con un hidrógeno de promedio 6. El cuadrado que está directamente debajo del cuadrado del hombre está ocupado por los vertebrados que tienen un promedio 48 de hidrógeno, y el de abajo de éste contiene a los invertebrados con un hidrógeno de promedio 96. Por consiguiente, de acuerdo con este diagrama escalonado, el hombre vive de los invertebrados, los vertebrados viven de las plantas, y los invertebrados de los minerales. Por debajo de los minerales están los metales, que constituyen un grupo cósmico separado entre los minerales. El cuadrado más abajo de todos no tiene nombre, porque nunca nos encontramos con "materia muerta" de esta clase sobre la superficie de la Tierra. En el fondo de este cuadrado, el más bajo de todos, está colocado el símbolo de un triángulo invertido que significa "nada".
Al lado del hombre hay un cuadrado que contiene hidrógenos 3, 12 y 48, y al costado de éste otro cuadrado con hidrógenos 1, 6 y 24. Estos cuadrados representan entidades más elevadas que nosotros, de las cuales no tenemos la menor noticia, y podemos llamarlas ángeles o arcángeles si queremos. El cuadrado que está sobre el de los arcángeles contiene dos círculos concéntricos, y se denomina “El Eterno Inalterable”.
El más alto de todos es el Absoluto, marcado con el símbolo usual de un círculo dentro de un triángulo.
"El diagrama va a parecerles muy extraño al principio -continuó diciendo Ouspensky- y pueden hasta pensar que se contradice con lo que han aprendido antes. Puede parecerles que sus cifras difieren de las que se utilizaron en la fábrica de tres pisos, pero no se preocupen por ahora por las cifras. Conténtense con comprender los principios generales ilustrados por estos diferentes diagramas, y más tarde volveremos a estudiar las cifras”.
En realidad Ouspensky nunca nos proporcionó ninguna información más sobre el diagrama escalonado, aun cuando varias veces volvió sobre él, y parecía estar él mismo profundamente interesado. Todo lo que agregó a su narración original fue que él y algunos otros miembros del grupo de San Petersburgo habían convenido en igualar a los " Angeles" con los "Planetas" y a los "Arcángeles" con los "Soles", basados en que los planetas y el sol son los mundos que en el Rayo de Creación están justo encima del nivel de la Tierra.
Pero ¿resulta de algún modo más fácil -me preguntaba yo-, visualiza,"las esferas invisibles de los planetas y el sol, que representan sus niveles más elevados de ser, que visualizarse ángeles o arcángeles? Lo dudo muchísimo. No son los planetas que espiamos por un telescopio y las llameantes órbitas que observamos en el cielo los que viven en un nivel tanto más alto que nuestra Tierra, sino los reinos invisibles del

espíritu, del que son símbolos. ¿Por qué motivo, entonces, no pueden los ángeles y los arcángeles quedarse en el diagrama?
Éste es un tema al que posteriormente le dediqué algún pensamiento, y a cuyo respecto he llegado a ciertas conclusiones.

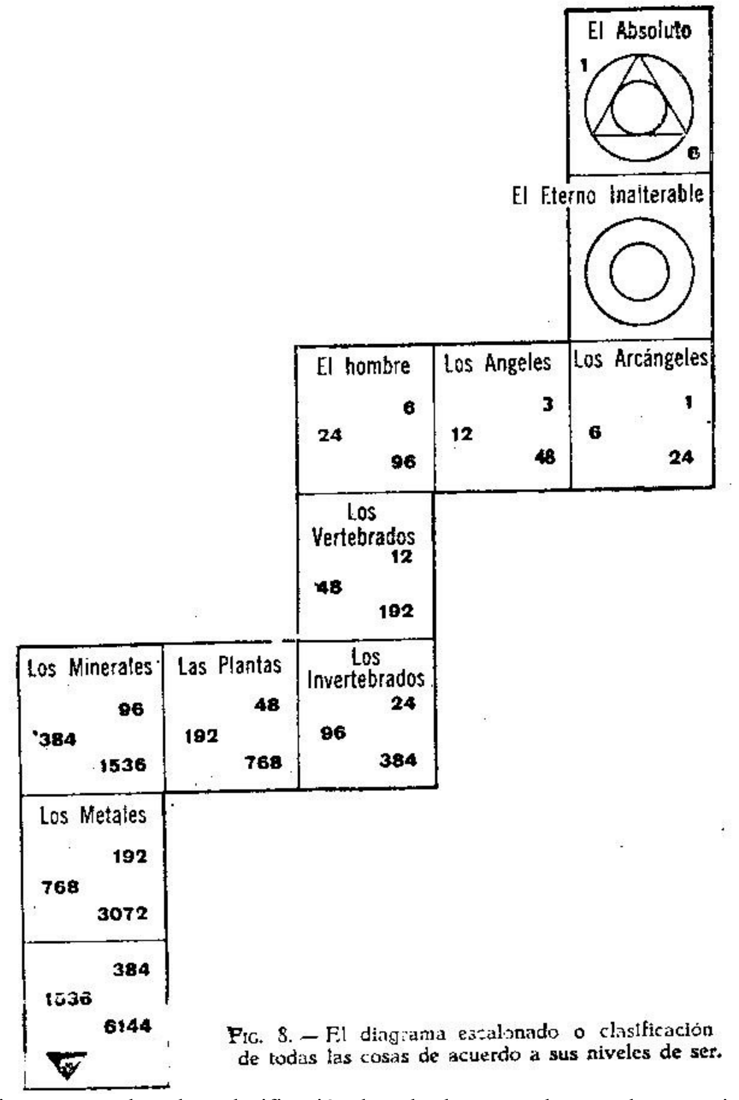


Fig. 8 – El diagrama escalonado o clasificación de todas las cosas de acuerdo a sus niveles de ser.

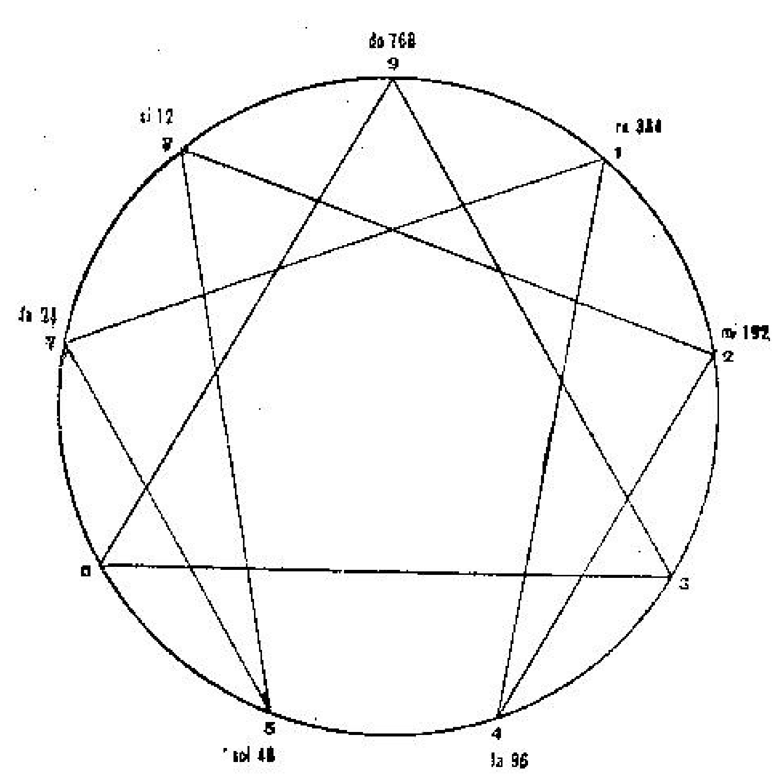
La conciencia y la vida son para mí las llaves de la comprensión del gran drama cósmico que se está representando allí, en ese gigantesco teatro del espacio y el tiempo, pues sin conciencia y sin vida el drama carecería totalmente de significado. Sir Robert Kolze ha observado en su libro The Scheme of Things, que "la majestuosa cabalgata de la vida que atraviesa las edades geológicas por miles de millones de años, presenta una característica de suprema importancia". Esta característica es el hecho de que la conciencia ha ido ascendiendo a niveles cada vez más altos, *pari passu* con la evolución del cuerpo físico que habita. Los materialistas consideran a este ascenso de la conciencia como el resultado de la evolución de formas físicas más altamente organizadas, pero es por lo menos tan probable que estas formas físicas sean el resultado, así como son la causa, de este ascenso, y en lo que a mí respecta, ésta es una explicación mucho más acertada de lo que ha estado sucediendo, pues, como ya se ha señalado, parecería como si existiera un impulso hacia este nivel superior, que no es

sino otra forma de decir lo que G. ya había dicho antes que existe un movimiento en el Rayo de Creación, que es a la vez evolucionario e involucionario. Concuerdo, por lo tanto, entusiastamente con Sir Robert Kolze, en que el drama cósmico se está representando allí, en el espacio, y el tiempo es el drama de la evolución de la conciencia y la mente, y que la evolución paralela de formas físicas más elevadas que las ha acompañado es un medio para llegar al gran fin.
Habiendo aceptado que la conciencia y la mente son las fuerzas primarias creadoras del universo, no veo la razón de que no hayan podido producir conciencia y seres inteligentes que están por encima del nivel del hombre, como éste está por encima del nivel de la ameba. Para mí, sería completamente ridículo imaginar que la pequeña criatura bípeda que vive en este planeta, en alguna parte del imponente universo ilimitado, determine el cenit de los logros de la Conciencia, por ello no tengo ninguna dificultad en aceptar los dos cuadros marcados como "ángeles" y "arcángeles" en el diagrama escalonado de G. Tampoco siento el menor deseo de sustituir por otros términos estas palabras arcaicas, nimbadas por el uso respetuoso y el tiempo.
Pero. ¿qué significado tiene la expresión "ser comido por algo de un nivel superior"? Cuando la comida ha sido digerida y absorbida se transforma en parte de otro ser, y por lo tanto participa de la naturaleza de ese ser. Tanto Ouspensky como Gurdjieff nos dijeron que la humanidad como un todo provee de alimento a la Luna, pero nos dijeron también que los hombres y mujeres, en forma individual, tienen la oportunidad de convertirse en parte de algo que existe en un nivel muy superior al suyo. Me baso en tales afirmaciones para interpretar esa extraña idea de ser comido por seres superiores.
G. utilizaba liberalmente las parábolas y símbolos en sus enseñanzas, en su libro All and Everything (Todo y todas las cosas); una vez Ouspensky nos habló acerca de la utilidad de los símbolos en la transmisión del conocimiento esotérico. Comenzó diciendo que todo nuestro conocimiento ordinario está basado en la observación, seguida por la inferencia, en el nivel de duermevela de la conciencia. Ese conocimiento es de naturaleza objetiva, y considera que el mundo está partido en miles y miles de diferentes fenómenos. Pero en un plano más elevado de conciencia, el observador se impresiona no tanto por la diversidad de los fenómenos como por la unidad de todas las cosas en el universo, y es excesivamente difícil trasladar esta idea de la unidad a gente que no la ha experimentado por sí misma. La idea de que existe una unidad detrás de la diversidad puede, por supuesto, lanzarse como una idea abstracta, pero teniendo en cuenta que todo el lenguaje ha sido construido con el fin de expresar lo que se ve en estado ordinario de conciencia, es muy difícil hacer uso de él con el propósito completamente distinto de expresar ideas de un estado superior de conciencia. Apercibiéndose de ello, aquellos que poseen conocimiento objetivo a menudo buscan trasladarlo a otros por medio de mitos y símbolos. (3) Los mitos forman parte del idioma del Centro Emocional Superior, y los símbolos son utilizados por el Centro Intelectual Superior.
Pero los intentos de transmitir ideas en esta forma, comportan serios riesgos. En manos de una persona incompetente que sólo vea forma externa, un símbolo- se habrá de convertir en "instrumento de engaño", pues está completamente incapacitada para darse cuenta de que un símbolo posee muchos aspectos distintos que tienen que ser enfocados simultáneamente. Lo mismo ocurre con esa gente cuya mente tiene inclinaciones literarias, capaces de ver sólo la forma externa de los mitos, de tal modo que pierden completamente lo que tanta importancia tiene: sus verdades internas. La idea de fondo en todo escrito sagrado es trasladar a la persona no iniciada un significado más alto, por medio de mitos y parábolas, un significado más elevado que tiene más bien que ser visto y sentido, que pensado. La comprensión literaria es una cosa, y la comprensión interior y psicológica, otra y existe muy poca comprensión verdadera de las palabras y

los mitos de la literatura sagrada en el momento actual. Esto es así porque la educación moderna impulsa a la gente a buscar definiciones lógicas y argumentos en relación con todas las cosas que ven y oyen, y. al dirigir la atención exclusivamente hacia la forma externa, es posible perder el significado interior.
Después de discutir distintos símbolos con nosotros, Ouspensky dibujó en el pizarrón un diagrama importante, llamado el Eneagrama, que afirmó era peculiar del sistema de pensamiento de G. Cuando G. entregó el Eneagrama por primera vez a su grupo, dijo que muchas de las ideas que anteriormente les había expuesto podían ser encontradas en otros sistemas antiguos de conocimiento, aun cuando con frecuencia estaban deficientemente dispuestas, de modo que resultaba difícil descubrir la relación existente entre las distintas partes de la enseñanza. Pero trasladando al Eneagrama las distintas partes de su propia enseñanza, podrían. ser vistas siempre juntas como un solo todo viviente. El Eneagrama era por lo tanto una parte importante de su enseñanza.
Ouspensky dibujó en el pizarrón un gran círculo y dentro de éste un triángulo. Dividió la circunferencia del círculo en nueve partes iguales. representando cada una de ellas una nota en una octava, junto con los dos intervalos. Ouspensky numeró los puntos marcados sobre la circunferencia del círculo de 1 a 9, y ubicó el triángulo interno de modo tal que tocara la circunferencia en los puntos 9, 3 y 6. Al lado de los números en la circunferencia del círculo escribió las notas de la escala solfa-tónica. la nota do coincidente con 9.
De acuerdo con Ouspensky, todo en el sistema puede ser representado en forma diagramática en el Eneagrama, de modo que puede leerse con tanta claridad como si hubiera sido escrito en un libro. Pero debemos saber cómo leerlo agregó- y estaríamos en lo cierto si dijéramos que sólo cuando podemos insertar una idea en el Eneagrama podemos asegurar que la comprendemos. Nos dijo que G. había declarado una vez que un hombre que tenga la llave de la lectura del Eneagrama puede decir que es dueño de toda una biblioteca, aun cuando esté solo en un desierto. Todo lo que tiene que hacer es dibujar el símbolo en la arena, y leer en él el funcionamiento de las grandes leyes eternas del Universo. Cada vez que vuelva a emprender un estudio más amplio del diagrama que dibujara, habrá de encontrar en él algo nuevo. Debe considerarse al Eneagrama como el jeroglífico fundamental de un idioma universal.
Pero el Eneagrama no estará completo hasta que se agreguen al círculo y al triángulo que contiene, las líneas que unen los puntos numerados 1, 4, 2, 8, 5, 7, 1 (ver fig. 9). Ouspensky nos explicó el origen de esta complicada figura interior manifestando que las leyes de la unidad están reflejadas en todos los fenómenos, y que el sistema decimal ha sido elaborado sobre la base de esta ley. "Tomando una unidad -escribe- como una nota que contiene dentro de sí misma una octava completa, debemos dividir esta unidad en siete partes desiguales, para poder llegar a las siete notas de la octava. Pero en la representación gráfica no se toma en cuenta la desigualdad de las partes, y para la construcción del diagrama se toma una séptima parte, después dos séptimas, luego tres séptimas, cuatro séptimas. cinco séptimas, seis séptimas y siete séptimas. Calculando estas partes en decimales obtenemos:

1/7 0.142857.....
2/7 0.285714. . . . .
3/7 0.428571. . . . .
4/7 0.571428.....
5/7 0.714285......
6/7 0.857142...:.
7/7 0.9. . . . .

"Examinando las series de decimales periódicos obtenidos de este modo, vemos que en todos ellos con excepción del último los períodos" están compuestos exactamente por los mismos seis dígitos, los cuales corren en una secuencia determinada, de modo que, conociendo el primer dígito del período, es posible reconstruir todo el período en forma total" (P. D. Ouspensky, In Search of the Miraculous).



Si conectamos los puntos que están en el círculo en la secuencia dada de 1, 4, 2, 8. 5, 7, nos da la figura 9. que representa el Eneagrama completo. Los números 3, 6 y 9 no están incluidos en la secuencia, pues forman el triángulo y tríada del símbolo.
Como dije antes, el Eneagrama puede ser utilizado para representar todas las ideas del sistema, y Ouspensky lo usó en más de una ocasión para representar las tres octavas del diagrama de las comidas que nos había dado antes. Comenzó por tomar el punto 3 como representante del intervalo mi-fa en la primera octava de comida que se ingiere por la boca, el lugar en donde entra do 192 de la segunda octava, la del aire, y ayuda a mi 192 a pasar de esta primera octava a fa 96. Pero ahora se presenta una dificultad en la lectura del Eneagrama. Es obvio que el punto 6 debiera de representar la sacudida requerida en el segundo intervalo en la octava de comida, pero es igualmente obvio que está en el lugar que no le corresponde. En lugar de estar situado correctamente, entre si 12 y el do de la octava siguiente, lo está entre sol 48 y la 24, en donde no existe ningún intervalo, Ouspensky explicó que la solución de esta dificultad está en que el punto 3 marque el lugar en donde empieza la segunda octava de aire, y si ponemos esta nueva octava en el diagrama y la examinamos, descubriremos que su primer intervalo (entre mi 48 y fa 24) cae en el 6, precisamente en donde se requiere una sacudida adicional. Esa sacudida está proporcionada por el comienzo de la tercera octava de impresiones, o sea do 48,
Cuando las octavas de las tres clases de alimentos del hombre -el alimento común, el aire y las impresiones- se registran en el Eneagrama, da origen a la figura 10, y un examen de ésta muestra que cualquier idea anterior que pudiéramos haber tenido de que

las tres sacudidas impartidas por el triángulo que representa la ley de tres estaban fuera de sus lugares, es completamente equivocada. Las sacudidas están todas en los lugares que les corresponden: el punto 3, es el punto por donde entra la sacudida requerida por la primera octava, o sea la del alimento común; el punto 6 representa la segunda octava, la del aire, y le es impartida por la tercera octava. la de las impresiones.
Cuando se proporciona esta sacudida de impresiones las tres octavas avanzan hasta H 12 en forma de si 12, sol 12 y mi 12, respectivamente. La primera sacudida que entra en el 3 es proporcionada por la octava de aire, y es enteramente automática.
Como esta sacudida es esencial para la vida, y como todo lo que hay en el Universo "respira", incluyendo hasta la tierra misma, siempre se imparte de ese modo.
Como ya se expusiera en el Capítulo IX, hay otras dos sacudidas que son posibles en el hombre, pero nunca aparecen mecánicamente, y tienen que ser creadas en forma especial. G. dijo

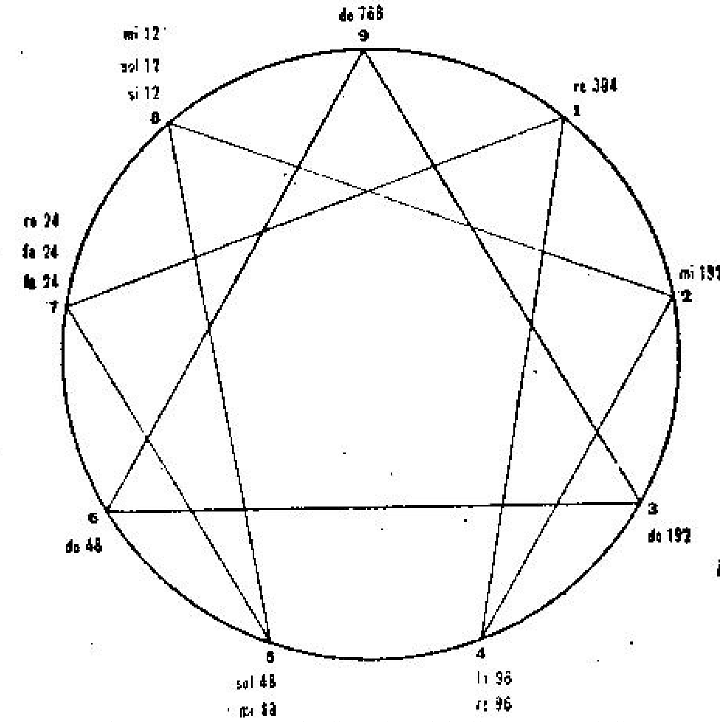


Fig. 10. - El Eneagrama usado para representar la digestión del alimento en el diagrama anterior de la fábrica de tres pisos. La octava de aire (192) penetra en 3 y la octava de impresión (48) en 6.

que seria posible dividir a la humanidad en tres categorías de individuos, de acuerdo con el número de sacudidas que les ocurren; un hombre que experimenta sólo la primera sacudida mecánica (en el 3) , es una clase de hombre: un hombre en quien funcionan dos shocks (3 y 6) es otra clase de hombre: un hombre en quien están funcionando los tres shocks (3, 6 y 7) es un hombre en el sentido más completo de la palabra: es decir, el hombre Nº 7.
Ouspensky nos ayudó a lograr una comprensión mejor del Eneagrama diciendo que nunca debía ser considerado como algo estático, sino que está siempre en estado de movimiento. El diagrama es una cosa viviente, no muerto, emblema de ese movimiento perpetuo que el hombre nunca ha sido capaz de imitar en las muchas máquinas que ha construido. Ouspensky dijo también que a fin de ayudar a sus seguidores a obtener un sentido interior del movimiento del Eneagrama -y sólo en esa forma podrían comprenderlo plenamente. G. había marcado un Eneagrama grande en el piso del salón

del Instituto del Desarrollo Armónico del Hombre. Los discípulos que tomaban parte en las complicadas danzas y movimientos realizados por las noches se paraban en los puntos marcados del 1 al 9 en el círculo, y se les ordenaba que se movieran de acuerdo con la secuencia 1, 4, 2, 8, 5 y 7, girando unos alrededor de los otros en los puntos en que se encuentran, es decir, donde las líneas interiores del Eneagrama se cruzan entre sí. Tomando parte en esos movimientos, los danzarines aprendían a experimentar el Eneagrama tal como realmente era, un diagrama que representa los movimientos de la vida.

¿Pero cuál - podría preguntarse uno- es el significado del movimiento interior del Eneagrama a lo largo de las líneas 1, 4, 2, 8, 5 y 7? La respuesta es que en el diagrama del alimento representa el proceso interior por el que las materias más densas se transforman en más finas, y también el modo como se produce la interacción de las tres octavas de alimentos. Muestra cómo la fuerza interior, o materia más densa, es elevada a un nivel superior, que no es tan alto como el de la fuerza o materia que actúa sobre ella. Esto está en concordancia con la ley de tres, ley que enuncia que, cuando una fuerza activa actúa sobre una pasiva, el resultado es la aparición de una tercera fuerza, que es intermedia entre las dos. Tomemos como ejemplo de lo dicho al lado derecho del Eneagrama, marcado con los números 384, 192 y 96. Se verá que en el proceso digestivo, el movimiento interior va de 384 a 96, y luego vuelve a 192. Algunas veces va hacia delante, y luego se traslada en un movimiento inverso. En otras palabras, detrás de la pantalla externa de las apariencias sobre la periferia del círculo, está operando un movimiento interior que realiza los cambios requeridos.

Ouspensky estaba profundamente interesado en el Eneagrama, y cargó sobre la circunferencia del círculo muchas cosas, tales como los sistemas respiratorios, vascular y digestivo delhombre. y hasta los diferentes días de la semana.

Me invitó a que tratara de descubrir, con la ayuda del Eneagrama, el movimiento interior que está detrás de estos variados procesos fisiológicos, y me dijo que prestara muy especial atención a la circulación de la sangre. G. había dicho en una ocasión que existen siete variedades distintas de sangre en el cuerpo humano, de modo que era posible que estas diferentes clases de sangre suministraran la clave para la comprensión de este movimiento interior. Pero la división de actividades en el cuerpo realizada por los fisiólogos no siempre concordaba con la división realizada por G. y aun cuando yo podía demostrar sobre el Eneagrama lo que llamaba la "circulación de energías", no era capaz de encontrar en él "la circulación de la sangre". Ouspensky me aconsejó, por lo tanto, que no me contentara con nada de lo actual que no fuera lo que G. dijera que podía ser representado en el Eneagrama: la circulación de diferentes clases de sangre.

Yo estaba dispuesto a creer que a veces nos esforzábamos para que los fenómenos se ajustaran al Eneagrama, más bien que para lograr una comprensión más profunda de estos fenómenos con la ayuda del Eneagrama. No obstante eso, yo consideraba al Eneagrama un símbolo enormemente superior de los procesos fisiológicos, que el que con tanta frecuencia usan los científicos. la máquina. Observarlo por unos pocos instantes bastaba para producir la sensación de que uno estaba vivo y en constante movimiento. avanzando unas veces, retrocediendo otras, pero siempre en estado de flujo, y el flujo es la esencia misma de la vida.

Muchas lecciones pueden extraerse del Eneagrama, y Maurice Nicoll ha extraído la siguiente: que figura en Commentaries: "El Eneagrama describe una serie de transformaciones de lo inferior en superior, de lo más denso en lo más fino. Bien: para que lo más bajo pueda transformarse en lo más elevado,tiene que ser pasivo. Es decir: tiene que permitir que actúe sobre él una influencia superior. ¿De qué otro modo podría la comida que ingerimos convertirse y reconvertirse en sustancias cada vez más

elevadas, a menos que se someta a las seis etapas de la digestión? La digestión es transformación. El trabajo es transformación. y si queremos que las influencias superiores del trabajo actúen sobre el hombre, él tiene, en cierto sentido, que volverse pasivo a ellas y permitirles que actúen sobre él. Puede darse cuenta de que no puede hacer, pero tiene que advertir también que la Mente Mayor existe, pues de otro modo caerá en un estado de confusión. Si no admite que exista nada que sea superior a él, no se puede actuar sobre él y entonces no puede evolucionar. Pero tiene que ser pasivo -es decir, capaz de escuchar y luego de captar-, no tiene que esperar a llegar más allá de su propia etapa, para empezar. No puede igualar al trabajo. . . No puede igualar a las fuerzas que lo están transformando. Si uno reflexiona, verá que tiene que haber siempre algo que sea superior a cualquier hombre, cualquiera sea su etapa, si es que la evolución es posible, y entonces tiene que haber algo supremo que sea inalcanzable.

CAPÍTULO XII

LA IDEA DEL ESOTERISMO

Durante largo tiempo la gente que asistía a las reuniones de Ouspensky en Warwick Gardens seguía siendo más o menos la misma. Una cara nueva aparecía ocasionalmente durante unas pocas reuniones, y luego no se la veía más. No era sorprendente que hubiera tan pocos asistentes nuevos, pues se nos había prohibido hablar con nadie de lo que llamábamos "el trabajo". Hasta se nos había pedido que le ocultáramos a nuestros amigos que estábamos concurriendo a las reuniones de Ouspensky. Pero una noche, y en forma completamente inesperada, anunció Ouspensky que estaba ahora en situación de aceptar una cantidad limitada de personas nuevas. y que contábamos con su permiso para hablar con aquellos de nuestros amigos a quienes pudiéramos considerar convenientes.

De inmediato surgió la pregtunta: "¿Cómo podemos decidir cuál es conveniente, y cuál no?" Ouspensky estuvo de acuerdo con nosotros en que se trataba de una cuestión que era sumamente difícil de juzgar. Dijo que los grupos de San Petersburgo y Moscú habían expresado con frecuencia sorpresa ante la falta de interés y comprensión mostradas por sus amigos, cuando G. les dio permiso para hablar a otras personas de las ideas del sistema. Algunas personas a quienes se habían acercado dijeron que no había en las ideas absolutamente nada de nuevo; otras contestaron que no estaban particularmente interesados en lo que se les había dicho, y hubo otras que hasta llegaron a expresar su convencimiento de que no era cosa buena ir a buscar a nadie en procura de una filosofía de la vida ya confeccionada, pues eso tiene que descubrirlo y elaborarlo cada uno por sí mismo, y habiendo expresado esa opinión. desalojaban el tema de su mente para siempre. para seguir viviendo como lo habían venido haciendo hasta el momento, a ciegas y sin pensar. Pero a veces, y a menudo en forma completamente inesperada, amigos que en un principio habían sido descartados como inconvenientes, mostraron un interés muy real en las ideas de G,. y un agudo deseo de escuchar más sobre ellas. Es por lo general más fácil -decía Ouspensky- determinar quien es inconveniente que decidir quien es conveniente, Nos advirtió que de ningún modo consideráramos los métodos psicológicos que estábamos empleando apropiados para la gente necesitada de ayuda psiquiátrica.

"El Cuarto Camino -nos decía- empieza por encima del nivel ordinario de la vida. Es difícil de seguir y sumamente impropio para las necesidades del enfermo. Los métodos que nosotros empleamos pueden llegar hasta a empeorar los casos psiquiátricos,

y es de suma importancia que ustedes se den cuenta de que no somos una clínica para el tratamiento de los mentalmente inestables."
Se mencionaron los nombres de varios hombres bien conocidos como posibles reclutas convenientes y sumamente deseables, pero Ouspensky sonrió: “Tienen demasiado equipaje personal -dijo-. La gente que tiene mucho éxito generalmente piensa que ya lo sabe todo, y no tiene ganas de considerar la posibilidad de que alguna de sus ideas pueda ser errónea y que tengan que abandonarla. Cada vez que una persona de esa clase oye hablar de la idea del crecimiento interior o evolución, visualizan este crecimiento como algo que empieza desde donde él ya está, lo que, naturalmente, significaría que su personalidad y todas sus debilidades inherentes aumentarían también con este crecimiento. Gente de ese tipo no siente la necesidad de destruir algo en ellos mismos, como medida preliminar para lograr algo nuevo. No, la gente muy triunfadora generalmente está demasiado satisfecha de sí misma como para sernos de utilidad. Quizá la única cualidad que pueda decirse que hace a una persona conveniente para el trabajo, sea la de que ya tiene que estar un poco desilusionado de la vida diaria y, lo que es aún más importante, estar un poco desilusionado de sí mismo. y naturalmente, es esencial que posea un Centro Magnético".
Al preguntársele qué significaba ese término. Centro Magnético, contestó Ouspensky que no teniendo voluntad y siendo gobernado por su personalidad antes que por la esencia, puede decirse que un occidental moderno vive casi enteramente sometido a la ley de accidente. Reacciona automáticamente a cualquier influencia a que pueda quedar expuesto, y como no tienen voz en cuanto a lo que sean estas influencias, es la casualidad la que controla su vida. Si las variadas influencias a las que responde un hombre fueran examinadas con más cuidado, se vería que son de dos o tres clases.
Ouspensky dibujó luego la figura 11 sobre el pizarrón, y dijo que las primeras influencias, que son por supuesto las más comunes que encuentra el hombre, son creadas interiormente por la vida mismas a éstas las llamaría influencias A. Las influencias A incluyen acontecimientos tan casuales como el país en que ocurrió nuestro nacimiento, la familia de la que formamos parte, nuestra educación, nuestra posición social, las ideas y costumbres temporarias a las que constantemente nos vemos sujetos, y finalmente los grandes sucesos políticos y nacionales en que nos vemos entreverados, incluyendo los grandes accidentes de la guerra y la paz. Pero ocasionalmente nos encontramos con influencias E, que están mezcladas con las A, pero originadas fuera del círculo de la vida ordinaria. El rasgo distintivo de las influencias E es que provienen de un nivel más elevado, y fueron conscientes en su origen. En realidad han sido creadas en forma deliberada por hombres más altamente evolucionados, y arrojadas en el remolino de la vida con el fin de que guíen a la poca gente capaz de reconocer su elevado origen, y de comprenderlas y utilizarlas. Las influencias B de esta segunda clase sé encuentran incorporadas a las enseñanzas religiosas y filosóficas, y también se hallan ocasionalmente en obras de arte y literatura objetivas. Arrojadas de ese modo en el remolino de la vida diaria, las influencias E, igual que todas las demás cosas dentro de ese remolino, quedan sujetas a la ley de la casualidad, de modo que es completamente casual que las encontremos o no, y que reconozcamos o no su verdadera naturaleza, que las aprovechemos o las descuidemos.
"Los hombres difieren -continuaba Ouspensky- en lo tocante a su capacidad para discriminar entre estas dos clases de influencias, A y B.
Un individuo no percibe ninguna diferencia de calidad entre ellas, mientras que otro siente un cierto peso en E. que no existe en las influencias A. Un hombre que sea sensible a esta diferencia de calidad entre las influencias A y E, es también un hombre que ha llegado a la conclusión de que es imposible comprender al Universo en términos

del Universo mismo: que un gran misterio yace no sólo tras el Universo, sino también detrás de su propia existencia sobre esta Tierra.

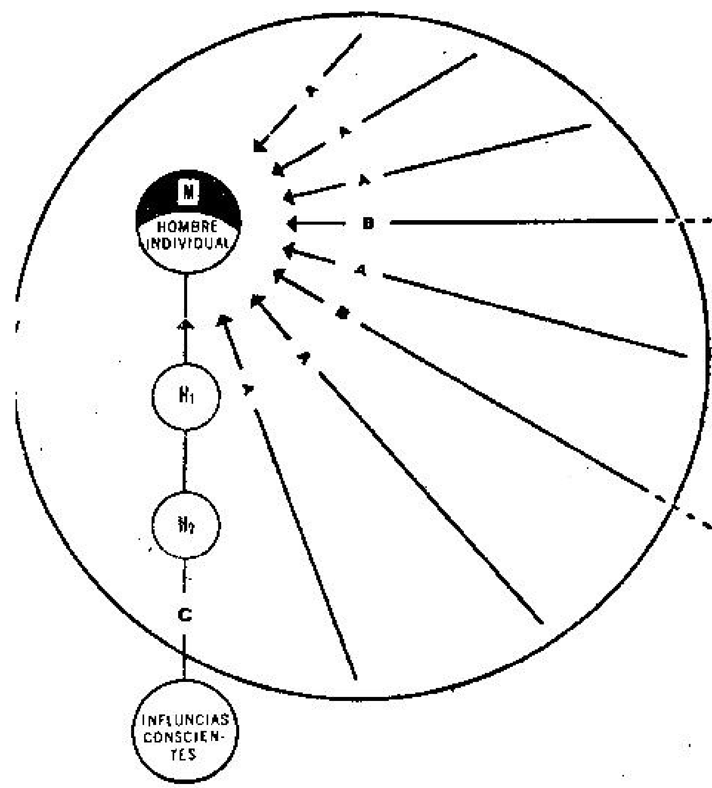


Fig. 11 – Representa las variadas influencias a las que puede estar sujeto un hombre en forma individual: A, B y C. La medialuna oscura representa el Centro Magnético.

V = Vida
A = Influencias creadas por la vida
B = Influencias creadas fuera de la vida, pero que son arrojadas al medio de las influencias de la vida.
C = Influencias conscientes que se originan en los círculos esotéricos.
H1 y H2 = Hombres conectados indirectamente con influencias conscientes.

Puede no ser un hombre religioso en el sentido más estricto en que se emplea esa palabra. pero experimenta momentos de asombro y de una creencia intuitiva en la existencia de algo infinitamente más grande que él mismo. Las influencias E tienen un efecto muy definido sobre un hombre de esa clase. quien las pone a un lado y las asimila a ideas de naturaleza semejante que ha hallado antes. Con el correr del tiempo adquiere un pequeño tesoro de influencias E, las que estimulan en su interior el crecimiento de una nueva facultad, a la que G ha dado el nombre de Centro Magnético" (ver fig. 11) . Si esta nueva función dentro de él sigue siendo alimentada y se libra del olvido debido y la feroz competencia que se entabla en la existencia mecánica ordinaria, impartirá una cierta orientación a sus pensamientos y emociones, de modo que habrá de estar siempre al acecho de conocimientos de esa clase. Puede tener eventualmente la buena suerte de encontrarse con una persona que está en condiciones de darle ayuda, como, por ejemplo, ponerlo en contacto con alguien que esté conectado directa o indirectamente con influencias conscientes designadas como C en el diagrama. También la conexión que haga con influencias conscientes puede ser menos directa que esa, por vía de varios intermediarios. Cualquiera sea el caso, el hombre en cuestión. al negar a este punto, en lo que concierne a su búsqueda de conocimiento, sale fuera de la esfera de la casualidad y se pone al alcance de las influencias conscientes.

Siendo así, ya no depende más para su dirección, de su Centro Magnético, pues éste ya ha cumplido con todo lo que se necesita de él. De ahí en adelante dependerá de fuerzas de una naturaleza más consciente para que lo guíen.
"Según G., el Centro Magnético empieza a formarse -si es que se forma- en los primeros años de la vida, y que alguien desarrolle o no un Centro Magnético, depende en gran medida de cómo ha sido criado cuando era chico. A causa de la decadencia de la religíón y la vida familiar en Occidente, el niñoque crece está expuesto a encontrar cada vez menos influenciasB en su hogar: y esto significa que sus, facultades emocionales y las partes superiores de su naturaleza recibirán muy poca nutrición. Ésta no es la única forma en que se descuida al niño en sus primeros años, que son los formativos. Un niño de corta edad es mucho más sensible a la atmósfera del hogar que lo que mucha gente cree, y en lugar de recibir enseñanza positiva de los adultos que lo rodean, recibe con frecuencia de ellos sólo ideas negativas, tales como las de que nada en el Universo tiene significado real, de que el hombre es un viajero solitario en el mismo espacio, y que aquellos que piensan en forma diferente son solamente soñadores e idealistas alejados de la práctica.
La marca de humanismo por la que abogan muchos de nuestros intelectuales, proporciona un alimento emocional muy pobre al niño que está creciendo.
Ouspensky nos previno que un Centro Magnético no es forzosamente una guía infalible hacia la verdad, y que a veces confunde una influencia A con una E. También que un hombre guiado en una y otra dirección por un Centro Magnético en el que no se puede confiar, quedaría al final tan descorazonado por sus muchas equivocaciones y por no poder llegar a encontrar nada que valiera la pena, que adoptaría el único remedio de que dispone la persona en bancarrota espiritual: convertirse en un cínico. En otra persona, al Centro Magnético puede faltarle persistencia, y, aun poseyendo la capacidad suficiente para discriminar entre influencias A y E, puede ser que abandone la búsqueda de la verdad. Finalmente es necesario recordar que, aun cuando el Centro Magnético esté capacitado para poner a un hombre en contacto con las influencias conscientes, nunca podría asegurarle que él vaya a hacer buen uso de sus oportunidades.
Después que el hombre ha establecido un contacto directo con el conocimiento proveniente de un nivel superior, depende para su guía posterior de dos cosas: su maestro, y su comprensión de lo que su maestro le enseñe. Pero está ahora en una posición mucho más fuerte que antes, y numerosas ideas y pensamientos que antes habían sido vagos e inciertos, quedan ahora para él mucho más claramente definidos. Tiene también la inmensa ventaja de saber qué esfuerzos le resultan provechosos, y qué esfuerzos son inútiles. Puede también estar seguro de que si hace los esfuerzos adecuados, a su debido tiempo recibirá la seguridad interior de que está encaminado en la dirección correcta. En otras palabras: tendrá la prueba pragmática de que su trabajo está rindiendo resultados positivos, por pequeños que puedan ser estos resultados.
En una reunión posterior, Ouspensky amplió una afirmación suya anterior: que el Cuarto Camino empieza en un nivel más alto que el de la vida ordinaria. Dijo que el momento en que el Centro Magnético pone a un hombre en contacto con alguien que en realidad conoce el camino, se llama el primer umbral, o primer paso, en el camino. De este umbral parte una escalera que lleva hacía arriba, a un nivel ligeramente superior y sólo cuando asciende por esta escalera puede el viajero entrar en el camino propiamente dicho. Pero para ascender por la escalera necesita la ayuda de otras personas. Ouspensky agregaba que, mientras asciende por la escalera, el hombre no puede estar seguro de nada, ya veces lo consumen las dudas sobre si puede confiar en quien lo guía, la exactitud del conocimiento que está recibiendo, y finalmente de su propia capacidad para sacar algún provecho del mismo. Pero después que ha cruzado el

segundo umbral, al tope de la escalera, y se encuentra frente al camino mismo, sus dudas se disipan. Sabe que ahora está orientado en la dirección correcta y que con el tiempo hasta podrá prescindir de su guía, sabiendo hacía donde va y qué tiene que hacer para llegar allí. También está un poco menos expuesto a perder todo lo que ha ganado, y le resultará más difícil volver a sus formas anteriores de vivir y de pensar, si es que decidiera abandonar todos sus esfuerzos.

Ouspensky expresó más de una vez la opinión de que la gente nueva que se iba incorporando al trabajo, estaba menos bien dispuesta hacia él, que lo que habían estado los que la precedieran. También declaró que los hombres y las mujeres que se habían unido a G. en Moscú y San Petersburgo durante la Primera Guerra Mundial eran mejor material que nosotros, y hasta estaba inclinado a creer que sus últimos reclutas de Londres eran de una calidad aun inferior a la nuestra. Esto significaba que había que efectuar más trabajo preliminar sobre ellos, y que dependían más de la ayuda ajena para ascender por la escalera que lleva al camino.

Estas declaraciones de Ouspensky provocaron una discusión entre nosotros sobre por qué, en momento en que tan rápidos adelantos tienen lugar en todos los campos del conocimiento, el hombre posee tan poca discriminación y comprensión. Por cada invención susceptible de beneficiar a la humanidad, tales como los numerosos grandes descubrimientos en el campo de la medicina, aparece una invención de naturaleza diabólica, tal como la bomba atómica. ¿Por qué toda esta confusión y falta de comprensión entre los hombres? Es porque el conocimiento y la comprensión son dos cosas completamente distintas. Para poder comprender algo, es necesario percibir la relación que existe entre la parte y el todo, y la primera característica de la investigación moderna es que el todo se fracciona en partes tan pequeñas que se pierde su relación con el todo. Los especialistas pierden su vida con los ojos puestos sobre partículas de información a través de vidrios de aumento, sin poder tener la menor esperanza de relacionar lo que ven con el mundo en que viven. No es sorprendente que existan inmensas cantidades de información, pero muy poca comprensión.

Se formuló en la reunión siguiente una pregunta sobre la fuente de las influencias B. Se nos había dicho que las influencias B. conscientes en su origen, y que son lanzadas a la vida con cierto propósito. ¿Quiénes son los responsables de eso? Advertimos que, evidentemente, la pregunta le había gustado a Ouspensky,

"Esto nos lleva a la cuestión tan importante y tantas veces rebatida del esoterismo -comenzó diciendo, y luego siguió explicándonos que la humanidad a que pertenecemos, y la humanidad sobre la que los historiadores han escrito, constituían el más externo de varios círculos de humanidad, que con frecuencia es conocido tomo el Círculo de la Confusión de Lenguas. El undécimo capítulo del Génesis comienza con estas palabras: "Y toda la Tierra tenía una lengua y una sola forma de hablar".

Esta declaración coincidía con la opinión de G., de que hubo un tiempo en la historia del mundo en que la gente estaba en contacto directo con el conocimiento superior, y vivía bajo su influencia. El capítulo continúa como' sigue: "Y sucedió que viniendo del Este, encontraron una llanura en la tierra de Shinar; y habitaron allí, y entonces se dijeron unos a otros, vayamos, hagamos ladrillos y cocinémoslos. y tuvieron ladrillo por piedra, y fango por argamasa". Este relato de un viaje fue interpretado simbólicamente por algunas autoridades en la materia; según ellos, viajar desde el Este a un valle quiere decir que la gente que había vivido antes de acuerdo con los principios esotéricos los había abandonado ahora. y confiaban en su propio nivel de comprensión, que es muy inferior. La afirmación de que hicieron ladrillos en lugar de piedra, y fango en lugar de argamasa significa, en otras palabras que inventaron sus propias "verdades"

y se imaginaron que podían "hacer". El resultado final de toda esta total dependencia de sí mismos y de sus propias ideas, fue la construcción y la confusión de la Torre de Babel.

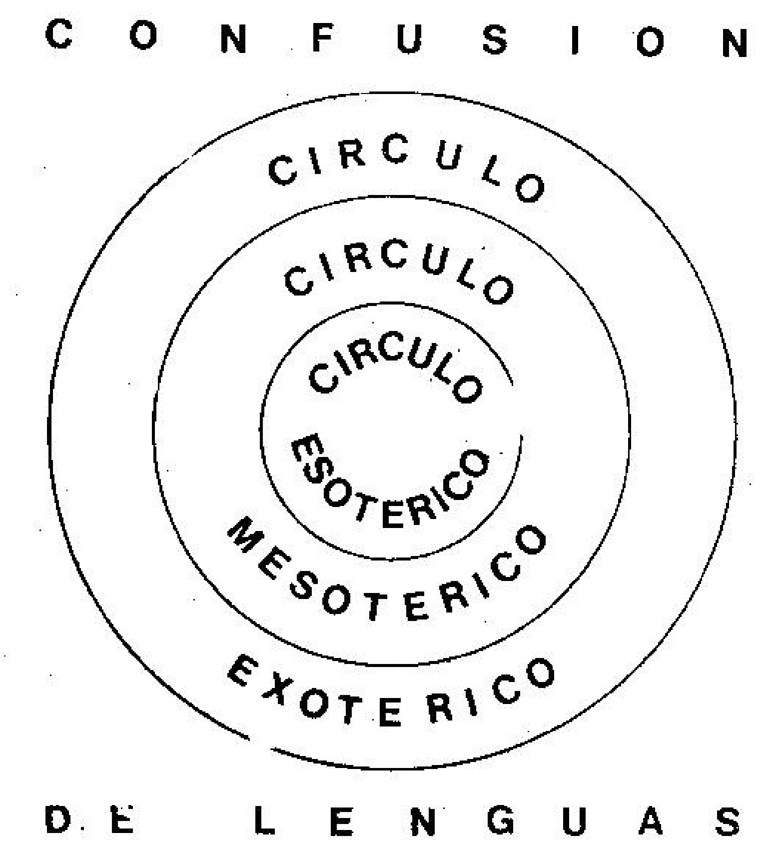


Fig. 12 – Los tres círculos esotéricos de la humanidad más altamente desarrollada. Fuera de estos círculo se encuentra la región de la confusión de lenguas.

“Sin embargo -continuaba diciendo Ouspensky- el conocimiento esotérico se las arregló aún así para sobrevivir." Dentro del gran círculo de la Confusión de Lenguas, siguieron existiendo todavía tres círculos concéntricos de hombres altamente evolucionados. El círculo Esotérico o más interno de todos, está compuesto por gente que ha llegado al máximo de desarrollo que es posible para el hombre, plena conciencia. unidad y voluntad (ver fig. 12) . Los hombres de este elevado nivel de desarrollo son absolutamente incapaces de realizar acciones que sean contrarias a su comprensión, o poseer una comprensión que no pueda también ser expresada por la acción. Tampoco es posible que haya entre los que pertenecen a este circuló la menor incomprensión, y eso quiere decir que todas sus acciones están coordenadas hacía una aspiración común. El círculo que sigue a éste es el Mesotérico o Círculo Medio, en el que se encuentran las mismas cualidades psicológicas existentes en el más interno, siendo la única diferencia entre los dos, que el conocimiento del Círculo Mesotérico es de naturaleza más teórica que el del Círculo Exotérico. El tercer círculo es el Círculo Exotérico. Los que pertenecen a él poseen la mayoría de las cualidades de los dos círculos interiores, pero su conocimiento es de una naturaleza más teórica aún, de modo que con frecuencia es sólo filosófica.
Esta diferencia en la calidad del conocimiento puede expresarse diciendo que, mientras un miembro del Círculo Mesotérico calcula, un miembro del Círculo Exotérico contempla. Siendo así, la comprensión de aquellos que pertenecen al Círculo Exotérico

no puede siempre encontrar expresión en la acción, como sucede con la comprensión de los círculos interiores. Pero es imposible que exista incomprensión entre los distintos individuos dentro de este Circulo Exotérico; lo que uno comprende, todos los demás lo comprenden en la misma forma. Más allá de estos círculos concéntricos, se extiende la región exterior de la Confusión de Lenguas, la gran región en donde mora todo el resto de la humanidad.

No podría existir y jamás ha existido, ninguna verdadera comprensión entre individuos que habitan en esta región exterior.

Es posible que exista alguna poca gente que se ponga de acuerdo sobre cosas de muy poca importancia en general para la humanidad, pero aun así, ese acuerdo dura muy poco tiempo. En este círculo externo todo el mundo entiende las cosas que son de importancia para la humanidad en forma enteramente subjetiva, y la única esperanza que les queda a aquellos que habitan en esta tierra de la Confusión de Lenguas, es, primero, que eventualmente se den cuenta del verdadero estado de las cosas allí, y segundo, que traten de procurarse la ayuda del Círculo Exotérico. Solamente en esta forma les será posible llegar a la comprensión. Al llegar a este punto Ouspensky se levantó de su silla, y se dirigió al pizarrón, en el que dibujó los tres círculos internos, trazando cuatro grietas en el Círculo exterior, las que dijo que representaban las entradas. hacia las cuatro diferentes vías de desarrollo: la del fakir, la del yogui, la del monje y el Cuarto Camino.

Me resulta muy difícil imaginarme en términos de geografía, historia y la vida de todos los días, a este núcleo de una humanidad más altamente evolucionada, que se supone ha ejercido una influencia tan fuerte sobre la pasada historia de la cultura.

¿Cómo se ingenió para sobrevivir esta gente en medio del cataclismo de incontables guerras y revoluciones? ¿Llevaban los hombres y mujeres que formaban este núcleo más consciente alguna forma de vida comunitaria, o vivían ellos y sus discípulos en pequeños grupos. en las partes más remotas del Asia? Los teósofos creen en la existencia de ciertos maestros o Rishis, que viven en las remotas alturas del Himalaya, pero nunca he podido tomar en serio esta idea de los Rishis. Pero quizá, después de todo, su creencia en la existencia de estos grandes conductores esté justificada.

Cuando un miembro del grupo interrogó a Ouspensky sobre si los hombres altamente evolucionados de que él había hablado todavía sobrevivían, él le contestó que no había razones para suponer que hubieran desaparecido del todo. Apremiado a darnos alguna idea del número de hombres evolucionados que existe actualmente, respondió que esa pregunta no puede ser contestada. “Pero -contínuó- existe una antigua tradición que dice que el hombre que se ha ingeniado para evolucionar, tiene la obligación de ser el maestro de otras cien personas. De modo que, aun cuando empezáramos solamente con siete hombres número siete y cada uno de ellos impartiera instrucción a cien discípulos sobre cómo alcanzar el nivel del hombre número seis, y cada uno de ellos a su vez llevara a otros cien hasta el nivel del hombre número cinco, el resultado en cuanto a hombres altamente evolucionados sería aún muy considerable”.

Los diagramas sólo pueden representar un cierto número de ideas, y no puede esperarse demasiado de ellos. La figura que muestra los varios círculos de la humanidad es un buen ejemplo de las limitaciones de los diagramas. Muestra una cierta relación entre los varios niveles de la humanidad, pero tomado muy literalmente puede llevarnos en dirección equivocada con suma facilidad. La cultura no se difunde por medio de movimientos de masas, sino por la acción de individuos, y de pequeños grupos de individuos. La humanidad no avanzó en un amplio frente a través de las edades paleolítica, neolítica, del bronce y del hierro, pues ejemplos de estas épocas existieron simultáneamente en distintos puntos de Europa. De modo que también es factible

que hombres elevada mente desarrollados, hayan vivido solamente en comunidades muy pequeñas y muy distantes unas de otras, que mantienen entre sí muy poco contacto. Esto no es más que la impresión que he recibido leyendo el libro de Gurdjieff "Remarkable Men I have Met".

Ouspensky estaba particularmente interesado en esto del esoterismo y en el tema afín de las Escuelas Esotéricas. En "A New Model of the Universe", dice que estas escuelas permanecen ocultas a los ojos de la humanidad común, pero que su influencia persiste ininterrumpidamente a través de la historia. Su propósito hasta donde nosotros podemos comprenderlo, es doble: ayudar a las razas que han retrogradado al barbarismo, y producir maestros. De acuerdo con la tradición, los siguientes personajes históricos salieron de escuelas esotéricas: Moisés, Gautama el Buda, Juan el Bautista, Jesu-Cristo, Pitágoras, Sócrates y Platón, lo mismo que los más místicos Orfeo, Hermes Trismegisto, Krishna y Rama. Ouspensky incluye también en su lista de productos de las escuelas a los constructores de las Pirámides y la Esfinge, algunos de los viejos alquimistas, los sacerdotes de los misterios griegos y egipcios, los arquitectos de las catedrales góticas construidas en la Edad Media, y los fundadores de ciertas Órdenes Sufíes y derviches.

Para mí la idea de que las escuelas esotéricas y sus maestros habían sobrevivido la violencia y la persecución de la humanidad, y habían podido transmitir su conocimiento en forma orar durante un período de varios millares de años, me resultaba difícil de aceptar o rechazar. Una cosa que podía decirse en su favor era que explicaba lo que de otro modo hubiera sido extremadamente enigmático: la repentina aparición en distintas: épocas de la historia de maestros en la escena, quienes impartieron a un pequeño séquito doctrinas de naturaleza esotérica y luego murieron o se fueron a alguna otra parte: hombres como Pitágoras, Apolonio de Tiana, Amonio Sacas (el maestro de Plotino) y Saint Martín "le philosophe inconnu". A esta lista de maestros podría agregarse muchísimos nombres más, incluyendo el del hombre cuyas ideas estudiamos en este libro. Gurdjieff no era un hombre común, y era imposible estar mucho en su presencia sin advertir eso. ¿Pero cómo y dónde había adquirido su conocimiento y su ser? En "Remarkable Men I have Met" describe monasterios en los que vivió muchos meses, situados en partes remotas e inaccesibles de Asia Central, y escribe también sobre antiguas Hermandades religiosas, y otras viejas Órdenes religiosas; habiendo conocido a G. y leído además su libro, soy quizá menos escéptico que lo que era antes en cuanto a la existencia de un pequeño centro esotérico compuesto de hombres más altamente evolucionados.

Durante los últimos años de su enseñanza, Ouspensky volvió repetidamente sobre la cuestión que tanto le interesaba, la existencia en alguna parte de genuinas escuelas esotéricas. Señalaba, lo que indudablemente es cierto que un hombre puede hacer muy poco por sí mismo, ya que en la vida todo está dispuesto en forma de hacerle olvidar su aspiración. Pero en una escuela se encuentra a sí mismo viviendo con gente a la que él no ha elegido, gente con quien a él le resultaría muy difícil vivir y trabajar. Se crea por ese medio la tensión entre él y esas otras personas, de modo que constantemente se le recuerda la necesidad que tiene de luchar contra sus identificaciones y sus emociones negativas. Además, en una escuela tiene la inmensa ventaja de estar constantemente bajo la supervisión de un maestro que lo ve más claramente que lo que él se ve a sí mismo.

Ouspensky decía que el trabajo en una escuela adopta tres formas: trabajo sobre uno mismo. trabajo con otra gente, y trabajo para el propósito más grande de la escuela. La Ley de Siete hace que sea necesario que estas tres líneas de trabajo procedan en forma

simultánea, de modo que cada vez que una forma de trabajo se hace más lenta en un intervalo, recibe una sacudida de la actividad de, las otras dos líneas de trabajo. Por ejemplo, cuando el trabajo sobre uno mismo alcanza el intervalo mi-fa, puede impartírsele una sacudida adicional por parte de una o las dos otras líneas de trabajo que se activen más. Al preguntársele qué se quería decir con la tercera línea de trabajo, o "propósito más grande", Ouspensky contestó que esto iría haciéndose gradualmente visible a los miembros mayores de la escuela, pero que era provechoso que todos pensaran en él desde el comienzo. El maestro tiene una aspiración muy definida al hacerse cargo de todo el trabajo que realiza, y les corresponde a todos los que se benefician con su trabajo, estudiar este propósito y ayudarlo en la mejor forma que puedan. Como ya se ha dicho antes, Ouspensky nunca afirmó haber fundado una escuela. Todo lo que siempre dijo sobre el punto, fue que sería muy útil para nosotros vivir tanto como nos fuera posible bajo las condiciones de una escuela, y hacer estudios especiales de los métodos de las escuelas. Al principio nos resultaba completamente imposible reproducir las condiciones necesarias en Londres, pero en 1936 compramos una finca grande en Virginia Water, donde vivían muchos miembros del grupo, en tanto otros llegaban durante los fines de semana. Esto nos permitió observamos viviendo en ambientes desacostumbrados donde teníamos que ocuparnos de tareas que no conocíamos y que, a menudo, eran incompatibles con nosotros; de ese modo adquirimos un gran conocimiento de nosotros mismos. Descubrimos, por ejemplo, hasta qué extremo éramos esclavos de nuestros propios cuerpos, y lo esencial que era para nosotros estar menos sometidos a sus exigencias. Es cierto que las condiciones de vida en Virginia Water eran mucho menos rigurosas que las que imperaban en el Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre, de G., pero eran lo bastante difíciles como para permitirnos vernos en una cantidad de circunstancias capaces de ponernos a prueba, y en diferentes estados de fatiga, hambre e irritación.

Ouspensky se refería en ocasiones a una escuela en la que estaba muy interesado, escuela que había sido anteriormente establecida en Coblenz durante el verano, y que se mudó a Italia para los meses de invierno. Parecía ser sólo una escuela para pintores, pero él nos dijo que eso no era otra cosa que la fachada detrás de la cual se llevaban a cabo actividades mucho más importantes: v .gr., el estudio de ideas de naturaleza esotérica.

También nos dijo que había razones para creer que Ibsen y Alexis Tolstoi (primo de León, el escritor) eran miembros de esta escuela, pero que Ibsen se había retirado posteriormente de ella. En su obra El Constructor, dio las razones que tuvo para hacerlo. Se recordará que el constructor le explica a Elsa que ya no quiere más construir grandes catedrales y trepar a alturas de vértigo, sino que piensa dedicarse, en lugar de eso, a la construcción de casas modestas para hombres y mujeres comunes, y el motivo por el que el maestro abandonara sus anteriores ideales, fue que sintió que tenía el deber de cuidar de su enferma y desilusionada esposa.

Soy de opinión que Ouspensky , siempre esperó establecer contacto con alguna escuela, quizá con alguna que funcionara en el Medio Oriente, pero tan grande fue la destrucción que en Europa hizo la Guerra y la Revolución Rusa, que era muy improbable que ninguna escuela hubiera podido sobrevivir allí.

Ouspensky quedó profundamente impresionado por los derviches Mevlivi cuando visitó sus establecimientos en Constantinopla en el año 1908, y esperaba volver algún día para renovar sus conversaciones con su sheik: pero poco tiempo después de su visita, Turquía empezó a occidentalizarse, y en ese proceso los derviches Mevlivi fueron expulsados de Constantinopla. La idea de las escuelas estaba constantemente presente en la mente de Ouspensky durante los últimos diez años de su trabajo en Londres,

y esa idea suya me fue claramente sugerida por una observación que me hizo, poco antes de la publicación de su libro “A New Model of the Universe”. “Sería muy interesante -dijo, con una estudiada calma que tenia un tinte de emoción- que a través de este libro mío estableciéramos una vinculación con otras escuelas.”
Su esperanza nunca se vio realizada.

CAPÍTULO XIII

LA RELIGIÓN

La actitud de Ouspensky hacia la enseñanza de G. era primordialmente la del científico y el filósofo, y exigía de nosotros que evitáramos mezclar términos religiosos con lo que llamaba "el lenguaje del sistema". Por ejemplo, cuando se hablaba del Rayo de Creación, no debíamos sustituir el término religioso Dios por la palabra filosófica Absoluto, por muy tentados que nos sintiéramos de hacerlo. Y Ouspensky estaba muy acertado al mantener la pureza del lenguaje del sistema, pues era un instrumento excelente para la expresión de nuestros pensamientos. Adulterarlo con términos derivados de otros sistemas de conocimiento, hubiera terminado en una falta de precisión, y en la confusión del pensamiento.
Pero la relación de la enseñanza de G. con otras de naturaleza francamente religiosa, era tan íntima que aun cuando utilizábamos el lenguaje del sistema, nuestros pensamientos corrían con frecuencia en el sentido religioso. Lo quisiéramos o no, las ideas psicológicas del sistema habían revivido en nuestras mentes recuerdos de los dichos de Cristo y Buda, y Madame Ouspensky reforzó esta tendencia de nuestros pensamientos a desviarse en sentido religioso, al organizar lecturas los fines de semana de los distintos libros sagrados de todas partes del mundo. Por un mes o dos estuvimos escuchando en la casa de campo del "trabajo" en Lyne una traducción que ella había hecho de la Philokalia, la colección rusa de los escritos de los primitivos padres cristianos, y nos quedábamos asombrados ante la visión psicológica demostrada por esos primeros cristianos, en las distintas etapas de la profundización de la "identificación". Después, como un alivio de las austeridades de los monjes del desierto, disfrutábamos de los sermones tan verdaderamente amables e infinitamente compasivos de Gautama Buda, y descubríamos lo llamativas que eran las analogías entre sus palabras y las ideas que estudiábamos durante el resto de la semana.
Venían después las lecturas de la fascinante colección de relatos que se hallan en aquella obra del genio Sufi, el Mathnawi de Jalala' uddin Rumi, historias que nos hacían reír de nuestras propias flaquezas, y que eran casi idénticas a las que exhibían los absurdos tipos descriptos en el libro. También se incluían lecturas de Lao Tsé y el Tao en este simposio de lecturas dominicales, y cada vez penetraba más fuertemente en nosotros la unidad subyacente de todas las grandes fes del Mundo.
Fue de las lecturas de Gautama Buda de donde surgió en mí ese interés que ha ido siempre en aumento desde entonces: mi interés en la antigua literatura tradicional de la India. Los Vedas, los Upanishads, y ese sublime comentario de los Upanishads: el Bhagavad Gita, se han convertido para mí en las más grandes de las expresiones literarias del mundo, a la misma altura de los Evangelios Cristianos. Y de ahí ha surgido a su vez la convicción de que dondequiera que miremos, todos estamos dedicados a la búsqueda de la misma Verdad Eterna, esa Verdad a cuya luz todas las otras formas de conocimiento se ubicarán donde les corresponde y nos revelarán sus secretos.

Pero lo que usualmente no llegamos a ver es que aunque la verdad que estamos buscando es Eterna e Inmutable, tiene que encontrar su expresión en el Tiempo, por medio de la mente del hombre. y esto significa a su vez que debe expresarse en muchas formas distintas. Por consiguiente puede considerarse que las escrituras sagradas del mundo están constituidas por dos elementos: 'uno Eterno e Inmutable, y el otro transitorio, perecedero y dependiente del período y el lugar en el que el elemento Eterno halle su expresión. Lo que varía es solamente el vehículo en que se presenta la verdad: la Esencia eterna de las grandes religiones es siempre la misma.
No es solamente la relación entre las distintas religiones lo que la enseñanza de G. me ha aclarado más, sino también la relación existente entre su enseñanza y la que se adquiere por la vía del monje. G. jamás le reveló a ninguno de nosotros la fuente de su conocimiento, sino que sólo hablaba en forma más bien vaga de ciertas hermandades y monasterios en el corazón de Asia, que él había visitado en compañía de otras personas. También se refería con frecuencia a una banda de "buscadores de la verdad", que volvían a reunirse después de sus andanzas con el expreso propósito de juntar sus descubrimientos en forma tal que resultara conveniente para el consumo occidental. Y eso ¿podría estar mejor adaptado a las actuales necesidades del hombre occidental. viviendo, como vive ahora, en una época científica, que el sistema de conocimiento con que G. regresó después de sus reuniones a Rusia, y que enseñó a sus grupos de Moscú y San Petersburgo? Se trata de un sistema perfectamente bien adecuado a las necesidades de hoy. Todas las endurecidas doctrinas teológicas habían sido segregadas de él, y llevaba en su lugar todas las reconfortantes galas del materialismo, pero de un materialismo que, examinado de más cerca, demostraba ser completamente distinto del de la ciencia. Otra ventaja del sistema, es que difería tanto de la religión institucional, que ni siquiera el más rabioso de los reaccionarios de la religión ortodoxa podría sentirse ofendido por él, y sin embargo subían desde sus profundidades resplandores de las mismas Verdades Eternas que brillan a través de las galas externas de la religión. No podría haberse elegido mejor vehículo para su presentación a un mundo occidental intimidado por la religión, que el que fuera diseñado por G. y sus compañeros buscadores.
Nunca había reaccionado yo contra el cristianismo ortodoxo, como muchos de mis compañeros, pero los términos que emplea la religión se habían vuelto tan desagradables y tan sucios, que yo vacilaba antes de usarlos. Pronunciaba la palabra Dios en esas ocasiones tan raras, o cuando no había otro remedio, en forma torpe y siempre como disculpándome, pues conjuraba en mi mente viejos cuadros de escuela dominical de un viejo sheik judío enojado, con una larga barba igual a la que llevaban sus esbirros, Moisés y su hermano Aarón. Menos aún ha servido la palabra para esa emoción que es la verdadera savia de vida de todas las religiones, la palabra amor. "Pregonada desde millones de púlpitos, lujuriosamente canturreada desde millones de altoparlantes, se ha convertido en una injuria al buen gusto y los sentimientos decentes." Comparto los sentimiento de Huxley respecto de esta desfigurada palabra amor; y durante muchos años he evitado usarla. Pero dentro del sistema de Gurdjieff era un medio de expresar ideas, que yo sabía que eran verdaderas sin tener que hacer uso de esa maltratada palabra, y para mí, por lo tanto, G. ha actuado no sólo como fuente de sabiduría, sino como el medio para hacerme volver, luego de larga ausencia, a la religión.
La conclusión a la que hacía mucho tiempo había llegado, de que G. era de una naturaleza mucho más religiosa que la de Ouspensky, quedó confirmada muchos años después, cuando conocí al primero en París. Es cierto que en algunas ocasiones G.

había formulado observaciones desdeñosas refiriéndose a los sacerdotes, pero cuando lo hacia, los criticaba por. sus defectos, y no por su vocación. Siempre hablaba con respeto de los grandes conductores religiosos, llamándolos los Divinos Mensajeros de Dios. También procedía de ese modo cuando hacía uso más libre de los conceptos, prácticas y símbolos de la religión. "Existen dos grandes errores -decía- en el enfoque popular de la religión. El primer error está en el fracaso de los hombres para comprender que la religión consiste en «hacer» y no en «pensar».
Un hombre debe vivir su religión tan plenamente como esté dentro de su poder hacerlo, pues de otro modo su religión no es más que una fantasía o una filosofía. Lo queramos o no, ponemos en evidencia nuestra religión por nuestras acciones, y ese es el único medio por el que somos capaces de revelarla. El segundo error reside en que el hombre no alcanza a comprender que su religión habrá de depender del nivel de su ser, y que la forma de religión que más le conviene, no es forzosamente la forma que más se adapta a las necesidades de otra persona."
De ahí el completo fracaso de la humanidad para ponerse de acuerdo en cuanto a las galas externas de la religión.
Dos ejemplos habrán de ser suficientes para mostrar cómo la enseñanza de G. explicaba muchas cosas de los evangelios que anteriormente poco o nada me importaban, siendo la primera de ellas la de la muerte y el renacimiento. La creencia en la necesidad del renacimiento es común a todas las grandes doctrinas del mundo, y es el origen del término hindú "el nacido dos veces".
En los Evangelios, Cristo le dijo a Nicodemo: "A menos que un hombre nazca otra vez no podrá ver el Reino de Dios", y Nicodemo, que era un hombre número tres, que todo lo tomaba literalmente, quedó apabullado ante esa declaración. No fue Nicodemo la única persona que encontró difícil este dicho, pues para comprender qué es lo que se quiere expresar con la idea del renacimiento, hay que ligarla con otras dos ideas: la del "despertar" y la de "morir para uno mismo", El Dr. Maurice Nicoll dice de estas tres ideas, tan estrechamente vinculadas entre sí, lo siguiente: "Cuando un hombre despierta, puede morir; cuando muere, puede nacer. . . «despertar», «morir», «nacer»: son tres etapas sucesivas. Si se estudian con atención los Evangelios, se verá que con frecuencia se hace referencia a la posibilidad de «nacer»: se hacen distintas referencias a la necesidad de «morir»; y hay muchas más a la necesidad de «despertar»". (Maurice Nicoll, "Psychological Commentaries on the Teaching of Gurdjieff and Ouspensky", Vol. I.) Despertar para uno mismo y ver los millares de diminutas identificaciones que lo esclavizan a uno es el primer requisito; morir a esta multitud de identicaciones y también a los muchos falsos "yoes" creados por la imaginación es el segundo requisito: nacer de nuevo es el tercero, y en el léxico del sistema de G., nacer de nuevo acarrea consigo el crecimiento de la esencia y la formación de un "yo" permanente y real.
Esta doctrina de la muerte y el renacimiento en una nueva forma, era parte de una enseñanza que existía muchísimo tiempo antes de la venida de Cristo. Existen buenas razones para creer que los iniciados en las ceremonias de los misterios que se celebraban tanto en Eleusis como en la Isla de Filas en el río Nilo, simbolizaban las ideas de la muerte y el renacimiento llevando en las manos granos de trigo. Estas semillas debían ser arrojadas a la tierra, donde, a todo fin y propósito, morían como semillas antes de que les fuera posible renacer en un nuevo mundo en su nueva forma de brotes verdes y vigorosos.
El segundo tema religioso sobre el que la enseñanza de G. arrojó nueva luz para mí fue el de la oración. Antes de conocer el trabajo, me parecía que la oración era apenas un poco más que pedirle al Todopoderoso favores a los que de ningún modo tenía derecho. Fue por lo tanto con particular interés que esperé la respuesta de Ouspensky a la

pregunta: “¿Son contestadas alguna vez las oraciones?" En lugar de recurrir, como yo esperaba, a un terminante “sí” o “no”, contestó: "Depende de la oración. G. nos enseñó que tenemos que aprender a orar exactamente como tenemos que aprender a hacer todas las cosas, La mayor parte de las oraciones no son otra cosa que pedidos para que dos y dos sumen cinco, en lugar de sumar, como de costumbre, cuatro; en otras palabras: que las acciones de un hombre no produzcan el resultado acostumbrado. Pero -agregó Ouspensky- cualquiera que sepa cómo hay que orar y mantenga su atención fija en su oración, ese hombre habrá de obtener lo que haya pedido".

Maurice Nicoll nos ayudó a comprender la naturaleza y la función de la oración desde el punto de vista de la enseñanza de G. En “The New Man” dice que los Evangelios nos enseñan que en el mundo espiritual e invisible, existen niveles más altos y más bajos, que son distintos entre sí, y están dispuestos en un orden de “arriba” y “abajo”. “El de abajo no está en contacto directo con el de arriba, del mismo modo que el piso más bajo de la casa no está en contacto con el superior. Y así, para .alcanzar lo que está arriba, se presentan muchas dificultades en el camino, que lo hace aparecer como si hubiera mala disposición de parte del nivel superior para responder al inferior. No es una cuestión de mala gana…El hombre tiene que persistir en su oración, en su propósito, en su pedido; tiene que seguir, a pesar de que no se le conteste. . . Como dice Cristo: «tiene que orar continuamente y no desfallecer». Para orar -para entrar en contacto con un nivel superior- un hombre tiene que saber y sentir que no es nada en comparación con lo que está por sobre él.”

Nicoll hace también un comentario interesante sobre las muy exactas instrucciones que les dio Cristo a sus discípulos sobre la forma de orar: "Pero tú, cuando oras, entra en tu cámara intima, y cerrando la puerta ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre que ve en secreto te habrá de recompensar" (Mateo VI, 5,6). Según Nicoll, "entrar en tu cámara intima y cerrando la puerta. . .", es penetrar en el recinto más íntimo de nuestro ser, y habiéndole cerrado la puerta a todas las distracciones, orar desde ese lugar pequeño, intimo, de nosotros mismos, que es la única parte de uno capaz de comunicarse con algo que está en un nivel superior, o de recibir algo de éste. El lado externo, mundano, de un hombre, la parte que finge, la que generalmente está presente en él, es totalmente incapaz de orar.

Pero una dificultad teórica se interpone en el camino que nos lleva a recibir ayuda del nivel más alto, Al describir el Rayo de Creación, Ouspensky señaló que es imposible para el Absoluto interferir en los acontecimientos que ocurren en un nivel inferior, Sin destruir toda la maquinaria interviniente entre Él Mismo y ese nivel inferior. ¿Cómo puede haber, por lo tanto, una respuesta directa desde arriba, a una oración que viene desde tan abajo como la Tierra? Esta dificultad ya no me perturba más, pues no espero establecer contacto, cuando rezo, con una Inteligencia tan sublime como la del Ser Supremo. Tampoco siento que esto sea necesario para mí. Me basta con saber que en este Universo existe una jerarquía de seres superiores, con quienes me resulta posible comunicarme en ciertas ocasiones, y cuando este sublime acontecimiento tiene lugar, cuando he podido llegar a acercarme más a una inteligencia que está en un nivel superior al mío, entonces mi oración ya ha sido contestada.

G. decía que uno tiene que saber orar, y Jacob Boehme nos dice en “The Signature of all Things”, cómo hay que encarar la oración. Sus instrucciones están dadas en forma de conversación entre un discípulo y su Maestro: "Señor, ¿cómo puedo llegar a la vida suprasensual, de modo que pueda ver a Dios; y pueda oír hablar a Dios?", pregunta el discípulo.

Contestó el Maestro diciendo: “Hijo, cuando puedas arrojarte dentro de aquello donde no mora criatura alguna. aunque sea por un solo instante. entonces escucharás lo que Dios habla”.
Discípulo: ¿Eso donde no mora criatura alguna está al alcance de la mano; o está muy lejos?
Maestro: Está dentro de ti, y si tú puedes, hijo mío, dejar por un rato de pensar y querer, entonces oirás las inexpresables palabras de Dios.
Discípulo: ¿Cómo puedo oírlo hablar a Él, cuando dejo de pensar y de querer?
Maestro: Cuando te quedes quieto sin pensar en el yo, y tener voluntad personal; cuando tanto tu intelecto como tu voluntad estén quietas y pasivas a la impresión de la Palabra y el Espíritu Eternos: y cuando tu alma cobre alas que te lleven por encima de lo que es temporal, los sentidos externos, y la imaginación quede encerrada por la abstracción sagrada, entonces el oír, el hablar y el ver eternos te serán revelados.

Si queda alguna duda en cuanto a la necesidad de detener el “pensamiento y la voluntad personales”, cuando se trata de orar, la confirmación de Meister Eckhart ayuda a disiparla: “La oración más poderosa. trabajo casi omnipotente y digno entre todos, es el resultado de una mente serena. Mientras más tranquila esté, más poderosa, más merecedora. más profunda, más elocuente y más perfecta será la oración. Todas las cosas le son posibles a la mente tranquila. ¿Qué es una mente serena? Una mente serena es aquella a la que nada le pesa ni le preocupa, la que libre de toda atadura y toda búsqueda de si misma, está totalmente mezclada con la Voluntad de Dios, y muerta a la propia”.
(The Works of Meister Eckhart, en la traducción de C. de B. Evans.)
G. adelanta una idea novedosa e interesante en su libro “All and Everything”, que puede llamarse la teoría de la Conciencia Sepultada. Dice que en un tiempo el hombre estaba en comunicación directa con niveles más altos de pensamiento y sentimiento, gracias a que poseía, en esos tiempos, una Conciencia Real y Objetiva, pero que ahora ha perdido contacto con todo lo que está sobre él. Su perdida de contacto con niveles superiores, se debe en gran parte al hecho de que su Conciencia Objetiva se ha sumergido en las regiones subconscientes de su mente, de modo que no ejerce ya más ninguna influencia en su vida diaria. Como sustituto de esta Conciencia Sepultada, ha dearrollado una conciencia artificial y subjetiva, la que ha prescripto distintos códigos de conducta en diferentes periodos de la historia y en distintas partes del mundo. Pero si el hombre quiere desarrollarse tiene que ingeniarse para despertar la Conciencia Real que duerme dentro de él, y este despertar es muy difícil y tiene que realizarse por etapas. Todo trabajo, incluyendo este Despertar de la Conciencia, comienza en el Centro Intelectual, con la adquisición de nuevas actitudes y formas de pensar, pero la parte emocional del Centro Intelectual es demasiado débil para contrarrestar al díscolo Centro Emocional, y es dudoso que esta tarea de despertar a la Conciencia pueda realizarse, de no ser por el hecho de que la Conciencia Real está cerca del Centro Emocional Superior. que comienza a prestar ahora su ayuda más poderosa.
Hablando a sus grupos rusos originales, G. les dijo una vez que toda verdadera religión está constituida por dos partes. Una de esas partes enseña qué hay que hacer. Esta parte se transforma en conocimiento común, y con el transcurso del tiempo se deforma y aparta de su forma original. La otra parte enseña cómo hay que hacer lo que ha sido determinado por la primera parte. Esta parte era mantenida en secreto en escuelas especiales, y con su ayuda siempre fue posible rectificar lo que se había deformado en la primera parte, y restituir lo que se había olvidado. Esta parte existía tanto en el

cristianismo como en otras religiones, y nos. enseñaba cómo realizar los preceptos de Cristo, y cuál era su verdadero significado.
De lo que antecede, podemos darnos cuenta de cuál fue la verdadera actitud de G. hacia el cristianismo, y si alguna duda queda todavía sobre este punto. habrá de disiparse con la respuesta que él le dio a alguien que le formuló la siguiente pregunta:
“¿Cuál es la relación entre la enseñanza que usted expone, y el cristianismo tal como lo conocemos?”, a lo que G. respondió: “Yo no se que sabe usted sobre el cristianismo. Sería necesario hablar muchísimo y durante largo tiempo para poder aclarar qué es lo que usted entiende con ese término. Pero para beneficio de los que ya saben, les diré que, si quieren, éste es cristianismo esotérico”.
Algunos lectores deben disgustarse ante la idea misma de que exista una cosa tal como el cristianismo esotérico. Se ha dicho con frecuencia que el cristianismo no posee secretos de ninguna clase, y que la humanidad puede aceptar o rechazar su mensaje. Siempre he oído decir que los Evangelios son libros sencillos, y que resultan comprensibles para todo el mundo. A todos los que piensan de ese modo, la idea de que existió alguna vez una cosa tal como los misterios cristianos les resultará repelente, y sin embargo el término "Los misterios de Jesús" era muy familiar a los cristianos que vivieron en los primeros dos siglos. Muchas de las ceremonias y formas de culto utilizados en esos tiempos por la Iglesia Cristiana, eran ceremonias y rituales que habían sido tomados de lo que ahora llamaríamos paganismo. La primitiva iglesia cristiana fue una gran pedigüeña, y el antiguo Egipto contribuyó en gran medida a sus servicios. La religión en Egipto siempre estuvo vinculada con los "misterios", y la idea de que el Cristianismo es una religión sencilla, comprensible hasta para el nivel de inteligencia más inferior, es una idea comparativamente moderna, una idea que fue promovida por los protestantes en tiempos de la Reforma. Pero los primeros Padres cristianos tenían una opinión completamente distinta del Cristianismo. San Clemente de Alejandría no albergaba dudas de que existía un lado oculto del Cristianismo, como también otro lado que quedaba abierto al público, y hablaba con considerable acaloramiento sobre este tema. Después de referirse a los misterios cristianos dijo: "Aún ahora temo, como se dice, «arrojar perlas a los cerdos», por miedo de que las pisen con sus patas, y se vuelvan y nos hagan pedazos. Pues es difícil exhibir las palabras realmente puras y transparentes respecto de la luz verdadera, a oyentes cochinos y mal dispuestos",
Durante el año 1949 hubo lecturas en el departamento de París, del manuscrito de G., “All and Everything”, y se nos dijo a algunos de nosotros que G, atribuía especial importancia a los capítulos en donde se describe la misión del Divino Mensajero Ashieta Shiemash al planeta Tierra. Se dijo, y creo que con verdad, que G. reconocía una estrecha relación entre los métodos que él empleaba, y los que utilizaba Ashieta Shiemash. En “All and Everything”, G. describe cómo antes de dar comienzo a su misión ante la humanidad, Ashieta Shiemash meditó durante cuarenta días sobre la forma que debía dar a su mensaje. Por fin decidió que los habitantes de la Tierra entendían tan mal la naturaleza verdadera de la Fe, el Amor y la Esperanza -los tres grandes principios que habían sido utilizados por todos los maestros religiosos anteriores- que sería completamente inútil que él volviera a emplearlos una vez más. Pero afortunadamente sobrevive todavía en el inconsciente del hombre algo verdadero y sin mancha, es decir, el "sagrado ser impulso de la Conciencia", que permanece intacto, gracias al hecho de que está muy profundamente enterrado en el inconsciente del hombre, protegido de los malos pensamientos y los malos sentimientos. Por lo tanto Ashieta Shiemash apeló a la Conciencia Sepultada del hombre, con el resultado de que en muchos de sus oyentes se despertó este impulso del sagrado ser, y comenzó a

participar de ..esa conciencia por medio de la cual fluye su existencia despierta". (G. Gurdjieff, “All and Everything”)

La humanidad está ahora en una situación critica en lo que se refiere a la religión. Todas las religiones se basan en la creencia de que el individuo es lo más importante, pero dos gigantescos Poderes Mundiales desafían ahora a estas doctrinas y tales poderes afirman que lo cierto es lo opuesto de esto, y que el individuo existe solamente en beneficio de la comunidad, como la hormiga existe solamente en beneficio del hormiguero, y la abeja de la colmena. He allí una doctrina que es incompatible con todas las creencias religiosas que difieren de las de esa seudoreligión del comunismo que la proclama. doctrina que se está extendiendo en el momento en que un gran historiador nos asegura que las perspectivas de los poderes occidentales son muy pobres, a menos que se produzca una reactivación espiritual. De acuerdo con Arnold Toynbee, sólo esto será capaz de resolver nuestras dificultades y de unir a las naciones del mundo. Ahora bien: si estamos de acuerdo con el veredicto de este historiador, tenemos también que aceptar con él que es sumamente improbable que el mundo sea alguna vez conquistado y unido por alguna de las creencias religiosas, sean éstas la Cristiana, la Islámica, el Hinduismo o el Budismo. Esta esperanza, que fue alguna vez resueltamente sostenida por cristianos y mahometanos, tiene que ser ahora abandonada.

Pero esto no excluye la posibilidad de un resurgimiento religioso de otra especie, pues las religiones, en el sentido más amplio en que Toynbee emplea la palabra, pueden adoptar muchas formas, y sería erróneo que la expansión de una de las antiguas creencias del mundo pudiera ser el único remedio para nuestras actuales enfermedades. G. señalaba que existen varios caminos para la evo1ución humana. Existen hombres a quienes el camino del monje podría parecerles un sendero inconveniente hacia la perfección, posibilidad ésta que ha sido más ampliamente reconocida en Oriente que en Occidente. Por tal razón se proporcionan distintas especies de yoga para diferentes tipos de hombres: para los religiosos. el Bhakti Yoga: el Jnana Yoga, o Yoga del conocimiento para el hombre de tipo filosófico: el Karma Yoga para el activo, y el Raja Yoga para el contemplativo. Todos estos son reconocidos como caminos hacia la perfección, y en el Bhagavad Gita, Krishna promete que cualquiera sea el camino elegido, siempre que se lo siga con devoción y sinceridad, al final llevará a la misma meta. "Sí ustedes no pueden absorberse en mí, entonces conságrense a obras que me satisfagan. Pues trabajando solamente por mí podrán ustedes lograr la perfección. Si no pueden hacer ni siquiera esto. entonces sométanse a mí totalmente. Controlen las lujurias de su corazón y renuncien a los frutos de todas las acciones." En esta forma aconseja Krishna a Arjuna.

Se habrá notado que hay elementos de todas estas clases de Yoga en el método de desarrollo descripto en esta obra, y el acento, colocado sobre cada uno de estos elementos, variará de acuerdo con el tipo de persona de que se trate. Ningún lector se acerca a éste, ni a ningún otro libro, con mente amplia, sino con una mente que ha estado previamente sujeta a muchos años de condicionamientos. Su reacción frente a la enseñanza de Gurdjieff dependerá, por ello, no de las impresiones del momento, sino de una cantidad de factores de su pasado condicionamiento. Dependerá, entre otras cosas, de su nacionalidad, de si es occidental u oriental, de su educación, de su crianza, y de mil y una influencias a las que ha estado expuesto anteriormente ¿Cómo puede una mente que ha estado soportando tanto condicionamiento previo, considerar cualquier cosa con criterio fresco y sin prejuicios? Evidentemente es imposible para cualquiera de nosotros opinar sobre lo que leemos de otra forma que no sea a través de creencias, ideales y experiencias pasadas.

Tampoco puede una aceptación intelectual de ciertos nuevos ideales, por nobles que sean, tener un efecto radical o duradero sobre una persona. Los ideales existen sólo en la mente, y agregar algunos a los que se han recogido, no es otra cosa que continuar la línea de nuestro pensar, desde el pasado hasta el futuro.
Todo lo que está sucediendo en realidad es que está vistiéndose con un traje nuevo a un individuo que sigue llevando el mismo viejo cuerpo y la misma cara vieja. Para producir en nosotros un cambio radical y duradero, se requiere algo mucho más revolucionario que estos agregados superficiales. Estamos aprisionados dentro de nuestras propias mentes, y por mucho que las extendamos, y por mucho que las adornemos, seguiremos permaneciendo dentro de sus muros. Si es que alguna vez podemos escapar de nuestras prisiones, el primer paso que demos será percibir cuál es nuestra; verdadera situación, viéndonos al mismo tiempo a nosotros mismos como realmente somos, y no como imaginamos que somos. Esto puede hacerse, manteniéndonos en un estado de conocimiento pasivo, un estado en el que la limitación de la mente y del yo aprisionado, se ven y se sienten al máximo. Pero al llegar a este punto tenemos que ponernos en guardia. Cuando, probablemente por primera vez en nuestra vida, nos percatamos de nuestra propia pequeñez, nuestra vanidad, nuestro egoísmo, nuestra indiferencia hacia los demás y nuestra codicia, nos lanzamos a explicar, a juzgar, a condenar, o a excusar las cosas que han sido expuestas, y de ese modo nos identificamos de inmediato con ellas. Reacciones mecánicas como éstas tienen que ser dejadas de lado en forma tranquila, pero firme: pero sólo cuando hemos dejado de condenar o de justificar, y somos capaces de aceptamos a nosotros mismos tal como somos, sólo entonces puede aparecer algo proveniente de un nivel superior. Si podemos ingeniarnos para reconocernos en nuestra totalidad sin hacer ningún comentario y sin mencionar siquiera lo que hemos visto, entonces una desacostumbrada quietud puede descender sobre nosotros, en la cual queda trascendido el estrecho yo de nuestra vida diaria, y desaparecen los muros de nuestra prisión. Es en ese momento de quietud interior, de libertad recién revelada, de realzado ser, cuando hace sentir su presencia algo que tiene una naturaleza mucho más real. Tal vez hemos estado buscando la verdad toda nuestra vida, o pidiendo que nos dirigiera algún maestro de quien creemos que sabe mucho más que nosotros, pero no hemos podido encontrar lo que buscábamos. y ahora, en este momento tranquilo, como ya estamos preparados para la verdad y hemos trascendido lo que hasta ahora se erguía entre la verdad y nosotros: la verdad se acerca a nosotros sin que la invitemos, confiriéndonos también felicidad con su mágico toque.
Una cosa es meditar solo en el corazón del bosque o a solas en nuestra habitación, pero la experiencia nos demuestra que otra cosa muy distinta es mantener este estado de tranquila vigilancia en compañía de nuestros semejantes: y esto es lo que los maestros del Cuarto Camino exigen a los que los siguen. Aquellos que persiguen este sendero no son monjes o anacoretas que le han dado la espalda al mundo, sino hombres y mujeres completamente comunes, que usan en forma especial la materia prima de la vida. No es debajo del árbol Bodhi sino en el espejo de nuestras relaciones con la gente, los animales, la propiedad y las ideas, donde nosotros, la gente común, estamos mejor capacitados para echar una mirada sobre nosotros mismos con mayor claridad. Es un trabajo difícil el que ocupa a los que siguen la enseñanza de Gurdjieff, pero es esencial para el logro del conocimiento de sí mismo, y si es que hay más sabiduría en un dicho que en otro, ésta se encuentra seguramente en aquella vieja orden: Conócete a ti mismo.
Este estudio de la enseñanza de Gurdjieff empezó con esas palabras, y es con ellas que termina.

CAPÍTULO XIV

LAS MAXIMAS DE GURDJIEFF

Gurdjieff tenía la capacidad de expresar tanto en algún dicho categórico, que el. eco de sus palabras seguía resonando durante mucho tiempo en los oídos de los que lo escuchaban. Sus máximas no adoptaban usualmente la forma de aforismos pulidos, pues, aun cuando estaba familiarizado "con muchos idiomas extranjeros no dominaba ninguno de ellos, y estaba siempre preparado para divertirse a costa de lo que calificaba de "lenguaje literario de *bon ton*". Es cierto que algunas de sus frases se hicieron memorables, principalmente por el lenguaje familiar que empleaba como aquel dicho suyo que Ouspensky cita con frecuencia: “Para conocer todas las cosas es necesario conocer solamente un poquito, pero para conocer ese poquito es necesario conocer muchísimo".
Muchísíma de la fuerza que tenían las máximas de Guardjieff, les era impartida por el hombre que las pronunciaba, y esta fuerza está ausente de la palabra escrita.
Sin embargo. pese al debilitamiento que sus dichos habrán de soportar al imprimirlos, he creído que vale la pena asentar algunos de ellos en este capítulo final.
Si me fuera posible presentarlos con una corta y elocuente descripción del hombre que las pronunció, y cuya presencia hacía tan fuerte impacto -no precisamente favorable- sobre todos los que se ponían en contacto con él, lo haría, pero nunca he leído una descripción de él que pueda considerarse ajustada.
No intentaré, por lo tanto, trazar un cuadro exacto de un hombre tan difícil de retratar como George Ivanovitch Gurdjieff.
Sus máximas se bastan a sí mísmas.

Aforismos de la Casa de Estudios del Chateau du Pricuré en Fontainebleau, en el que Gurdiieff fundó su Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre.

1.

Es preferible ser transitoriamente egoísta, que no ser nunca justo.
Sólo el sufrimiento consciente tiene valor.
Al hombre se le da una cantidad limitada de experiencias: si es económico con ellas, se le alargará la vida.

2.

Entérate de que esta casa es de valor sólo para aquellos que han reconocido que no son nada, y creen que es posible cambiar.
Aquí sólo podemos guiar y crear condiciones. pero no ayudar.
Recuerda que aquí el trabajo no se hace por el trabajo mismo, sino como un medio.
Que te guste lo que no gusta.

3.

El amor consciente provoca lo mismo en respuesta.

El amor emocional provoca lo opuesto.
E] amor físico depende del tipo y la polaridad.
La fe de la conciencia es libertad.
La fe del sentimiento es esclavitud.
La fe del cuerpo es estupidez.
La esperanza de la conciencia es fuerza.
La esperanza del sentimiento es cobardía.
La esperanza del cuerpo es enfermedad.

4.

Sólo puede ser imparcial aquel que es capaz de colocarse en la posición de otros.
Sólo podemos luchar para ser capaces de ser cristianos.
Amo a quien ama el trabajo.
Juzga a otros de acuerdo a ti mismo, y rara vez te equivocarás.

5.

Considero lo que otros piensan de ti, no lo que dicen.
Si no eres crítico por naturaleza, es inútil para ti que permanezcas aquí.
Quien se haya librado de la enfermedad de "mañana", tiene la posibilidad de alcanzar lo que vino a buscar aquí.

6.

Si ya sabes qué es erróneo y lo haces, cometes un pecado que es difícil de redimir.
El medio principal para alcanzar la felicidad en esta vida, es la habilidad para considerar exteriormente, jamás interiormente.

7.

Uno de los motivos más fuertes del deseo de trabajar en si mismo, es darse cuenta de que uno puede morir en cualquier momento: sólo que primero hay que tomar conciencia de esto.
El hombre queda renovado no por la cantidad, sino por la calidad del sueño. Duerme poco sin lamentarlo.

8.

Lo más elevado que puede alcanzar un hombre es poder hacer .

9.

Aquí no hay ni ingleses ni rusos. ni judíos, ni cristianos, sino sólo aquellos que persiguen un propósito: ser capaces de ser.

10.

Toma la comprensión de Oriente y el conocimiento de Occidente, y luego busca.
Sólo aquel que cuida la propiedad de los demás, puede tener la propia.

11.

Recuérdate a ti mismo siempre y en todas partes.

12.

Un hombre bueno ama a su padre y a su madre.
Ayuda solamente a aquel que lucha por no estar ocioso.
No ames al arte con tus sentimientos.
Respeta a todas las religiones.
No juzgues a nadie de acuerdo con lo que de él te cuentan.

13.

Bendito es aquel que tiene un alma.
Bendito es aquel que no tiene ninguna.
Llanto y pena para aquel que la tiene en embrión.

14.

A peores condiciones de vida, mayor posibilidad de trabajo productivo, siempre que trabaje usted conscientemente.
La energía que se gasta en un trabajo interior activo es transformada inmediatamente en nueva energía: la que se gasta en trabajo pasivo, se pierde para siempre.
Practique primero el amor sobre los animales; ellos reaccionan mejor y más sensiblemente que los hombres.

Agrego aquí unas máximas de Gurdjieff, la mayor parte de las cuales han sido extractadas de relatos en las reuniones celebradas por él en Londres y Norteamérica entre los años 1921 a 1924.

Hay una sola clase de magia y es "hacer".

Toda energía que se gasta en trabajo consciente es una inversión: la que se gasta mecánicamente se pierde para siempre.

Debemos destruir nuestros paragolpes. Los niños no tienen: de modo que debemos transformarnos en niños pequeños.

Atraemos fuerzas de acuerdo con nuestro ser.

La humanidad es la punta de los nervios de la tierra, a través de los cuales se reciben las vibraciones planetarias para su transmisión.

Todo lo que hay en el universo tiene su lugar en una escala.

Ninguna energía se pierde jamás en el esquema cósmico.

Una vigésima parte de nuestra energía va a los centros emocional e instintivo.

La autorecordación es una lámpara que debe ser mantenida encendida por la energía de esos dos centros. Nuestro centro pensante no es realmente un centro. sino un aparato para juntar impresiones.

El aparato formatorio se parece a una dactilógrafa a sueldo que trabaja para una firma y dispone de una cantidad de respuestas estereotipadas para las expresiones externas. Envía respuestas impresas a otros centros que son los directores de la firma, y que se sienten extraños entre sí. Con frecuencia se envían respuestas equivocadas, pues la dactilógrafa está dormida o es haragana.

En el sueño profundo todas las comunicaciones entre los centros están cerradas.

Nuestro sueño es malo, porque no anulamos líneas de comunicación.

Tenemos ángeles buenos y malos. Los ángeles buenos trabajan por la vía de nuestra naturaleza activa, voluntaria; y los malos por nuestra naturaleza pasiva.

El señor Amor Propio y la señora Vanidad son los dos agentes principales del diablo.

No se sienta afectado por las cosas externas. Por sí mismas son inofensivas; somos nosotros los que les permitimos que nos hagan daño.

Nunca llegamos al limite de nuestra fuerza.

Si hacemos lo que nos gusta hacer, somos recompensados de inmediato por el placer de hacerlo. Si hacemos lo que no nos gusta hacer, la recompensa habrá de venir más tarde. Es una ley matemática, y toda vida es matemática.

El hombre es un símbolo de las leyes de la creación: hay en él evolución, involución, lucha, progreso y retrogresión, lucha entre positivo y negativo, activo y pasivo, sí y no, bien y mal.

Los hombres tienen más altamente desarrolladas sus mentes, y las mujeres sus sentimientos. Cada uno de por si no puede ser nada. Piense lo que siente y sienta lo que piensa. La fusión entre los dos produce otra fuerza.

Para algunas personas la religión es útil, pero para otras, solamente un policía.

Somos ovejas a las que se nos mantiene para que proveamos de lana a nuestros amos, quienes nos alimentan y nos mantienen esclavos de la ilusión. Pero tenemos oportunidad de escapar y nuestros amos están ansiosos de ayudarnos, pero nos gusta ser ovejas. Es cómodo.

Aquel que puede amar puede ser, quien puede ser, puede hacer: quien puede hacer, es.

La sinceridad es la clave del conocimiento de sí mismo, y ser sincero con uno mismo acarrea gran sufrimiento.

El sueño es muy cómodo, pero despertar es muy amargo.

La voluntad libre es la función del Maestro dentro de nosotros. Nuestra "voluntad" es .la supremacía de un deseo sobre otro.

El arte oriental tiene una base matemática. Es una escritura que tiene un contenido interno y otro externo. En Persia hay una habitación en un monasterio que lo hace llorar a uno, debido a las combinaciones matemáticas de diferentes partes de su arquitectura. El arte verdadero es conocimiento y no talento.

Un hombre ordinario no tiene "Maestro". Está gobernado, ora por la mente, ora por los sentimientos, y luego por el cuerpo. A menudo el orden proviene del aparato automático, y con más frecuencia aún recibe órdenes del centro sexual. La verdadera voluntad puede solamente aparecer cuando un "Yo" gobierna, cuando hay un dueño en la casa.

La moralidad es un palo con dos extremos; puede ser vuelto de un lado o del otro.

Desde los tiempos en que el hombre empezó a vivir sobre la tierra, desde la época de Adán en adelante, empezó a formarse dentro de él, con la ayuda de Dios, de la Naturaleza, y de todo lo que lo rodea, un órgano cuya función es la conciencia. Todos los hombres tienen este órgano, y quienquiera que sea guiado por él, vive automáticamente de acuerdo con los mandatos de Dios.
Si nuestras conciencias estuvieran limpias y no enterradas, no habría necesidad ,de hablar de moralidad, pues consciente o inconscientemente, todos se comportarían de acuerdo con los mandamientos de Dios. Desgraciadamente, la conciencia está cubierta por una especie de corteza, que sólo puede ser atravesada por un sufrimiento intenso: después habla la conciencia. Pero luego de un tiempo el hombre se aplaca, y una vez más el órgano queda cubierto y enterrado.

Mejor que se olvide de la moralidad. Las conversaciones sobre moralidad son simplemente charla vacía. Su aspiración es la moralidad interior.

La moralidad exterior es diferente en todas partes.

Uno debiera comprender, y establecer como regla firme, que no hay que prestar atención a las opiniones de los demás. Uno tiene que estar libre de la gente que lo rodea, y cuando sea libre por dentro, estará libre de ellos.

Estar justo en el momento de la acción, es cien veces más valioso que estar justamente después.

Para obtener algo verdadero, es necesaria una larga práctica. Trate de realizar primero cosas chicas.

Hay dos clases de "hacer" -la automática, y hacer lo que uno "quiere", Tome una cosa chica que usted "quiera" hacer y no pueda, y haga de ella: su Dios, No deje que nada

interfiera. Si usted .'quiere", puede. Sin desear, nunca "podrá". El "deseo" es la cosa más poderosa del mundo.

Aguantar las manifestaciones de otros es una gran cosa. La última cosa para un hombre.

En el río de la vida el sufrimiento no es intencional. En la vida consciente el sufrimiento es intencional, y tiene gran valor.

Para poder amar, uno tiene que olvidar primero todo lo que sabe sobre el amor, Haga de eso su aspiración, y busque quién lo dirija. Tal como somos, no podemos de ninguna manera amar.

Hasta que un hombre no se despoje de sus coberturas, no podrá ver.

NOTAS

(1) Traducido al castellano con el título: "La Flecha en el Blanco".
(2) En la filosofía de Plotino encontramos la idea de dos movimientos contrarios: un impulso creador hacia abajo del Absoluto y una ascensión hacia la fuente de todas las cosas.
(3)Platón sostenía que la religión tiene que ser mitológica en sus primeras etapas, y que la educación tiene que empezar con símbolos inadecuados.